

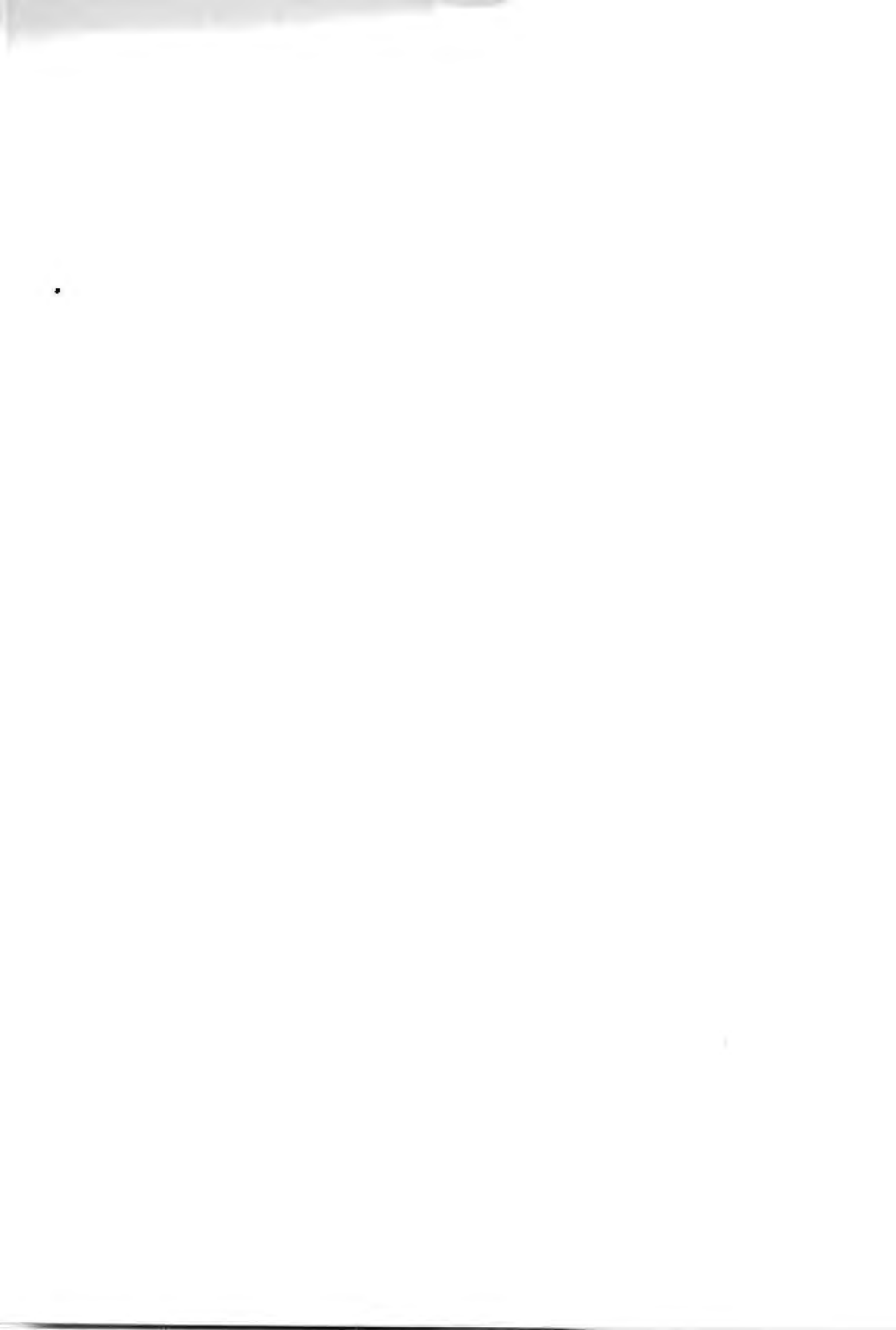
DANE RUDHYAR

DIMENSION GALACTICA DE LA ASTROLOGIA

Un estudio de
Urano, Neptuno y Plutón



LA TABLA DE ESMERALDA



DANE RUDHYAR

**DIMENSION GALACTICA
DE LA ASTROLOGIA**

**Un estudio de
Urano, Neptuno y Plutón**

LA TABLA DE ESMERALDA

Título del original inglés:

THE SUN IS ALSO A STAR. THE GALACTIC DIMENSION OF ASTROLOGY

Traducido por:

AMPARO PEREZ GUTIERREZ

- ① AURORA PRESS, INC. (First American Edition AURORA PRESS, INC.).
- ② De la traducción, Editorial EDAF, S.A.
- ③ 1988 Editorial EDAF, S.A. Jorge Juan, 30. Madrid
- ④ Para la edición en español por acuerdo con AURORA PRESS, INC. New York. USA

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

D.L. M-17304 - 1988

I.S.B.N.: 84-7640-235-X

PRINTED IN SPAIN

IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso por Cofás. S. A. Polígono Industrial Callesera, nave B Fuenlabrada.

INDICE

	<i>Pags.</i>
PRIMERA PARTE	
1. INTRODUCCION AL NIVEL DE CONCIENCIA GALACTICO	9
2. CUANDO EL SOL SE CONSIDERA UNA ESTRELLA	25
a) Un enfoque galáctico del sistema solar	25
b) Planetas de funcionamiento orgánico.....	34
c) Planetas de transformación y trascendencia.....	43
3. LA POLARIDAD URANO-NEPTUNO	55
4. PLUTON Y LA EXPERIENCIA DE PROFUNDIDAD, VACIO Y VUELTA AL CENTRO	76
SEGUNDA PARTE	
5. LOS PLANETAS TRANS-SATURNIANOS EN LOS SIGNOS DEL ZO- DIACO.....	97
6. LOS CICLOS INTERPENETRANTES DE URANO, NEPTUNO Y PLU- TON	134
TERCERA PARTE	
7. UN ACERCAMIENTO TRANSFISICO DE LA GALAXIA.....	161
8. LAS RELACIONES TRANSPERSONALES Y LA COMUNIDAD GA- LACTICA.....	182
9. EL DESAFIO DE LA GALACTICIDAD EN LA ASTROLOGIA HUMA- NISTICA.....	196
APENDICE	223
EPILOGO.....	229

PRIMERA PARTE

1

INTRODUCCION AL NIVEL DE CONCIENCIA GALACTICO

Hace unos cinco siglos, Copérnico y Galileo imaginaron un sistema solar en el cual los planetas oscuros, movidos por la fuerza de la gravedad, daban vueltas servilmente alrededor de un magnífico Sol central, el rey del cielo. Se creía que todo el sistema estaba compuesto de cuerpos materiales que se movían en el vacío —materia sólida en el caso de los planetas, materia en estado incandescente en el caso del Sol—. Estaba gobernado por rígidas leyes mecánicas. Esta visión sustituía la antigua imagen geocéntrica del universo, según la cual la Tierra era el centro de una jerarquía de esferas celestiales —lunar, solar, planetaria, estelar y divina— daba vueltas alrededor de ella.

El cambio de la antigua a la nueva visión del mundo ha sido denominado la revolución copernicana, aunque Galileo y Kepler contribuyeron en gran medida a su formulación y difusión, y, más tarde, Francis Bacon, Newton y Descartes desarrollaron aún más sus consecuencias. El sistema heliocéntrico ha sido aceptado en todo el mundo. Curiosamente, la sociedad clásica que surgió en Europa al final del siglo XVI y durante el siglo XVII estaba formada, inconscientemente sin duda, según el modelo del sistema heliocéntrico: un rey autocrático gobernaba con poder absoluto sobre un país que él, teóricamente, poseía, y sobre un pueblo sometido a su volun-

tad personal; y estaba rodeado de ministros, cortesanos y servidores de varios rangos que reflejaban su poder.

Una sociedad y su cultura siempre están basadas en un conjunto de supuestos que tienen por fundamento metafísico y/o religioso y que se expresan por medio de grandes símbolos y mitos. En el curso de su desarrollo, una minoría curiosa y creativa de pensadores de las clases gobernantes cultas —que a su vez controlan los sentimientos y creencias religiosas de las masas— llega a poner en tela de juicio la validez de algunos de los conceptos básicos que hasta entonces habían aceptado como dogmas y paradigmas. Cuando esto ocurre, la revolución que se está produciendo en las mentes de un pequeño grupo de pioneros, poco a poco induce y produce cambios en toda la sociedad. La forma de vivir de la gente y la mentalidad oficial impuesta en el sistema educativo por una intelectualidad dominante se transforman gradualmente. Varias influencias están siempre en juego cuando ocurren tales cambios revolucionarios, algunos de los cuales se producen por alteraciones en las condiciones materiales y económicas, por nuevos inventos o por cambios bruscos en el clima. Pero aquí nos interesa solamente la transformación mental-espiritual que tiene lugar cuando nuevos conceptos, nuevas formas de interpretar hechos antiguos, o el descubrimiento de hechos nuevos, profundamente e irrevocablemente incitan y, en cierto modo, obligan a los principales cerebros de una cultura a ver el universo y la vida a su alrededor de una forma radicalmente nueva.

Lo que Copérnico, Galileo, Kepler y Newton lograron entre los siglos XVI y XVIII, Roentgen, Curie, Planck y especialmente Einstein y sus sucesores lo llevaron a cabo hace menos de un siglo cuando, en un sentido muy real, nos «desmaterializaron» el universo en el que habíamos creído implícitamente durante tres siglos. Un universo compuesto por esferas sólidas de materia, separadas unas de otras por enormes distancias y que se mantiene unido por inmutables leyes de la Naturaleza expresando un principio de causalidad absoluta, se ha convertido, después de Einstein, en universos

de campos de energía (o campos de fuerza) que solamente en ciertas circunstancias presentan al observador el carácter de solidez material. La vieja «sensata» imagen del universo ha desaparecido casi completamente en el enrarecido aire del álgebra radical, números irracionales y niveles del infinito. Más recientemente, por medio del radiotelescopio, hemos llegado a ser conscientes de galaxias inconcebiblemente lejanas, quasares, agujeros negros y agujeros blancos. Un universo cada vez más grande, lleno de todo tipo de vibraciones intangibles y partículas evasivas, que podrían ser tanto anti-materia como materia y que podrían operar tanto en tiempo positivo como en negativo, se presenta ante nuestra perpleja mente. ¿Lo hemos aceptado realmente? ¿Podemos aceptarlo?

La revolución copernicana tardó unos dos siglos en ser oficialmente asimilada, especialmente después de que los conceptos de Newton la hicieron más definitiva. Igual que el número de científicos y la velocidad de la comunicación sociocultural han aumentado enormemente, la nueva imagen del universo —y un cambio igualmente desafiante en los conceptos sostenidos desde hacía mucho tiempo relativos a la naturaleza y las potencialidades innatas de los seres humanos— pueden finalizarse y llegar a ser completamente autenticados antes del final de este siglo; y, sin embargo, aún se cambia constantemente. Es posible que haya que reformularlo sobre una base radicalmente nueva. Quizá sigue siendo sólo parcialmente válido. Si nuestra actual crisis de civilización condujera a acontecimientos cataclísmicos, puede que resultara ser nada más que una imagen transitoria —destruyendo todas las ilusiones, pero todavía no verdaderamente constructiva por no haber encontrado aún la clave esencial (o podríamos decir, *los nuevos símbolos básicos*) necesaria para poner orden en una creciente masa de datos, todavía no completamente correlacionados, que consideramos como hechos.

¿Pero qué son los «hechos»? La etimología de la palabra nos sugiere que un hecho es algo «hecho» (*factum*). Un hecho es una cosa de la cual nuestros medios de percepción nos

permiten ser conscientes, como seres humanos. Sabemos que si fotografiamos un paisaje con placas sensibles a rayos infrarrojos o ultravioletas obtenemos una imagen muy diferente de la que ven nuestros ojos. No vemos las nebulosas enormemente lejanas cuyas vibraciones detectan nuestros radiotelescopios —o en la niebla, objetos que nuestro radar nos traza. ¿Son estos hechos? Y si lo son, ¿por qué no se van a considerar también hechos los espíritus de la naturaleza y los dioses de los hombres de la antigüedad? Por qué no consideramos las visiones de los místicos medievales como hechos de *su* experiencia cuando nosotros, como cerebros preparados científicamente, creemos que las nebulosas que están a millones de años luz —o partículas subatómicas de las cuales vemos, como mucho, rastros en instrumentos sofisticados— son hechos de *nuestra* experiencia?

El hombre de la antigüedad construyó complejos sistemas religiosos y cosmologías para interpretar sus hechos de la forma que mejor le diera un sentido de orden universal. Lo mismo hicieron los santos católicos de la Edad Media —y así lo hacen nuestros astrónomos en la actualidad. Todas las culturas construyen el tipo de imagen del mundo que con mayor efectividad y de modo más convincente produce para la mente del hombre y para sus sentimientos profundos de ser vivo y creativo, el tipo de orden para el cual la etapa de evolución humana que caracteriza la cultura puede responder más significativamente. Ese tipo de orden se expresa con mitos y símbolos. Nuestros símbolos actuales son matemáticos. Nuestros mitos se encuentran en nuestra teoría darwiniana de la evolución; en la básica premisa de la ciencia moderna —de la cual no se dudaba hasta hace muy poco tiempo— que la materialidad y las medidas son las únicas claves para un entendimiento del mundo; y en nuestro enfoque de laboratorio hacia la psicología y la medicina. Incluso las verdades «autoevidentes» que hemos entronizado en declaraciones de derechos nacionales e internacionales (pero que en realidad hacemos todo lo posible para evitarlas o ignorarlas por completo)

constituyen, en el sentido más profundo de la palabra, un *mito*.

La consecuencia de todo esto significa sencillamente que cualquier sociedad, cualquier grupo característico de seres humanos, y hasta cierto punto cualquier individuo que no sea simplemente un ejemplar indistinto de un determinado tipo racial, social o económico, percibe el universo como cada uno *necesita verlo*. El hombre proyecta sobre el mundo exterior lo que él *en potencia es*, aunque no sabe lo que es, para descubrir y realizar su potencial innato de existencia. El hombre colectivamente «crea» el universo que necesita, sencillamente porque lo necesita para actuar con óptima eficiencia; y lo hace igual ya sea un antiguo shaman, un Sufi, un místico cristiano o un científico de la actualidad en su laboratorio u observatorio.

Cuando el hombre de la antigüedad veía dioses en el cielo, era porque necesitaba dioses con los que comunicarse y de los que lograr ayuda. Si el hombre clásico europeo vio en el sistema solar un enorme mecanismo que funcionaba según reglas quasi-ritualistas (es decir, inmutables) —las leyes de la Naturaleza— era porque necesitaba una sensación externa y material de seguridad para formular y reforzar el desarrollo de su individualismo social. Cuando los reyes y emperadores fueron derrocados, una constitución sacrosanta ocupó su lugar —o, en la religión, «El Libro».

—Lo que el hombre percibe en el universo, al ser una proyección de su necesidad más característica, es por este motivo *un símbolo de lo que el hombre es*. Es una imagen cósmica o deificada de sí mismo; y aun más. Como símbolo, contiene en una forma latente y «oculta» la respuesta a las básicas necesidades humanas. Es una respuesta en términos impersonales— una respuesta formulada en un lenguaje simbólico, cuyo descifrado es difícil. Pero el lenguaje de los sueños y oráculos también es y siempre ha sido difícil de interpretar.

Lo que estamos presenciando en la actualidad es la gradual emergencia de una imagen del universo que nos plantea

un problema especial, pues exige la aceptación de *una nueva dimensión de la realidad*. Esta «cuarta dimensión» se puede definir con la evasiva, aunque reveladora palabra: INTERPENETRACION. Lo que se quiere dar a entender con ella es que el universo y todo nuestro ser «interpenetran». La era de las aisladas, irreductibles, y quasi-absolutas individualidades, así como de los objetos totalmente distintos e inconexos, está desapareciendo. Todo no solamente conecta con todo lo demás, sino que todo lo que existe interpenetra con todo. Las «Particularidades» permanecen, en un espacio que ahora se considera como plenitud más que como vacío; pero la realidad fundamental es ese espacio en el que cada particularidad interpenetra con todas las demás «en su vecindad» —y vecindad aquí puede abarcar un vasto campo de actividades interrelacionadas.

El género humano en conjunto, o incluso en minoría considerable de seres humanos que representan una vanguardia evolutiva, aún no tiene una experiencia *directa* de este tipo de universo. Los órganos de percepción que nos permiten aprehender de una manera completamente convincente el tipo de *organización, relatividad y procesos de transformación* producidos por las matemáticas abstractas de la física y astronomía modernas todavía les faltan a los seres humanos «normales». Muchas veces no nos podemos fiar de las pocas personas sensibles o clarividentes que pueden «ver» o sentir lo que la mayoría de la gente no puede percibir. Esto se debe en parte al hecho de que tienen que trabajar bajo la presión de la mentalidad colectiva de su cultura; les falta un coherente marco de referencia para sus experiencias. Las revelaciones místicas, aunque normalmente apuntan a una interpretación idéntica de una Realidad que trasciende el tiempo y el espacio, tienen un carácter absolutista y subjetivo que les hace esencialmente incómunícables. La comunicabilidad requiere la posibilidad de formular algún principio de organización. Las nuevas experiencias se tienen que remitir a un nuevo tipo de orden, lo cual implica nuevos modos de relación entre los

elementos de cualquier «sistema» que estamos considerando o en el que estamos participando.

Los nuevos descubrimientos de la física y la astronomía nos proporcionan datos muy raros, los cuales a su vez se modifican constantemente con nuevas observaciones. El científico es tan consciente de la necesidad de formular nuevas teorías generales que, desde el mismo momento en que aparece un nuevo hecho que desafía algún aspecto de la imagen hasta entonces aceptada, intenta convertirlo en la base de un nuevo modelo. Y, sin embargo, generalmente le falta imaginación o el coraje de liberarse totalmente de los viejos paradigmas de su cultura. En primer lugar, le resulta difícil renunciar al típico concepto occidental de la materialidad básica del mundo. Bajo el pretexto de que las soluciones deben ser sencillas y no deberían suponer la introducción de cualquier factor innecesario, nuestros teóricos no reconocen sus perjuicios culturales innatos. Es tan fácil decir que el universo es un sistema de organización caracterizada por «la vida» como afirmar que todo es «materia» y que lo que llamamos vida es un epifenómeno o producto secundario de la química de procesos materiales. Experimentamos la vida directamente, tanto en nosotros mismos como en nuestro entorno. Todo a nuestro alrededor nace y muere —incluso, por ejemplo, las montañas vistas en términos de largos procesos de evolución del planeta en su conjunto. Ahora sabemos que incluso las estrellas nacen, envejecen y mueren. No obstante, la duración de su vida es tan enorme comparada con la nuestra o con la duración de la vida de una sociedad que es capaz de transmitir de generación en generación el conocimiento que adquiere, que un proceso que en un sistema solar dura muchos años puede corresponder a lo que en un ser humano dura sólo unos pocos segundos. Así, H. P. Blavatsky, en *The Secret Doctrine* afirma que el ciclo de once años de las manchas solares corresponde a un solo latido (sístole y diástole) del corazón humano.

El concepto de jerarquía de los «niveles de organización»

ha sido aprobado recientemente por eminentes científicos. Hay que entenderlo en términos de una visión «holística» de la existencia. Este enfoque holístico, presentado por primera vez por Jan Smuts y el que analizaré en el siguiente capítulo, ahora está suplantando o modificando profundamente la visión del mundo «atomística», que durante los últimos cuatro siglos convirtió todo en entidades independientes y fundamentales aisladas —átomos, seres humanos, almas, sociedades y acontecimientos. *La relación* entre estas entidades y su participación en un todo mayor —que a su vez es parte de un todo aún más grande— se considera, cada vez más, la materia de la cual se hace la «realidad». El concepto de «campo» se usa dentro de «campos».

He tratado este tema en otros libros, pero lo que se debería añadir aquí es que esta aproximación holística que puede estar transformando nuestra imagen del universo se desarrolló y se está extendiendo en este momento histórico *porque la humanidad la necesita ahora*. Los conceptos que surgieron de la antigua Grecia, y que después de un período de oscurecimiento, llegaron a ser los cimientos del universo de la Europa clásica que heredó América, en su forma presente no pueden ayudarnos en la ahora imperiosa transformación de la conciencia, y, a nivel práctico, de nuestras actitudes y creencias socioculturales cada vez más obsoletas. Tenemos que volver a pensar la mayor parte de lo que la pseudo-Ilustración del siglo XVIII nos trajo, si queremos salvar de nuestra tradición occidental cualquier cosa que se pueda usar constructivamente en la nueva situación global a la que nos enfrentamos ahora. Para hacer esto con eficacia a todos los niveles, y no simplemente como una operación provisional, necesitamos un nuevo marco de referencia que abarque todo para nuestras experiencias. Podemos descubrirlo en el holístico y jerárquico universo que vamos conociendo. Este tipo de universo se nos revela *porque es el reflejo de lo que en nosotros está en camino de realización, aunque todavía en un estado de potencialidad*. El hombre siempre descubre fuera

de sí mismo aquello en lo que se va a convertir. Desgraciadamente, la inercia de la pasada tradición cultural y de unos conocimientos anquilosados en rígidas teorías, le prohibieron ver y aceptar por mucho tiempo lo que representaba la próxima etapa en su desarrollo.

No debemos olvidar que la nueva mentalidad que se formó durante el Renacimiento y se asentó durante la segunda mitad del siglo XII en Europa fue iniciada por astrónomos que estaban estudiando el cielo. El hombre europeo aplicó luego el concepto del universo como máquina a su comportamiento, y encontró en un Sol central y fuente de todo poder la justificación simbólica del derecho divino de los reyes —*le Roi Soleil*. Hoy en día, una nueva imagen del universo debería surgir de lo que la ciencia moderna sólo empieza a ver a ambos extremos de la balanza de magnitudes cósmicas —en el átomo y en las galaxias. El núcleo del átomo muestra al hombre la compleja y ambigua naturaleza de su ser más íntimo, mientras que el horizonte que se nos abre al examinar el nivel de organización representado por galaxias en espiral nos debería indicar la posibilidad —y, de hecho, la inevitabilidad en un futuro más o menos cercano— de un nuevo tipo de organización de la sociedad, basado en nuevos modos de relaciones interpersonales y entre grupos. Sin embargo, el problema es, repito, cómo interpretar las recientes revelaciones de la astronomía y la cosmología sin dejar que nuestras mentes sigan funcionando según los antiguos patrones de los mecanismos y la materialidad —patrones provocados por nuestra tendencia innata a crear entidades y nuestro individualismo egocéntrico y orgulloso.

Es allí donde, de su forma particular, la astrología nos ofrece una imagen simbólica del proceso de expansión de la conciencia y del comportamiento humano desde la era antigua de las tribus hasta la era del individualismo euro-americano —y más allá de ésta, a la de la civilización mundial consciente y armoniosamente integrada con todas las actividades infinitamente variadas si bien interdependientes que tienen lugar a

muchos niveles dentro del organismo planetario de la Tierra.

En la primera parte de mi libro *The Astrological Houses: The Spectrum of Individual Experience* (New York: Doubleday Anchor, 1972), señalé que la astrología empezó como un sistema estrictamente «local» de interpretación de los hechos revelados mediante la observación de la «cúpula del cielo» un hemisferio celestial más que una esfera, dado que no había forma de observar lo que ocurría bajo la superficie plana de la Tierra limitada por el horizonte. Las tribus antiguas se alejaban muy poco de la tierra de la que obtenían su subsistencia; estaban unidos a la tierra igual que el óvulo está unido al recubrimiento del útero de la madre. Su cultura estaba influenciada por el clima y el carácter del entorno local y todo lo que contenía. El hombre de las Eras Vitalistas se sentía muy unido a la Naturaleza; todavía no había desarrollado un sentido de separación de todo lo que a él se le mostraba como manifestaciones diversas de la Unica Vida que ocupaba todo el espacio. Pero las experiencias contrastantes de su entorno tropical y el cielo le llevaron a concebir esta Unica Vida como bipolar en su manifestación: cielo y tierra.

La «Naturaleza celestial» para él era el aspecto positivo y creativo de la Vida que se expresaba mediante varias grandes jerarquías espirituales de las Inteligencias divinas. Algunas de éstas funcionaban directamente a través del Sol, que, al desplazarse por el cielo, concentraba el poder de las doce grandes constelaciones zodiacales. Otras constelaciones daban significados más trascendentes o espectaculares (y generalmente muy preocupantes) al espacio alrededor de unas pocas estrellas especialmente brillantes. Para estos hombres de los tiempos antiguos, la naturaleza celestial era la polaridad activa y fecundativa; la naturaleza terrena el polo pasivo y reflector. En esencia, las dos eran la misma cosa, y, por lo tanto, el hombre podía comunicar con los seres celestiales. Esta comunicación tenía lugar en diferentes formas —en visiones; en grandes sueños, compartidos por, al menos, dos miembros de la tribu para probar su validez; en presagios y

oráculos. La astrología era, por tanto, el lenguaje de los dioses celestiales —un lenguaje misterioso que debía ser interpretado cuidadosamente, al igual que los sueños y las declaraciones del oráculo. Era un lenguaje usado por los dioses para darnos «información».

Podemos comparar la información proporcionada por los mapas astrológicos con aquella que las moléculas ADN dan a la célula. Interpretamos esta información en términos químicos porque nuestra mente tiene que interpretar los resultados de una forma tan material si queremos entender los procesos de la vida dentro de la célula. Pero, evidentemente, el lenguaje astrológico es diferente al lenguaje químico, porque proceden de distintos enfoques. Y, sin embargo, decir que todos los procesos de la vida que observamos son el resultado de operaciones materiales y químicas implica la aceptación de postulados indemostrables, lo mismo que si aceptamos la atribución de estos procesos de la vida a las Inteligencias Divinas. Evidentemente, es difícil para la mentalidad orientada a la materia ver la posibilidad de que los planetas sean manifestaciones visibles de dioses transmitiendo a los seres humanos el tipo de mensajes e información organizativa que los astrólogos creen que es lo que contiene la carta natal de una persona. La dificultad surge principalmente porque la mayoría de las mentes modernas ve todo separado de todo lo demás —y especialmente no puede concebir ninguna conexión «real» entre los movimientos planetarios lejos de la superficie de la Tierra y el destino y conducta o temperamento de los seres humanos, cada uno de los cuales también se cree que es un individuo autónomo y fundamentalmente separado. Para la conciencia antigua no existía separación entre el cielo y la tierra; constituían las dos polaridades de una existencia que era el resultado de su interacción incesante y rítmica —una interacción que el filósofo chino simbolizó con la interrelación de dos fuerzas cósmicas, Ying y Yang.

Sólo cuando los seres humanos se hicieron cada vez más individualistas —especialmente a causa de la vida urbana, lo

que fomentó la ambición personal y el ansia de poder— un nuevo concepto reemplazó el de la interdependencia incondicional entre los dos aspectos de la Vida universal —cielo y tierra, dioses y hombres. Este era el concepto de una analogía básica estructural entre el universo y el hombre individual. A éste se le consideraba como el microcosmos y a aquél como el macrocosmos. Se «correspondían» el uno con el otro, desarrollándose en paralelo; el macrocosmos se le consideraba como positivo, y el microcosmos receptivo. A tal paralelismo estructural que une de manera no demasiado clara dos series de acontecimientos y patrones de comportamiento característico, el psicólogo Carl Jung le ha dado una forma modernizada y restringida bajo el oscuro nombre de «sincronicidad».

Este principio Hermético de correspondencia, «lo que es Arriba es Abajo» seguramente se desarrolló en el Egipto Helenizado, pero podría tener raíces más antiguas. Formaba la base para un tipo relativamente nuevo de lenguaje astrológico, transmitido a la Europa cristiana principalmente por medio de Tolomeo de Alejandría y también de algunos astrólogos del Imperio Romano que se desintegraba lentamente. Cuando tuvo lugar la revolución copernicana, que condujo a la clásica imagen heliocéntrica del universo, se produjo un cambio profundo en el concepto consciente del hombre. Lo que mucha gente no comprende es que esta transformación heliocéntrica dio lugar a, y hasta cierto punto implicó —aunque sus fundadores seguramente no se dieron cuenta de esto— un enfoque no solamente mecanista, sino también materialista, enfoque de *todas las formas de existencia*. Lo importante no era que la Tierra se convirtiera en una esfera que giraba alrededor del Sol en vez de ser el centro del universo, sino más bien que la *relación* entre cada una de las partes de este universo clásico había llegado a ser *interpretada* en términos del tira y afloja entre masas materiales, representadas como entidades aisladas en el vacío. El universo se había atomizado, porque el género humano occidental había alcanzado una etapa de la evolución humana que necesitaba una fuerte

acentuación de cualquier cosa que justificara y proporcionara un fondo universal y también lógico para el individualismo —o, podríamos decir, para un enfoque «ultraindividualista» a la existencia, ya sea a nivel personal o social.

La teoría heliocéntrica introdujo muchas complicaciones a la imagen astrológica. El cambio desde un estudio «local» a otro estudio «global» de los movimientos de los cuerpos celestes trajo consigo una gran ambigüedad acerca de la naturaleza del zodiaco y las Casas astrológicas. Aún más importante, la nueva imagen del universo como máquina esencialmente cambió el *significado* de la información que la astrología podía proporcionar. El cielo mecanistizado, al haberse convertido en un enorme reloj cósmico, sólo podía dar la hora a los seres humanos —la hora a la que los acontecimientos podían esperarse que ocurrieran— y, en términos de una imprecisa Doctrina de Correspondencia, en *dónde* tendrían lugar en el microcosmos, la persona individual. La astrología clásica ya no trataba de la «vida» —y el Sol y la Luna, que en los siglos anteriores han sido las dos fuentes de los procesos de vida bipolares, pronto llegaron a ser, para el moderno astrólogo, simples miembros del grupo planetario. El individuo era considerado exterior a su carta natal —siendo el alma individual también exterior a la naturaleza terrena. Un hombre era tanto más «sabio» cuanto más «gobernaba sus estrellas».

La ruptura entre el individuo y el universo se hizo más definitiva en el siglo XIX. El hombre se emborrachó de orgullo por el progreso del cual él era el único responsable, y por el poder puesto en sus manos por su intelecto analítico e inventivo, aunque limitado a la materia. No fue hasta la conjunción de Neptuno y Plutón en 1891-1892 —quinientos años después de una conjunción similar había marcado los primeros comienzos del Humanismo y del período del pre-Renacimiento— cuando se descubrió la radiactividad; las teorías de Planck y Einstein; el uso de mayores telescopios, y luego de radiotelescopios, dieron lugar a una imagen del universo casi totalmente diferente. Las implicaciones de tal imagen todavía no

han sido apreciadas, a excepción, quizá, de unos pocos filósofo-científicos, igual que los efectos a largo plazo de la revolución copernicana no fueron entendidos hasta uno o dos siglos después.

Hoy en día, habiendo creado dos instrumentos que hicieron posible una nueva imagen del universo, el hombre ha alcanzado una etapa en la que necesita urgentemente integrar las capacidades que ha desarrollado recientemente con las facultades complementarias que tuvo que degradar (e incluso rechazar) para concentrarse en la construcción de sus nuevas capacidades de análisis, interpretación y generalización. Los resultados directos de la tecnología, que permitieron al hombre construir instrumentos aumentando mil veces su capacidad de percepción, le están obligando a desafiar la única validez del enfoque social e intelectual que hizo posible la creación de tales instrumentos. La tecnología es un destacado éxito, pero la próxima generación podría morir por su despiadada aplicación, a menos que reconsidere y revise a fondo las premisas sobre las cuales nuestra civilización occidental basó su clásica imagen del universo y de la relación del hombre con este universo. Los recientes descubrimientos científicos todavía no han borrado esta imagen de la conciencia colectiva de mucha gente, incluyendo la gran mayoría de líderes políticos y religiosos, así como educadores.

Esto no significa que debamos volver a una antigua e ingenuamente «vitalista» imagen del universo; y, en astrología, a un tipo de interpretación local del cielo lleno de jerarquías de dioses. Significa, no obstante, que la ruptura entre el hombre y el universo han de ser *salvada* —pues era verdaderamente una «falta de tranquilidad», destinada acaso a suscitar en el hombre un estado febril y obligarle a superar la inercia de las viejas formas tribales de existencia social. *La comunicación ha de restablecerse entre el hombre y el universo.*

Esto sólo podrá ocurrir cuando el hombre deje de sentirse como un extraño en el universo y se considere una parte

funcional del mismo; cuando la experiencia humana de la vida, primero –y luego conciencia e inteligencia– se entienda no como un mero accidente en un universo vacío de sentido donde masas materiales se desplazan arbitrariamente a velocidades increíbles, sino como un elemento esencial del cosmos. En este cosmos, la materia, la vida, la mente y una sustancia-energía supramental que llamamos vagamente espíritu han de considerarse y (eventualmente) experimentarse como distintos «niveles de organización» de la realidad. Esta realidad de múltiples niveles abarca todo el espacio y es dinámica durante una duración infinita. Opera cíclicamente, porque es de naturaleza dual o bipolar, y lo que llamamos y experimentamos como existencia es el resultado del juego incesante entre dos fuerzas cósmicas –un juego que produce una secuencia rítmica de manifestaciones cósmicas en campos limitados espacio-temporales de actividad– que retorna periódicamente a un estado metacósmico de potencial infinito.

Los rasgos metafísicos esenciales de tal imagen del mundo no son nuevos, pero la imagen como un todo ha de ser formulada de modo radicalmente distinto, para que responda mejor a las necesidades de una humanidad con una mentalidad nueva y otro tipo de relaciones interpersonales.

Una nueva fórmula implica nuevos símbolos, o más exactamente, un *nuevo nivel de simbolización*. Decididamente, no es fácil alcanzar un nivel superior –por abarcar más– de conceptualización y simbolización. No obstante, debería hacerse y los elementos ya están a nuestro alcance, proporcionados por los nuevos hallazgos de la física nuclear y la astronomía galáctica. El problema, repito, es cómo usar estos nuevos factores sin reducirlos a estructuras conceptuales propias del nivel intelectual y mecanicista de la astronomía clásica. Es un problema de interpretación –interpretación en términos de una nueva dimensión y conciencia, dando una nueva luz a todas las realidades básicas de la existencia humana. La palabra que he usado anteriormente, interpenetración, parece ser la más adecuada para definir este rasgo.

Desde el punto de vista de una astrología libre del fantasma de hasta el más sofisticado y «científico» tipo de adivinación, este nuevo enfoque cuadrimensional de la existencia y la conciencia humanas puede simbolizarse en relación con la Galaxia —del mismo modo que el tipo europeo clásico de enfoque puede resumirse por referencia a la imagen copernicana y newtoniana del sistema solar. Así pues, hablaré de una «dimensión galáctica de la astrología». También puede introducimos a un «concepto galáctico» de la sociedad y de la humanidad, según el cual nuestra Galaxia espiral simboliza la «Comunidad Universal del Hombre», que está emergiendo lentamente.

CUANDO EL SOL SE CONSIDERA UNA ESTRELLA

A) UN ENFOQUE GALACTICO DEL SISTEMA SOLAR

Según un enfoque holístico de la naturaleza del universo y a la humanidad, lo que llamamos existencia es un estado de actividad funcionando como un conjunto de «todos». Un ser humano constituye un todo, un organismo, un campo organizado de actividades interrelacionadas e interdependientes —y, por lo tanto, funcionales. Clasificamos estas actividades según funcionen a nivel físico-biológico, psicológico, mental y (por falta de mejores términos) supermental o del alma. El hombre, como persona total, es el todo que los incluye a todos ellos.

El hombre, este campo orgánico y organizado de existencia, tiene al menos la capacidad de desarrollar una forma de interrelación entre cada una de sus partes y, por tanto, un carácter individualizado. Esta exclusividad se expresa al percibir que «Soy esta persona concreta». En el hombre, por consiguiente, el campo de actividad ha adquirido un centro al que se dirige conscientemente la mayor parte de sus actividades. Al menos, parecen la mayor parte para la mente de la persona que experimenta estas actividades como propias. Una mente es la forma que toma (y mantiene) la conciencia, que brota del campo de actividades de una persona concreta en que se manifiesta la *centralidad de todo el campo* en el nivel de lo que llamamos «conciencia de vigilia».

Un ser humano, según lo entienden nuestros sentidos «normales» en la presente etapa de la evolución humana, es ante todo un cuerpo —es decir, un sistema biológico. Las partes que componen este sistema son células, la mayor parte de las cuales funcionan en comunidades llamadas «órganos» (corazón, hígado, cerebro, glándulas de tipos diversos); otras, en subsistemas circulatorios menos relacionados entre sí o en masas intersticiales, se extienden por donde sean necesarias. Cada célula es un todo bien definido con propiedades características; contiene moléculas que son también sistemas estructurados de actividades organizadas para un tipo específico de trabajo —y las moléculas contienen átomos, los cuales contienen muchas partículas de varios tipos. Así, en el nivel de la vida en la biosfera de la Tierra percibimos una serie holárquica o jerárquica de todos, cada uno con un tipo determinado de función dentro del campo o del «todo mayor» del que forman parte. Cada uno constituye, a su vez, un todo mayor para las partes que lo componen.

Cuando una mente moderna considera objetivamente tal serie, generalmente da por hecho que la serie termina con el cuerpo viviente del animal y los seres humanos. Sin embargo, todos estos cuerpos vivientes están dentro de la biosfera de un planeta que es un sistema muy bien organizado de partes constantemente interrelacionadas, interactivas e interdependientes. Estas partes son los diversos «reinos» que evidentemente conocemos y podemos observar (mineral, vegetal, animal y humano). A éstos deberíamos añadir, al menos, factores telúricos o planetarios como los atmosféricos, estratosféricos, y corrientes oceánicas, y también fuerzas magnéticas o envoluras (por ejemplo, las bandas ban Allen), que quizá tengan un papel fundamental en la función armónica del todo planetario en su totalidad.

Al lado de estas categorías o actividades, es posible que haya otros «reinos» o centros nodales de energía que nuestro sentido no puede captar en la actualidad. Pueden ser considerados «físicos» en diferentes niveles vibratorios, o superfisi-

cos. Todos los seguidores de religiones antiguas, e incluso hoy día, mucha gente que vive junto a la Naturaleza, y la mayor parte de los clarividentes del presente son testigos de la existencia de clases de entidades normalmente no percibidas coexistiendo con nosotros en la biosfera de la Tierra, o en otras esferas incluidas en el campo total de actividad planetaria que denominamos la Tierra. Se les ha dado muchos nombres: ángeles, devas, espíritus de la Naturaleza de varios tipos que pueden ser las personificaciones de *guías de campos de energía* funcionando dentro de cuatro reinos visibles de la vida. Algunos de estos «campos de energía» están quizá relacionados con radiaciones solares u otras fuentes cósmicas.

La creencia en la existencia de lo que a nosotros nos parecen formas de vida o inteligencia normalmente invisibles era natural para el hombre de tiempos antiguos. Nunca ha desaparecido por completo, ya sea de una forma ingenua, dogmáticamente religiosa o «paralógica» (es decir, oculta); sino que ha sido exorcizada por los sumos sacerdotes de nuestra física clásica y la cosmología en nombre de un racionalismo totalmente subordinado a un empirisma materialista. El que esta creencia esté o no basada en hechos indiscutibles de la experiencia objetiva no es esencial en esta etapa de nuestra presentación. Lo que es importante es que no parece que haya una razón válida para terminar la serie jerárquica de campos de actividades siempre más inclusivos (pero siempre rigurosamente organizados) con el cuerpo humano o, como Jan Smuts afirmó en su revolucionario, aunque poco mencionado, libro *Holism and evolution* (1926), con el individuo¹. Si

¹Las palabras holismo y holístico ahora son muy usadas por los filósofos, científicos y estudiantes de letras, especialmente en contraste con atomismo y atomístico. En mis últimos libros, *La planetarización de la conciencia* y *Podemos empezar de nuevo juntos*, acuñé los términos holarquía y holárquico para referirme más concretamente al principio de jerarquía funcionando a través de un universo de todos, siendo cada todo parte de un «todo más grande», así como el receptor y síntesis de una multiplicidad de «todos más pequeños». Un universo holárquico presenta muchos niveles de actividad y conciencia.

terminamos la serie allí, significa que solamente podemos concebir tres niveles de actividad cósmica: materia, vida y personalidad (que incluye la mente incluso en su más alta forma humana), y esto sería seguramente una excelente manifestación del orgullo humano («nadie puede ser mejor que yo, el hombre»), si no fuera por la creencia en un Dios que lo abarca todo y ante el que el hombre ha de humillarse en absoluta devoción y abandono de sí mismo.

La imagen de Dios que la cristiandad ha formado, aparte de unas cuantas excepciones, se puede caracterizar simbólicamente como «heliocéntrica». El *teocentrismo* de las «grandes religiones» teístas —entre las que tenemos que incluir al budismo en su forma original— es comparable al heliocentrismo de la clásica imagen del mundo: un todopoderoso sol, del que emana luz —la única fuente de luz, calor y radiación— rodeado por oscuros planetas subsidiarios, siendo la Tierra la única esfera en la que, por azar de la química, pudieron desarrollarse organismos vivos, y luego el hombre.

Tal imagen representa sin duda un significativo y definitivo hito en la evolución de la conciencia humana —al igual que el desarrollo del ego en el hombre, pues el ego parece ser la forma inevitable que los individuos tuvieron que tomar para salir de la matriz de la sociedad tribal. Un Dios personal, soberano del universo y creador de las inmutables «leyes de la Naturaleza» —el Sol, el gran autócrata de su propio sistema, todo el cual (el «heliocosmos») controla como propiedad privada— el ego del individuo, que gobierna también (en teoría) la personalidad y el cuerpo que debería ser su obediente esclavo: el *mismo* concepto opera a estos tres niveles. Se necesitaba este concepto para que funcionara el proceso de individualización y el hombre pudiera sentirse un individuo «libre y responsable». Por desgracia, el ideal de individualismo —que inspiró el concepto político-social de democracia— dejó de funcionar en el nivel del tipo espiritual de la personalidad individual, una individualidad integrada dentro de la comunidad universal. Del mismo modo, la imagen heliocén-

trica del sistema solar, al menos por mucho tiempo, no hizo hincapié en el hecho de que *nuestro sol también es una estrella dentro de un todo cósmico más grande, la galaxia*. Y la adoración de un Dios personal, un topoderoso Señor de los ejércitos, puede que no sea la aproximación más espiritual al ideal de divinidad —como muchos místicos, especialmente Meister Eckart, han intentado dejar claro.

El punto básico que estoy recalcando aquí es que la clásica y heliocéntrica imagen del mundo era una proyección sobre la cúpula del cielo de la necesidad humana de un centro individual dentro de su personalidad —pero una necesidad inadecuadamente formulada y que convirtió en un ego autocrático, orgulloso, celoso y belicoso, el centro «yo soy» de la persona total del hombre. Este ego puede ser inevitablemente el primer paso en el desarrollo del centro «yo soy», pero es un paso al que debería seguir otro. Una forma de entender objetivamente la diferencia entre el ego y el centro espiritual de que es en el mejor de los casos solamente un aspecto es darse cuenta que, como he dicho anteriormente, el Sol no es solamente el poder dominante en un sistema de planetas, sino también *una de los miles de millones de estrellas* que hay en la galaxia. En otras palabras, el sol se puede ver en dos papeles distintos, y, al igual que el centro de la existencia humana, puede funcionar como ego y como uno de los miles de millones de centros «yo soy» en la comunidad universal del hombre.

El llegar a una comprensión intensa, inevitable y total de que el ego-sol no es más que una estrella galáctica, es fundamentalmente la primera etapa de la transformación del hombre actual en algo «más que hombres». Esta transformación es necesaria como base de una «revolución galáctica».

Cuando el sol se ve como la estrella que es principalmente, un marco galáctico de referencia toma forma en la conciencia del hombre, y trae un significado potencialmente nuevo a todas las formas y acontecimientos de nuestro tradicional sistema solar. Los hechos planetarios, *en principio*,

permanecen tal como eran. Las órbitas, la velocidad de revolución y la interrelación cíclica entre sus posiciones en el cielo vistas por el ojo humano no cambian, pero se altera la interpretación de estos hechos. Los nombres tradicionales usados durante mucho tiempo adquieren un significado distinto —lo que desgraciadamente causa problemas semánticos. Todo el sistema solar se ve bajo una nueva luz, la luz de la relación que tiene con la galaxia. Esta luz hace resaltar la diferencia entre los planetas que giran dentro de la órbita de Saturno —incluido el mismo Saturno— y los planetas trans-saturnianos, Urano, Neptuno y Plutón.

Lo que quiero decir con la *relación* que el sistema solar tiene con la galaxia es el hecho que desde el punto de vista «holárquico» que estoy presentando, *dos fuerzas* son activas dentro de nuestro sistema solar: la atracción de la gravedad ejercida por el sol, y otra fuerza, cuya naturaleza todavía no podemos entender, «fuerza galáctica». Y este término, fuerza galáctica, se debería entender como la fuerza del tipo de energías —y aun mejor, de la *cualidad de existencia*— que se extiende por todo el espacio galáctico. La potencia relativa de estas dos fuerzas cambia según la región del sistema solar que se considere. En la región limitada por la órbita de Saturno, la fuerza del autócrata solar es dominante; más allá de Saturno, la fuerza galáctica sobrepasa la fuerza solar. Sin embargo, las dos fuerzas son activas por todo el sistema; son activas dentro del hombre, porque cada una de las células del hombre existe en el espacio galáctico, así como también en el espacio heicósmico y bioesférico. El espacio de cualquier «todo mayor» incluye los espacios más diferenciados de todos los «todos menores» que aquél contiene y cuyas actividades organiza funcionalmente con respecto a sus necesidades. En la mayor parte de los casos, los «todos menores» no son conscientes de las necesidades de los «todos mayores», no obstante, su modelo de vida general (su «destino») está sujeto a estas mismas necesidades.

Si verdaderamente entendemos esta imagen del universo,

deberíamos ver que su centro es el concepto de una *jerarquía* de espacios, y espacio, durante un período de manifestación cósmica, representa la forma en que todos los sistemas organizados de actividades que funcionan en cualquier región del universo están interrelacionados e interconectados. El espacio no es un recipiente vacío en el que se echan sustancias materiales: es la interrelatividad de todas las actividades. Y como estas actividades están funcionando en diferentes niveles de organización —o planos de existencia— la *calidad* de su interacción e interdependencia varía con cada nivel. Hay una jerarquía de niveles o alcances y ritmos de actividad, y, por tanto, una jerarquía de calidades de existencia. La existencia tiene una calidad o carácter distinto a nivel de biosfera en el campo de la tierra y a niveles heliocósmicos y galáctico.

Así, cuando aquí hablo de espacio galáctico, me estoy refiriendo al carácter especial de la relación entre entidades (es decir, campos organizados de actividad) que llamamos «galácticas», porque percibimos sus actividades fundamentalmente diferentes y superiores a las de entidades que existen en planetas oscuros que no irradian luz. Estas entidades cósmicas que irradian luz las llamamos «estrellas», y nuestro sol es una de ellas —y de ningún modo una de las mayores y más brillantes o situadas en posición central.

El espacio galáctico es un espacio dentro del cual las estrellas se relacionan entre sí. El espacio heliocósmico es un espacio dentro del cual los planetas y otras entidades materiales se relacionan entre sí. El espacio biosférico es un espacio dentro del cual los organismos vivientes establecen relaciones entre sí. Estos espacios difieren en su naturaleza o en la calidad de las relaciones que tienen lugar en ellos; con todo, el espacio mayor contiene al más pequeño, por lo tanto, el hombre, que normalmente actúa dentro del espacio biosférico, también está afectado por el espacio galáctico, y por la relación entre las estrellas —aunque por lo general no se dé cuenta de ello. Su consciencia no opera al nivel galáctico; menos aún puede actuar *físicamente* a ese nivel. Sin embargo,

la consciencia siempre va a la cabeza de la actividad concreta, operando la última en una base colectiva.

Aunque limitados físicamente al nivel tribal de la actividad sociocultural dentro de un entorno local, los seres humanos podían ser conscientes de lo que significaba la «vida» en un sentido general; y proyectaron ese significado en el cielo, que vieron lleno de la Unica Vida diversificada en las jerarquías celestiales creadoras. Cuando, gracias a los viajes, la humanidad advirtió la forma esférica de la Tierra y de la biosfera en su totalidad, las mentes más evolucionadas comenzaron a imaginarse el universo en términos heliocéntricos. Así surgió la imagen clásica del universo, que en esa época los astrólogos interpretaron en términos individualistas y orientados a los acontecimientos de unos hombres que intentaban actuar como autócratas solares —o, al menos, como individuos autónomos. Actualmente, es cada vez más posible superar la atracción de gravedad de nuestro planeta y viajar en el espacio heliocósmico. Tal logro se convierte entonces en el símbolo de la *posibilidad* abierta a toda consciencia sintonizada con una existencia más amplia y más global que la norma colectiva, de alcanzar el nivel de la existencia galáctica.

La astronomía nos ha dado materiales visuales con los que empezar a construir una imagen de lo que tiene lugar en el espacio galáctico. En la actualidad esta imagen todavía es confusa y llena de misterios. Con todo, la astrología puede empezar a interpretar en términos simbólicos las *relaciones* entre las estrellas que se mueven en dicho espacio galáctico.

El factor primordial en esta transformación de la consciencia del hombre es la transmutación del Yo «solar» en el Nosotros «galáctico». En esta consciencia del Nosotros funciona el principio de interpenetración. Esta es la dimensión galáctica de la existencia. En ella desaparece el sentido de la separación de entidades aisladas (que son estricta y exclusivamente lo que son). No solamente todo se relaciona con todo lo demás, sino, repito, cada entidad —cada mente, también— interpenetra el resto de las entidades. Como la consciencia de

un individuo es capaz de actuar en esta dimensión espiritual, comienza a participar activa y transformativamente en el proceso de integración de la humanidad en el nivel en el que la formación de una «pleroma» (o plenitud) del hombre es posible —el nivel de la mente espiritual o supermente. A ese nivel prevalece la unanimidad de conciencia, sin embargo, cada participante en el pleroma —o, como diría un verdadero ocultista, en la «logia blanca»— conserva la capacidad para obrar.

Este nivel de diferenciación funcional es simbólicamente el del heliocosmos —el Sol y los planetas. Los dos niveles —galáctico y heliocósmico— están relacionados no solamente por el hecho de que el Sol heliocósmico es también (y principalmente) una estrella galáctica, sino por el hecho menos evidente de que los planetas más allá de Saturno (Urano, Neptuno, Plutón y, probablemente, al menos otro planeta que hace tiempo bauticé con el nombre de Proserpina) están en el sistema solar, pero no pertenecen a él. Están aliados con la Galaxia. Son agentes de la diseminación de la cualidad galáctica de la existencia. Me he referido a ellos como «Embajadores de la Galaxia» —un tipo de embajadores cuya función es en parte atraer conciencia de los seres humanos hacia la Galaxia. Son fundamentalmente transformadores, y realmente fuerzas subversivas que funcionan en el sistema solar.

Un tipo transformador de actividad tiene siempre su lugar en cualquier sistema formal de organización humana personal o colectiva —y simbólicamente en la organización de cualquier tipo de orden con el Sol como centro. Tampoco está ausente del sistema biológico, donde se manifiesta como la *capacidad de mutación* de todo organismo viviente. Está presente en el mundo de la biosfera, porque en el núcleo del planeta Tierra tiene que haber un punto donde se sienta la acción de Galaxia. Como el espacio galáctico invade todo organismo vivo, el misterioso núcleo de la Galaxia puede reflejarse él mismo en o dentro de su espacio más recóndito, que vibra, al menos potencialmente, con la cualidad del espacio galáctico —la

cualidad de la interpretación y de la radiación estelar.

Mientras las mutaciones biológicas ocurren solamente en la sustancia celular o molecular del núcleo del germen, a nivel de la conciencia humana, el proceso de transformación de la mente heliocéntrica en la mente galáctica parece tener lugar en una región central de la cabeza. Esa región está ligada directamente con el «centro del corazón» donde el Sol espiritual del hombre —Atman, Krishna, o Cristo— puede situarse simbólicamente. Los dos centros son uno sólo, de la misma forma que el Sol es también una estrella.

B) PLANETAS DE FUNCIONAMIENTO ORGANICO

Una vez que nos damos cuenta de que el Sol es una estrella, y como tal participa como un átomo o célula en el todo galáctico firmemente arraigado en la mente humana, es fácil entender cómo el mismo sistema solar se divide en dos áreas. El área limitada por la órbita de Saturno y el que se extiende por fuera de ella incluye los planetas trans-saturnianos, Urano, Neptuno y Plutón —igual que la vida de un participante activo en un organismo nacional se compone de una parte privada y otra pública.

En la zona limitada por la órbita de Saturno y dominada por la fuerza del Sol, todo alude a la organización de un sistema de actividad capaz de obrar como un organismo constante y relativamente permanente. Funcionan tres principios básicos de operación: 1) el principio de exclusión formal, que establece la forma particular del organismo viviente y el carácter auto-regulado de su operación: «soy lo que soy, y nada más»; 2) la capacidad de auto-mantenimiento y crecimiento a través de la expansión y la asimilación metabólica; 3) el principio de auto-reproducción y automultiplicación biológica —y, a nivel humano, también de auto-expresión en la actividad simbólica y creativa dentro del entorno sociocultural.

Estos tres principios (o fuerzas) están representados en la

astrología por lo que antes he llamado los «planetas de vida orgánica» (*La práctica de la astrología*, 1970), o «planetas del consciente» (*La astrología de la personalidad*, 1936)². De estos planetas, tres dan vueltas alrededor del Sol fuera de la órbita de la Tierra: Saturno, Júpiter y Marte. Tres de ellos, si incluimos el Sol como la principal fuente de energía que hace posible la vida en nuestro planeta, funcionan dentro de la órbita de la Tierra; los otros dos son Mercurio y Venus.

Así como el Sol es el centro del campo de vida orgánica, Saturno representa la circunferencia en el lenguaje de la astrología —los límites de *cualquier* campo de vida. Los anillos de Saturno constituyen un claro símbolo visual del carácter delimitador y también concentrador de su actividad. Es el principio de la Forma, que divide el campo de experiencia en áreas *exteriores e interiores*. Tal actividad establece límites que al comienzo y por mucho tiempo funcionan en términos de exclusión rigurosa y temible. Pero la exclusión es necesaria mientras las funciones del organismo no están estabilizadas, y no se establezca una sensación de seguridad de acuerdo con la capacidad del organismo para aislarse de materias externas que no debería absorber, porque no las puede asimilar. Asimilar algo es hacerlo «similar a» lo que se usa funcionalmente en el área interna del campo orgánico de actividad.

Entre el centro-Sol y la circunferencia-Saturno se extiende el campo de vida orgánica. Júpiter, el planeta más grande de heliocosmos, representa la capacidad de asimilar, y a través de esta asimilación, de extenderse. Para que el tipo jupiteriano de expansión sea saludable, debería actuar dentro de los límites saturnianos. Sin embargo, cuando esto último se hace demasiado riguroso o demasiado exclusivista debido al miedo o experiencia chocantes, la fuerza jupiteriana intenta salir al

² Remito al estudiante a otros dos libros, *New Mansions for New Men* (1937) y *TRIPTYCH: THE ILLUMINED ROAD* (1968), para diferentes enfoques del conocimiento de los planetas y el sistema solar.

exterior por las grietas de los muros de Saturno, seduciendo o sobornando al guardián de las puertas. Si esto no es posible o seguro, intenta compensar la rigidez de Saturno construyendo en la imaginación algún tipo de campo celestial en el que la fuerza del Sol se extienda por el espacio infinito sin limitaciones o (a nivel de actividad mental) sin definiciones rigurosas y exclusividad lógica. Imaginar tal tipo de extensión de campo espacial jupiteriana es, no obstante, muy distinto a *transformar* la fuerza de Saturno. La mente puede negarse a ver o negar la existencia de los muros fortificados, pero aún permanecen, y siguen siendo un obstáculo incluso mayor que nunca para la transformación galáctica, porque la voluntad jupiteriana de expansión, intentando ignorar o negar todas las limitaciones, recalca más que nunca el aspecto estrictamente solar del Sol. Como Júpiter sólo ve en el Sol la fuente de una abundancia aún mayor, al optimista jupiteriano o devoto religioso cada vez le resulta más difícil *ver el Sol como una estrella*.

Júpiter encuentra en Mercurio un aliado, y a menudo un esclavo confabulador. Los dos constituyen una conexión, pero como funcionan a un nivel diferente que la pareja Sol-Saturno, el significado de su relación es muy diferente también. El poder jupiteriano de asimilación y metabolismo necesita un sistema regulador del sistema nervioso. Júpiter puede ser el buen administrador, pero no podría hacer nada sin un secretario ejecutivo eficiente, o una burocracia bien coordinada, y hoy día un sistema de computadoras —todo lo cual se refiere a la función de Mercurio en cualquier campo complejo de vida orgánica u organización socioeconómica. No obstante, si Júpiter intenta extenderse a lo largo de actividades ensoñadoras, irrazonables y compensatorias —y éstas pueden referirse a experiencias pseudomísticas y exageradamente devotas, en la medida que Júpiter puede relacionarse con la actividad religiosa— Mercurio puede confundir y excitar el tipo jupiteriano de conciencia disimulando lo irreal de su intento de compensar la rigidez saturnina bajo el encanto de la

autojustificación intelectual y la magnificencia de palabras vacías, o de argumentos especiosos.

El acoplamiento de Marte y Venus funciona en términos de otro tipo de función orgánica. Marte es a menudo, pero no necesariamente, el deseo agresivo de reproducir la forma particular y personal de la personalidad propia, imprimiendo su perfil repetidamente sobre alguna entidad receptiva o poco definida que se encuentre cerca. Intenta llenar el espacio exterior con la reproducción de lo que uno siente que es. A nivel biológico, este deseo es el impulso de tener una abundante descendencia. Lo vemos en la historia bíblica de Abraham que imagina la Tierra llena de generaciones que descienden de la semilla paterna de su ser físico e intelectual. Esto es inmortalidad biológica. Lo encontramos como realidad física en la línea auténtica e ininterrumpida de los descendientes directos masculinos de Confucio, extendiéndose a lo largo de casi ochenta generaciones. Está también ejemplificado en los numerosos descendientes de Mahoma.

Tal auto-proyección biológica la hace posible Venus, que tradicionalmente «rige» las glándulas de esperma y producción de óvulos, testículos y ovarios. En su más alto significado, Venus designa la creación de arquetipos, que son «semillas de la mente». Los ocultistas se han referido a Venus como la fuente de la cual surgió el arquetipo de hombre. Este arquetipo llegó a *concretarse* en nuestra Tierra, que, como planeta, se mueve a mitad de camino entre Venus y Marte y, por lo tanto, representa simbólicamente el resultado de su actividad conjunta. Marte entrega los bienes que Venus engendra. Como gobernante de toda la energía saliente y, por tanto, del sistema muscular en sus manifestaciones tanto sutiles como groseras, Marte depende de Venus en cuanto a las directrices; es decir, depende de los *valores de juicio* (bueno o malo, deseable o no deseable, para querer o para apartarse de) que Venus proporciona.

En la moderna astrología, la Luna es emparejada a menudo con Saturno, porque los dos representan respectiva-

mente la imagen de la madre y la imagen del padre en la conciencia de una persona, aunque no necesariamente el carácter de la madre o el padre físico. La Luna debería ser considerada como el símbolo de la capacidad de un organismo para adaptarse a las condiciones siempre cambiantes de la vida diaria y para restablecerse por sí mismo. Si la Luna representa a la madre, es porque cuando el bebé nace es indefenso, y la madre —o una niñera— la que asegura el que el bebé viva en las mejores condiciones posibles. Más tarde, el niño ya crecido deberá desarrollar su propia capacidad para adaptarse; cosa que hace por medio de los «sentimientos». Estos representan los aspectos más altos y conscientes de los instintos inconscientes y urgentes de un organismo puramente animal. La Luna puede significar también el tipo espontáneo de inteligencia que es también un refinamiento del instinto animal y que está dirigido casi exclusivamente a la supervivencia.

Un factor más importante se encuentra en el campo heliocósmico que se extiende entre el centro solar y la circunferencia saturniana: el anillo de asteroides.

Recientemente, los asteroides han llamado la atención de los astrólogos y se ha calculado una efemérides para los más grandes³, pero ya hablé de la importancia de los asteroides en *New Mansions for New Men*, y, de un modo distinto, en un artículo publicado en la revista *American Astrology* en octubre de 1936. Para el astrónomo, los asteroides son un gran número de partículas relativamente pequeñas de materia que dan vueltas entre las órbitas de Marte y Júpiter en el sitio donde, según la ley de Bode, debería encontrarse un planeta. Esta ley, divulgada durante la última parte del siglo XVIII, pero descubierta por David Titius en 1751, establece una relación bastante misteriosa entre las distancias de los plane-

³Libro de Eleanor Bach, *Efemérides de los asteroides Ceres, Pallas, Juno y Vesta* (Nueva York, 1973).

tas con el Sol. Estimuló a hacer esfuerzos para identificar lo que estuviera situado en la región donde debería encontrarse el planeta en cuestión, y el día 1 de enero de 1901, el más grande de los asteroides, Ceres, fue descubierto por Guiseppe Piazzi desde un observatorio en Sicilia. Durante el siglo pasado se descubrieron muchos más, y puede que haya muchos miles de muy pequeño tamaño. Los cuatro más grandes se dice que tienen diámetros que oscilan desde 188 a 478 millas.

El tamaño de los asteroides no es el factor más importante cuando se trata de descubrir su significado en la estructura total de heliocosmos. Lo significativo es la gran abundancia de ellos y el hecho de que pululan entre las orbitas de Marte y Júpiter. Es el *sitio* que cada planeta ocupa en el sistema solar —la región de *espacio* heliocósmico en el que dan vueltas— lo que le da su significado abstracto o arquetípico en el lenguaje celestial de la astrología, especialmente cuando el lugar se interpreta también con referencia a la órbita terrestre. De igual forma, el significado funcional de cualquier órgano del cuerpo humano procede en gran medida del lugar que ocupa, al menos en la forma arquetípica del hombre.

Desde un punto de vista holístico (o gestáltico), parece bastante ilógico distinguir unos pocos asteroides del enjambre del que forman parte solamente porque son un poco más grandes y fácilmente visibles, incluso si han sido individualizados por nombres griegos mitológicos. Si se hace esto, se debería dar un significado astrológico a los cometas cuyas apariciones son aparentemente periódicas. Se debería considerar también a los satélites de todos los planetas. Lo que es importante en los asteroides es que constituyen *una clase concreta* de cuerpos celestiales; así deberíamos ver en ellos la manifestación de algún factor básico o principio estructural que existe al menos en algún tipo de sistema solar y que, por lo tanto, constituye una «palabra» significativa en el simbólico lenguaje planetario de la astrología.

Tal palabra se reveló a la conciencia del hombre durante el

siglo XIX, época en la que otras grandes palabras, Urano y Neptuno, empezaban a ser usadas porque el género humano las necesitaba para un mejor entendimiento de un aspecto de la personalidad humana recientemente desarrollado. Referido a lo que estaba ocurriendo durante el último siglo, esta palabra celestial se puede traducir a nuestro lenguaje racional-cultural como «fragmentación».

La idea de que los asteroides se producían como resultado de la explosión de un planeta, al parecer ha sido desafiada muy recientemente; sin embargo, sigue siendo la hipótesis más probable. Incluso si estos miles de trozos no resultaron de una explosión planetaria, aún se pueden atribuir a un estado fragmentado de existencia y conciencia —un estado de *atomización* y no integración. Si ahora consideramos la serie de planetas desde el Sol hacia afuera, el hecho de que esta condición «asteródica» de existencia se vea como una continuación del tipo de actividad vital simbolizada por Marte nos da una pista bastante clara de su significado. La actividad marciana se adelanta precipitadamente impulsiva y emocionalmente. En ella el deseo del hombre y sus músculos están tensos dispuestos a actuar agresivamente para la consecución de cualquier cosa deseada. Pero ¿logra la agresión siempre su propósito? Nuestro entorno está lleno de otros agresores que pueden disgustarse y luchar contra nuestra actividad exterior. Incluso si no tenemos que luchar para obtener lo que deseamos, a menudo dispersamos nuestras energías en la busca de tantos objetos deseados, demasiados intereses, demasiados anhelos innecesarios; desarrollamos una actividad febril y con prisas, y nuestro cuerpo y/o psique se vienen abajo.

En mi opinión, esto es lo que simboliza el cinturón de asteroides en conjunto. No obstante, la condición desintegrada o desintegradora que representa puede ser restablecida y la cura la proporciona Júpiter. Júpiter nos dice que la individualista actividad marciana en busca de la satisfacción personal, o incluso de necesidades biológicas, puede transformarse en un grupo de cooperación, a través del cual pueda

lograrse el éxito, donde la severidad y rudeza de la agresividad personal conduciría solamente a la auto-fragmentación y el cautiverio kármico. El cinturón de asteroides puede ser un símbolo del karma de obras anteriores que fueron disonantes o espiritualmente desintegrativas. Estando como está en algún tipo de punto medio entre el Sol y Saturno, es un resto de los materiales implicaciones de la conciencia heliocéntrica. Los asteroides parecen ser entidades estrictamente materiales sin atmósfera, magnetismo ni fuego interno —sin ningún género de vida. ¿No es posible que veamos en ellos la reflexión oscura —la sombra— de la Galaxia, cuyos millones de estrellas irradian luz? Todo organismo de vida humana proyecta una sombra. Toda acción muscular marciana genera toxinas en las células que se contraen. ¿No ha proyectado la revolución industrial una profunda sombra sobre la conciencia colectiva del mundo occidental.

El hecho de que Urano y Neptuno fueran descubiertas en el mismo período en que se divisaron por primera vez los asteroides debería considerarse significativo, pues los dos descubrimientos se refieren a la realización, al menos por unas pocas mentes abiertas y libres, de las posibilidades positivas y negativas inherentes a la revolución industrial, y todo lo que trajo al género humano. Los planetas Urano y Neptuno abrieron el camino a una alteración radical de todas las implicaciones de la existencia humana, individualmente y en grupos socioculturales y políticos —una alteración que puede llevar a un tipo galáctico de conciencia y organización, porque, sea lo que sea lo que estos dos planetas representan, señalan el camino a la «galactización» del género humano.

Por otra parte, los asteroides simbolizan la fragmentación y atomización de la sociedad occidental, su religión antaño homogénea y su tradición cultural. Cuando se descubrió Plutón, en el siglo XX, y una gran cantidad de asteroides cada vez más pequeños se identificaron, el carácter centrífugo y la explosividad de las aseveraciones y ambiciones individualistas alcanzaron un nivel tan peligroso que tenía que ser frenado

brutal o sutilmente por alguna forma de totalitarismo plutónico el fascismo y el comunismo, o el mundo «libre», los grandes negocios, dirigiendo la mente y los conocimientos del hombre a través de una propaganda implacable que esclaviza profundamente al tiempo que produce una ilusión de libertad.

En el lenguaje de la astrología, Urano, Neptuno y Plutón como agentes de la Galaxia pueden ser voces muy molestas, porque dondequiera que el poder saturniano inherente en toda forma y límites se materialice en la ciudadela del ego humano, estas palabras se refieren a los retos de la vida y trastornos de muchos tipos. No obstante, las crisis así provocadas son medios catárquicos que conducen a un final inherentemente constructivo y potencialmente glorioso. Urano, Neptuno y Plutón son agentes de la transformación, y a nivel humano, los procesos de transformación son partes integrantes del organismo total de la personalidad. Constituyen un cuarto nivel de actividad funcional, cuyo propósito es permitir actuar a un cuarto nivel de conciencia —la dimensión galáctica.

Cuando estas dimensiones actúan en un número suficiente de seres humanos, se extiende un contagio de transformación y a su debido tiempo altera las bases colectivas de la cultura y la sociedad. En la actualidad estamos siendo testigos de una «epidemia» de cambio con sus subidas y bajadas febriles y el sufrimiento que lleva consigo. Debería abrir la puerta a una invasión de fuerzas galácticas —un «descenso» de poder espiritual y transformador que impregne el espacio global de la Tierra, así como el género humano como un todo. Puede tomar forma una civilización planetaria, lo que simbólicamente reflejaría el carácter esencial de la Galaxia como un todo. Se habría entendido la Galaxia por lo que es a *su propio nivel de actividad*, y ya no solamente según nuestras presentes percepciones heliocéntricas y conceptos materialistas. Se verá y percibirá como un todo cósmico de estrellas radiantes e interrelacionadas en transformación perpetua —un pleroma de centros dinámicos de conciencia galáctica que, independientemente de lo que sean a su propio nivel cósmico, pueden

utilizarse como símbolos magnificentes que inspiran al hombre para llegar a ser más que hombre.

C) PLANETAS DE TRANSFORMACION Y TRASCENDENCIA

Cualquier verdadero proceso de transformación debe tratar directamente de las energías que producen las formas que requieren una alteración radical. Como vimos anteriormente, las tres funciones principales que funcionan en el cuerpo viviente (e incluso en sistemas socioculturales permanentes) están simbolizadas en el sistema heliocósmico por Saturno, Júpiter y Marte: es decir, el principio que produce formas, circunscribiendo y también focalizando (Saturno) —el principio de asimilación y expansión dentro de los límites definidos por Saturno (Júpiter)— el poder de actividad hacia el exterior, sirviendo el propósito del organismo y, en el hombre, del ego (Marte).

Saturno, Júpiter y Marte, que se mueven fuera de la órbita de la Tierra, regulan las relaciones del organismo con otros organismos y con el entorno como un todo. El Sol, Mercurio y Venus, que están dentro de la órbita de la Tierra, se dirigen a funciones internas. El Sol es la fuente principal de la fuerza de la vida (*prana*) y determina su ritmo concreto en el individuo —proveyendo así la energía a cuya expansión Saturno pondrá límites. Mercurio simboliza todos los procesos mentales, gracias a los cuales el sentido social jupiteriano puede producir un lenguaje y una cultura que se pasa de generación en generación. Venus genera valores arquetípicos y proporciona juicios morales que guían la impetuosidad y agresividad marciana.

Cada uno de estos tres pares de funciones —y particularmente Saturno, Júpiter y Marte— son los objetivos de un desafío galáctico de tres puntas representado por Urano, Neptuno y Plutón. Es un desafío a la transformación y la trascendencia, y más básicamente a la repolarización de la

sugestión física de la actividad orgánica y una reorientación de la conciencia y su principio central, el ego.

Hablamos anteriormente del hecho de que cada área del sistema solar también es parte del espacio total de la Galaxia, y, por tanto, está impregnada de energía galáctica. Sin embargo, en cualquier sistema severamente limitado por el principio saturniano de formación sobre la base del exclusivismo y el aislamiento, esta energía galáctica es de una naturaleza que trasciende la posibilidad normal del sistema de resonancia. Estas energías existen dentro del campo heliocósmico casi siempre en un estado latente por lo que respecta a las acciones de cada día y la conciencia de ego de los seres humanos en la presente etapa de evolución del planeta. Todo dentro de la órbita de Saturno gravita hacia el Sol; está orientado biológicamente y condicionado por las fuerzas impulsivas e instintivas de la biosfera y de esferas incluso más materiales de nuestro globo. El desafío fundamental planteado por Urano, Neptuno y Plutón es el de darse cuenta de la existencia de otro tipo de gravitación opuesta —la ejercida por el centro galáctico. Consiste en aceptar ser reorientados y repolarizados. Lo que los planetas trans-saturnianos exigen es, por lo tanto, un *cambio de lealtades*. Esto también implica una nueva perspectiva de vida y todas sus actividades orgánicas, un nuevo sentido de relación en todo lo que existe y en el simple hecho de la existencia. Finalmente, tendrá lugar en la conciencia un nuevo sentido del tiempo y una nueva capacidad para actuar en el espacio —espacio galáctico en vez de espacio heliocósmico.

Tal radical transformación puede ser interpretada por la mente moderna como una ascensión de las vibraciones que hacen que el organismo sea capaz de resonar a energía galáctica. También se puede ver como la eliminación de una gran variedad de obstáculos producidos por la conciencia del ego saturniana y su fidelidad a conceptos estrechos y lealtades obligatorias. Esto es lo que ocurre a nivel de individuo y también en cualquier sociedad, cultura o religión tribal, pro-

vincial o nacional. Una vez que estos obstáculos se eliminan y las limitaciones se superan, el hombre es capaz de responder a las energías, sentimientos y pensamientos a un nuevo nivel de gran inclusión y mayor valoración espiritual.

Este proceso de transformación y repolarización no exige que nos movamos desde la Tierra a algún otro lugar. La «nueva vida» no está en otro sitio; el espacio galáctico no está lejos o sobre nosotros en algún cielo mitológico o trascendente. El espacio galáctico se extiende en cada uno de nosotros. Vivimos en él; pero no entendemos verdaderamente este hecho en tanto que Saturno y el ego nos hacen ciegos e insensibles a ello. *Los hechos de Saturno eliminan los hechos galácticos*; no obstante, ambos tipos de hechos son esencialmente el mismo. Pero el hombre con una conciencia transformada los ve de distinta forma. Nada se niega; todo se transfigura. Una vez que la transformación se ha llevado a cabo, el Sol biológico es más radiante que nunca, porque lo vemos no sólo como nuestro Sol autocrático, sino también como una estrella galáctica. En tanto en cuanto nuestra conciencia e identidad están sujetas a un cuerpo físico, este Sol nos sustenta biológicamente, pero cuando la transformación se logra, este Sol deja de cegarnos con su gloria. Ya no nos impide darnos cuenta del hecho galáctico de que, como un centro individual de conciencia, somos la expresión física de una estrella en la Galaxia. Esta estrella es nuestra estrella-padre, nuestra identidad espiritual dentro de la enorme compañía de las estrellas galácticas. Saber este hecho con indiscutible certeza da a nuestra vida seguridad interior y paz. Es verdadera «salvación».

Hoy día este proceso de transformación y transfiguración actúa en dos niveles. En su aspecto principal funciona en el individuo, un proceso al que el ocultista se refiere como «el camino». Conduce por medio de pasos paulatinos —las verdaderas grandes iniciaciones— a la conciencia supermental y quizá renacimiento consciente en la personalidad inmortal. Hoy día, toda la humanidad —y probablemente el planeta

Tierra en conjunto— está inmersa en un proceso de cambio acelerado del que algunos esotéricos⁴ dicen que es una iniciación planetaria. Este cambio puede estar relacionado con la transición entre dos grandes eras, generalmente llamadas la era Piscis y la era Acuario —y quizá entre ciclos aún más largos que la sucesión de los equinoccios. Debido a ese cambio, y al desarrollo de los poderes intelectuales que hicieron posible la revolución industrial y la moderna tecnología, los tres planetas trans-saturnianos han sido descubiertos y se ha reafirmado la existencia y estructura de la Galaxia (y otras nebulosas espirales). Estos planetas nos proporcionan nuevas «palabras» del lenguaje celestial de la astrología, lo que nos puede ayudar a formular las mayores fases históricas de la transformación planetaria.

La primera fase tuvo lugar hacia el fin del siglo XVIII, cuando el derecho divino de los reyes y los valores de las rígidas formas de la religión institucionalizada fueron desafiadas. Se ha denominado el siglo de la ilustración, porque trajo a la civilización occidental nuevos ideales sociales, psicológicos e intelectuales, y dio paso a la revolución industrial que habría de cambiar la forma de vida de la humanidad. El descubrimiento de Neptuno en 1846 simboliza el carácter de todo lo que estaba ocurriendo en el mundo occidental debido al colonialismo por todo el mundo. Si en el siglo XVIII uraniano conmocionó, en términos revolucionarios, la aristocracia establecida y los patrones dogmáticos de Europa, mostrando la posibilidad de la libertad humana y la verdadera democracia —¡desgraciadamente, sólo la posibilidad!— el siglo XVIII neptuniano devolvió, de muchas formas, y tanto como lo permitió la presente etapa de la evolución humana, las fidelidades fuertemente arraigadas de los seres humanos a las estructuras rígidas de clases y provincialismos. Obligó a las naciones más industrializadas a recurrir al mundo entero para

⁴La filosofía esotérica se refiere a la teosofía, rosacrucianismo, y todas las otras formas de ocultismo serio.

satisfacer su necesidad de materias primas y trabajadores extranjeros. La variedad de «crisoles» raciales y culturales así producidos debieran haberse convertido en probetas alquímicas para la transformación de la conciencia nacional y de clase, y el resurgir de organizaciones humanitarias, no exclusivistas e internacionales, a nivel sociopolítico o religioso. Desgraciadamente, éstas en su mayoría fracasaron en sus intentos debido al poder del privilegio jupiteriano atrincherado y el egoísmo del hombre ambicioso.

El descubrimiento de Plutón en 1930 durante los días de la gran depresión financiera que afectaba a todo el mundo occidental, proporcionó al hombre un símbolo de lo que inevitablemente ocurre cuando las naciones, grupos e individuos se mantienen en el camino de la agresividad del ego, codicia de poder y el sensacionalismo, negándose a renunciar a viejos privilegios y creencias obsoletas. La oscuridad interior estalla y da lugar a violencia exterior y crueldad. Al terror «blanco» responde el terror «rojo» con violencia aún mayor. La decepción y la destrucción se aceptan como principios de conducta. Todo tiende a reducirse a lo más esencial, pero en la oscuridad espiritual lo esencial se convierte en lo absurdo. El encanto de los ideales desaparece, dejando totalmente desnudo lo que no había sido fiel a los ideales. Sin embargo, Plutón abre las puertas al renacimiento final, dondequiera que el *caso* acepte ser fecundado por una nueva revelación del *cosmos*, y una nueva visión de orden universal toma forma dentro de la conciencia depurada.

Es posible que todavía no hayamos alcanzado una situación de caos suficientemente extendido que dé lugar a la aceptación *colectiva* de un nuevo orden a gran escala, pero ciertos individuos siempre pueden apartarse de la masa de la humanidad aún unida a las convulsiones, la violencia y las estructuras repetitivas que caracterizan las actividades de la biosfera de la Tierra. Los individuos pueden desviarse de la corriente general de la evolución donde el proceso de transformación es lento e indeciso, y entrar en «el Camino». En

algún sentido el camino es siempre discipular —aunque el gurú no esté encarnado en forma física— porque implica tanto la disposición como la voluntad de un individuo para «ascender» a un nivel espiritual más alto de conciencia y existencia, y «el descenso» de un ser que obra a ese nivel trascendental y, por compasión, está dispuesto a ayudar a quien quiera que haga un esfuerzo sincero y verdadero para seguir el camino de desarrollo espiritual acelerado.

En el simbolismo de la astrología, este camino lleva de un tipo planetario y heliocósmico a un tipo galáctico de conciencia y actividad. A medida que el individuo recorre este peligroso y tortuoso camino, tiene que enfrentarse a los desafíos representados por los tres planetas, Urano, Neptuno y Plutón. Mientras que en la corriente general de la vida un hombre anda junto con todos los seres humanos más o menos en su propio estado de evolución, como parte de una oleada sociocultural colectiva que le empuja a través de crestas y senos, en el Camino de la iniciación el individuo camina solo, rodeado por presencias invisibles y extrañas y atravesando prueba tras prueba de sinceridad, coraje, resistencia y discriminación. Camina «tras las huellas» de muchos que antes que él han seguido este camino. Puede que encuentre los restos de los que han caído a sus bordes. En la oscuridad, acaso necesite sentir la tierra a sus pies, para asegurarse de que todavía es «el camino de la vida», y no bifurcaciones que llevan solamente a ilusiones llenas de encanto o monótonos desiertos intelectuales. Ocasionalmente, puede que vislumbre una estrella a cuya luz resuena su ser más profundo, o puede que tenga la visión fugaz de un ser que le protege y señala alguna cumbre todavía distante. Pase lo que pase, tiene que «seguir caminando» —el gran mandato enviado por el budismo Zen. Tiene que mantenerse en movimiento, pues la movilidad es salud y también santidad; y el movimiento parece acelerarse constantemente, el paso parece cada vez más agotador. Las exigencias aumentan en intensidad y dificultad.

¿Por qué seguir ese camino? Podría deberse a dos facto-

res, uno negativo y otro positivo. Positivamente, porque se ha tenido una visión —aunque imprecisa— de una meta sobrehumana a la que responde todo el ser, y de un estado de ser que fascinó su conciencia. Puede que se haya experimentado la presencia o la llamada interior de un ser radiante que es uno mismo y a la vez mucho más que uno mismo. O puede que se busque la iniciación negativamente, debido a la rebelión emocional, inquietud, o una total insatisfacción con la gran corriente repleta de hombres-masa —o quizá simplemente porque, sin motivo consciente, tenga que hacerse. Pero, sea cual sea la razón inicial, hay que satisfacer repetidamente y a diferentes niveles la exigencia uraniana de la *transformación*, la llamada de Neptuno es la *transmutación*, y la profunda llamada de Plutón es la *transubstanciación*, es decir, un cambio radical en la estructura mental —en la cualidad de sus respuestas a todos los aspectos de la vida de cada día y la relación interpersonal— y finalmente en la misma esencia del ser interior y acaso, por último, del ser exterior.

Este triple cambio de forma, de respuesta sensorial y sustancia psíquica-mental significa volver a dirigir, polarizar y evaluar aquello a lo que es leal la persona. Tradicionalmente se ha simbolizado con la metamorfosis de la larva en mariposa. Implica un cambio de nivel de existencia —de lo biológico a lo espiritual y mental, del planeta oscuro a la estrella galáctica. Se ha de construir un nuevo marco de referencia y probarlo a fondo por medio de experiencias decisivas. El viejo campo heliocósmico gobernado por el Sol y limitado por Saturno tiene que llegar a transfigurarse al percibirse que es sólo una pequeña sección del inmenso espacio galáctico. El individuo gobernado por su propio ego debe dejar de considerarse el centro de un universo estructurado por sus deseos y sus miedos, sus ambiciones y sus frustraciones. Tiene que aceptar su papel de sirviente en un todo más grande.

Hacia fuera este todo mayor es la humanidad, llamada por algunos ocultistas «el gran huérfano». En un sentido superior, es la hermandad de «seres-estrellas» radiantes que sucesiva-

mente han andado el camino y ahora guían la evolución del hombre.

El cambio es verdaderamente una radical metamorfosis e inevitablemente supone crisis profundas. Esto significa, en términos de práctica astrológica, que la presencia de Urano, Neptuno y Plutón en la carta natal se refiere a procesos de la vida y acontecimientos que pueden ser considerados como desafíos constructivos a la transformación en el «nuevo hombre», o como drásticamente inquietantes para el «hombre antiguo» en cada uno de nosotros, y a menudo como totalmente destructor de cualquier cosa que se refiriese en términos sociales al antiguo orden, o biológicamente a la salud física o psicológica. Los cálculos positivos y negativos se aplican a lo que el planeta representa en una carta según su lugar en el zodiaco y casa astrológica y pueden experimentarse ambas posibilidades o sólo una de las dos. Como estos tres planetas trans-saturnianos desafían específicamente una doble trinidad de planetas cis-saturnianos (Saturno, Júpiter, Marte y el Sol, Mercurio, Venus), el problema de afirmar si se referirán a acontecimientos constructivos o destructivos, o ambos, solamente puede solucionarse —y esto sólo como tanteo— considerando también las posiciones de los planetas que son desafiados.

URANO desafía muy concretamente a Saturno y al Sol —y, por tanto, la circunferencia y la fuente principal de energía que funciona dentro del campo heliocósmico limitado por esta circunferencia. Urano se niega a aceptar las limitaciones al poder radiante del Sol impuesto por Saturno, ya sea a nivel biológico (estructura ósea) o al nivel psicológico del ego y su exclusivismo. Urano no afecta al Sol como estrella, sino superando, o al menos inquietando profundamente, los poderes de Saturno, transforma el modo de operación de la energía solar. Urano actúa en rápidos impulsos de energía que frecuentemente tienen un gran impacto destructivo sobre cualquier cosa que se ponga en su camino. Es, al menos en un sentido, una acción que se parece a la del relámpago o, en

otros casos, a la del viento muy fuerte. Puede atacar desprevenidamente las fortificaciones de Saturno y así las defensas del ego acumuladas desde hace mucho tiempo o cuidadosamente planeadas.

Cuando el poder de Saturno y las viejas estructuras que garantizan la seguridad del ego y los privilegios sociales se han venido abajo, Urano puede actuar como inspirador y como la capacidad para adaptarse a los nuevos ritmos de la conciencia orientada galácticamente. Sobre todo, su función es mantener libre el camino al centro galáctico. Provoca un estado de total disponibilidad para cualquier cosa que tenga que ocurrir. Tal estado de franqueza y disponibilidad contrasta fuertemente con la condición saturniana de la inercia, dominación de los hábitos y la tradicional adoración.

NEPTUNO es el «disolvente universal» del que han hablado los alquimistas. Desintegra todo lo que Urano ha hecho añicos. Mientras Júpiter se refiere a los procesos de expansión inherentes en todo organismo viviente —y también en las modernas sociedades de negocios— y al ansia por el tipo de poder que nunca parece satisfacer completamente la ambición personal, Neptuno representa la actitud de despegue de todo objeto medible cuantitativamente, o de logros sociales y prestigio, necesarios para cada aspirante a una condición espiritual de existencia. Ese planeta se caracteriza por la falta de posesividad y la compasión, cuyo símbolo es el mar. Pero en su aspecto negativo, Neptuno representa el atractivo en todas sus formas, y la intoxicación con la que *refleja* cualquier cosa, y algunas veces es una caricatura de la conciencia cósmica y del estado unitivo que los grandes místicos lo han descrito frecuentemente con confusas alegorías. Mercurio, que representa la mente condicionada por viajes biológicos o socioculturales, es experto en presentársenos con reflexiones, en vez de realidades. Neptuno desafía nuestra dependencia a meras abstracciones intelectuales y modas sociales jupiterianas del pensamiento.

La idea fundamental de PLUTON —que pocos astrólogos

entienden— es la *pureza*. El agua es agua que no contiene partículas extrañas; por lo tanto, una combinación pura de hidrógeno y oxígeno, H². Plutón es la fuerza que empuja, y a menudo obliga, a cualquier organismo vivo y a cualquier individuo humano a dejar a un lado todo lo que no es su propia esencia natural —su «verdad de ser», su karma. Es, por tanto, un agente extremadamente catártico. Limpia y purifica, y generalmente no de una forma suave. Si Plutón desafía a Marte, es porque éste representa el frecuente deseo inmoderado de acercarnos a cualquier cosa que Venus nos haga ver como atractiva.

Las acciones «marcianas», sin embargo, normalmente acaban en reacciones que llevan al organismo o ego emocionalmente extrovertido materiales y pensamientos que son extraños a su naturaleza. Tal tipo de actividad es seguida por el ansia de auto-expresión, una expresión condicionada, y no determinada completamente, por estructuras sociales y simples modas. Plutón fuerza a nuestra conciencia egocéntrica a la realización de la inutilidad y el peligro de gastos emocionales y ambiciosos. Destruye despiadadamente todo atractivo. Nos descondiciona y nos deja desnudos y vulnerables, pero —si todo va bien— calma y purifica.

Según avanza el discípulo por el camino y es polarizado por las fuerzas galácticas que funcionan a través de los tres planetas trans-saturnianos, empiezan a aparecer nuevas facultades dentro del campo de existencia que ha sido ensanchado y elevado. Lo que estaba sólo en un estado latente, como parte de un enorme potencial inherente a la naturaleza humana, llega a actualizarse.

URANO se puede relacionar con una nueva facultad de visión —por lo tanto, de clarividencia. El verdadero clarividente es capaz de «visualizar», generalmente por medio de símbolos o de mensajes del oráculo, el carácter y significado de cualquier situación a la que dirige su atención. El símbolo que observa tiene una cualidad inclusiva. En principio, al menos, revela la esencia *del conjunto* de la situación —no

simplemente algunos de los aspectos superficiales de esta situación o lo que la persona, bajo el control del ego saturniano, cree que es (o, aún más, *quiere* que sea).

NEPTUNO otorga al discípulo del camino al menos el presentimiento de lo que significa la cantidad y la verdadera compasión. Hace más grande la conciencia para que sea capaz de responder a todas las condiciones de existencia y aceptar todo lo que existe simplemente por lo que es. Supera las categorías intelectuales y prejuicios de clase o color, porque funciona en términos de amor personal y total inclusividad —ágape (amor a Cristo) o la compasión del Bodhisattva que promete ayudar a todos los seres sensibles hasta que alcanzan la liberación de los complejos de separación Júpiter-Saturno y la oscura existencia espiritual.

PLUTON, en el individuo desarrollado espiritualmente, simboliza su «última inquietud», por lo que sirve de base a toda existencia, una suprema realidad que trasciende todo movimiento de existencia que es la salida de deseos limitados e ilimitados e interpretaciones locales o transitorias. Se refiere al poder generado por la verdadera concentración oculta; así el yoga y todas las formas relacionadas de auto-disciplina y meditación auto-trascendental. Hace converger toda la energía del organismo vivo sobre un centro de conciencia inamovible. En este centro, el poder del centro galáctico —dentro del divino, aún más allá de nosotros— se puede experimentar. Sobre este punto, la estrella —que cada ser humano es potencialmente— puede enfocar su luz. Y el ritmo galáctico de la estrella puede ser sentido por el organismo entero, ahora capaz de resonar con él, en el silencio de todos los movimientos y emociones neutralizadas.

Cuando Urano, Neptuno y Plutón han realizado su trabajo, los límites del heliocosmos —las capas protectoras, pero aislantes de la aureola del discípulo— se han convertido en translúcidos. La luz galáctica puede pasar a través de ellos sin ninguna resistencia. *La energía química de la «vida» se ha transmutado en las fuerzas nucleares del «espíritu».* El hom-

bre, aunque todavía «en» el mundo, ya no es «de» el mundo.

Cuando un número suficiente de individuos ha alcanzado ese estado, inevitablemente, aunque de forma gradual, tendrá lugar una transformación del aspecto físico de nuestro planeta. La comunidad galáctica del hombre, con la que algunos visionarios del siglo XVIII han soñado, puede llegar a ser un hecho.

LA POLARIDAD URANO-NEPTUNO

Hay muchas formas de estudiar en detalle los planetas trans-saturnianos, pues simbolizan complejos de actividades. Estas actividades tienen inevitablemente un carácter complejo, porque han de enfrentarse con las extremadamente variadas formas de resistencia a cualquier proceso radical de transformación, que desarrolla el ser humano. Tanto Saturno como Júpiter, a nivel social, ético y religioso, y Marte y Venus a nivel de las respuestas más personales a los retos del quehacer diario, funcionan bajo el principio de la inercia; es decir, de resistencia al cambio. Establecidos los patrones de conducta (hábitos) y del sentimiento y el pensamiento (como los complejos psicológicos), casi nunca permiten una transformación suave cuando quiera que sea seriamente cuestionada la validez de las creencias fundamentales, paradigmas o postulados tomados por verdaderos. Sea lo que sea entronizado como «lo bueno», lo «mejor» aparece como un potencial enemigo, si no ya presente, y las decisiones más difíciles son éstas entre las que un hombre debe escoger, un mejor desconocido y bueno tradicional. La característica esencial del hombre es que, consciente y deliberadamente, puede llegar a ser siempre más grande. Esta es la majestad humana (del latín *major*, que significa «más grande»), y esta capacidad de auto-transformación progresiva —para renunciar a lo *simplemente grande* por lo grande— está representada por los planetas Urano, Neptuno y Plutón.

En éste y el próximo capítulo se hablará de algunas de las más significantes manifestaciones de la fuerza transformativa representada por estos planetas. Se podrían añadir otras, pero éstas deberían ser suficientes para proporcionar las bases para un estudio en profundidad de las experiencias que, aunque pueden desequilibrar el funcionamiento normal del cuerpo y la mente, se deberían interpretar siempre como procesos de crecimiento personal, expansión de la conciencia y desarrollo espiritual —incluso si conducen a lo que parece ser el fracaso, la enfermedad o la muerte para la mente incapaz de llegar más allá de la normalidad saturniana y los conceptos jupiterianos de la comodidad y el éxito. Los resultados en apariencia negativos serán entendidos como catárquicos, neutralizantes del karma y, por tanto, factores liberalizantes en el proceso total de la evolución del alma que lleva a la perfección final y la participación de la conciencia en las actividades galácticas cuando sean reinterpretados en términos de conciencia galáctica y de relación entre los acontecimientos en nuestro oscuro planeta y la evolución de la estrella que representa la esencia del ser de un individuo.

Según se estudian las operaciones de los planetas trans-saturnianos, uno debería darse cuenta, en primer lugar, de que Urano y Neptuno están opuestos polarmente. También es significativo que los dos siglos que fueron testigos de su descubrimiento tengan significados históricos opuestos, si bien, de alguna forma complementarios —el siglo XVIII, caracterizado por su intelectualidad brillante, pero abstracta, el siglo XIX por emotividad romántica, y los trastornos caóticos como consecuencia de la revolución industrial y el hallazgo de nuevas energías transformadoras, tanto psíquicas como materiales. Expresado brevemente, Urano es el profeta del individualismo de la solidaridad social del hombre «libre» y autodeterminado. Neptuno simboliza la presión muchas veces coercitiva y desconocida de los factores colectivos y cambios sociales sobre el individuo, una presión que tiende a disolver la integridad de la personalidad en las corrientes oceánicas de

las emociones o sentimientos utópicos imprecisos y universales despertados por visiones fascinantes o personalidades carismáticas.

El individuo y el colectivo constituyen dos polos entre los cuales los todos existenciales oscilan, cada uno aumentando y disminuyendo de fuerza ¹. Dentro del campo heliocósmico de actividad limitado por Saturno, el factor individual está acentuado por Venus y Marte; el colectivo por Júpiter y Saturno, los planetas sociales. En su aspecto principal, Venus representa el tipo de actividad que construye las formas arquetípicas que definen la individualidad de sistemas particulares —especies biológicas o personalidades individualizadas de los humanos². A nivel del proceso transformativo que lleva el sentido del ser «yo» al «nosotros»-consciente, Urano libera la luz espiritual que puede proporcionar por un momento iluminación a la mente limitada por Saturno; y cuando esa luz transcendental se hace más permanente, la conciencia liberada comienza a percibir los contornos de unos inmensos patrones no exclusivos de organización, que son de carácter neptuniano. Según aumenta la fuerza de Neptuno, la dominación de la espiritual hermandad sobre el participante individual también se hace más fuerte. La unanimidad (literalmente, «un alma») supervisa la individualidad (o voluntad de la mayoría) en todas las decisiones básicas del grupo. Como resultado de tales decisiones, se establecen o ponen en funcionamiento los patrones cósmicos (más que leyes), los cuales se refieren al aspecto galáctico de Plutón.

¹ En la *Astrología de la personalidad*, de Rudhyar (New York: Doubleday Anchor, 1971), el capítulo «El individuo, colectivo y creativo»; también, con referencia al ciclo del zodiaco y las estaciones, *El pulso de la vida* (1942).

² Muchos verdaderos ocultistas han dicho que la semilla espiritual de la conciencia y la personalidad independiente del hombre se manifestó, como así lo fue, en la Tierra hace unos once millones de años por medio de grandes seres de Venus, *los kumaras* —tal proceso que corresponde en la mitología griega al atrevido acto de Protomeo, donante del fuego divino de la auto-conciencia del género humano.

A menudo, cuando los planetas trans-saturnianos empiezan a funcionar dentro del campo de la conciencia del hombre —ya sea un individuo o un organismo nacional y cultural—, su funcionamiento toma un carácter destructivo al principio. Para hablar en términos de Jung, actúan en su aspecto «sombrio». Urano produce trastornos revolucionarios en la psique a medida que «los contenidos del inconsciente» se precipitan sobre la conciencia, aplastando las barreras protectoras del sentido común y la razón construida por el ego, según la tradición colectiva. Lo que, a nivel galáctico-espiritual es la individualidad y la unanimidad de la fraternidad universal conscientemente aceptada (la «Logia Blanca») se convierte en el poder coercitivo, irracional e irresistible de la multitud, fácilmente reunida por un líder carismático en una unidad emocional de violenta actividad. En este nivel sombrío, Urano es el revolucionario, Neptuno la emoción de masas que produce, y Plutón la severidad y crueldad del gobierno totalitario o de pandilla.

En la vida de un individuo golpeado por las descargas uranianas de fuerzas galácticas, Neptuno se ocupa de la irrupción de las ideas e impulsos hasta entonces inconscientes o reprimidos, y en algunos casos produciendo un estado de éxtasis. El individuo es arrojado fuera de su estado mental cultural-racional normal por el impacto de Urano, y se encuentra en unas condiciones psíquicas totalmente desconocidas, quizá amenazantes, quizá estimulantes. En este estado, su sentido de «ser yo y solamente yo» tiende a desvanecerse en lo que puede interpretar como conciencia cósmica. Parece haber alcanzado el «estado unitivo» de lo que los grandes místicos han hablado alegóricamente, o, al menos, «una experiencia cumbre», como el psicólogo Maslow la describió.

Desafortunadamente, la experiencia no dura, y el individuo, por lo general, se encuentra una vez más inmóvil, quizá desconcertado y dudando de su cordura, dentro de la familiar fortaleza saturniana del ego. Es lo que ocurre *entonces* —como él interpreta, o se da cuenta en profundidad, del significado de la experiencia transcendental—, lo que le da un carácter cons-

tructivo o temporalmente destructivo. Si la conciencia del individuo puede asimilar los contenidos de la experiencia y, conscientemente o no, no teme a su reaparición, la experiencia debería ser fundamentalmente constructiva. Solamente puede ser así si lo que revela puede aplicarse a una visión filosófica del mundo o una enseñanza religiosa haciendo posible que el individuo acepte la posibilidad de que esta experiencia reveladora sea parte de un proceso legítimo de desarrollo espiritual.

Si la experiencia se toma para que encaje en un esquema que, aunque raro en lo que respecta a la vida de la gente ordinaria, puede estar dotado de un significado básico, y quizá con gran valor, entonces puede ser interpretado como —y por tanto llega a ser— un paso en el camino de la auto-transformación. Por esta razón, como el hombre moderno es cogido en un torbellino de fuerzas radicalmente transformativas, es muy necesario un marco de referencia dentro del cual a estas fuerzas se les pueda dar un significado constructivo. En respuesta a tal necesidad es para lo que se ha escrito este libro. Los astrólogos atribuyen constantemente los trastornos que afectan a los individuos, grupos y naciones a Urano, Neptuno y Plutón, pero la mayor parte de ellos son incapaces de interpretar estos planetas en términos de un marco de referencia galáctico y realístico, porque no entienden la relación entre estos tres planetas y la Galaxia. Creen que son meros miembros del sistema solar, como lo son todos los otros planetas; no entienden cómo cambia el nivel de interpenetración cuando los planetas trans-saturnianos se consideran agentes de la Galaxia, y el Sol sólo una estrella entre los millones de otras estrellas galácticas.

Urano es principalmente el despertador. Hace unos tres mil años en la antigua India un grupo de místicos y filósofos de los bosques lanzaron un poderoso grito: «¡Despertad! ¡Levantaos!, y buscad al maestro». Sus experiencias espirituales y personales les hicieron darse cuenta de la identidad del Yo individual y del Yo universal, del atman y del Brahmán; y

procuraron compartir esta realización con los que podían ser apartados fuera de sus rutinas tradicionales con la creencia de que tal compartimiento era posible. Hoy día, debido a que la astrología nos permite ver que nuestro heliocosmos (del que la Tierra es un componente planetario oscuro) no es más que un todo orgánico relativamente pequeño dentro del inmenso todo cósmico más grande de nuestra Galaxia, tenemos en este hecho una forma de dar un significado constructivo a experiencias traumáticas tan frecuentes en la vida del individuo moderno y las naciones. Podemos integrar estas experiencias dentro de un proceso ordenado y explicable racionalmente —un proceso que comenzó con las muchas formas del despertar uraníano que hizo surgir el género humano en una nueva realización de poderes inmensos —poderes galácticos— latentes dentro de él.

Lo que los antiguos visionarios hindúes divisaron y los yogis intentaron conseguir con complejas técnicas de control biofísico lo puede dar ahora una nueva formulación cósmica. Un despertar a la conciencia galáctica está sobre nosotros. Podemos aceptarlo con todas sus consecuencias, luz u oscuridad, según una astrología en expansión, a condición de que interpretemos lo que hemos sido impulsados a ver en el contexto de un nuevo concepto de la evolución espiritual del hombre desde el planeta oscuro a la radiante estrella galáctica.

Ser despertados por Urano no es suficiente; tenemos que aprender a usar nuestras verdaderas percepciones neptunianas. Tenemos que ir más allá de la mente simplemente cognitiva, analítica y divagadora, a la mente «que ve». Me he referido a ella como la mente *claripensante*, la mente del adivino que puede *experimentar directamente* ideas, símbolos y arquetipos que se interrelacionan y cuyo ámbito es universal, o al menos galáctico. Enfrentándose con tales realidades galácticas la conciencia puede extenderse y quizá darse cuenta no de la identidad del yo individual y el yo universal —pues éste puede que no sea necesariamente el último acto de existencia—, sino la *interpenetración* de todos los yos y todas

las formas dentro de un todo cósmico inclusivo de todo. Esta es la gran experiencia neptuniana. El hombre debe *despertarse* espiritualmente como un individuo; tiene que nacer «solo» en una nueva esfera de existencia y actividad –incluso si está rodeado por presencias invisibles que asisten a su resurgimiento. Pero la conciencia (literalmente, «conociendo juntos»; *con-scio*) depende de la interrelatividad. El pensamiento consciente requiere algún tipo de lenguaje de símbolos e imágenes; y todas las lenguas se producen por la comunicación entre los participantes en un grupo de actividad –incluso si el grupo está representado solamente por un par de comunicantes.

La comunicación y todos los tipos de información –desde los gritos y gestos de los animales hasta las formas más complejas de la astrología y las matemáticas– implican en su raíz una actividad de grupo y, en el nivel más metafísico y universal, el resurgir de un nuevo universo fuera del «océano de potencialidad» infinita y no diferenciada que resulta del funcionamiento de la relación que se desarrolla cíclicamente entre el par, espíritu y materia, o en la filosofía china entre el yang y el yin. En el nivel del proceso de transformación que este libro está tratando, esta relación entre estos dos principios de existencia se puede simbolizar por las interacciones cíclicas de Urano y Neptuno. En el nivel socio-cultural es la relación entre los individuos inspirados (avatares, genios, héroes)³ y la comunidad social de la cual han salido. El carácter de esta relación se exterioriza con Plutón. *El carácter de la actividad de Plutón está determinado por la naturaleza de la relación Urano-Neptuno.*

Plutón siempre tiende a finalizar y hacer irrevocable lo que Urano comenzó. Hace esto especialmente cuando, por unos veinte años, Plutón se acerca más que Neptuno al Sol –un período de fecundación «espiritual» de la mentalidad colectiva

³ Cfr. *Occult Preparations for a New Age*, de Rudhyar (Quest Books, 1975), cap. 8, «Two Polarities of the Spiritual Life».

neptuniana; y ahora estamos a punto de entrar en tal período. Pero «espiritual» aquí puede significar tanto destrucción como construcción; igual que en la mitología hindú Siva es transformador y destructor, un símbolo del proceso universal del renacimiento de la muerte. Si la mentalidad colectiva neptuniana de una sociedad, clase o grupo se ha abierto libremente a la nueva visión proporcionada por sus personajes creativos (creativo a cualquier nivel), Plutón revela *un nuevo centro de integración* que vibra con la conciencia galáctica y la energía. Si Neptuno ha proporcionado muy poco o nada excepto falacias, atractivo, confusión y degeneración, Plutón reduce todo al caos, a menudo después de un período más o menos breve de obligada subordinación colectiva a un líder totalitario oscuramente poderoso.

Entre estos dos extremos de espiritualización y decadencia, hay varias posibilidades de actividad plutoniana —como, por ejemplo, la altamente plutoniana administración Nixon y su debacle después del Watergate. En su aspecto catárquico o desintegrante, Plutón funciona sobre la base del miedo que producen los desarrollos neptunianos— por ejemplo, el miedo social al consumismo o el miedo personal a la enfermedad o al fracaso. Este miedo, como debería ser evidente ahora, a menudo es producido por esas fuerzas que lo usan en su propio beneficio.

URANO: EL VALOR CONSTRUCTIVO DE LA INCONSECUENCIA

El funcionamiento del tipo de acontecimientos y de desarrollos internos que se pueden caracterizar como uranianos puede aclararse más si los relacionamos con lo que generalmente se llama «inconsecuencia». Una serie de acontecimientos revela una tendencia «consecuente» (del latín *con-sisto*, que significa «estando juntos») cuando todos estos acontecimientos que encajan bien juntos y ninguno de ellos apunta

bruscamente en una nueva dirección. De esta forma, tal serie es continua cuando no hay en ella ruptura, interrupción.

Se ha dicho, sin embargo, que la consecuencia es el duende de las pequeñas mentes; y lo han solido decir mentes arrastradas por impulsos emocionales para justificar sus cambios de actitud o política. Como ocurre con muchas palabras, ésta puede tener un significado tanto positivo como bastante negativo o peyorativo. Debería ser evidente que hay numerosos casos en los que una repentina ruptura (uraniana) con una política ya establecida y dada por supuesta, tiene un valor mucho más constructivo, es necesario producir esta ruptura —esta «solución de continuidad»—. La razón por la que es necesaria no tiene obligadamente que ser percibida conscientemente por el actor o pensador inconsciente; pueden funcionar intuitivamente y/o espontáneamente, y sólo después darse cuenta de lo que justificó el acto o el pensamiento —o incluso, en algunos casos, los sentimientos— que parecen ser inconsistentes con su conducta anterior, procesos de pensamiento o sentimiento. La justificación aquí significa que lo que parecía inconsistente, visto desde un estrecho (saturiano-juperiano) campo de conciencia, era pertinente y lógico cuando es entendido en términos de un marco de referencia más grande.

Cada verdadero acto creativo implica algún grado de discontinuidad. Puede significar, coloquialmente hablando, salir de la rodera. Puede llamarse mutación. No obstante, para el conservador, ligado a una tradición obsoleta y negándose a reconocer la necesidad de cambios básicos, el acto creativo y transformador puede parecer inconsecuente. Se ha dicho que un conservador es una persona que no cree que algo ocurrió por primera vez. No acepta el hecho de que, dentro de cualquier ciclo determinado de crecimiento, siempre debe haber primeras veces. Siempre hay ocasos que no parecen consecuentes con lo que se ha conocido la noche anterior, porque durante la noche alguna experiencia —más probablemente, no recordada por la conciencia despierta— introducía

un sentido de contacto aún no experimentado con realidad más grande o la realización de un propósito más extenso, más inclusivo para la vida y la acción.

Lo que ocurre durante la «noche de la conciencia» puede parecer durante el día un misterio incomprensible para una mente llena de actividades sociales estructuradas por patrones colectivos tradicionales; no obstante, si el acontecimiento interior recordado se puede ver en la luz de la posibilidad de dar un paso adelante en la evolución de uno, surgirá inevitablemente un nuevo sentido de orden y significado. Se experimentará una nueva orientación —es decir, una vuelta hacia un nuevo oriente, un nuevo amanecer— y la resistencia del pasado será superada. La inconsecuencia uraniana será vista como el preludio de, o el amanecer de una nueva y más alta consecuencia —una consecuencia galáctica.

Tal cambio de nivel discontinuo y quizá repentino puede exigir al individuo que dé un largo paso en el umbral del nuevo campo de actividad. Así puede, debido al miedo, impaciencia o ambición espiritual, calcular mal la altura del escalón y caer inconsciente en el umbral o incluso precipitarse en el abismo que su falta de preparación le abrió.

La inconsecuencia también se puede simbolizar por unas cataratas —una profunda «solución de continuidad» en el flujo normal del río hacia el mar. Tal paso discontinuo o inconsecuente, sin embargo, lo puede usar el ingeniero para generar energía eléctrica, proporcionando luz a la ciudad y haciendo posible que el hombre trabaje conscientemente durante lo que de otra forma hubieran sido noches de conciencia —y, por tanto, haciendo posible quizá el dar un paso hacia delante en el desarrollo de la mentalidad colectiva del hombre. Aquí tenemos un símbolo de la transferencia del centro de conciencia del hombre desde el nivel de actividad y conciencia puramente «natural» al «creativo mental» —un símbolo también del descenso del poder galáctico intentando alcanzar a través de Urano el nivel de la conciencia terrestre en el hombre. Urano *concentra o focaliza* el poder de la Galaxia, al

igual que las lentes enfocan la energía dispersa de los rayos solares, y genera un área de relativamente intenso calor en el que materiales combustibles pueden arder. La misión de los grandes genios, hombres de voluntad heroica y de grandes avatares de la voluntad y propósito divinos, consiste principalmente en llegar a ser *focos* a través de los cuales lo que constituya en cualquier momento «el próximo paso» de la humanidad se convierta en visible y fascinante.

Este principio de la energía convergente y de la emisión de Palabras creativas (*logoi*) está en la raíz de cualquier modo de existencia, ya sea a nivel macrocósmico y microcósmico. La física moderna nos ha revelado que la liberación de energía no ocurre de forma continua, sino en forma de pequeños «paquetes» o *quanta*. La existencia es cíclica y discontinua, aunque el hombre desea siempre recalcar su aparente continuidad, porque teme a lo desconocido y a todo lo que amenace la normalidad aceptada como tal por su «ego» y su sentimiento de seguridad.

En Asia, donde el proceso de meditación interior es ampliamente aceptado como un medio para la auto-transformación y la exorcización de la oscura voluntad del ego, se ha hecho mucho hincapié en los breves momentos que puede haber entre la consecuentemente causal y la continua orientación del pensamiento. Estas son las simbólicas cataratas en el flujo de la conciencia, los inesperados silencios en la melodía de la mente pensante. Es *a través de* estos brevísimos momentos, algunos de los cuales pueden parecer «eternos», cuando la conciencia puede liberarse de la esclavitud y adentrarse en el mundo de la causa y efecto y vida repetitiva. Es en estos «huecos» del pan de la vida —huecos producidos por la «levadura» del contagio espiritual del maestro al alumno, incluso a veces de amante a amante, o de amigo a amigo— donde actúa la energía transformativa de la Galaxia. Actúa porque solamente eso que se ha vaciado de los contenidos de la naturaleza más baja puede resonar con la voz de la Galaxia. Esta voz resuena continuamente por todas las células de

nuestro ser; porque nosotros efectivamente «vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser» en el espacio galáctico. Pero no podemos oír, mientras nuestra atención esté totalmente dirigida hacia el Sol, nuestro señor y maestro. Para ser capaces de elevarnos hacia nuestra estrella, tenemos que neutralizar por un momento la gravitación solar. No necesitamos ir a ningún sitio o producir fuerza alguna. Toda la fuerza que necesitamos está aquí. Solamente tenemos que liberarnos de nuestra esclavitud a las formas más bajas de gravitación —terrestre y solar. Esto significa, en primer lugar, dejar de creer en la inevitabilidad de nuestra subordinación a estas formas, llegar a tener tranquilidad interior, y *dejar* que las vibraciones del espacio galáctico se graben en nuestra conciencia con toda su pureza, su simplicidad, su trascendencia.

Para dejar que eso ocurra: ésta es la clave. Debemos dejar que la luz invisible de Urano llegue a radiar dentro de nuestro silencio. Debemos aceptar la discontinuidad, la inconsecuencia, las paradojas de la existencia espiritual. Debemos consentir el ser «cataratas», aunque eso signifique ser profundamente contusionados por las rocas y la conmoción de la zambullida en el agua profunda, porque lo que cae dentro de nosotros puede ser rescatado y convertido en luz que ilumine la mente del hombre. Urano nos exige el sacrificio de las cataratas, y debemos dejar que ocurra. Esta es la suprema inconsecuencia: que el ruido y la pasión de las cataratas es, a los oídos galácticos, el silencio que lo divino puede fecundar al fin. En el ojo del ciclón hay silencio y calma —y así ocurre en el centro de la crisis que es verdaderamente aceptada y bienvenida. ¡Bienvenido sea Urano, el centro de toda crisis de transformación!

NEPTUNO: EL DESACONDICIONADOR SOÑADOR DE GRANDES SUEÑOS

Mucha gente no se da cuenta suficientemente de cómo

estamos condicionados desde el nacimiento por el entorno que nos rodea, la sensación de las palabras que oímos, los ejemplos que instintivamente imitamos, la lengua que es necesaria para el desarrollo de nuestro potencial de inteligencia y todas las tradiciones de nuestra sociedad, ya sean explícitas o implícitas, consciente o inconscientemente aceptadas. Para liberarnos de este proteico impacto de nuestro entorno físico, emocional, psíquico e intelectual, tenemos que experimentar un proceso de *desacondicionamiento*, a menudo largo, tedioso o catárquico. Neptuno, que en uno de sus aspectos representa el poder de la colectividad sobre el individuo, también simboliza, en su aspecto supremo, el proceso de desacondicionamiento. Esto puede parecer paradójico, pero, como ya se ha dicho, todo proceso espiritual supone paradojas y la transmutación de un orden inferior en otro superior.

Tal transmutación puede resultar de un rechazo de —o, negativamente, de una huida— lo que nos ha condicionado; pero, según mostró el género de vida tántrica en parte de la India y el Tíbet, también podemos consentir en experimentar algunos de los factores condicionantes de una forma no ego-céntrica y ritualizada (es decir, impersonalizada), dándonos cuenta de que sólo estamos totalmente libres de algo cuando somos capaces de experimentarlo sin ningún tipo de atadura y motivación personal; pues así, no sólo ya no somos esclavos, sino que también «conocemos» completa y existencialmente su significado y fuerza, habiendo comparado su fuerza con la nuestra y habiendo superado sus imposiciones.

Este proceso tántrico indudablemente es peligroso, y ha llevado a fracasos masivos. Para tener éxito, es necesario tener una gran capacidad para captar la realidad ideal, suprapersonal y cósmica de lo que está detrás de lo condicionante. Exige una destacada, y raramente encontrada, habilidad para ver el todo en la parte, lo universal en lo particular envolvente, y para identificar el interior de uno mismo y la conciencia con el futuro trascendente incluso en el mismo momento que uno experimenta el legado del pasado —aceptando

este pasado como un preludio necesario del futuro y por tanto, sin echarse atrás, al estar interiormente libre de su poder condicionante.

Para identificar la conciencia de uno mismo con el futuro, uno ha de formarse una imagen muy clara de este futuro; aún más, esta imagen se ha de grabar con fuerza e imborrablemente sobre la mente consciente por la fuerza del «todo mayor» dentro del cual vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser. La impresión de la imagen a menudo toma la forma de un «gran sueño» —un sueño que para la conciencia despierta tiene el carácter de una realidad trascendente, una revelación «divina». En este sentido, Neptuno se refiere a los grandes sueños de los hombres que no sólo han visto, sino que se han sentido obligados interiormente a intentar establecer dentro, o al margen de nuestra sociedad, lo que la gente ordinaria a menudo rechaza como «utopías». No obstante, tales utopías, aunque no puedan resistir las presiones de la sociedad presente y la burla de sus partidarios aborregados o ambiciosos predadores, son precursoras de un futuro más o menos distante. El gran sueño de los visionarios neptunianos se convierte en la realidad de un mañana más glorioso y más libre. Sirven un poderoso propósito, porque el género humano nunca puede llegar a ser lo que algunos hombres no han imaginado. Nada puede ocurrir en la realidad concreta y verdadera que al menos dos o tres hombres no hayan imaginado antes y no hayan formulado aunque sea en trazos provisionales.

La paradoja neptuniana es que muy a menudo hay que llegar a la libertad por medio de la experiencia de la esclavitud —no apartándose de ella. Dicho de otra forma: ya está implícita la colectividad superior, aunque latente y sin ser reconocida en el grupo social inferior. La anterior funciona en una libertad que de hecho trasciende lo que a nivel social consideramos como libertad, porque es, en efecto, una forma superior de inevitabilidad o necesidad; mientras que lo que hoy

llamamos «libertad» es esclavitud para el mundo dualista de alternativas entre las que la mente consciente y la voluntad del ego tienen que elegir después de vacilaciones y conflictos internos. El ser que es verdaderamente libre es el que está más allá de la elección, porque habiendo sido total e *irrevocablemente* identificado con una forma de vida, simplemente no puede elegir otra forma. El Bodhisattva, que ha alcanzado un estado de conciencia espiritual puro y que lo abarca todo, no puede *no* ser compasivo. El *es* la compasión. A un nivel inferior de evolución, el soñador de utopías cuya vida está totalmente consagrada a su gran sueño, debe intentar actualizarlo. En realidad no tiene alternativa, porque se ha convertido en el agente del sueño neptuniano. El es el sueño convertido en acto. El es María habiendo recibido la anunciación; la vida avatárica dentro de su vientre no podía ignorarse y aún menos ser rechazada. Neptuno es María —o *mare*, el mar. Es el mar humano movido ineludiblemente por los vientos galácticos del destino. Estos hacen estragos en las estructuras saturnianas de los «simples hombres», hombres atrapados bajo la presión que determina lo que llamamos hoy, incapaces de soñar siquiera con «el mañana que canta»⁴.

Neptuno fue descubierto cuando la revolución industrial hubo mostrado su poder para transformar simples campesinos en proletarios cuyas vidas habían sido destrozadas desde su infancia por la esclavitud asalariada. Unos pocos visionarios empezaron entonces a tener sueños utópicos de una sociedad regenerada e impregnada por el amor de Cristo. Los sueños, prácticamente en todos los casos, no llegaron a ser realidades duraderas, no obstante, la imagen perdura y ahora se está reviviendo de muchas formas; y por muy poco eficaz que sea, permanece y verdaderamente tiene que multiplicarse como testigo de la potencialidad de las realizaciones galácticas en

⁴ Esta frase, una vez famosa, fue pronunciada por un miembro de la Resistencia Francesa justo antes de ser fusilado que, de manera desafiante, proclamaba que su muerte anunciaría «*les demains qui chantent*».

los caracteres humanos. Sin embargo, no puede haber ninguna realización concreta y duradera mientras el proceso desacondicionante en los individuos cuya conciencia se ha iluminado por el sueño neptuniano no sea completo e irreversible. Es a esta irreversibilidad a la que Plutón contribuye. Puede contribuir a la purificación de una manera fanática y dictatorial, conduciendo a un tipo u otro de totalitarismo; también puede llevar a esas profundas catarsis después de las cuales puede que no haya retorno al pasado opresivo y egocéntrico.

Neptuno ha sido llamado el planeta del éxtasis, pues se refiere a lo que parecer ser el anhelo infinito del hombre de eso que le puede sacar de sí mismo, limitado y aislado, y de su estrechamente definida postura del ego (*ex-stasis*). El camino neptuniano nos puede llevar al estado unitivo de la mística verdadera, en la que todas las diferenciaciones separadoras han cesado o se han olvidado, y todo es —o parece ser— «uno». ¡El hombre desea olvidar tantas cosas que le atan, oprimen o cansan! Ha encontrado muchas formas de hacerlo. Pero olvidar no es liberarse de la tensión o soledad temporalmente olvidada. Todos los medicamentos que el hombre ha usado desde tiempo inmemorial, desde el alcohol hasta la droga psicodélica, solamente pueden proporcionar alivio temporal o liberación ilusoria. Dondequiera que haya existencia tiene que haber dualidad. Toda vida requiere polarización. La unidad es un «gran sueño», si la buscamos en el universo que se manifiesta. No obstante, este sueño es necesario para polarizar y estimular nuestra existencia, si nos vamos a mover, paso a paso, en el camino hacia una conciencia y una realidad cada vez más elevada —galácticas, metagalácticas y universales. El término *universo* es revelador, pues significa «vuelto hacia la unidad».

El uso de la frase «unidad en la diversidad» se ha dado a conocer últimamente; en realidad, debería ser «la diversidad buscando la unidad». La masa anhela un estado de unidad;

pero hablar de un *estado* de unidad es ceder a la ilusión neptuniana. Todo lo que el hombre puede alcanzar es una *conciencia* de unidad; la verdad sigue siendo el dualismo, excepto quizá en el nivel más metafísico. En términos de existencia deberíamos hablar de totalidad, no de unidad. La vida se mueve desde un todo menor a un todo mayor, desde el átomo y las células al hombre y las galaxias; y este movimiento está iluminado por el gran sueño de la unidad. Para todo lo que se mueve, la unidad sólo puede ser un gran sueño, un concepto no conceptual, un «esto no, esto no...» Incluso el sistema más metafísico de filosofía de Sankaracharya habla de la última condición como *advaita* que significa «no dual» —esto es una aseveración negativa. Significa un impulso dinámico de ir más allá de la dualidad *en el momento de experimentarse, a cualquier nivel de existencia*. Lo que está implícito es un llamamiento a dar un paso adelante en el camino a una realización cada vez más amplia de la totalidad del ser universal. Nadie puede «alcanzar» la unidad jamás y seguir siendo *uno*.

En este sentido, la unidad es una «ilusión» (del latín, *ludo*, «juego») y el universo es el Juego del Brahma, el dios creativo. Pero el Brahma no es la unidad; es solamente *un* uno —el inmenso Uno del que salió nuestro universo en toda su multiplicidad. No obstante, para el que pertenece al reino de la multiplicidad, la unidad es la ilusión *necesaria* sin la cual no podría haber progreso, ni evolución material o espiritual. Sin las formas de atracción increíblemente variadas que la vida presenta a sus organismos vivos, no se podría ir más allá de la estrecha totalidad no creativa de la unidad orgánica gobernada por Saturno y limitada por la piel y el esqueleto.

El atractivo más característico de la vida es el sexo, o (en el sentido más amplio del sexo) lo que llamamos amor. Sin este atractivo, no podría haber evolución. El atractivo del amor humano y la maternidad hacen posible la perpetuación de las especies. Neptuno es el símbolo de este atractivo —y por eso del acompañamiento necesario al proceso de evolu-

ción desde el todo inferior al superior. Lo que llamamos «compasión» es también atractivo en su forma más elevada; pues los grandes compasivos son seres que, habiendo conseguido la perfección de sus ciclos de existencia —el umbral del nirvana— con este «atractivo» rechazan este nirvana y se identifican compasivamente con los fracasos y los desechos del ciclo. Así, *una forma de totalidad superior* —un nuevo universo por el camino en espiral sin ningún fin que se puede concebir— se puede alcanzar.

¡El atractivo de la cristiandad! Si Cristo, como Rudolf Steiner afirmó, fue un «arcángel solar», ¿no vino a redimir al género humano e impregnar la Tierra con la alta vibración de su sangre derramada, para que se pueda lograr *la transformación del Sol en una estrella galáctica* y el hombre pueda encontrar su conciencia abierta a la dimensión galáctica de la existencia?

Hoy día hablamos mucho del carisma. ¿Pero, qué es esa misteriosa capacidad que tienen algunos seres humanos para impresionar y fascinar a otros sino la capacidad de evocar poderosamente grandes imágenes que inspiran la imaginación de la gente? Una vez hablé de Neptuno como el «evocador extraordinario». El individuo neptuniano sugiere imágenes que tienen poder transformador. Las palabras pueden ser imágenes con poder transformador; lo mismo que las semillas mutantes. Toda la vida psíquica de un ser humano está relacionada con y movida por imágenes. La moderna psicología de Jung —especialmente según ha sido desarrollado por Ira Progoff, e incluso por Fritz Kunkel y Eric Berne— trata de las imágenes psíquicas. Pero hay muchos tipos de imágenes: imágenes que adormecen y producen un sueño sin sentido, al igual que imágenes que provocan una acción mayor y ensanchan la conciencia; imágenes que embriagan e incluso pueden enloquecer a los desprevenidos, y también revelar nuevas formas de orden o nuevos valores y sentimientos; imágenes que son concentrados de tristeza o alegría; imágenes que disuelven el ego en la pesada muerte de la insensibilidad, o

provocan un éxtasis que aumenta la sensibilidad a una altura de intensidad creativa.

Nuestra vida interior depende completamente de imágenes y símbolos. La religión utiliza imágenes como grandes mitos para mover a las masas; es un todo integrado de imágenes centrado alrededor de un fundador imaginativo cuya conciencia «eidética» puede abarcar la totalidad de la existencia desde un punto de vista que la mayoría de los seres humanos todavía no ha alcanzado. Las imágenes, incluso más que las ideas, gobiernan el mundo, pues, para conseguir la fuerza convincente, una idea transformadora tiene que estar recubierta de imágenes capaces de evocar en el ser humano la cercana posibilidad de nuevos e inspiradores desarrollos.

Mientras que el tipo saturniano de conciencia intelectual trata de conceptos vinculados entre sí por la lógica, el tipo neptuniano de conciencia es «eidético», porque se basa en una secuencia de imágenes a menudo alógica, y quizá irracional —imágenes que interpenetran, imágenes del estado de sueño, o del estado entre el sueño y el despertar. Algunos psicólogos modernos emplean de forma significativa los «*rêves éveillés*» (sueños al despertar), que se desarrollan en un estado al borde de la conciencia al despertar —un estado en el cual las imágenes fluyen a su propio paso, pueden reaccionar a una dirección externa o consciente. Tal estado es típicamente neptuniano, pues es abierto y a menudo confuso y sin forma.

La astrología también se puede utilizar de forma parecida, usando la carta natal como un medio para evocar imágenes en la mente de la persona a la que se refiere —como el Dr. Raaum ha hecho con notable éxito⁵. Las técnicas asiáticas de medita-

⁵ Una de las extrañas ideas descuidadamente aceptadas por la mayoría de los astrólogos modernos es que la astrología está gobernada por el planeta Urano. Considerando el carácter repentino y violento de los trastornos uranianos, tal gobierno parece totalmente injustificado; mientras que la naturaleza de los conceptos astrológicos y símbolos bastante confusos e imprecisos —porque son enormes y lo abarcan todo—, además de la fascinación atractiva que muchas veces muestran a la persona idealista y ambiciosa, encajan muy bien con el carácter de Neptuno.

ción con frecuencia usan esas complejas, aunque centradas imágenes llamadas mandalas para estimular el proceso de integración personal. Las cartas del Tarot han servido para los mismos fines, que sugieren imágenes arquetípicas con significado universal para el ser humano. Los símbolos sabianos en la astrología constituyen una serie cíclica de imágenes más modernas que pueden referirse a los factores que se han encontrado en una carta natal, o usados como un medio oracular de una manera parecida a la del antiguo *I Ching chino*⁶.

Para el hombre que vive dentro de una esfera de actividad totalmente dominada por Saturno y animada por las energías de Júpiter y Marte —con sus polaridades de vida interior, Mercurio y Venus— las imágenes producidas por Neptuno son un desafío constante a la transformación y a la materialización de valores que trascienden al ego y a la tradición. Muchas veces es un desafío sutil cuando el atractivo neptuniano se encuentra con la atracción magnética de Venus, o cualquier juego de Mercurio con recuerdos y conceptos conocidos. Mientras que la acción de las fuerzas de Urano puede referirse a «soluciones de continuidad» y «cataratas» en el flujo de nuestros pensamientos, sentimientos y comportamiento, lo que Neptuno evoca es el anhelo profundamente enraizado, aunque temido, por el mar.

Lo que ocurrió fue que la gente de alguna forma confundió la musa, Urania, a la que se atribuyó la astronomía, con el gran dios, Ouranos, que era el símbolo del espacio no diferenciado y universal antes de la aparición de Saturno y Júpiter que le destronaron. El moderno Urano no tiene relación directa con el Ouranos mitológico —a menos que relacionáramos Ouranos con la Galaxia, de la que Urano es solamente un agente. No obstante, tal relación traicionaría el significado principal del mito griego cosmológico.

⁶ Cfr. Rudhyar, *An Astrological Mandala: The Cycle of Transformation and Its 360 Symbolic Phases* (New York: Random House, 1973).

Todos los ríos se dirigen al mar. Todo vuelve a la inmensa e imparable extensión del ser que es el océano. Anhelamos este tipo de retorno, una vez que ya no deseamos volver al vientre de nuestra madre. Puede ser el mismo profundo deseo de la conciencia individualizada y el ego maltrecho y alienado, pero es un deseo a dos niveles muy distintos, y no es aconsejable reducir el anterior al último. Si lo hacemos, como una forma reduccionista de psicología ha hecho con resultados poco afortunados durante un par de generaciones de individuos occidentales, es porque nos hemos negado a aceptar la posibilidad de levantarnos sobre el nivel de una sociedad que se desintegra, que expresaba de palabra unos ideales neptunianos a los que no hizo ningún caso en la práctica —una sociedad bastante bien simbolizada hoy por la tragicomedia de Watergate, duplicando cualquier número de formas de conducta hipócrita parecida, aunque menos conocida.

Contra tales situaciones Plutón actúa con un vigor implacable; y parece que lo hace especialmente bien cuando —como actualmente— iguala la velocidad de Neptuno en el sistema solar y penetra en la órbita de Neptuno, causando estragos con la atracción y los mitos— quizá hasta con el atractivo de la vida y el mito de la muerte.

PLUTON Y LA EXPERIENCIA DE LA PROFUNDIDAD, EL VACIO Y LA VUELTA AL CENTRO

Muchos astrólogos ven en Plutón un símbolo del materialismo o un poder destructivo y desintegrador en funcionamiento. Superficialmente tienen razón, al menos en la mayoría de las situaciones de la actualidad. No obstante, tal interpretación no puede mostrar el carácter principal del proceso complejo y universal simbolizado por el planeta anunciado y descubierto este siglo por los astrólogos americanos. Estos procesos liberan lo que se necesita para *reducir a lo esencial* todo lo que haya alcanzado el final de un ciclo; y el final de un ciclo es también el momento en el que puede efectuarse la reintegración como parte de un ciclo mayor. Plutón trata, por lo tanto, con la *posibilidad de renacimiento*; y obviamente esto implica la experiencia de lo que, para gente de estrechas miras, tiende a tomar la forma de «muerte».

Plutón no asegura el renacimiento. Simplemente se refiere a los *prerrequisitos* del renacimiento, uno de los cuales es lo que vemos como un cuerpo moribundo, o como la desintegración psicomental de una personalidad o toda una cultura. A Plutón no le importa a qué pueda conducir el proceso. No trata de los resultados finales, solamente de lo que debe atravesarse para producir un tipo fundamental de resultados como la base necesaria para una nueva vida a un nivel superior —o, en casos trágicos, inferior— de la espiral de la evolución. Plutón, creo, no produce tal base; esto debería

referirse a la actividad simbólica de un planeta transplutoniano, que provisionalmente he bautizado como Proserpina. Pero la posibilidad de tal base está implícita en la acción de Plutón; efectivamente da su verdadero y principal propósito a lo que Plutón representa en la vida de una persona o una nación.

A la luz de tal entendimiento astrológico de la función de Plutón, podemos reconstruir las partes del rompecabezas que este planeta presenta a las mentes de no pocos estudiantes de astrología. También podemos desechar la mayoría de las afirmaciones sobre Plutón radicalmente negativas, tomándolas como interpretaciones partidistas que pueden hacer un gran daño psicológico cuando son incorporadas a la interpretación de la carta natal de una persona.

Debería estar claro, sin embargo, que el aspecto de Plutón y sus efectos astrológicos tienen mucho de pavoroso e implacable, a menudo también totalmente despiadado, de una forma bastante distinta a Saturno, que frecuentemente ha sido considerado el símbolo del karma en acción. El karma saturniano funciona de un modo bastante preciso y automático, según la vieja fórmula: «ojo por ojo y diente por diente». Lo que se da a entender en tales obras kármicas también se puede afirmar en términos del principio universal de la armonía. Cualquier cosa que genere un desequilibrio hacia la izquierda tiene que ser equilibrada automáticamente —en tiempo y espacio— por una acción hacia la derecha, y viceversa.

Si la persona que está experimentando las consecuencias kármicas de actos anteriores aprende de estas experiencias, esto está bien; pero a la fuerza kármica no le importa. Una sociedad que castiga al criminal según una ley fija con un carácter impersonal, normalmente no se preocupa de lo que el castigo produce en la persona que violó la ley y fue sorprendida haciéndolo. Por esta razón se dice que la justicia es «ciega». Son raros los casos cuando un «castigo» se da con el propósito de crear una situación controlada que provoque una

profunda catarsis y la posibilidad de regeneración moral y social —aunque el concepto actual de justicia pueda estar avanzando tentativamente en esa dirección.

Cuando lo hace, intenta encarnar el espíritu plutotiano.

Saturno, no lo olvidemos, tiene un carácter que está dominado por el Sol autocrático —o, como sustituto, por un código legal y tradicional, como el código napoleónico. Saturno se refiere a la justicia de un rey absoluto que no puede aceptar desafíos a su poder y puede aguantar aún menos el que se burlen de sus leyes; excepto en los raros casos en los que le gusta mostrar —o que por enrevesadas razones se ve obligado a hacerlo— su magnanimidad, y perdona al ofensor. Por otra parte, Plutón nunca «perdona», porque nunca «castiga» o exige automáticamente el pago proporcionado a la ofensa. Plutón indica que ha llegado la hora de la posibilidad de pasar de un nivel de conciencia y actividad a otro; y luego crea las condiciones necesarias para tal paso o transmutación.

Cuando más dominada está la conciencia por las estructuras saturnianas y los recuerdos, más duras son estas condiciones. Si Urano y Neptuno no han logrado dar un buen comienzo al proceso de transformación, Plutón puede ser despiadado e implacable. Si, por otra parte, las fuerzas uranianas y neptunianas han realizado su trabajo transformador, y el individuo ha aceptado su mensaje y se ha preparado para el «descenso al infierno» —la noche oscura del alma— puede, con una fuerza serena enfrentarse al proceso plutoniano de total despojamiento y vacío.

Tal persona ya lleva en su corazón la visión de la nueva vida y no puede resistir más la transformación, cuyo propósito ha realizado él mismo. El castigo se ha convertido en purga —el derribo de los obstáculos para que pueda pasar el flujo de fuerza espiritual dentro de su ser total, o al menos la parte de su ser que pueda soportar la inundación interna de la energía galáctica sin hacerse añicos.

Puede implicar la acción del karma, pero una retribución kármica que es aceptada totalmente y a la que se le da el

significado de una liberación de recuerdos conscientes e inconscientes del pasado deja de ser saturniana; se convierte en la prenda que uno tiene que dar para entrar en el reino galáctico de la conciencia espiritual. En casos emocionales extremos, tenemos el éxtasis feliz de los mártires cantando mientras son torturados, porque saben con toda seguridad que ésta es la forma de llegar a la unión absoluta con el Divino Amado, el Avatar.

En el simbolismo del descenso de Cristo durante tres días al infierno, después de su crucifixión, vemos un ejemplo particularmente significativo de la actividad plutoniana, pues el desarrollo de la conciencia galáctica necesita una experiencia total del significado que la desintegración y el fracaso han tenido durante el ciclo en el que se ha alcanzado el estado de conciencia cristiana. Todo lo que ha sido parte de este ciclo debe ser abarcado por esta conciencia que ahora tiene un carácter totalmente holístico y, por tanto, cónico o divino. El Adepto Blanco ha debido percibir de algún modo o sentir empáticamente el estado trágico del Adepto Negro, pues en su compasión incluye las tinieblas tanto como la luz. Pero tiene que ser verdaderamente la Bondad Suprema la que revele su naturaleza en la compasión total e impersonal, no la limitada y minúscula bondad representada por los valores sociales o religiosos convencionales.

El hecho de que la crucifixión y sus consecuencias, el «descenso al infierno» de tres días se celebren al mismo tiempo que el equinoccio de verano es particularmente significativo; pues ese momento se refiere, al menos simbólicamente, al proceso de germinación; y la *germinación es la crucifixión de la semilla*. De la semilla rota lo primero que brota es la radícula, y esta radícula «desciende» al humus, el producto de la descomposición de las hojas y de todo lo que anteriormente ha estado vivo. La tierra oscura es el infierno de la esfera vida, pero también es la base de todos los procesos de vida —la «madre oscura» que es el pasado, que será redimida mientras sus materiales descompuestos suben al

aire y la luz dentro de la nueva vida y finalmente llegan al estado de flor.

La germinación es un proceso plutoniano, y por eso Plutón debería «gobernar» Aries en la astrología, el signo del zodiaco del equinoccio de verano, símbolo del impulso creativo que inicia todos los procesos de vida. No obstante, Plutón está *asociado* con Aries en lugar de gobernarlo; pues el concepto de gobierno se desmorona por completo cuando nos damos cuenta de que los planetas trans-saturnianos están *dentro* del sistema solar, pero no *pertenecen* a él. Este concepto era perfectamente válido en el mundo ptolomeico Sol-Saturno, porque expresaba una profunda filosofía de la vida. Ya no se debería aplicar a un heliocosmos en el cual se entiende que el Sol es ante todo una estrella, una entre miles de millones, dentro del enorme organismo cósmico de la galaxia. Todo lo que se puede decir es que un nuevo enfoque galáctico de los planetas y del zodiaco —el zodiaco tropical que es el fondo en el que trazamos la relación que cambia cíclicamente de la Tierra con el Sol— los signos después de Capricornio (la cumbre del poder de Saturno) corresponden a las fases básicas del proceso de transformación simbolizada por Urano, Neptuno y Plutón. Así Urano está relacionado con Acuario, Neptuno con Piscis, Plutón con Aries y el supuesto planeta transplutonio Proserpina con Tauro.

Plutón, no obstante, es el que desafía todo lo que Marte representa en el sistema Sol-Saturno. La impersonalidad plutónica desafía al carácter esencialmente personal y emotivo de Marte. Estos desafíos se producen en Escorpio y en Aries, al igual que el desafío de Neptuno a Júpiter se produce en Piscis (símbolo del último momento de un ciclo cultural) y también en Sagitario (que representa el logro de una cultura de su carácter legal y fundamentalmente filosófico); y Urano desafía a Saturno en Capricornio y en Acuario, pues en cuanto los días empiezan a ser más largos, el poder de Saturno está condenado, incluso en la misma cumbre de su poder.

Todos los desafíos por parte de los planetas que son

agentes de la galaxia son intrínsecamente causas del sufrimiento para la conciencia encerrada dentro de las normas saturnianas; pero la aceptación del sufrimiento es una parte esencial del proceso de transformación. El «descenso al infierno» es, en cierto sentido, una dramatización de la inevitabilidad del sufrimiento en tal proceso. Y, de forma más general, dondequiera que haya una experiencia de profundidad, inevitablemente hay una experiencia concomitante de sufrimiento. Pero, en nuestro mundo global, la dirección de profundidad nos lleva al centro; y la experiencia del centro es esencial para el desarrollo espiritual. Todos los centros –sean átomos, células, soles o galaxias– no sólo están relacionados en la cuarta dimensión de la «interpenetración», en realidad son también una unidad que podríamos llamar la quinta dimensión. Este es el antiguo concepto hindú de la identidad del atman individual y el brahmán universal, reflejado en la salutación yogi «Yo soy tú» que evoca el sentimiento de una identidad esencial de los centros de todos los seres humanos. Debería añadirse que tal tipo de salutación distingue los tipos de espiritualidad hindú y hebreo-cristiana, ya que éste, a diferencia de aquel, habla de «Yo y tú» (cfr. el famoso libro de Buber de ese título), sustituyendo la identificación con un diálogo entre entidades esencialmente distintas– un diálogo que como máximo es una unidad que relaciona a Dios el Creador con el hombre, la criatura.

Lo que en términos generales podemos llamar psicología de la profundidad intenta, en su aspecto más significativo, proporcionar a la conciencia humana la experiencia de la profundidad –y en algunos casos (especialmente con Carl Jung y Assagioli) la experiencia del centro. El proceso de «individuación» que constituye el principal tema en la psicoterapia de Jung y de la psicosis debería llevar no sólo a la experiencia del centro –pues el ego personal es también el centro del campo de conciencia supeditado a Saturno– sino también a la transferencia del centro desde el campo del ego esencialmente limitado y temporal al reino más amplio y

permanente del «yo». Este no es sólo un campo más grande, porque abarca las zonas conscientes e inconscientes de la psique, sino también un campo distinto en el aspecto cualitativo. Tiene la calidad de inclusividad que contrasta con el básico exclusivismo de la conciencia dominada por el ego.

El hombre despierta y enfoca las energías solilunares de la personalidad en la dirección de un objetivo deseado emocionalmente. Representa una salida al mundo de la superficie del globo, la biosfera. Implica una extensión de energía más o menos horizontal en cuanto a una relación con un objeto; una relación que puede ser negativa, y, por tanto, una huida de ese objeto. Plutón, por el contrario, se refiere esencialmente a la concentración del poder (o la actividad) de algún tipo de «grupo» (concreto o trascendental) en y por medio de un individuo que se encuentra investido con ese poder, un poder que expresa o busca un propósito de búsqueda del centro. A la acción intensamente personal de Marte, Plutón contesta con un impulso colectivo de actividad, un impulso colectivo que busca una mente o una voluntad que, al darle un foco consciente, proporcione un centro desde el cual puede ser difundido.

Al nivel más alto Plutón sirve para enfocar las energías galácticas sobre el género humano *a través de* los individuos que están dispuestos a asumir un papel del destino; y, en ese sentido, la acción de Plutón es «vertical» y no «horizontal». A un nivel sociocultural Plutón representa el impulso profundamente arraigado de una colectividad —una nación, un grupo social, una profesión— de formular *por medio de* personas con un don especial la calidad característica (estilo o manera de vida) de la etapa histórica de la evolución en la que se encuentra el grupo o la nación. Mientras que Neptuno representa la presión general de una colectividad sobre los individuos que la forman —y así, por ejemplo, significa la subordinación del individuo a la moda y propaganda de todo tipo— Plutón en una carta natal indica *la posibilidad* de que una persona se convierta en el portavoz activo del espíritu del

grupo por medio de una acción positiva y creativa.

Esta concentración plutoniana de las energías sociales o biológicas sobre un individuo capaz de expresar el carácter y propósito del grupo muchas veces conduce a lo que parecen ser acciones llenas de ambición o satisfacción personal; y, sin embargo, detrás de esta fachada personal funciona un tipo más amplio de motivación inconsciente o semiconsciente. Por ejemplo, a nivel psicológico la atracción emotiva entre un hombre y una mujer normalmente toma formas aparentemente personales y posesivas; pero detrás de esta apariencia es la especie humana, y muchas veces la cultura y la religión de los jóvenes, lo que les obliga a juntarse. En la superficie todo parece personal y marciano, pero en las profundidades inconscientes de las dos personas es el propósito colectivo de la raza o la cultura lo que busca su expresión. Cualquier focalización de energía o propósito genérico o social a través de las acciones de los individuos, muchas veces inconscientes de lo que les mueve a actuar, es plutónico ¹.

Este desafío plutónico a Marte típicamente se produce en Aries. La vida misma, en su sentido genérico, es el verdadero actor en todos los comienzos cósmicos o raciales. Esto es lo que, en las mitologías más antiguas, significaba el gran dios Eros (o *Kama deva* en la India); fue mucho más tarde cuando esta fuerza principal de la vida universal fue reducida a este carácter «humano, demasiado humano» que ocupa en los conceptos populares y el lenguaje familiar (piénsese en el uso común del término, erótico). En la antigüedad el Eros griego y el *Kama deva* hindú eran los primogénitos entre los dioses. Representaban un deseo cósmico de crear un nuevo mundo; y un deseo así inevitablemente implica un «descenso» al caos.

¹En este sentido, la fuerza policial es una manifestación del poder plutónico en el poder social (y a veces, político). El policía que abusa de su poder comete un delito más grave que un mero individuo que hiere a otro individuo —una acción marciana. Pero en nuestra sociedad injusta, normalmente sólo es reprimido o despedido. El abuso o mal uso del poder colectivo investido en un hombre debería ser el mayor delito que una persona puede cometer.

El caos representa la primitiva condición no diferenciada de la materia, los residuos de formas extintas de la energía, la «tierra oscura» o polvo de universos pasados. Toda actividad creativa en su carácter esencial es un descenso a la materia. La unidad *universal* en su estado difuso y no diferenciado, se extiende en el espacio infinito, intenta concentrarse en una unidad *en particular*, la fuente de una nueva manifestación; y para hacer eso se tiene que centrar en la materia. Interpretamos esta acción simbólicamente hablando de un «descenso» a las profundidades y a la oscuridad. Todos estos descensos son motivados por un deseo de nuevas y más amplias experiencias en alguna forma de vida, a cualquier nivel en que se puedan imaginar como expresiones de un proceso cósmico (micro o macrocósmico).

A nivel de nuestra sociedad occidental y, en un sentido más general, a nivel de lo que el filósofo hindú llamó Kali Yuga (la edad de hierro griega, la edad de la madre oscura, Kali), la descendencia plutónica tiene un carácter trágico, pues los individuos y las naciones siempre tienen que enfrentarse a muchos recuerdos oscuros y terribles. Estos recuerdos han de ser buscados en la profunda oscuridad para que los comienzos sean nuevos y creativos. En palabras de Jung, esto es el encuentro con la sombra. No obstante, si este encuentro se experimenta con valor y firmeza, la sombra se transforma en el dios de inframundo, el dios de los misterios, el dios «viviente» que polariza el dios en las alturas, y, por tanto, revela la unidad esencial de materia y espíritu, de éxito y fracaso también —o aún mejor la inalterable, ubicua e inefable armonía del ser y el no ser, o potencialidad y realidad ².

En la mayoría de los cuentos de hadas, la bestia horrible que busca amor se transforma en el hermoso príncipe, una vez que la doncella es capaz de sentir compasión por la fealdad deformada. En la mitología esotérica griega Plutón no

²Cfr. *La planetarización de la conciencia*, capítulo 5.

es solamente el soberano del inframundo, sino también el símbolo de la abundancia y la riqueza. También se simboliza por «la perla de gran valor», que, escondida dentro de la sustancia viscosa encerrada en la concha de la ostra, sólo puede ser encontrada por el valiente que se zambulle en las profundidades del mar del subconsciente; y, para tener éxito en su búsqueda, el buceador ha de desarrollar una gran capacidad pulmonar para la respiración —la respiración que simboliza el aspecto más importante del proceso de la realización espiritual. Las perlas las produce la ostra cuando alguna sustancia molesta se ha introducido en el espacio vital de la concha aparentemente seguro. Si ha de experimentarse algún tipo de transmutación o transubstanciación, el sufrimiento es necesario; pero todo depende de la actitud hacia el sufrimiento y el dolor. La tragedia ha de ser aceptada. Debe ser *entendida*; y entender no es solamente experimentar todo el peso y la carga de lo que se entiende; significa también llegar a ser consciente del propósito del peso colocado sobre los hombros de uno —el propósito que esta carga y la experiencia de ella tienen en el largo ciclo de la existencia de uno, y si es posible de la existencia del género humano y del mundo.

Plutón, más que cualquier otro planeta, puede conducir a la realidad de lo que a menudo se llama con demasiada facilidad «conciencia cósmica»; aunque por cierto que no necesita hacerlo. La Sombra tiene formas más sutiles de esconder la realidad bajo variadas formas de atractivo neptuniano. Como ya se ha dicho, la acción de Plutón está muy condicionada por lo que haya sido la respuesta de una persona a las fuerzas neptunianas y uranianas y a los acontecimientos. El revolucionario uraniano puede ser fácilmente desviado de su camino por la intensidad de su pasión por derrumbar los factores opresivos y no aceptar el comprometerse; el idealista neptuniano se puede despistar por el atractivo de experiencias pseudomísticas que le hacen perderse en una bruma pesada aunque tornasolada; y el humanitario neptuniano puede hundirse en las arenas movedizas del sentimentalismo. Lo que se

toma por conciencia cósmica puede que sea solamente una experiencia *sentimental*, en vez de una clara percepción de la mente cósmica y divina en sus operaciones cíclicas impersonales e infalibles —lo que Sri Aurobindo llama la supramente, o incluso el aspecto superior de la supramente.

Se puede establecer una relación significativa y opuesta entre Mercurio y Plutón. Mercurio simboliza la mente en un estado en el cual sus obras están condicionadas por la necesidad del organismo vivo para la supervivencia, expansión y reproducción, y por las ambiciones socioculturales del ego. Por otra parte, Plutón representa la mente cósmica totalmente impersonal —la mente que trata de los principios y arquetipos universales, la mente holística y eónica. A un nivel inferior, se refiere al estilo de una época, más que a la contribución personal de un escritor o artista particular, muy frecuentemente apreciados al principio por sus características superficiales y supuestamente «originales». Por esta razón, la posición de Plutón en una de las casas de una carta natal revela el tipo de experiencia a través de la cual una persona contribuirá más fructíferamente al estilo de su tiempo; y, como veremos en seguida, la posición de Plutón en un signo concreto del zodiaco da una idea básica del estilo de vida de una generación.

Resumiendo lo anterior, encontramos que el significado fundamental de todos los procesos plutonianos es que no obligan, a menudo implacablemente, a devaluar o abandonar todo lo que sea una manifestación de vida *superficial* y tener una experiencia humana tan profunda como pueda aguantar nuestra condición mental, afectiva y espiritual. La vida superficial se puede interpretar a nivel sociocultural en términos de nuestras reacciones de comportamiento habituales y asimilados, y estructuras sentimentales de nuestra sociedad o clase. A un nivel más personal, Plutón representa, como ya hemos visto, todas las formas de la psicología profunda; por tanto, cualquier decidido intento para descubrir nuestro «carácter

fundamental» —en el sentido en el que la filosofía Zen utiliza estas palabras.

También se puede decir que Plutón conduce la mente humana a la percepción de que existe un núcleo central de «grandes verdades» bajo las creencias y prácticas religiosas. Los teósofos se refieren a ello como «la religión universal de la sabiduría». Todos los cultos institucionalizados que, en su aspecto externo y popular, alguna vez han intentado enfrentarse a las necesidades locales y relativamente temporales de colectividades humanas concretas en varias regiones de la superficie terrestre, se derivan de ello. Se fundamenta en lo esencial de la naturaleza humana.

En este sentido, Plutón es el planeta más relacionado con el verdadero ocultismo —ya sea en sus formas constructivas o destructivas (es decir, adecuación blanca o negra)— no solamente porque el verdadero ocultismo nos enseña cómo obrar dentro del reino de las *fuerzas* (la palabra astromental), de la que los cuerpos materiales sólo son manifestaciones externas, sino también porque afirma que todo el conocimiento humano básico llegó al género humano por medio de una «primera revelación» otorgada por unos seres extraterrestres que eran la «semilla» de un previo ciclo planetario, y que este conocimiento, en su condición pura, sigue siendo posesión de Hermandades Ocultas que aún existen hoy día. Con la ayuda de algunos de los miembros de estas hermandades ocultas, el hombre puede llegar a estar en armonía con sus mentes colectivas; pero tal armonía, y en casos muy raros una consiguiente identificación, sólo se puede conseguir a través de un acercamiento arduo y peligroso a las últimas realidades de la existencia, el Camino de la Iniciación. Plutón gobierna ese camino con absoluto rigor y según unas leyes impersonales e invariables que expresan principios cósmicos.

El ocultismo en su verdadera forma (que no tiene prácticamente nada que ver con lo que hoy se conoce popularmente como ocultismo) es *psicología de profundidad cósmica*. Sólo puede ser comprendido de manera significativa y aplicada de

manera constructiva por los individuos que se han «separado» interiormente de la enorme vibración de la humanidad (y en general de la biosfera de la Tierra) por visitas uranianas y crisis profundamente arraigadas, y que han experimentado la expansión neptuniana de la conciencia y de *los sentimientos* sin ser seducidos por el atractivo proteico que rodea el camino oculto, para que se desvíen por las bifurcaciones.

Debería quedar claro que el camino oculto no es el camino devocional, y mucho de lo que pasa por misticismo pertenece a otro enfoque, aunque todo ocultista «blanco» debe haber tenido experiencias místicas transformativas e iluminadoras. La verdadera relación entre el misticismo y el ocultismo puede ser simbolizada por la que existe entre Neptuno y Plutón. Ya he comentado que hay veces en las que Plutón llega a estar más cerca del Sol de lo que llega a estar nunca Neptuno, y así se puede decir que en estos momentos funciona dentro de la órbita de Neptuno. Hoy estamos muy cerca de un período así, que dura unos veinte años. Estos períodos muchas veces son testigos de una repolarización de la conciencia colectiva y los ideales del género humano de forma que, de un modo u otro, resaltan factores que están profundamente enraizados en el carácter humano. En 1942, el Vicepresidente Henry Wallace dijo que «el siglo en el que estamos emergiendo —el siglo que saldrá de esta guerra— puede y debe ser el siglo del hombre común». Ese siglo empezó, en efecto, con la gran depresión de 1929 y los años siguientes, cuando se descubrió Plutón. En mi libro *La fe que da sentido a la victoria* (otoño 1942), señalé que Henry Wallace tenía que haberse referido no tanto al «hombre común» como a la *humanidad común del hombre*, y añadí que:

Mientras los individuos se enorgullecen de ser distintos a los demás y se indentifiquen exclusivamente con sus diferencias, no puede haber paz en la Tierra. La paz y la unión llegarán cuando los individuos se reconozcan *primero* como seres humanos y luego como individuos;

cuando estén dispuestos a consagrar sus dones y facultades diferenciadoras al bienestar de la humanidad; cuando las personalidades egocéntricas de nuestra época se den cuenta, utilizando las hermosas palabras de St. Exupery en su *Huída a Arras*, que «El individuo es un camino; sólo importa *el hombre*, el que sigue ese camino» (p. 15)... el individuo está enraizado en la humanidad común del hombre, lo reconozca o no, le guste o no... Detrás de su voluntad y su poder está el gran proceso de la evolución humana, que sigue adelante y finalmente realiza su objetivo inherente —meramente modificado, retrasado o acelerado por la voluntad individual de los hombres por separado. Seguramente el hombre es el supremo florecimiento de esa evolución humana; seguramente el gran genio permanece como la luz que guía y el creador. *¿Pero qué es lo que es el poder dentro de él?*... El poder está brotando constantemente de la humanidad común y las estructuras comunes que el individuo comparte con todos los hombres.

La fuerza motriz, la profunda comprensión y la experiencia de profundidad de esta humanidad común son factores plutónicos. El sexo se ha glorificado tanto en este «siglo del hombre común» porque la relación sexual es una de las más básicas formas de obtener tal experiencia de profundidad del poder que hay en todos los organismos humanos. Wilhelm Reich y los entusiastas bioenergéticos sitúan esta experiencia plutónica en el centro de toda vida humana. Esta experiencia suaviza todas las distinciones personales y desdeña todas las clasificaciones o prejuicios racial-culturales. Es la experiencia de la «vida» en su manifestación impersonal, o mejor dicho *subpersonal*, como el sexo y energía orgástica. La humanidad común del hombre no «trasciende» los logros individuales de una cultura y de los seres refinados por tal cultura; pues, para experimentarlo, el individuo tiene que «descender» a lo común y lo no diferenciado. Es un descenso plutónico. Si a veces resulta ser un descenso al infierno, es porque en nuestra

humanidad actual, y durante inmensos períodos de tiempo, la función sexual ha estado pervertida por la voluntad del ego que intenta utilizar la fuerza vital de la biosfera para la diversión personal y el poder. Este ha sido el resultado fatal del proceso de la individualización que diferencia el hombre de los animales. Es este sentido, Plutón obliga a los hombres y mujeres individualizados y «civilizados» a descender no sólo al nivel en el que domina la fuerza animal de la vida, sino a niveles aún más bajos.

El sexo no es la única manifestación de ese nivel de actividad y conciencia. Todos los ritos, que reúnen a un número relativamente grande de personas en un estado de sentimiento de masas y comportamiento común en el que actúan como una multitud no diferenciada emocionalmente, intentan despertar el poder de la humanidad común del hombre. Son instrumentos plutónicos, especialmente cuando funcionan en una nación que por lo demás intenta fomentar y se enorgullece del individualismo de sus ciudadanos; porque en tales casos no hay ningún poder saturniano profundamente efectivo para poner límites tradicionales a la conducta de lo que se ha convertido en una muchedumbre totalmente irracional e incontrolable. Los ritos religiosos, y a nivel socioeconómico, las prácticas igualmente ritualistas de los negocios, funcionan dentro de las fronteras saturnianas de una tradición que también —al menos en algunas culturas— imponía unas formas específicas a la actividad sexual. El cuando estas formas saturnianas se vienen abajo bajo el ataque de las fuerzas uranianas, o cuando pierden su sentido por causa de un sentimiento neptuniano y novedoso de comunidad totalmente abierta y de una falta total de límites, que lo que hasta entonces era un rito se convierte en una rebelión de masas plutoniana o en una orgía.

El tipo de «reduccionismo» psicológico de Freud —es decir, la enseñanza de que las manifestaciones más diferenciadas y conscientes del idealismo, la religión, y el genio artístico, se pueden reducir a la actuación de presiones, obstáculos, o

trastornos en el flujo de la energía vital (libido y sexo) —es un proceso típicamente plutónico que actúa especialmente sobre la fácilmente distorsionada o bloqueada función marciana en los individuos humanos; y la carta natal de Freud subraya de una manera impresionante un Marte solitario y retrógrado. Es verdad, no obstante, que el florecimiento de las plantas sobre la superficie de la tierra depende de la salud de las raíces en las profundidades y la oscuridad de lo que, en términos psicológicos, es simbolizado por el subconsciente o el inconsciente personal. Lo que hasta ahora hemos conocido como «cultura» está profundamente vinculado a, o por lo menos fundamentalmente condicionado por factores locales geográficos y climatológicos —por lo tanto, factores Sol-Saturno. Este es el reino de la superficie del ser potencial del hombre. Una comprensión *global* de la condición ideal de la «civilización» —la Ciudad Santa, el Nuevo Jerusalén, etc.— se harán realidad cuando sus contornos arquetípicos y los principios que determinen su estructura hayan sido revelados por las manifestaciones galácticas más altas de Plutón.

Hace muchos años escribí un artículo titulado «Neptuno, el mar -Plutón, el globo». El globo contiene el mar, y mientras que éste es inmenso, profundo y misterioso, no tiene ningún centro. Un globo está centrado. Es una mandala tridimensional. Neptuno no es sólo el mar, sino también el océano atmosférico que penetra todo organismo viviente a través del proceso de la respiración —un tipo más sutil de mar, teniendo sus fuertes y a veces devastadoras tormentas. Los dos océanos —el agua y el aire— envuelven el reino en el que los continentes dan a luz a las culturas humanas; pero los océanos y la tierra obedecen a la gravitación plutónica, *la atracción hacia el centro*.

Tal atracción lleva a la integración; y, en cierto sentido, Plutón es el Integrador fundamental. Sin embargo, hay tipos prematuros de integración y hay procesos integrantes producto del temor al caos neptuniano. Tales procesos han conducido al hombre a desarrollos como el neoclasicismo o

neoescolasticismo en el Arte ³; al fascismo totalitario y el nazismo en la política —y en el mundo de los bajos fondos, a las bandas, la Mafia, y otras aglomeraciones más o menos criminales y coactivas de individuos frustrados y/o perplejos que buscan el poder en una actividad coordinada y dirigida.

Por otra parte, cuando los grupos fuertemente unificados salen del natural proceso evolutivo del crecimiento social, funcionan bajo un principio saturniano; tenemos un sistema «clásico» racionalista y formalista, como el que experimentó Europa en el siglo XVII y a principios del siglo XVIII. (Louis XIV, rey por «derecho divino» y el castillo de Versalles son símbolos destacados de este desarrollo.)

El neoclasicismo, como el totalitarismo al estilo Mussolini, emerge compulsivamente *después* de un período de relativo caos neptuniano y es impulsado por un temor colectivo a los resultados de un intervalo tan caótico. Esos movimientos retrógados («volver a...») no pueden aceptar el hecho de que el caos puede ser el comienzo de la gestación de un nuevo orden que abarca más. Su función quizá podría ser simbolizada por un Plutón regresivo, pero esto no significa que, en la astrología natal, un Plutón retrógrado en una carta signifique una tendencia hacia alguna forma de totalitarismo reprimido. Plutón aparece demasiadas veces como retrógrado en las cartas natales para que esa conclusión sea válida. Lo único que se puede decir es que un Plutón retrógrado provoca la posibilidad de usar reacciones de temor como medio de menor resistencia cuando al individuo se le presentan situaciones aparentemente caóticas. Al enfrentarse a estas situaciones, puede que lo mejor sea que la persona vuelva tranquilamente a unas básicas experiencias de raíz en lugar de zambullirse ingenuamente o con demasiada seguridad en un tempestuoso mar neptu-

³En música hemos tenido a Stravinski, el inventor del neoclasicismo, después de que su obra, *El rito de la primavera*, y la revolución comunista en Rusia le convirtieran en exiliado, y Schoenberg, que transformó el cromatismo post-wagneriano en un atonalismo rigidamente formalista e intelectualmente escolástico con sus sistemas de doce tonos.

niano. No todas las personas están estructuradas de forma innata para ser pioneros en aventuras intrínsecamente peligrosas; y el camino espiritual *puede ser* una aventura peligrosa con riesgos muy serios.

A la larga, incluso el fracaso relativo se puede transformar en un éxito espectacular; pero eso puede ser *muy* a la larga.

Plutón se puede considerar, por lo menos de momento, Guardián del Umbral que finalmente se abre al mundo estrellado de la Galaxia. El semblante del Guardián muchas veces da miedo; pero sólo refleja nuestros antiguos pecados de omisión y también de comisión, el hecho de que no actuamos cuando llegó el tiempo cíclico de avanzar, nuestros temores, y nuestra culpabilidad que normalmente ocultamos bien. Las narraciones ocultistas —como la novela clásica de Bulwer Litton *Zanoni*, escrita el siglo pasado— a veces han representado intensamente el encuentro trágico de un aspirante ambicioso con el terrible Guardián.

Cuando un astrólogo da unas características completamente negativas a Plutón, uno se podría preguntar si no representa inconscientemente los aspectos que el Guardián del Umbral presentaría a su avance. Es fácil glorificar a Neptuno y el brillo extático que parece no tener límite de la espiritualidad difusa y el pseudomisticismo mientras relacionamos a Plutón con todas las formas de materialismo y dictadura; es mucho más difícil enfrentarse a un Plutón que no hace más que reflejar la cara oculta que tenemos, y aceptar una confrontación kármica. Uno sólo puede recuperar el karma realizándolo, reteniendo en el alma la visión del futuro —la comprensión de que uno es esencialmente una estrella en la Galaxia. Mantener tal comprensión segura y firmemente mientras que nos golpean los terremotos plutónicos no es fácil. Este, sin embargo, es el verdadero reto plutónico. Nadie que se acobarde ante este reto puede alcanzar espiritualmente su meta más alta, su estrella.

Hacen falta coraje, y esa voluntad que trasciende las insignificantes decisiones del ego y manifiesta el carácter de la

inevitabilidad. Nadie debería intentar andar el Camino a menos que *tenga que hacerlo*, en virtud de un impulso ineludible que no se puede ignorar. Una vez que haya empezado el viaje, no se debería parar nunca ni mirar atrás. Debe permitir que Urano destruya incesantemente sus limitaciones, que Neptuno amplíe su conciencia y que Plutón le lleve por la oscuridad al vacío donde un nuevo centro de luz brillará finalmente, reorganizando los fragmentos esparcidos de lo que durante tanto tiempo él había aceptado como sí mismo.

SEGUNDA PARTE



LOS PLANETAS TRANS-SATURNIANOS EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO

Tanto se ha escrito sobre lo que representa el zodiaco que no hay necesidad de entrar en una descripción detallada aquí. He dado en varios libros por razones fundamentales por las que no acepto el zodiaco sideral que se supone se refiere a constelaciones de verdaderas estrellas. No obstante, me doy cuenta de que en los tiempos antiguos, cuando la astrología estaba centrada localmente, cuando se creía que la Tierra era plana, y cuando los astrólogos observaban directamente la cúpula del cielo, el zodiaco se refería a grupos de estrellas por los que el Sol pasaba durante su viaje anual a través del firmamento¹. Significativo que la astrología en la India haya conservado esta actitud, a causa del culto hindú a las doctrinas antiguas, y porque las vidas de los seres humanos se adaptan a lo que su cultura y tradición consideran verdades y hechos indudables de al existencia.

Una vez que la Tierra se consideró uno de los varios planetas que giraban alrededor de un Sol todopoderoso, el zodiaco tropical se convirtió en un hecho inevitable de la existencia, pues la relación cambiante entre el Sol y la Tierra ya se había convertido en el factor fundamental de la astrología. Esta relación se proyectó en el cielo, formando el zodiaco tropical. Los doce iguales signos del zodiaco representan en la

¹Cfr. *The Astrological Houses*.

astrología y la astronomía moderna segmentos de 30 grados de la órbita de la Tierra, que también se llama eclíptica.

Si habláramos de un zodiaco verdaderamente sidereal, refiriéndonos a verdaderas estrellas, sería lógico verlo desde el punto de vista del Sol, y, por lo tanto, *heliocéntricamente*. En un tipo galáctico de astrología probablemente sería mejor considerar la intersección del plano del ecuador del Sol con el plano de la galaxia estableciendo un eje —que a su vez nos proporciona un punto de partida para un «zodiaco» solar (heliocéntrico). Pero, como ya habríamos alcanzado un punto de vista galáctico, es muy dudoso que el concepto de zodiaco tuviera sentido. Estaríamos tratando con el período inmenso de revolución del Sol alrededor del centro galáctico —unos 200 millones de años— y hasta ahora no sabemos sobre lo que significa un período así en la existencia del Sol. Hoy día hay todavía astrólogos que creen que el Sol no sólo gira alrededor de la galaxia, sino que también gira en un período más corto en torno a alguna estrella galáctica, que a su vez gira en torno al centro galáctico; y, sin embargo, casi ningún astrónomo contemporáneo está de acuerdo con esta creencia.

El zodiaco debería considerarse un concepto estrictamente terrestre y geocéntrico. Es un marco de referencia para un estudio astrológico de lo que ocurre en el sistema solar en cuanto nos afecta a nosotros. En cualquier momento, la estructura general del heliocosmos afecta primero al Sol y sus radiaciones; y éstos a su vez afectan a la Tierra y todos los organismos que viven en la biosfera. Pero conforme la Tierra se mueve dentro del campo de este heliocosmos, también es afectada directamente por la muy compleja situación producida por todos los planetas que se mueven en un campo solar y galáctico cargado. Estos dos efectos son el electromagnético y el gravitatorio; probablemente también funcionan en los niveles de energías o procesos de la mente (sean lo que sean éstos) que trascienden los modos de descarga o liberación de energía que conocemos.

En otras palabras, la situación total es tan compleja y tan

llena de incógnitas que no parece aconsejable ni siquiera pensar que la influencia astrológica atribuida a planetas distintos o separados sea explicable en términos estrictamente «científicos». Por esta razón no puedo pensar en la astrología sino como un lenguaje simbólico, y en el sentido original y más profundo del término, como un «mito» o *mythos*. Necesitamos tal *mythos* para transmitir el orden del universo a nuestra conciencia, y el concepto de una dimensión galáctica es esencial para llamar la atención del hombre sobre la existencia de fuerzas transformativas y trascendentes en acción. Los mitos son necesarios para el desarrollo de una cultura y de un tipo de conciencia al que dan una estructura específica. Al igual que la democracia norteamericana tiene que creer que «todos los hombres son creados libres e iguales» —un mito, en efecto, si miramos los hechos existenciales— para mantener por lo menos una orientación ideal hacia una realidad trascendente y espiritual; así, el astrólogo, si es consecuente y sincero, debería aceptar como postulado la existencia en el universo de un factor X que intenta inculcar en todos los organismos vivos un sentido trascendente de orden cósmico.

Tal sentido de orden es particularmente importante en el tipo específico de «conciencia reflexiva» (Teilhard de Chardin) a la que llamamos humana. En nuestro estado actual de evolución parece lógico y válido hablar de este factor X como ser «galáctico», y posiblemente implícito en la actividad del centro de nuestra Galaxia, aunque, como veremos en seguida, tal centro no parece ser lo que normalmente suponemos por masa de sustancia material.

Los planetas que actúan entre el Sol y Saturno nos dan información concreta sobre lo que es este orden universal a nivel de heliocosmos —un nivel de conciencia dominado por Saturno. Los planetas que se mueven fuera de la órbita de Saturno nos indican cómo puede hacerse la transición entre un tipo de conciencia heliocósmica y galáctica. Nos alertan sobre los peligros y crisis del camino; y, en las cartas natales de los individuos, sus rutas revelan cuándo puede esperarse

un cambio de tipo general en sus vidas. Sin embargo, no indican concreta y forzosamente los acontecimientos en particular que desencadenan tales cambios, tampoco nos dicen cómo reaccionará o responderá la persona a esos cambios, y hay una gran diferencia entre «reaccionar» ante un acontecimiento —cualquier organismo vivo o incluso una molécula hace esto— y «dar una respuesta» a lo que hace *posible*. Una respuesta —en el sentido exacto de la palabra— solamente puede venir del centro individualizado de la conciencia, el ego o la personalidad.

En sus tránsitos, los planetas trans-saturnianos tardan varios años en atravesar un signo del zodiaco. Urano tarda unos siete años; Neptuno, de once a trece años; Plutón, un período que varía enormemente y que dura entre doce y treinta años, debido a la insólita ampliación de su órbita. Por lo tanto, debería ser evidente que el simple hecho de que una persona nazca con Neptuno o Urano en un signo del zodiaco diga relativamente poco sobre su carácter individual, vocación o destino. Se refiere solamente a tendencias colectivas; por tanto, al carácter de la generación en la que el individuo ha nacido. No obstante, desafortunadamente, numerosos astrólogos e incluso libros de texto muy conocidos afirman que el haber nacido con Neptuno o Urano en Leo o Libra otorga características concretas. Estas características, si están válidamente formuladas, sólo se pueden aplicar a un grupo grande de personas. Sugieren un estilo de vida característico y, más específicamente, la manera que tiene la gente nacida dentro de un período más o menos extenso de abordar el problema de una transformación colectiva o individual —*si es que* se han enfrentado conscientemente o al menos semi-conscientemente a tal problema. La posición de los planetas en una Casa natal indica en la mayoría de los casos la reacción de un individuo al estilo colectivo de vida y el tipo de experiencias que tienen más probabilidades de afectar su comportamiento y su conciencia de manera significativa.

Los planetas trans-saturnianos actúan colectivamente como

agentes de la Galaxia intentando de-saturnizar, y en cierto sentido, de-solarizar, la conciencia del hombre, siempre que tal conciencia haya alcanzado un nivel al que sea posible esta operación alquímica. Cuando esto es totalmente imposible, estos planetas lejanos sencillamente no actúan —y son desconocidos por el hombre. El hecho de ser descubiertos en los últimos doscientos años demuestra que esta liberación y transmutación galácticamente condicionadas *son* ahora posibles en un amplio sentido colectivo. Antes, ello era posible sólo bajo unas condiciones muy especiales y en secreto. Es un hecho histórico fundamental que cada mente humana inevitablemente interpreta a su propia manera, o mejor dicho, según la manera de pensar de una de varias escuelas. Lo que se presenta aquí es una interpretación astrológica relacionando las presiones espirituales, psíquicas y sociales de nuestra vida con una visión cósmica amplia. En una visión así se podría construir un nuevo *mythos* que inspirara a las colectividades humanas durante lo que parece que va a ser un período crítico inminente. La creciente popularidad de la astrología sugiere que el género humano es susceptible a la influencia de un mito cósmico tan grande. Es importante hacer hincapié en el hecho de que los hechos no son lo contrario de los mitos, pues cualquier mito válido que transforma la conciencia está basado en verdaderos hechos experimentados al menos por algunos seres humanos. El mito extiende estos hechos para que sean no sólo propiedad común del género humano, o por lo menos de una cultura completa, sino también un incentivo común y fascinante para dar el siguiente paso en la evolución humana.

Hasta ahora hemos considerado principalmente la manera en la que un individuo, o un grupo determinado de personas, emerge del reino saturniano de existencia egocéntrica a la tierra de nadie por la que pasa el Camino de la Transformación. Urano llegó primero, luego Neptuno, y por último Plutón —y probablemente Prosperina, que todavía no conocemos. Pero cuando tratamos de las situaciones históricas y

colectivas deberíamos darnos cuenta de que la Galaxia actúa a través de Plutón, Neptuno y Urano en orden «descendente», es decir, desde lo universal hasta lo particular. Es decir, que Plutón proporciona la nota clave. Neptuno y Urano desarrollan, de distintas maneras, lo que Plutón empieza. Por eso iniciaremos con Plutón el intento de definición en términos generales de lo que parece evocar la posición de los tres planetas trans-saturnianos en los signos zodiacales. Puesto que el zodiaco se refiere a la relación de la Tierra con el Sol, las posiciones zodiacales no son más que una manera astrológica de indicar la relación que tienen los planetas con la Tierra y el Sol. También podríamos decir que indican la posibilidad geocéntrica de una reacción a lo que en ese momento el planeta transmite a todo el sistema solar.

PLUTON EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO

Cuando por fin Plutón fue identificado el 18 de febrero de 1930, por C. W. Tombaugh en el observatorio Lowell de Flagstaff, Arizona, había alcanzado el grado dieciocho de Cáncer. Iba hacia atrás y estaba cerca de su Nodo Norte, entonces en su grado veinte. Empezaré por este signo del zodiaco, porque, para nuestra humanidad actual, señala el foco del proceso transformador al hacerse consciente a escala colectiva. El famoso desastre económico de Wall Street se había producido sólo unos meses antes, y empezaba la Gran Depresión. El símbolo sabiano para este grado dieciocho es significativo: *«una gallina picoteando el suelo para encontrar sustento para sus pollitos»*. La preocupación personal con la comida de todos los días necesaria para sostener las actividades externas... Una persona que tiene que alimentar (a sus hijos simbólicos) con una sustancia social recogida del «suelo» de su comunidad². Recordemos lo que se dijo unas páginas

²Cfr. *An Astrological Mandala*.

atrás sobre la relación de Plutón con el humus y todo lo que éste contiene, incluidas las semillas. Y para millones de personas, el año 1930 y los años siguientes efectivamente estuvieron dominados por el problema de alimentar a sus familias y a sí mismas.

PLUTON EN CANCER (julio de 1913 hasta agosto de 1938)¹

Cáncer es el signo de la integración de la personalidad a nivel de la conciencia tradicional o del ego –integración para la supervivencia en cualquier entorno en el que la supervivencia sea posible. Por tanto, es un signo gobernado por la Luna que representa la capacidad de adaptación a condiciones externas, una adaptación que intenta alcanzar el óptimo bienestar orgánico. Cáncer está relacionado con la madre y la vida hogareña, *si* esta vida es un baluarte contra el caos y las presiones sociales, y la madre enseña al niño con su ejemplo cómo desarrollar una capacidad eficaz de adaptación a las condiciones de vida en la sociedad y en la Naturaleza.

Lo que Plutón, apareciendo en medio de Cáncer, intentaba decir al hombre, era, por tanto, que debía transformarse radicalmente la situación del hogar y de la familia. Las circunstancias exteriores eran tales que transmitió su mensaje de manera implacable; y, sin embargo, ¡qué pocos lo comprendieron! Estas circunstancias en su mayor parte eran el resultado de la revolución industrial que empezó a producir unos resultados ineludibles cuando Plutón se situó en el signo de Aries desde 1822 hasta 1851; pero la entrada de Plutón en

¹Puesto que todos los planetas lejanos se mueven hacia delante y hacia atrás en el zodiaco, sólo puede indicarse con relativa exactitud el momento en el que entran en un nuevo signo. Sería mejor, en realidad, emplear el ingreso heliocéntrico en el signo, es decir, el momento en el que un planeta entra en un signo en términos de su posición heliocéntrica.

Cáncer marcó el preludio balcánico a la Primera Guerra Mundial, y, por tanto, el derrumbamiento del antiguo orden social en Europa y, como reacción, en los Estados Unidos y en el resto del mundo. La revolución rusa se produjo durante el tránsito de Plutón, y los modelos básicos de la sociedad humana experimentaron un drástico trastorno cuyas consecuencias finales quizá veamos mientras Plutón pase por Libra, 90 grados más allá en el zodiaco. Plutón se quedará en Libra hasta 1984, año al que da un interés especial la famosa novela de George Orwell.

Se puede empezar el ciclo geocéntrico de la revolución de un planeta alrededor del Sol a partir del nodo Norte del planeta, porque los nodos planetarios son los dos extremos de la intersección entre la órbita del planeta y la órbita de la Tierra. Así, el nodo Norte empieza el ciclo de relación entre las dos órbitas, y desde el punto de vista del heliocosmos considerado como un todo, un planeta está representado por su órbita de una forma mucho más importante que por su masa física —indicando esta última en cualquier momento la sección del espacio orbital activada por el globo material. Desde tal punto de vista, y por lo que respecta al hombre, el principio de un ciclo entero de Plutón (que dura unos 248 años) se produjo cuando Plutón alcanzó su nodo Norte por primera vez en el otoño de 1929, casi simultáneamente con el derrumbamiento de la Bolsa. Estaba «retrógrado estacionario» hacia finales de octubre; el «crash» se produjo el día 29 de octubre.

Plutón había estado en Cáncer entre 1665 y 1690 aproximadamente. En esa época, la corte del monarca francés Louis XIV fue el foco de la cultura europea. Estuvo en Cáncer durante la primera parte del siglo XV, cuando luchó y murió Juana de Arco —es decir, durante el surgimiento de una nación moderna— y durante las Cruzadas del siglo XII, cuando floreció la cultura gótica y se construyeron sus grandes catedrales. Antes aún, su tránsito por Cáncer marcó la expansión del Islam (el siglo VII) y durante la primera mitad del siglo I

después de Cristo, el triunfo de Roma —todos los períodos importantes de consolidación sociocultural, pero, en la mayoría de los casos, como resultado de la destrucción de Gobiernos o culturas a los que había llegado la hora de la desintegración.

Cuando nace una generación con Plutón en Cáncer, se puede esperar que unos veinte o treinta años más tarde los individuos que pertenecen a ella y que están listos para la transformación personal tendrán que cargar con las consecuencias de lo que ocurrió en la época de su nacimiento. La generación que nació después de 1913 se tuvo que enfrentar a la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. Aprendió muy poco del mensaje de Plutón en Cáncer a pesar de todas las presiones contra el antiguo sistema social que produjeron la época del jazz, la prosperidad, la depresión y la evidente tendencia hacia los modelos tecnocráticos y globales de organización.

PLUTON EN LEO (desde agosto de 1938 hasta la primavera-verano de 1957)

La entrada de Plutón en Leo nos lleva al preludio de la Segunda Guerra Mundial, es decir, al rearme de la Alemania nazi y su invasión de Austria y Checoslovaquia. El culto colectivo al ego y a la causa del poder que se manifiesta en el resurgir de líderes totalmente dispuestos a asumir la responsabilidad de las enormes empresas en la paz o en la guerra, en el Gobierno o en el negocio. Florecieron unas organizaciones inmensas e hicieron uso de la nueva tecnología. La fuerza atómica revolucionó la relación entre naciones. El milagro ruso transformó campesinos analfabetos en cosmonautas, y una nación atrasada en una de las dos superpotencias. Se levantaron nuevas naciones de las ruinas de la hegemonía colonial de Europa, la China comunista, la India, Israel y

muchas naciones africanas. La psicología moderna ocupó un lugar prominente en nuestra cultura conforme se hacía más insistente la necesidad de tratar las divagaciones y las crisis del ego personal.

Muchos de los inspiradores de la protesta de la juventud de los años 60, y la mayoría de los «hippies» y sus sucesores nacieron con Plutón en Leo. Poco a poco se van convirtiendo en los líderes de una sociedad que está en un estado de creciente caos, aunque las decisiones están todavía en manos de la generación que nació con Plutón en Cáncer, o incluso —especialmente al nivel de la mente— en Géminis.

Plutón en Leo nos exige que transmutemos nuestra energía motriz y nuestro comportamiento demasiado emocional y demasiado posesivo. Se desafía a la energía biosférica de la vida, y cuando deja de aceptar el reto, llega la muerte. Si el hombre no se puede unir en el amor, su sangre se debe mezclar sobre el suelo de los campos de batalla que se extienden por el campo de vida de la Tierra. No es solamente la agresividad instintiva de Marte la que ha de sublimarse, sino un deseo vehemente y profundo de poder, exteriorizándose el mismo como orgullo y profundo sentido de superioridad que a menudo esconde debajo un sentimiento de inferioridad.

Al final del siglo XVII Plutón se desplazó a través de Leo, en el momento de máximo esplendor del período clásico de la cultura europea, y cuando comenzaba la modernización de Rusia bajo el reinado de Pedro el Grande. En el siglo XV, el orden católico medieval estaba cerca de su fin, con el lento resurgir de las naciones modernas y el incipiente movimiento humanista. Constantinopla cayó en manos de los turcos, y el paso de los eruditos bizantinos a Italia fue un catalizador para el Renacimiento. Muchos tiempo antes de esto, el César llegó al poder y fue asesinado (44 antes de Cristo), y unos cinco siglos después, mientras Plutón estaba también cruzando el signo de Leo, Roma fue destruida por los vándalos, después de haber sido salvada uno años antes por un obispo de Roma —llamado Leo.

PLUTON EN VIRGO (verano de 1957 al otoño de 1971)

Virgo es símbolo de la recolección de los resultados cósmicos. La intensidad emocional, el autoensalzamiento y el ansia de poder del tipo Leo están amenazados, junto con todas las tradiciones ya asimiladas del pasado. Todo se critica, con frecuencia se repudia. Antiguas relaciones se rompen con la excusa de ideales a menudo bastante imprecisos. El punto crucial del último paso de Plutón a través de Virgo fue la conjunción de Urano y Plutón en 1965-66. La protesta de la juventud aumentó en ese período y la guerra de Vietnam se hizo más importante; pero su significado no fue entendido, incluso por la mayoría de la gente joven.

Virgo es el signo tecnológico por excelencia, pues acentúa la fuerza del análisis objetivo y la reorganización de unidades materiales en combinaciones nuevas, aunque no permanentes. Plutón en Virgo ha hecho referencia a la informatización de nuestros procesos sociales, pero también al reciclaje y la reeducación, y a la búsqueda de nuevas verdades y nuevos maestros o modelos —de ahí la fascinación de la juventud por los gurús asiáticos.

El mensaje de Plutón en Virgo es que la mente debe reorientarse y repolarizarse para controlar las emociones y ocuparse del karma del pasado, y tratar de ver tan claro como sea posible los rasgos del futuro. Parte de los nacidos con Plutón en Virgo llegarán a la madurez cuando se produzca la esperada crisis alrededor de 1989-90. Los nacidos alrededor de 1965-66 deberían estar al frente de cualquier actividad transformadora que tenga lugar. La moderna francmasonería, que comenzó en 1717 cuando Plutón estaba en Virgo, desempeñó un papel muy importante en los acontecimientos políticos del final de siglo. Varios de los enciclopedistas, Diderot, d'Alembert, Cadillac e incluso Jean-Jacques Rousseau, seguidores de un nuevo tipo de educación, nacieron con Plutón en Virgo. El movimiento humanista del siglo XV también se puede identificar con el mismo paso del Plutón.

PLUTON EN LIBRA (otoño de 1971 al invierno de 1984)

El paso de Plutón por Libra, el signo del zodiaco que señala el equinoccio otoñal, es corto debido a que la velocidad del planeta supera la de Neptuno, pero puede ser testigo de una serie de importantes acontecimientos, principalmente relacionados con cambios que tuvieron lugar mientras pasaba a través del signo vernal equinoccial, Aries (1822-51). Por entonces la revolución industrial había mostrado sus verdaderos colores y levantó fuertes reacciones, incluyendo el nacimiento del comunismo mundial, en 1848, con el *manifiesto* de Marx y Engels. A lo que nos estamos enfrentando hoy es al resultado final de los cambios radicales en el aspecto social, cultural y político producidos por esta revolución industrial. También se puede relacionar ambos con el período de la Primera Guerra Mundial cuando Plutón pasó a través del signo del solsticio de verano, Cáncer.

Libra es el símbolo de la interrelación y de la mutualidad. Plutón en ese signo nos dice de forma muy concreta que los nuevos conceptos de relación no sólo se deben imaginar, sino también aplicar –y, si es necesario, aplicar implacablemente para alejar permanentemente o incluso suprimir («atomizándolos») a los que se resisten al cambio. Los seres humanos que, bajo el tránsito del planeta a través de Cáncer, no podían ser transformados como individuos dentro de su casa, comunidad o nación, probablemente experimenten una transformación colectiva ahora de forma obligada. La presente crisis mundial del petróleo es un buen ejemplo de cómo puede funcionar la presión por el cambio. La fuerza básica de las relaciones socioeconómicas está siendo restringida. Los seres humanos se pueden ver obligados a cambiar sus modos de asociación, y esto implica naturalmente cambios en el mundo de los negocios y una profunda reorganización de las relaciones internacionales –y posiblemente guerras y/o terrorismo.

Libra puede significar armonización; pero si hay obstáculos en el camino, una vez que emerge suficientemente el

carácter de Libra, éstos se pueden arrollar eficientemente. En cualquier caso, en Libra se da la reacción fatal, o la sabia respuesta, a lo que ocurrió hace mucho tiempo. Ambas pueden ser sutiles, pero efectivas. Teóricamente, Plutón en Libra podría afectar a las bellas artes, aunque también pulverizar y atomizar lo que queda de las viejas tradiciones y actitudes después que Neptuno (y antes que él Urano) ha pasado a través del signo. La primera reacción atómica tuvo lugar poco después de la entrada de Neptuno en Libra; y el asunto del Watergate fue un buen ejemplo del efecto del tránsito de Plutón por Libra, sobre todo si se tiene en cuenta que la carta natal de EE.UU. (4 de julio de 1776 a las cinco y doce minutos de la tarde) tiene a Libra en su Mediocielo. Lo que estamos presenciando puede que sea solamente el comienzo de un proceso que acaso dure hasta que Plutón vuelva a Aries alrededor del año 2070: fecha muy cercana a lo que considero el comienzo de la era de Acuario⁴.

PLUTON EN ESCORPIO (1984 al otoño de 1995)

Plutón alcanza su punto más cercano al Sol (perihelio) en 1989 y durante todo su tránsito por Escorpio se mueve dentro de la órbita teórica de Neptuno. Escorpio es símbolo de poder concentrado que puede tener vibraciones curativas altamente positivas, o negativas, como envidia, rencor, secreto —resultado de un sentimiento de inseguridad y frustración. Debido a que este signo simboliza un gran ansia de profunda comunión con otros seres humanos —o sobrehumanos— (un ansia que fácilmente se puede ver frustrada a la vista de nuestra tradición moralista cristiana), a menudo ha tenido mala reputación; al igual que Plutón. Pero lo que Plutón en Escorpio probable-

⁴Cfr. Dane Rudhyar, *Astrological Timing: The Transition to the New Age* (Nueva York: Harper y Row, 1970, edición de bolsillo).

mente nos exige es que nos adentremos verdadera y valientemente en las profundidades de nuestra humanidad común. Durante ese período podemos ser testigos de la acción compulsiva de una clase de psicología profunda, a escala colectiva. Podría tomar una forma religiosa. Acaso nos veamos reforzados a convertinos en seres verdaderamente «humanos» por medio de contactos con seres de otros planetas o con otras esferas de existencia, pues solamente llegamos a saber lo que somos cuando nos enfrentamos a lo que definitivamente y sin duda no somos —por tanto, totalmente extraños, entidades no terrestres. Esta podría ser una ocasión para que los seres humanos experimentaran profunda y convincentemente el sentimiento de «comunidad» en un sentido amplio de planeta. También podrían ser testigos de la operación pública y global de poderes ocultos, en los individuos y en el campo de la organización social y política —quizá a través de la aparición de un poderoso personaje o avatar. Cuando Plutón estuvo por última vez en Escorpio, nacieron hombres que se convirtieron en canales a través de los cuales comenzó a sentirse el profundo impulso transformador del Romanticismo. A otros ahora se les conoce como los padres de la democracia norteamericana (Thomas Paine, Thomas Jefferson, John Hancock, etc.).

PLUTON EN SAGITARIO (desde aproximadamente 1995 a 2010, y en el ciclo anterior desde 1750 a 1763-64)

En este signo zodiacal, Plutón comienza a tranquilizarse y a transferir e interpretar, a un nivel más mental, pero también más general y público, el tipo de experiencias que marcaron su tránsito por Escorpio. Después de la gran crisis emocional que experimentó el hombre europeo en el año 1000 (entonces se esperaba el fin del mundo), cuando no ocurrió nada catastrófico, se produjo un gran renacimiento de la actividad cultu-

ral y viajes comerciales, estando Plutón en Sagitario. Podríamos esperar un desarrollo parecido cuando termine el siglo veinte y cuando se reúnan una vez más siete planetas en Tauro (2001). En el siglo XVIII el tránsito de Plutón por Sagitario coincidió con la guerra entre Inglaterra y Francia que empezó en América y se extendió por Europa. La derrota de Francia preparó el terreno para el establecimiento de los Estados Unidos, pero también para el asentamiento del Imperio Británico, anticipando ambos la futura organización del mundo. El libro de Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social**, publicado al final de este período, también fue un factor que influyó en las revoluciones americana y francesa.

PLUTON EN CAPRICORNIO (aproximadamente desde 1754 hasta 1788)

Capricornio se refiere al establecimiento de esquemas sociales a gran escala e instituciones políticas, pero también a su cristalización, a la que Plutón se enfrenta y muchas veces trastorna radicalmente. Los Estados Unidos de América empezaron su curso bajo el tránsito de Plutón, que desafió los derechos del rey inglés, especialmente en asuntos de la política económica. Plutón está en la segunda casa de la carta natal de los Estados Unidos con Sagitario ascendiendo, posición sumamente significativa conforme la nueva nación encontraba en su tierra natal unos recursos tremendos que aprovechó, y de los que de hecho abusó a causa de la avaricia corporativa y la ambición personal⁵. En Francia la monarquía se derrumbaba bajo una serie de escándalos. Muchas veces Plutón saca a relucir la sombra del poder político o la ambición personal. Obliga a cualquier grupo atrincherado a renunciar a sus privilegios y a enfrentarse a la revolución o a la

⁵La segunda casa trata de lo que el Yo encarnado puede utilizar al nacer —su cuerpo y capacidades innatas— para formar su personalidad individual. Cfr. *The Astrological Houses*.

* Publicado por EDAF, 1982.

caída moral y espiritual. Parece probable que Plutón hubiera entrado poco tiempo antes en Capricornio cuando Lutero desafió a la poderosa y establecida Iglesia Católica.

PLUTON EN ACUARIO (1778 a 1797-98)

El desafío de Plutón se dirigió en esta época a los que habían alterado el orden tradicional. Como los ideales tenían que ser concretos y factibles, podían sobrevenir grandes problemas después del triunfo de los revolucionarios. A una Declaración de los derechos idealista le siguió una constitución conservadora en EE.UU.; y, en Francia, Bonaparte soñó con el imperio después de los años caóticos de la revolución. Las bases de la revolución industrial fueron establecidas por varios inventos tecnológicos, en especial la máquina de vapor (Watts). El mensaje de Plutón en Capricornio es que, para que sean efectivos los ideales, han de ser traducidos a alguna forma de organización a gran escala. En la época en que Plutón se desplazaba a través de Acuario en el siglo XVI, los atrevidos europeos siguieron con su exploración y la conquista del Norte y Sur de América (Pizarro en Perú, Cartier en Canadá).

PLUTON EN PISCIS (1798 a 1822-23)

Este fue el período napoleónico en Europa y una época de agitación en la nueva nación americana. La aplicación de máquinas de vapor en las vías férreas —la locomotora (1814)—, el descubrimiento del electromagnetismo y su posterior aplicación a la telegrafía señalaron la expansión de la revolución industrial que iba a minar el viejo orden europeo y americano. Piscis puede ser el símbolo de una guerra interior contra los fantasmas del pasado. Napoleón intentó destruir el viejo sistema nacional de Europa, pero llegó a estar dominado por un arquetipo aún más antiguo, el del imperio romano. Le falló su

«estrella». No había llegado la hora de que Plutón transformara la conciencia del género humano en conjunto. Sólo funcionó —excepto en raros casos— a nivel inconsciente de la mente planetaria, presionando continuamente donde quiera que hubiera una mente individual receptiva.

PLUTON EN ARIES (1823 a 1851-52)

Aquí Plutón funcionaba sugiriendo al género humano, tanto como el hombre pudiera recibir, directrices para un nuevo orden mundial. En un principio, el período fue testigo de una reacción contra el sueño napoleónico, pero de una forma más «moderna» el imperio británico le sucedió y la era victoriana consagró el poder de la nueva clase, la burguesía —que de rechazo produjo la inevitable respuesta reflejada en el *manifiesto comunista* de Marx y Engels. Un nuevo movimiento religioso que por primera vez anunció la llegada de un orden mundial —el movimiento comenzado por el Bab en Persia (1844), y sus miles de seguidores martirizados y transformados después a la fe Baha'i— que trataba de conseguir la unión de los seres humanos de cualquier raza y credo. «El género humano» se convirtió no sólo en una palabra, sino en una realidad global *potencial*. La ciencia moderna comenzó a dominar la mentalidad colectiva del hombre occidental sobre la base de la aplicación práctica de postulados y leyes universales establecidas durante los siglos XVI y XVII. Lo que había empezado durante el Renacimiento con Plutón en Aries y Tauro, vino, por tanto, a hacerse realidad después de un ciclo entero de Plutón.

PLUTON EN TAURO (1852 a 1883-84)

Este fue el período del materialismo científico simbolizado por la era victoriana y en Francia por los días del Segundo Imperio que condujo al triunfo alemán. Fue una época en que

el poder era reverenciado como nunca lo había sido por las naciones y los robber barons. Darwin, Marx, Pasteur y una multitud de científicos e ingenieros establecieron las normas y postulados que hicieron posible la estructura material de nuestra moderna sociedad occidental. Los movimientos románticos y humanitarios del período de Plutón en Aries se amortiguaron. No obstante, la expansión del espiritualismo americano, de la sociedad teosófica (que comenzó en Nueva York en 1875), la ciencia cristiana y los varios intentos de introducir la filosofía oriental en el Occidente actuaron como contrapunto a la tendencia oficial de la ciencia moderna.

PLUTON EN GEMINIS (1884 a 1912-13)

Lo que se estaba estableciendo y aparentemente se consolidó durante el tránsito de Plutón por Tauro se hizo no sólo más intelectual, sino que también llevó a un estado de crisis transformadora al moverse Plutón a través de Géminis. Este fue el período en que se recogió la cosecha mental y espiritual de la cultura europea; pero ésta reveló una necesidad decisiva de un cambio fundamental, ya que tuvo como conclusión trágica la Primera Guerra Mundial.

Plutón en Géminis influyó a través de la mente del hombre que era perfectamente consciente de la necesidad de una transformación radical de la mentalidad colectiva de nuestro mundo occidental, y en los países no occidentales de lo que quedaba de los viejos conceptos. Las conjunciones de Neptuno y Plutón en los primeros grados de Géminis (1891-92) resaltaron esta necesidad decisiva de renovación a lo largo de líneas trans-saturnianas y transpersonales. Ese período de veintisiete años, por tanto, debería considerarse la «culminación de la germinación» del último ciclo de Plutón que había empezado a mediados del siglo XVII; simultáneamente, se produjo el nacimiento de algunos hombres que fueron capa-

ces de divulgar visiones intuitivas de una futura sociedad.

Estas percepciones arquetípicas en muchos casos se ocultaron durante el período entre las dos guerras mundiales (Plutón en Cáncer), sin embargo, la presión ineludible de nuevos desarrollos mundiales llevó a la segunda y trágica fase del ciclo de Plutón (Plutón en Leo) con su énfasis en el poder personal y los inventos imaginativos y tecnológicos, en especial la utilización de la energía atómica. La tercera fase (Plutón en Virgo) reveló el triunfo de la tecnología Euro-americana con sus computadoras y sus vuelos al espacio exterior; y ahora estamos en la cuarta fase (Plutón en Libra) que está trayendo al género humano la imperativa necesidad de una organización mundial y una transformación radical de todas las formas de relación interpersonal, intergrupala e internacional. Lo que seamos capaces de hacer al respecto determinará el tipo de acontecimientos con los que el género humano tendrá que enfrentarse en la quinta fase (Plutón en Escorpio) —el período de prueba decisivo, que afectará a toda la humanidad. Los individuos, grupos y naciones que hayan tenido éxito (es decir, que hayan *orientado galácticamente* su conciencia) avanzarán más por el camino del servicio y el aprendizaje durante la sexta fase (Plutón en Sagitario); el resto se desintegrará más o será absorbido como humus en un futuro renacimiento de la civilización.

NEPTUNO EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO

En este período de la evolución del hombre, el ciclo de Plutón proporciona el ritmo básico del proceso de transformación humana. En este caso se puede hablar de profundas corrientes oceánicas o, mejor aún quizá, del efecto de marea de las fuerzas de gravitación externas a nuestro globo. Cuando consideramos el ciclo de revolución a Neptuno a través del zodiaco tropical, hemos de pensar en cómo este

vasto movimiento de marea se manifiesta según la forma específica de la línea costera de las regiones continentales. En algunos sitios las mareas apenas se notan; en otros, son muy fuertes y el agua puede moverse bastante rápidamente. En esta alegoría o comparación, la acción de Urano se refería al poder del viento que produce tormentas y olas altas.

El Nodo Norte de Neptuno está localizado ahora a 11° 32' del signo de Leo, pero se ha movido aproximadamente medio grado desde 1920, de modo que Neptuno alcanzó su Nodo Norte alrededor del 1 de octubre de 1919. Estaba estacionario a 11° 37' a mediados de noviembre, un año después de que se firmara el armisticio que puso fin a la Primera Guerra Mundial, y un año antes de la primera asamblea de la Liga de Naciones en Ginebra (15 de noviembre, 1920) —el primer tipo característicamente neptuniano de institución universal. La Liga de Naciones formaba parte del tratado de paz que se firmó el 28 de junio de 1919; pero el Senado de los EE.UU. se negó a ratificarlo: esta negativa hizo inevitable la Segunda Guerra Mundial y atrajo un fuerte karma antigaláctico hacia nuestro país, por haberse opuesto a la marea neptuniana, ineludible en última instancia.

NEPTUNO EN LEO (desde 1915 hasta 1928-29)

Como la revolución de Neptuno alrededor del zodíaco tropical dura aproximadamente 164 años, este planeta entró en el signo de Leo en 1751 y en 1587. Llegará una vez más a este signo en el año 2079. Permanece en cada signo unos trece años y medio. Desde 1970-71 se encuentra en el signo de Sagitario, habiendo completado un tercio de su viaje zodiacal desde que alcanzó su Nodo Norte en 1919.

El período 1915-1929 vio no sólo el final de la guerra y la paz que no procuró paz sino también la llamada Edad del Jazz, cuya ebullición y protestas fueron parcialmente debidas

a la trágica Ley Seca, conduciendo a la ascensión del crimen organizado. Si Neptuno es el Disolvente Universal de la Alquimia, este disolvente se convirtió entonces en alcohol casero. Sobre todo, los dirigentes de las naciones —salvo Woodrow Wilson— demostraron ser incapaces de aprehender el espíritu internacionalista y de hermandad mundial neptuniano. Como resultado, el poder de Neptuno hizo al «Comunismo internacional» una fuerza completamente ineficaz, en tanto que la Liga de las Naciones daba bancazos en la incertidumbre y la confusión. También durante este período la gran epidemia de gripe de 1918-19 arrasó millones de vidas humanas.

Los individuos nacidos mientras Neptuno pasaba por el signo de Leo alcanzarán la mayoría de edad entre 1936 y 1950. Activos durante la gran Depresión, muchos murieron durante la Segunda Guerra Mundial. Neptuno procuró transmitirles el mensaje de su sentido de sí mismos —su ego— debía perder su tradicional rigidez y abrirse al arquetipo de lo que, entre ambas guerras mundiales, se hizo popular como el Inconsciente. La psicología profunda se puso de moda, así como la educación avanzada y progresista. El «New Deal» de Roosevelt halló una entusiasta respuesta en muchos jóvenes, porque ofrecía un nuevo campo de expansión del ego a nivel social.

NEPTUNO EN VIRGO (1929-1942)

Este fue el período de depresión después del ilusorio «boom» de los años de posguerra —y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. La humanidad tenía que pagar por haberse negado a escuchar el mensaje de Neptuno en Leo. En Virgo, Neptuno busca espiritualizar el carácter crítico y analítico de nuestro moderno intelecto, pero lo que podría ser un estímulo para expandir la mente en términos universales a

menudo se convierte en una fascinación por los sueños grandiosos e irrazonables. Las fuerzas represivas del Inconsciente colectivo pueden irrumpir en la consciencia inestable y adquisitiva del ego y difundirse destructivamente, como ocurrió en la derrotada Alemania. Semejante tránsito neptuniano ocurrió entre 1765 y 1779; y a nivel constructivo tenemos el idealismo de la Declaración de Independencia. Un tránsito anterior comenzó en 1601 al terminar el reinado de Isabel y cuando Galileo intentó dar a conocer públicamente el sistema heliocéntrico.

Los individuos nacidos con Neptuno en Virgo llegaron a la madurez durante la década de los 50 y de los 60 en este siglo, comenzando la protesta juvenil contra nuestra sociedad racionalista y tecnológica. Fueron los «beatniks» y la primera de las generaciones psicodélicas. Escucharon, en trance, la voz de Neptuno, pero a menudo no estaban preparados para traducir lo que oían a un lenguaje de acción constructiva (ni se les permitió que lo hicieran por parte de la «mayoría silenciosa» y sus reverenciadas Instituciones).

NEPTUNO EN LIBRA (1942 a 1956-57)

Estos fueron los años de la guerra para América, y el primer y muy breve contacto de Neptuno con el primer grado de Libra en diciembre de 1941, coincidió con la primera prueba controlada de reacción atómica en cadena en Chicago. Se formaron las Naciones Unidas, llevando un poco más allá el ideal neptuniano de sociedad mundial, que la Liga de Naciones fue incapaz de encarnar. La idea de «grupo» se extendió gradualmente entre los buscadores espirituales, y la psicología de grupo se volvió cada vez más aceptada. Nacieron muchas naciones nuevas. El comercio y las finanzas mundiales relacionaron los continentes cada vez más estrechamente, mientras que la televisión hizo posible que los

seres humanos de casi todo el globo se identificaran con pueblos de todas las razas y culturas. La música también se popularizó enormemente, gracias a la radio, los magnetofones y los altavoces electrónicos. Anteriores tránsitos de Neptuno en Libra ocurrieron desde 1779 hasta 1793 (la lucha por la creación de un Estado Federal Americano y la caída de la monarquía en Francia) y desde 1616 hasta 1629-30 (la obra *Novum Organum*, de Francis Bacon, cristalizó la influencia de Neptuno en Virgo).

Los individuos nacidos con Neptuno en Libra llegan a la madurez o ya la han alcanzado. Constituyen la generación de la posguerra, enfrentada a la tarea de desarrollar nuevas formas de relaciones interpersonales, sociales y políticas, bajo la influencia de Neptuno. La mayoría ha tenido experiencias con las drogas, en una sociedad dominada por los problemas químicos y psicológicos. La pregunta es: ¿podrán responder constructivamente y sin miedo al poder universalista, no posesivo y no agresivo que la Galaxia ha estado enfocando a través de Neptuno durante su juventud? ¿O se limitarán a reaccionar confusamente al ácido neptuniano que busca siempre disolver lo que ha rechazado el cambio y trabajar positivamente cara a la transición total hacia la nueva era?

NEPTUNO EN ESCORPIO (1957-1970)

Este fue un período muy confuso, porque Escorpio se refiere al impulso que existe dentro de los individuos a experimentar la fusión total con otro individuo, o una participación muy íntima en un grupo cohesivo y más o menos ritualista —siendo los grandes negocios el moderno tipo de vida ritualista, en una sociedad enloquecida por el afán de lucro. Cuando las energías neptunianas actúan sobre semejante impulso, tienden a exagerar las experiencias de comunión, dándoles acentos cósmicos o místicos —aunque sólo se trate de la

mística del poder y del dinero. Pocas personas pueden afrontar el carácter trascendente y totalmente desconocido de estas experiencias, y, por lo tanto, o se pierden psíquicamente en sus resultados, o materializan y degradan las experiencias, lo que conduce a la lujuria, el sadismo, la magia negra y todas las formas de violencia.

Cuando los individuos nacidos bajo este tránsito de Neptuno se enfrenten a la presencia de Plutón en Escorpio —en los últimos años de la segunda década de su vida o antes— es probable que tomen una forma definitiva e irremediable los resultados de sus primeras experiencias, sea para bien o para mal. Ellos y la generación caracterizada por el paso de Neptuno por Libra podrán entonces decidir qué rumbo tomará nuestra sociedad o su propio destino como individuos.

Neptuno entró en Escorpio en noviembre de 1792 (la etapa del Terror durante la Revolución Francesa) y abandonó el signo en 1806 después de que Napoleón se proclamara «Emperador de los franceses». El tránsito anterior duró desde 1629 hasta 1643, y puede asociarse al conflicto creciente entre católicos y protestantes.

NEPTUNO EN SAGITARIO (1970-1984)

Los niños nacieron en este período con Neptuno en Sagitario, refiriéndose a todo tipo de actividades expansivas, físicas o metafísicas. A Sagitario pueden atribuirse los procesos mentales que buscan comprender los principios y normas de la estructuración y organización. Lo que comenzó con Neptuno atravesando Leo, especialmente desde 1919, podría alcanzar un alto nivel de eficiencia; y esta nueva generación acaso lleve a la práctica algunos de los ideales que sobrevivieron a las ruinas de la antigua cultura europea a raíz de la Primera Guerra Mundial. Los niños y niñas nacidos en este período llegarán a la plenitud de su juventud a principios del

siguiente siglo. Los que evolucionen significativamente durante las dos últimas décadas de este siglo tendrán la oportunidad de demostrar que son los arquitectos de una nueva sociedad: los procesos reales de la construcción acaso deban esperar hasta que Neptuno llegue a Capricornio. El mensaje de Neptuno en este signo es que la humanidad no debe permanecer en el nivel jupiteriano de ambición política y directiva y deseo de poder. Debería enseñarse a los niños nacidos en este período que únicamente los principios globales –sociales, éticos, culturales o políticos– merecen la pena defenderse. Mientras que Júpiter excluye lo extraño, Neptuno acepta, evalúa y halla un lugar para cada uno de los elementos más dispares.

Neptuno estuvo en Sagitario desde 1806-07 hasta 1820-21. El sueño napoleónico se hizo trizas y en el proceso Inglaterra y los EE.UU. lucharon una guerra indefinida. Al mismo tiempo, se formaron los países sudamericanos, que pueden tener un gran futuro al terminar este siglo. México y Brasil lograron su independencia cuando Neptuno entró en Capricornio en conjunción con Urano. Un ciclo antes, Neptuno entró en Sagitario en 1643, dejando el signo en 1656-57. Este fue el período de Cromwell y el triunfo de los puritanos. Triunfaba el espíritu racionalista del período clásico, aunque también operaban ciertas fuerzas contraculturales. No obstante, el hombre todavía no era consciente de la existencia de Neptuno y no había llegado la hora de dar a conocer la naturaleza del mensaje galáctico del planeta a toda la humanidad.

NEPTUNO EN CAPRICORNIO (1984-1998)

Durante este tránsito, Neptuno participa en una conglomeración de muchos planetas en este signo zodiacal. Después de

1988, Saturno y Urano se unirán a Neptuno, con Marte también de paso durante algún tiempo en Capricornio (1988 y 1990). En 1990 Júpiter estará en oposición al grupo de planetas, al que se incorporarán Venus y Mercurio durante enero-febrero. Este podría ser un período muy conflictivo, que acaso involucre cambios telúricos, así como presiones políticas fuertes. También podría asistirse a un intento de construir un estado global o la difusión de una religión mundial autoritaria. El tránsito de Plutón a través de Escorpio, en sextil con el grupo de planetas de Capricornio, puede resultar el factor dominante durante ese período.

Neptuno estaba en Capricornio cuando Luis XIV gobernó autocráticamente Francia y durante el triunfo del espíritu clásico. En Inglaterra estalló el gran incendio de Londres y tuvo lugar la restauración de la monarquía, después de la muerte de Oliver Cromwell (1658). Neptuno alcanzó Capricornio en conjunción con Urano en 1820-21, y dejó el signo en 1834. Las fuerzas reaccionarias dominaron Europa en esta época. Se construyeron los primeros ferrocarriles. Pero en 1830 un emergente espíritu revolucionario colocó en el trono de Francia al rey burgués Luis Felipe I, y se sucedieron otras revoluciones políticas, que eventualmente condujeron a los cambios más radicales de 1848.

NEPTUNO EN ACUARIO (1834 a 1848; y después de 1998)

Neptuno en Acuario llegó a su Nodo Sur en la época en que se descubrió en 1846. A partir de entonces, se hace cada vez más evidente su capacidad de concentrar sobre los humanos el aspecto de poder galáctico al cual está sintonizado. Su descubrimiento corresponde al comienzo de varios movimientos ya mencionados, todos los cuales están encaminados a unificar grandes colectividades por todo el mundo y –al menos idealmente– a toda la humanidad. Así, lo que sucedió en el

siglo XIX evoca la fuerte posibilidad de que una actividad global semejante pueda transformar a la humanidad desde 1998 hasta aproximadamente los años 2011-12, cuando el planeta llegue una vez más a Acuario. En mayo del año 2000, todos los planetas heliocósmicos, más el Sol y la Luna –siete planetas juntos– concentran su poder en Tauro, en cuadratura a Urano y Neptuno en Acuario: ¡interesante comienzo para el siglo XXI!

NEPTUNO EN PISCIS (1848 a 1862)

En Piscis, Neptuno está en el signo zodiacal donde es más eficaz, y vemos las fuerzas neptunianas en acción disolviendo las estructuras del pasado. Esta es la Era Romántica y la del triunfo de la burguesía, de la riqueza y de la alta clase media. El emperador austriaco, Francisco José I, llegó al trono en 1848, y su largo reinado, que concluyó en 1916, señaló la desintegración progresiva de Europa Central y del antiguo concepto imperial heredado de la Roma de los Césares. Fue la época victoriana en Inglaterra y la del Segundo Imperio en Francia; mientras que, en América, los EE.UU. aumentaron enormemente su territorio después de la guerra contra México y cuando la Fiebre del Oro condujo a los hombres hacia el oeste. Japón se vio obligado a abrir su puerto al comercio extranjero; la ascensión de esta nueva potencia asiática tuvo grandes consecuencias, que concluyeron un siglo después, en Pearl Harbor.

NEPTUNO EN ARIES (1861 a 1875)

Este fue el período de la ascensión de Alemania, cuyo arquitecto fue Bismarck. Italia también se unificó y el Papado

se vio privado de su poder. La Guerra Civil americana comenzó en abril de 1861, en el momento en que Neptuno entraba en Aries durante unos pocos meses para regresar a Piscis hasta febrero de 1862. Se formó de hecho una nueva nación, bajo la presión de la expansión industrial y la destrucción de la cultura del sur. En tanto que Saturno hace referencia a unos principios de organización relativamente estrechos y locales, Neptuno simboliza unas estructuras más amplias y globales —es decir, «Federales» más que «Estatales». Se estableció así el escenario para el desarrollo de grandes naciones con intereses y ambiciones mundiales, y el colonialismo. Entre los hombres nacidos con Neptuno en Aries, encontramos a Lenin, Sri Aurobindo (uno de los primeros hindúes en luchar por la independencia de su país) y a Gandhi.

NEPTUNO EN TAURO (1874-75 hasta 1888)

El colonialismo dominaba entonces el escenario mundial, Africa estaba casi completamente dividida entre naciones europeas. Neptuno participó en una constelación masiva de seis y hasta siete planetas en este signo zodiacal de productividad y materialismo (1881-82). El presidente Franklin D. Roosevelt y un número de estadistas y filósofos que se hicieron famosos unos cincuenta años después, nacieron en este período, así como el psicólogo Carl Jung y el papa Juan XXIII.

NEPTUNO EN GEMINIS (1888-89 hasta 1901-02)

El acontecimiento astrológico más importante de ese período fue la conjunción de Neptuno y Plutón en 1891-92. Marcó el principio de un ciclo de quinientos años y el de una

gran revolución científica que pronto había de alterar la mayoría de los conceptos básicos que se daban por supuestos durante el siglo XIX. Respaldado por el todavía desconocido planeta Plutón, Neptuno transmitió a la humanidad nueva *información* cósmica que volvió anticuadas las antiguas categorías intelectuales. Al comenzar el siglo XX, Neptuno y Plutón en Géminis estaban en oposición a todos los demás planetas, con siete de ellos —incluidos el Sol y la Luna— reunidos en Sagitario durante la Luna Nueva (eclipse solar) anterior al 1 de enero de 1900, al comenzar el siglo (caracterizado por los dígitos 19). La física cuántica y la psicología de Freud abrieron las puertas de las transformaciones mentales. Al mismo tiempo, los EE.UU. se embarcaban en una política internacional expansionista, que Theodore Roosevelt había de implementar con vigor característico al convertirse en presidente —sentando así las bases de este país como potencia mundial, como pronto se demostraría.

NEPTUNO EN CANCER (1902 a 1913-15)

Este período, al que se ha llamado *La Grande Epoque*, fue el canto del cisne de la antigua cultura europea y el inicio de los conflictos políticos que condujeron en último término al avance del ejército alemán en Bélgica y Francia, y, en consecuencia, la Primera Guerra Mundial. En 1914 Neptuno entraba en Leo después de que Plutón se estableciera en Cáncer junto con Saturno. El anterior desafío en Géminis a la mentalidad colectiva del hombre occidental se dirigía ahora hacia su orgulloso ego (Leo) y su fundamento, el hogar patriarcal, así como a su modo tradicional de vida (Cáncer).

Muchos de los líderes actuales nacieron con Neptuno en Cáncer, unos pocos con Neptuno en Géminis. Como hemos visto, Neptuno alcanzó su Nodo Norte en 1919-20, en el grado 12 de Leo, donde Júpiter se incorporó en el momento en que

el presidente Wilson intentó sin éxito que el Senado ratificara el tratado de paz, permitiendo así la participación de los EE.UU. en la Liga de Naciones. Este fallo condujo a las trágicas tensiones y protestas indignadas conectadas con el tránsito de Neptuno a través de Escorpio, cuarenta años después, y 90 grados zodiacales más adelante condujo sobre todo al desastre de Vietnam, resultado kármico largo tiempo propuesto del aislamiento norteamericano y el miedo a la Rusia Soviética que ha sido característico de la política de nuestro país desde la década de 1920.

URANO EN LOS SIGNOS ZODIACALES

Urano dedica un promedio de 83,75 años a rodear el zodiaco tropical, y permanece siete años en cada signo. Su Nodo Norte estaba a los 13° 51' de Géminis en 1973, avanzando aparentemente a razón de 18 segundos al año. Por lo tanto, ahora debería estar localizado en el quinceavo grado de Géminis. La travesía heliocéntrica del planeta Urano por su Nodo Norte (también heliocéntrico) ocurrió el 20 de julio de 1945, cuatro días después de la primera explosión atómica en Alamagordo, Nuevo México. La anterior tuvo lugar en junio de 1861, poco después de la elección de Lincoln y el comienzo de la Guerra Civil. Otras travesías ocurrieron en 1777 durante la Guerra de Independencia, y en 1693, 1609 y 1526.

Parece difícil interpretar exactamente en términos generales los mensajes de Urano a la humanidad y especialmente a los individuos, porque están condicionados por necesidades particulares, que dependen del modo en que ha operado Saturno. El propósito de Urano es interrumpir la continuidad de las estructuras y normas saturnianas, de modo que en el lugar y tiempo de la ruptura pueda experimentarse algún tipo de visión orientada hacia la galaxia, o algún tipo de pensamiento o revelación intuitivos.

Hablando en términos generales, durante el tránsito de Urano a través de un signo zodiacal, se permite operar a los aspectos anormales y trascendentales del modo de actividad representado normalmente por el signo, donde quiera que los modos saturnianos socioculturales de vida y hábitos personales han perdido algo de su prestigio y validez incuestionable. Pero no es fácil determinar cuáles son estos «aspectos anormales y trascendentales». Lo esencial es que las estructuras tradicionales, normales y formales de comportamiento, sentimiento y pensamiento hayan conducido al sufrimiento, la frustración, el fracaso y la tragedia, o incluso al aburrimiento extremo y a un sentido de total futilidad vital. Cuando esto ocurre, Urano siempre está preparado para actuar, y actúa más específicamente en términos de las posibilidades inherentes al tipo de energía que caracteriza al signo zodiacal en donde está situado en ese momento. El proceso uraniano también está determinado por lo que permitan en ese momento los aspectos planetarios, y, por lo general, se ocupa de experiencias relativas a la Casa de la carta natal que el planeta cruza en tránsito en ese momento.

Si se quiere comprender la posición de Urano en una carta natal —ya sea la de una colectividad o la de una persona individual— es lógico esperar que dicha posición zodiacal esté de algún modo relacionada con el karma de la persona, o con alguna *tendencia inerte* inherente a la naturaleza del individuo en sentido kármico. Urano actúa donde, en alguna época pasada, ha habido servidumbre y comportamientos compulsivos. Cuando Saturno y Urano están en el mismo signo, probablemente los individuos nacidos en ese momento experimentarán una presión kármica especialmente fuerte. El período promedio entre las conjunciones de ambos planetas es aproximadamente cuarenta y cinco años. Estaban en conjunción en Libra en 1805 (desafío napoleónico a la antigua aristocracia europea); en Tauro en 1852, en Escorpio (tres veces) en 1897, y en Tauro en 1942. Estarán nuevamente en conjunción tres veces durante 1988, en el signo de Sagitario,

época en que acaso asistamos a una notable transformación religiosa y social, que puede afectar en especial a los EE.UU., cuya carta natal tiene un ascendente en Sagitario (4 de julio, 1776, 5:12 pm, Filadelfia)⁶. Las conjunciones mencionadas en último término ocurren en los últimos grados de Sagitario, cerca del punto en que el centro de la Galaxia se refleja en el zodiaco tropical. A continuación, Saturno y Urano se unirán a Neptuno en Capricornio, con Júpiter en oposición desde Cáncer, signo también muy realzado en la carta de los EE.UU. por la presencia del Sol, Venus, Júpiter y Mercurio en Cáncer.

En la carta del siglo XX (medianoche del 1 de enero de 1900), y en la de la Luna Nueva precedente, importante para estudiar las fuerzas vitales activas durante el siglo, se aprecia que Urano y Saturno están en Sagitario, rodeados por muchos planetas y en oposición a Neptuno y Plutón en Géminis —notable símbolo de los conflictos básicos ideológicos y sociopolíticos que caracterizan nuestro siglo. El desafío uraniano se concentra en todo lo que representa Sagitario, en las esferas religiosa, social y filosófica. En esta época la teoría de los quantum de Planck revolucionó los principios de la física, y Freud realizó algo análogo en el campo de la psicología. La era victoriana concluyó en 1901. El asunto Dreyfus trastornó la homogeneidad del pueblo francés, desafiando la integridad de los sistemas jurídico y militar y abriendo una etapa de conflictos entre el Estado y la Iglesia. Alemania comenzó a construir una armada poderosa, desafiando así las bases del poderío de Inglaterra. Comenzó la guerra entre España y Cuba, parcialmente iniciada por William Randolph Hearst y sus periódicos sensacionalistas, cuando Urano (seguido de cerca por Saturno) entraba en Sagitario. Urano estaba en Sagitario, a 13° 6' del grado del ascendente de la carta de los EE.UU. cuando dispararon al presidente McKinley el 14 de

⁶ Cfr. *The Astrological of America's Destiny* (Nueva York, Random House, 1974).

septiembre de 1901 —una de las muchas justificaciones para este grado de Ascensión. La poderosa y agresiva Administración de Theodore Roosevelt comenzó una nueva etapa en el desarrollo de la conciencia colectiva del pueblo de los EE.UU.

Cuando Urano entró en Capricornio en 1905, se adquirió el Canal de Panamá y acababa de empezar la guerra ruso-japonesa, lo que desvió la atención del país hacia el Pacífico y condujo al papel de mediador del presidente Roosevelt en la mesa de negociaciones para la paz, papel que encolerizó a los japoneses. El gran terremoto y el incendio de San Francisco ocurrieron en 1906. Nuevas fuerzas comenzaron a actuar en el mundo artístico, desafiando los estilos e instituciones convencionales (el cubismo con Picasso, la influencia oriental en los ballets rusos de Diaghilev, etc.). Por toda Europa fermentaban los signos de los nuevos tiempos, bajo una brillante fachada de prestigiosa cultura. Alemania aumentaba su desafío hacia Inglaterra y Francia. La frustrada revolución de 1905 en Rusia anunciaba la futura insurrección.

La entrada de Urano en Acuario durante el invierno de 1912 marcó el comienzo del proceso que condujo a la Primera Guerra Mundial. La primera Guerra Balcánica comenzó en el otoño de 1912, siendo precedida por una guerra entre Italia y Turquía. El verano de 1914 vio el inicio de la Primera Guerra Mundial, al atravesar Saturno la Casa séptima (los Aliados) de la carta natal de los EE.UU. Si Acuario es el signo de las «reformas», el tránsito de Urano por éste durante toda la guerra indica de qué modo puede operar un tránsito de Urano. La guerra representó un tipo especial de enfoque de la transformación de la humanidad, sobre todo en el mundo Occidental. La revolución bolchevique tuvo lugar en noviembre de 1917. Los individuos nacidos durante la guerra, llevan, por lo tanto, la firma astrológica de Urano en Acuario. Después de alcanzar la mayoría de edad, hubieron de enfrentarse a la Segunda Guerra Mundial.

Urano estaba en Piscis entre 1919-20 y la primavera de

1927; éste fue el período de la Era del Jazz, de la Ley Seca, del «boom» financiero. En Alemania y Europa central fueron años trágicos. La Rusia soviética luchaba en medio de radicales reformas sociales y el hambre, y sufría la hostilidad de los «Aliados» capitalistas. Muchos intelectuales norteamericanos emigraron a Europa occidental, donde el dadaísmo, el surrealismo y el expresionismo alemán cautivaban a una «intelligentsia» trágicamente consciente de la desintegración cultural y del final de un ciclo (Piscis).

La llegada de Urano a Aries en 1927 no mejoró las cosas, al menos exteriormente. Condujo, primero en Europa y luego en los EE.UU., a la gran depresión económica. Pero Urano todavía estaba en Aries cuando Franklin D. Roosevelt accedió al poder y contuvo el colapso del capitalismo, por lo cual los poderosos (paradójicamente) llegaron a odiarle. No obstante, transformó el Gobierno de los EE.UU. y, mediante un fuerte impuesto sobre la renta, muchos de los aspectos de la vida de los norteamericanos. El poder de las universidades y de las fundaciones educativas o religiosas de los EE.UU., dirigidas en su mayoría por profesores o poderosos hombres de negocios, produjo un profundo cambio en la vida cultural del país, un cambio cuya naturaleza y alcance no se aprecia lo suficiente. Progresaron rápidamente la tecnología y la transformación de todos los conceptos relacionados con la dirección y gestión empresarial.

El período caracterizado por el tránsito de Urano a través de Tauro (1935-1942) constituyó el preludio de la Segunda Guerra Mundial y a la subida de Mussolini, Hitler y los militares japoneses. El mundo occidental luchaba para salir de la depresión económica y el desempleo, y la atención de la humanidad se concentraba en problemas taurinos de productividad. La guerra realmente comenzó con el ataque de Japón contra Etiopía, la Guerra Civil española y la invasión de China por Japón en 1936. Se dividió el átomo de uranio en 1939 y la primera reacción atómica controlada tuvo lugar el 2 de diciembre del mismo año. El ataque de Pearl Harbor (7 de

diciembre de 1941) ocurrió cuando Urano, todavía en Tauro, había llegado a la estrella Alcyone en las Pléyades, estrella que las antiguas leyendas consideraban el centro alrededor del cual gira nuestro sistema solar —¡acaso ahora centro obsoleto de una humanidad que había adquirido el conocimiento global de todos sus elementos empleando el crisol de la tragedia colectiva!

El tránsito de Géminis duró hasta el verano de 1949. Hemos mencionado ya que Urano alcanzó su Nodo Norte en la época de la primera explosión de una bomba atómica. Después de esa fecha, la posibilidad de emplear la energía atómica domina el escenario mundial, así como la notable ascensión de la Rusia soviética como gran potencia capaz de desafiar a los EE.UU. La juventud airada de la década de 1960, no sólo en Norteamérica sino en todo el mundo, nació con Urano en Tauro y Géminis; algunos de sus primeros inspiradores respondieron al desafío transformador de Urano en Aries (1927-35). Urano en los signos zodiacales de primavera tiende a generar una ansiedad y deseo por la acción.

A medida que una nueva generación, nacida con Urano en Cáncer (desde 1949 hasta 1955-56) llega a la madurez, adquiere cada vez más importancia el impulso de transformar las estructuras más profundas de la consciencia y de desarrollar un conocimiento más allá del alcance de la mente controlada por el ego, de aquí procede la atracción ejercida por las técnicas asiáticas como el yoga, el zen y la meditación tibetana —y también por todas las formas de parapsicología, curación psíquica, clarividencia y viajes astrales.

Urano estuvo en Leo hasta 1962, y los adolescentes de la actualidad tenían tal configuración astral en el momento de su nacimiento. Muchos serán probablemente líderes importantes en la época de la crisis mundial que se predice poco antes y después del año 1990, cuando llegarán a los veinte años. Los niños nacidos con las conjunciones masivas de planetas en Acuario durante febrero de 1962 todavía tenían a Urano retrógrado en Leo, en conjunción a la estrella real, Regulus.

Pueden jugar un papel especialmente significativo, así como los niños más jóvenes nacidos en la época de la conjunción de Urano y Plutón en Virgo en 1965-66 —un período muy intenso para nacer! Tendrán veinticinco años en 1990, treinta y cinco al iniciarse el nuevo siglo. Con todo, el impulso básico puede que lo den los individuos nacidos cuando Urano atravesaba Tauro y Géminis.

Al tratar con los lentos planetas trans-saturnianos en las cartas natales individuales, deberíamos prestar atención específicamente a sus posiciones en las Casas natales, luego al momento en que cruzan los cuatro Angulos y el Sol y la Luna de la carta natal. El tránsito de Urano por el Sol natal de una persona, en casi todos los casos, indica un cambio básico en su estructura vital y/o consciencia, aunque tal cambio básico en temente puede adoptar una inmensa variedad de formas. Algunos son claramente positivos e inspiradores, en tanto que otros parecerán en principio negativos si constituyen desafíos que al menos parecen prematuros y demasiado difíciles para el individuo. En otros casos, es el tránsito por el ascendente o la Luna el que concentra la oportunidad más elemental para la transformación vital.

Las Casas donde están localizados Urano, Neptuno y Plutón indican la *categoría de experiencias* con más probabilidades de convertirse en canales para la transformación de la personalidad controlada por Saturno y fascinada por el Sol, en un «recipiente» abierto capaz de absorber los valores y la inspiración galácticos. Todo en una carta natal nos dice lo que es mejor para nosotros. Revela cuáles son las condiciones óptimas para usar las funciones simbolizadas por los planetas (incluyendo siempre al Sol y la Luna) en la realización de nuestro «dharma» —de nuestro «ser auténtico» y nuestro destino. Dicha realización podría dar lugar a lo que solemos considerar tensiones, confrontaciones duras, enfermedades, o la pérdida de lo que valoramos emocionalmente; pero el camino humano, si está iluminado, aunque sea poco, por la luz espiritual de la consciencia galáctica, requiere de aquellos

que *conscientemente* lo recorren el valor y la disposición para aprender a absorber y asimilar, y luego transmutar y transfigurar, el sufrimiento y la tragedia. Este es el camino y el modo de encarnarse la idea divina en los materiales resistentes y oscuros, los restos de los asuntos inconclusos de ciclos pasados⁷.

⁷ Para un estudio del significado general de Urano, Neptuno y Plutón en las Casas natales, véase *The Astrological Houses*.

LOS CICLOS INTERPENETRANTES DE URANO, NEPTUNO Y PLUTÓN

Es muy significativo el que los periodos de revolución en torno al Sol de los tres planetas trans-saturnianos estén relacionados en los términos matemáticos más sencillos. El período de Neptuno es doble —y el de Plutón, el triple— que el de Urano. Urano, por lo tanto, representa la unidad básica en el mencionado desafío de los tres planetas a las combinaciones de Saturno-Júpiter y Marte-Venus-Mercurio. Lo que Urano comienza, Neptuno lo complementa y extiende, y Plutón finaliza. En casi todos los sistemas de simbolismo se dice que las operaciones (o experiencias) que se repiten tres veces han alcanzado el rango de irrevocables. Aunque sea así, al menos al nivel arquetípico, cuando un sistema material se opone a una fuerte resistencia inerte al cambio, este ritmo de tres pasos tendrá que repetirse durante mucho tiempo antes de lograr su propósito¹.

Desde el punto de vista galáctico presentado en este libro, el hecho básico es que tratamos con un vasto proceso de transformación: debería poderse regular su evolución estudiando las interrelaciones que vinculan los ciclos de los tres

¹ Si se me permite intercalar aquí una nota extravagante, el proceso es comparable al de un antiguo vals. Después de girar rápidamente un número determinado de vueltas, el hombre y la mujer que lo bailan caen, mareados, uno en brazos del otro y logran lo que estaban destinados a hacer desde el comienzo de la danza cósmica.

planetas. Hay años durante los cuales los tres planetas están en conjunción, o al menos casi en conjunción, aunque los años exactos en que ocurre tal triple conjunción sigan sin saberse, debido a que el modelo de las revoluciones de Plutón no está determinado con precisión y a que las influencias trans-plutonianas suelen estar activas durante largos períodos. No obstante, parece bastante seguro que durante las primaveras de los años 576 y 575 antes de Cristo, Urano, Neptuno y Plutón estaban casi en conjunción en la mitad del signo de Tauro. En el 1082 antes de Cristo aparentemente estaban todos en Aries —pero apartados cierto número de grados. En el 4517 antes de Cristo puede haber ocurrido una triple conjunción o casi-conjunción, y podría esperarse que se repitiera alrededor de 2800 después de Cristo. Es de esperar que pronto dispongamos de una imagen realmente fiable de las interacciones cíclicas triples entre estos planetas, si bien ello requiere la programación exacta de ordenadores, y las fórmulas que se han utilizado parecen variar ligeramente. Si pudieran obtenerse datos definitivos, tendríamos un panorama más objetivo de la evolución de la humanidad, especialmente durante el breve período de cinco mil años a que se refiere casi todo el estudio de la historia en la actualidad.

Puede ser acertado mencionar aquí lo que llamamos «historia», especialmente en el sentido semi-místico que dieron a la palabra algunos filósofos del siglo pasado, se refiere únicamente a la consciencia actual del hombre occidental, en el proceso de conformar en una secuencia ordenada y significativa la memoria racial encarnada en su cultura particular. La historia se refiere a la subjetividad colectiva de una cultura, o hasta de una comunidad especial o grupo religioso. No sólo encarna los llamados hechos y registros, sino también su interpretación. En las culturas antiguas, la historia tenía una naturaleza esencialmente arquetípica, pues trataba, en primer lugar, de procesos transfísicos y transreales, por ejemplo, los grandes *yugas* y *mahayugas* de los visionarios-filósofos indios. Actualmente, en nuestra materialista cultura euro-

americana la historia se ha convertido en la búsqueda académica y la interpretación de registros y testimonios concretos de unos «hechos». ¿Pero qué es exactamente un «hecho»? ¿No se trata únicamente de lo que la mayoría de la gente acuerda aceptar como tal, muy a menudo ignorando fuerzas o agentes invisibles o desconocidos, que son los verdaderos actores?

Los ciclos astronómicos deberían ayudarnos a comprender no sólo los vastos ritmos de marea de la evolución del hombre, bajo todas las diferentes olas que acompañan a la formación, culminación y desintegración de culturas locales, sino también el lugar que ocupa nuestra época actual en la marea planetaria de la evolución de la consciencia humana. El comienzo de la etapa particular de evolución humana que actualmente parece haber llegado a un punto decisivo y crucial puede remontarse a la triple conjunción de Urano, Neptuno y Plutón durante el siglo sexto antes de Jesucristo². En este siglo vivieron y enseñaron Gautama, Buda, Pitágoras, Zoroastro (el último de una serie de profetas del mismo nombre —según las doctrinas esotéricas de los parsis—, Lao-Tsé y otros grandes personajes. Este siglo marcó los comienzos concretos de nuestra civilización occidental, aunque podamos hablar de raíces anteriores relativas al teísmo del Bhagavat Gita y a las influencias prenatales de los pueblos hebrero, caldeo y egipcio.

EL CICLO NEPTUNO PLUTON

En el curso de unos veinticinco siglos ha habido varias

² En *The Secret Doctrine* (Theosophical Publishing House), H. P. Blavatsky menciona, sin explicaciones, el año 607 antes de Cristo como «el fin de las Edades Arcaicas».

conjunciones de Neptuno y Plutón: durante la primavera del 82 antes de Cristo (con Urano entrando en Aries, y con Júpiter y Saturno en conjunción en el 84 antes de Cristo y en cuadratura a Neptuno y Plutón); en el 410 después de Cristo; en el 903; en 1397 —aparentemente, la primera conjunción en Géminis, y en 1891-1892. Esto significa que entre el 576 antes de Cristo y el año 1891 después de Cristo han ocurrido cinco de estos ciclos Neptuno-Plutón, y que ahora asistimos al sexto. Estos números son muy reveladores, de acuerdo a su naturaleza esotérica.

El período del 576 al 82 antes de Cristo tiene el Número 1 característico de un nuevo comienzo. Desgraciadamente, fue un comienzo fatalmente distorsionado por los fantasmas del pasado, al mismo tiempo que se reaccionó intelectualmente contra este pasado, sin poder advertir de qué modo el nuevo impulso creador se relacionaba con la cosecha espiritual de la que había surgido. Esta fue la tragedia de la cultura ateniense, basada en la esclavitud y soñando con la democracia, e intentando integrar las experiencias de los misterios de Eleusis y Orficos con el nuevo escepticismo de Sócrates y el intelectualismo de los sofistas.

El segundo período asistió a la ascensión y desarrollo del imperio romano, que dejó su impronta imborrable en la civilización europea. Lo que había sido el ideal griego (período número 1) tomó la forma del ciudadano romano (Número 2). El concepto de «persona legal» (tanto colectiva como individual) halló su correspondencia espiritual en el ideal de Jesús de que cada hombre es «Hijo de Dios» y, por lo tanto, dotado de una chispa divina inmanente —la semilla de Dios en su interior.

El tercer período vio el triunfo del cristianismo y la decadencia de la Roma imperial (Alarico destruyó Roma en el 410 después de Cristo, aproximadamente la época de la conjunción de Neptuno y Plutón). Si bien las etapas 1 y 2 contienen demasiada penumbra y oscuridad, la número 3 es destructiva y produce el caos de donde pueden nutrirse las raíces de un

nuevo intento, si bien éste ha de operar en una especie de pesada nube que distorsiona las fuentes originales de la cultura. El Islam, en respuesta al relativo fracaso espiritual de la cristiandad, conquistó casi todos los países meridionales antaño dominados por el Imperio Romano. El Papado adquirió poder político, y ello condujo a una segunda esfera de conflictos durante el período número 4, desde el 903 después de Cristo hasta 1397. Este fue el período de las Cruzadas y del gran Orden Europeo medieval dominado por una iglesia poderosa en lucha contra los ambiciosos emperadores sacros, así como contra las ideas del cercano Oriente introducidas por los árabes.

El quinto período comenzó con el movimiento humanista, el Renacimiento y la colonización de las Américas. Vio el triunfo del racionalismo, empiricismo, mecanicismo y materialismo. El número 5 es el símbolo de la mente, pero cuando la mente evoluciona sobre el principio de un enfoque formalista, personalista y rígido de la espiritualidad, se ve obligado a convertirse en igualmente dogmática en sus intentos de reforma de todo lo que la todavía poderosa herencia religiosa había degradado y dejado sin cultivar. Por lo tanto, la mente se convierte en empírica y racionalista, tan interesada en tratar únicamente con el mundo material que se conforma y moldea según los ritmos de la materia.

El sexto período comenzó en 1891-1892 con el descubrimiento de los rayos X, la radiactividad, el quantum, y la famosa fórmula de Einstein, que reduce la materia a la energía y convierte la luz en el alma del espacio. Al iniciarse el siglo XX, la oposición de Urano (y de todos los demás planetas) a la conjunción de Neptuno y Plutón anunció simbólicamente una era de conflictos ideológicos, así como de brutales guerras internacionales —la «Guerra Civil del Hombre». Actualmente nos encontramos en el principio del último cuarto de siglo, y la relación de Neptuno y Plutón asumirá unas características muy especiales.

Debido a la forma sumamente alargada de la órbita de

Plutón, durante unos pocos años, en cada revolución del planeta alrededor del Sol, se acerca más a éste —así como a la Tierra—, que Neptuno. Al ocurrir esto podemos decir, al menos simbólicamente, que Plutón penetra en la órbita de Neptuno. He interpretado esta penetración como una clase de proceso interplanetario de «fecundación». Esto sucede aproximadamente cada 248 años y (según el Observatorio Naval de Washington DC) tendrá lugar entre 1978 y el año 2000. Plutón está a punto de su órbita que se encuentra más cerca del Sol (perihelio) en 1989, presumiblemente a los 13º de Escorpio.

Estos períodos de fecundación de la órbita de Neptuno por Plutón han demostrado ser muy significativos en la historia de Europa. Señalaron sucesos bastante cruciales, a largo plazo, a mediados del siglo XVIII, en la época del «descubrimiento» de América por Colón y en el Renacimiento (1841-1503), durante la gran época de las catedrales góticas y de luchas entre los papas y emperadores; en la época crítica del año 1000, que en Europa se supuso que sería el fin del mundo; durante el apogeo de la cultura árabe en el siglo VIII y en el reinado de Carlomagno, que estableció la arraigada norma del ciclo europeo; alrededor del tiempo de la conversión de Clodoveo al cristianismo, que señaló la aceptación de la nueva religión por los principales líderes de las tribus germánicas; a finales del siglo III y probablemente durante el ministerio de Cristo y la primera época de la iglesia, en tiempos de Pablo.

Puesto que Plutón, en la época en que acerca su perihelio en Escorpio, se desplaza un poco más rápidamente que Neptuno, el aspecto conformado por ambos planetas antes de su interpenetración orbital tiende a repetirse muchas veces. Puede decirse que dura —«dentro del orbe»— aproximadamente noventa años. Cuando Neptuno entró en Libra, en octubre de 1942 (diciembre de 1942, primera reacción atómica), Plutón estaba a los 7º de Leo, con lo que los dos planetas formaban, aproximadamente, un sextil (60º). Si damos a ese aspecto un orbe de 8 grados (distancia máxima), durará continuamente hasta aproximadamente el año 2038, cuando Plutón llegue al

grado 17 de Acuario y Neptuno llegue al grado 24 de Aries –por lo tanto, por un período de noventa y seis años. Durante este período, habrá varios años en que se producirán sextiles exactos y repetidos de ambos planetas.

Si, para hacer más sencilla la imagen, consideramos las posiciones *heliocéntricas* de los planetas, el primer sextil exacto ocurrió aproximadamente en enero de 1952 (desde Leo a los 20º de Libra) y se repitió hasta enero de 1955; luego Neptuno avanzó un poco hasta 1979, año en que ocurrieron otros sextiles exactos. Después de 1984, Plutón entra en Escorpio y comienza a moverse definitivamente más rápido que Neptuno al entrar en Capricornio. Ambos planetas están unos 68 grados aparte en 1997; pero entonces Plutón comienza a aminorar un poco su velocidad y Neptuno avanza gradualmente. Aproximadamente en el año 2065 Plutón en Piscis debería estar en cuadratura con Neptuno en Géminis. Esta es aproximadamente la fecha que he dado como comienzo de la Era de Acuario precesional –el año 2062 después de Cristo¹.

El comienzo del «sextil largo» entre Neptuno y Plutón en el que ahora nos encontramos, ocurrió unos cincuenta años después de la última conjunción de ambos planetas en 1891-92. Ocurrió también después de la conjunción de 1397-98 y duró desde aproximadamente 1450 hasta 1540. Esta fue la época del Renacimiento, la Era isabelina y de la Reforma luterana, en 1517. Los dos planetas habían formado un aspecto de semicuadratura durante la Guerra de los Cien Años y la muerte en la hoguera de Juana de Arco. Alcanzaron su cuadratura «creciente» alrededor de 1571-73 (guerras de religión), y su trígono (aspecto de 120º) al finalizar el siglo XVI (revocación del Edicto de Nantes, que produjo cierta tolerancia religiosa). La oposición ocurrió en 1645 –la era de Cromwell y el comienzo del período clásico en Francia, durante el

¹Cfr. *An Astrological Timing: The Transition to the New Age* capítulos 7-9.

reinado de Luis XIV. Neptuno se hallaba a los 5º de Sagitario, Plutón a los 5º de Géminis.

Durante el nuevo período de Plutón de unos 248 años de duración que siguió —es decir, hasta la conjunción de Neptuno y Plutón de 1891-92—, tuvo lugar un aspecto largo cuando Plutón se acercó a su perigeo, alrededor de 1740-41. Como Neptuno estaba entonces en Cáncer, el aspecto largo fue un *trígono*. Este duró desde 1698 hasta 1798 aproximadamente —concluyendo en la época de la adopción de la Constitución de los EE.UU.

Un «trígono largo» semejante ocurrió también durante las últimas Cruzadas, y había empezado antes de una oposición entre Neptuno y Plutón. Fue un giro decisivo en la historia europea, pues puso a la aristocracia de Europa occidental en contacto con las tradiciones del Cercano Oriente y en particular con la influencia Sufí. La oposición de Neptuno y Plutón es seguida por un «trígono largo», en tanto que a los cincuenta o más años después de su conjunción tiene lugar un «sextil largo» (aspecto de 60º). Sin embargo, como las conjunciones de los dos planetas avanzan en el zodiaco, ciclo tras ciclo, en tanto que el perigeo de Plutón presumiblemente permanece casi estacionario, cambiará la naturaleza del «aspecto largo». El sextil largo será reemplazado por un sextil largo (51 1/2º) y por una semicuadratura larga (45º). La naturaleza del aspecto largo viene determinada por la duración del período que separa la conjunción, desde el momento en que Plutón comienza a moverse casi tan rápidamente como Neptuno para alcanzar su perigeo pocos años después. Parece que, últimamente, cada conjunción ha sucedido unos 5 grados por delante de la precedente, si bien probablemente no se trata de un valor constante.

EL CICLO URANO-PLUTON

Se ha dicho que las conjunciones de Urano y Plutón

ocurren cada 127 años; pero una conjunción tres veces repetidas tuvo lugar en 1850 y a finales de abril de 1851 en los últimos grados del signo de Aries —uniéndose a este par de planetas primero Mercurio; luego Saturno, en mayo de 1851, y finalmente Marte y Venus pocos días después— y la última conjunción (también tres veces repetida) tuvo lugar el 9 de octubre de 1965 (a los 18 grados de Virgo) y el 4 de abril y 30 de junio de 1966 (a los 17 grados). El intervalo entre ambas series de conjunciones fue, por lo tanto, 115 años. Saturno jugó un rol importante; estaba en conjunción con Urano y Plutón, en 1851, y en oposición e 1965-66. Júpiter estaba en cuadratura a dicha oposición en mayo de 1965, y permaneció en cuadratura, aunque con menos precisión, en marzo de 1966. También Marte estuvo involucrado, hallándose en Virgo en 1965 y en Piscis en 1966.

En mi reciente libro, *The Astrology of America's Destiny*, recalqué (pp. 119-127) la importancia del período de 1965-66, pues ésta fue también la época de la última «Luna Nueva en progresión», calculada a partir de la carta natal de los EE.UU. para el 4 de julio de 1776. La Luna Nueva en progresión ocurre a intervalos de aproximadamente treinta años —en los EE.UU., en 1787, 1816, 1846, 1876, 1905, 1935 y 1965. Produjeron un ritmo de evolución en la *persona colectiva*, que constituyen los EE.UU., su pueblo y su tierra. Como el Ciclo de Lunación en progresión (desde una Luna Nueva hasta la próxima) dura treinta años, y como la última década de cada ciclo constituye siempre un período de transición (o «período de Semilla») que conduce al ciclo siguiente, los tres años, desde 1962 hasta 1965, han tenido una especial importancia. Estuvieron marcados por nuestro compromiso creciente en la guerra de Vietnam, la confrontación con los rusos en Cuba y la elección y asesinato del presidente Kennedy. Durante estos años, se extendió el conocimiento y el uso del LSD o ácido lisérgico, especialmente entre los jóvenes. La rebelión de los jóvenes estudiantes contra la organización de las universidades comenzó en la Universidad de

California, Berkeley, durante diciembre de 1964. Pronto se extendió por todo el mundo. Le sucedió la revuelta contra la llamada a filas, y el año 1965 vio también el comienzo del Movimiento a Favor de los Derechos Civiles y los motines de Watts en Los Angeles.

Martín Lutero King y Robert King fueron asesinados en 1968 en circunstancias sospechosas que de algún modo vinculan ambas muertes con el asesinato del presidente Kennedy —al menos, en la opinión de muchas personas.

El período de 1850-51 no fue probablemente tan crucial para nuestro país como el de 1965-66. En 1851 Cuba fue declarada independiente y, en Francia, el golpe de estado de Napoleón III inició el fatídico Segundo Imperio, que tuvo repercusiones dramáticas en México y que eventualmente condujo a la formación del imperio alemán. Se reforzó más que nunca el proceso de industrialización, que influyó en la difusión del colonialismo. En 1851 se estableció el primer cable telegráfico submarino entre Inglaterra y Francia, símbolo adecuado de la comunicación eléctrica que pronto uniría todos los continentes. En Estados Unidos, en 1850, se firmó el Compromiso Henry Clay, y California se convirtió en el trigésimo primer Estado de la Unión, pronto radicalmente transformada por la Guerra Civil.

La oposición entre Urano y Plutón tuvo una gran importancia histórica cuando ocurrió en 1901 y 1902. Estos años marcaron el fin del largo reinado de la reina Victoria, el final de la Guerra de Sudafrica, el establecimiento de la «Commonwealth» de Australia, el comienzo de graves conflictos entre las potencias coloniales y de las ambiciones coloniales de Alemania y Africa —una de las dos o tres causas principales de la Primera Guerra Mundial. En el Extremo Oriente, la rebelión de los Boxers en China y la invasión de Manchuria por Rusia condujo a la Guerra ruso-japonesa, la ascensión del Japón e indirectamente a la Segunda Guerra Mundial en el Pacífico. En América, el asesinato del presidente McKinley, el 6 de septiembre de 1901, precedió en unos tres meses la

oposición de Urano a Plutón; pero como Urano atravesaba entonces el Ascendente natal de los EE.UU. (el grado 14 de Sagitario), el nuevo y agresivo presidente pronto reveló las ambiciones internacionales de nuestro país mediante una serie de acciones uranianas.

Así, lo que se había iniciado alrededor de la fecha de la conjunción Urano-Plutón, se estaba realizando en las fechas en que tuvo lugar la oposición planetaria. El poderío industrial y la ambición de las naciones modernas, respaldada por la fuerza militar, se convertían en factores decisivos en una configuración de conflictos internacionales que sólo podía conducir a las dos guerras mundiales —y el último término a los sucesos de la última década de los 60. Estos pueden realmente representar el comienzo de una «revolución» de la conciencia, que podrá acceder a su plena madurez cuando se produzca la próxima conjunción entre los dos planetas. Alrededor del 2048, Plutón estará situado en los primeros grados de Piscis, y Urano en los primeros grados de Virgo. Dos años después, Urano habrá vuelto a su posición zodiacal a los 17º-18º de Virgo, donde tuvo lugar la conjunción Urano-Plutón de 1965-66.

Durante las elecciones que dieron el poder a Teddy Roosevelt, Urano cruzaba el Ascendente de la carta natal de los EE.UU.; y en 1976 las elecciones presidenciales (poco después de la celebración del Bicentenario) tuvieron lugar cuando Neptuno cruzaba ese mismo Ascendente. Plutón llegará al mismo punto al inaugurarse el siglo XXI. Entonces, habrá reunidos siete planetas en el signo zodiacal de Tauro, repitiéndose la congregación similar de siete planetas en ese mismo signo que tuvo lugar en 1881 y 1882. Sin embargo, en mayo del año 2000 los tres planetas, Urano, Neptuno y Plutón, no estarán en la zona de Tauro, pues Urano y Neptuno estará en cuadratura a la congregación planetaria desde Acuario. Pueden augurar (tras un período de caos y escasez) nuevas preocupaciones con la adquisición de recursos materiales. Los años que rodearon al énfasis planetario en el signo

de Tauro, en 1881, estuvieron caracterizados por un intensivo esfuerzo para colonizar el Africa en busca de materias primas y nuevos mercados.

EL CICLO URANO-NEPTUNO

Este ciclo dura unos 172 años. Ahora nos encontramos en la última fase del ciclo que comenzó el 22 de marzo de 1821 con una conjunción a los 2º 59' de Capricornio, y que concluirá en 1993, con conjunciones en los grados números 19 y 20 de dicho signo. Este énfasis en Capricornio, dominio fundamental de Saturno, debería ser importante, pues presumiblemente no se repetirá durante muchos siglos. El año 1821 vio la muerte de Napoleón I en su exilio en Santa Helena y la reacción monárquica en Europa, pero no por demasiado tiempo. La larga oposición entre Urano y Neptuno comenzó en 1905, después que Urano entrara en Capricornio, cargando así nuevamente de energías el lugar donde se había producido la conjunción de 1821. La Guerra ruso-japonesa había comenzado, con la derrota y frustrada revolución rusa. La oposición planetaria estuvo en vigor hasta que Urano abandonó Capricornio en los primeros meses de 1912. Durante estos siete años, se acumularon las tensiones que terminaron con la Guerra de los Balcanes, el hundimiento de Turquía y, en último término, en 1914, el asesinato del archiduque austríaco en Sarajevo, incidente que dio comienzo a la Primera Guerra Mundial.

La cuadratura «creciente» de Urano y Neptuno comenzó a operar poco después del asesinato de Lincoln, cuando Urano entró en Cáncer. Fue el período de reconstrucción, que señaló una alteración básica del carácter de nuestra nación —que condujo al imperialismo económico, rasgo que se inició al oponerse Urano y Neptuno bajo el Gobierno de Theodore

Roosevelt. La cuadratura «menguante» entre ambos planetas comenzó alrededor de 1950, cuando Urano entró en Cáncer; se hizo exacta en 1953, cuando Saturno se unió a Neptuno en Libra y duró hasta 1957. La Guerra de Corea comenzó en 1950; se lanzaron bombas de hidrógeno; murió Stalin; Eisenhower fue nombrado presidente y Dulles su mano derecha. La Guerra de Israel contra Egipto y el aplastamiento de la revuelta húngara tuvieron lugar en 1956 –y la era de McCarthy duró hasta 1954.

Durante el período 1965-66, Neptuno estaba en armonioso sextil con la conjunción Urano-Plutón antes mencionada; esta benéfica influencia puede asociarse con el movimiento juvenil y el idealismo basado en el ácido lisérgico de los primeros grupos de hippies en San Francisco. Con todos sus errores y confusión, ese movimiento todavía puede anunciar lo que debería desarrollarse en algún momento del siglo por venir. Por otra parte, la semicuadratura de Urano y Neptuno coincidió con el asunto «Watergate» y el renovado conflicto árabe-israelí. Nixon fue elegido cuando Urano, en el grado 20º de Libra, estaba 44 grados por detrás de Neptuno, en el grado 4º de Sagitario –una tensa semicuadratura.

Un factor a tener en cuenta, si se intenta evaluar y comprender todo el proceso Urano-Neptuno-Plutón en la actualidad, es el modo en que cada uno de estos tres planetas influye sobre ciertos puntos importantes en una carta natal particular –por ejemplo, el Mediocielo de la carta de los EE.UU., en el tercer grado de Libra. Neptuno pasó una y otra vez sobre dicho grado durante la Segunda Guerra Mundial, mientras el proyecto de la bomba atómica desplegaba su capacidad de transformar el mundo. Urano repitió el tránsito cuando Nixon fue elegido en 1968; lo mismo hizo Plutón durante la fatídica campaña de 1972. Como ya hemos mencionado, el Ascendente de la carta de los EE.UU. experimentará la triple ola de energía transformadora en el mismo orden: Neptuno cruza el grado 14 de Sagitario en 1976, Urano en 1984 y Plutón lo hará en el año 2000 o 2001. En primer lugar,

se produce la *disolución* neptuniana de las anticuadas estructuras socioeconómicas y psicológico-personales y la *devaluación* de los ideales que ya no son apropiados ni relevantes; a continuación le sigue un desafío uranio para enfrentar la realidad de un modo nuevo —desafío que suele adoptar al principio la forma de una exageración temporal de viejos deseos, miedos y valores, para que se revelen en toda su crudeza. Por último, Plutón priva a las antiguas imágenes de su esplendor y revela la futilidad y fealdad de aquello que se había creído durante tanto tiempo, valioso o sagrado. Bajo esta luz, la llegada de Neptuno al Ascendente de la carta natal de los EE.UU. en la época del Bicentenario nacional adopta un significado más profundo y en algún sentido ominoso —auuque tenga un final optimista⁴.

Si se desea comprender lo más claramente posible el modo en que funciona (o mejor, en que *debería* funcionar) el proceso de transformación de los tres planetas en una carta natal particular y a lo largo de toda una vida, deberían estudiarse las posiciones de Urano, Neptuno y Plutón en los signos y Casas zodiacales, y los aspectos que forman entre sí y en relación con Saturno, Júpiter y los planetas más pequeños. También puede obtenerse información adicional considerando los llamados «Partes Árabigos». Estos son producidos por la interacción de los planetas trans-saturnianos al desplazarse a lo largo de las trayectorias de sus órbitas, y refiriendo dichas interacciones a los cuatro Angulos de la carta natal —especialmente el Ascendente, pero también, en el caso de personajes públicos, al Mediocielo.

Aunque esta técnica de análisis es fascinante, debe tratarse con gran cuidado y no exagerarse, pues a menudo únicamente hace referencia a sutilezas psicológicas. Sin embargo, en ocasiones es muy reveladora. No es éste el lugar adecuado para explicar este punto interesante, por lo que

⁴ Mientras escribo esto, me doy cuenta que hace unas horas ha habido un eclipse lunar en cuadratura con Júpiter, con el sol muy cerca de Neptuno en Sagitario (29 noviembre de 1974).

recomiendo al lector que lea mi libro *The Lunation Cycle* si desea estudiar los Partes usados más a menudo por los astrólogos. Estos Partes se generan por los movimientos combinados de la Luna y el Sol —en particular, el Parte de la Fortuna—, pero cualquier par de planetas que se muevan a distinta velocidad y, por lo tanto, cuyos movimientos combinados puedan analizarse en términos de su «ciclo de relaciones», produce Partes, cuando sus posiciones zodiacales, en constante cambio, se estudian de acuerdo con el horizonte y el meridiano natales.

Si se toma el ciclo de relaciones producidas por la Luna y el Sol, la Luna es el cuerpo celestial más veloz. Añadiendo la longitud de la Luna a la del Ascendente y sustrayendo de dicha suma la longitud del Sol, se obtiene la longitud del Parte de la Fortuna. En la conjunción de la Luna y el Sol, se encuentra este Parte obviamente conjunto al Ascendente; en la Luna Llena (aspecto de oposición) el Parte se encuentra en el Descendente de la carta natal. Si se considera dicha carta como un marco de referencia permanente durante un «ciclo de lunación» completo de treinta días, el Parte de la Fortuna avanzará en el sentido contrario a las agujas del reloj por las Casas primera, segunda, tercera, etc., y volverá al Ascendente durante la próxima Luna Nueva.

Sin embargo, en lugar de añadir la longitud del cuerpo más veloz (la Luna) al Ascendente, y de sustraer de la suma la longitud del cuerpo más lento (el Sol), puede invertirse el procedimiento. Lo que se ha llamado el Parte del Espíritu (término bastante confuso e inadecuado) se produce añadiendo las longitudes del Ascendente y del Sol, y sustrayendo de dicha suma la de la Luna. Este Parte también es conjunto al Ascendente en la Luna Nueva, y al Descendente en la Luna Llena, pero avanza en el sentido de las agujas del reloj atravesando sucesivamente las Casas doceava, undécima, décima, etc. Su movimiento es, por lo tanto, «retrógrado». El Parte de la Fortuna es «directo»; el Parte del Espíritu, «converso».

Se puede usar exactamente el mismo procedimiento con Urano y Neptuno, relacionando el movimiento cíclico de estos dos planetas complementarios con el Ascendente y el Mediocielo de una carta natal —siendo los demás Angulos menos importantes. Lo que revelarán estos Partes en términos generales es el modo de operación, o el modo óptimo en que debería funcionar el proceso transformador, en los seres humanos nacidos en cualquier etapa particular del ciclo de relaciones Urano-Neptuno. Las personas nacidas poco después de 1821 tenían el Parte cerca de su Ascendente —si se estudia este Parte en relación con dicho Angulo. Las personas nacidas entre 1903 y 1912 tenían estos Partes en su sexta o séptima casa, porque Urano y Neptuno estaban a punto de alcanzar o habían pasado su oposición. Cualquier generación puede así caracterizarse de acuerdo con esta técnica. En la generación nacida *antes* de la oposición Urano-Neptuno, y, por lo tanto, con el Parte directo en la Casa sexta, debería haberse mostrado la tendencia a *exteriorizar* el proceso transformador mediante las actividades de la casa sexta (trabajo, servicio, asuntos de salud, reciclaje, etc.). En la generación nacida *después* de la oposición planetaria, esta misma tendencia debería haberse concentrado en el campo de las relaciones estrechas: sociedad, asociación social, clase social, problemas raciales, etc. (la casa séptima).

Sin embargo, en tanto que el Parte *directo* «exterioriza» el efecto combinado de Urano y Neptuno, el Parte *retrógrado* «interioriza» dicho efecto. En la mayoría de los casos, ello implica que la posición del Parte directo en una Casa natal señala el tipo de experiencia a través de la cual es más probable que opere el proceso de transformación, y del modo más eficaz. En la carta de los EE.UU. —que hace referencia a nuestra nación como a una «persona colectiva»— este parte en la Casa octava (a los 29° 34' de Leo) la Casa de los Negocios (siendo los negocios la fructificación de la asociación y los contratos) y también la Casa de las profunda experiencias colectivas, compartidas (rituales, juego deportivos, rituales de

negocios, sentimientos de grupo). En 1776 este Parte estaba cerca de la gran estrella Regulos, asociada con el poder político y en general con los rasgos clave de la Era de Piscis. Ahora, cuando Regulus (por movimiento precesional) se encuentra a los 29° 27' de Leo, se ha acercado incluso más a una conjunción exacta.

Por otra parte, el Parte *retrógrado* de Urano-Neptuno por lo general señala la dirección en la que uno anhela identificarse –y en la que mejor podría identificarse– *en la consciencia* (es decir, internamente) con un todo mayor, involucrándose en él –para bien o para mal. En la carta natal de los EE.UU., este Parte, a los 26° 46' de Piscis, cae en la tercera Casa –Casa que trata del ambiente y de todo tipo de procesos de comunicación, que a su vez implican conocimientos o astucia o inteligencia en la construcción y uso de dichos procesos. En la carta del ex-presidente Nixon, nacido en 1913 después de la oposición de Urano a Neptuno, su parte directo Urano-Neptuno se halla en la Casa de las asociaciones y la resolución de conflictos (la competencia del abogado); mientras que su Parte retrógrado Urano-Neptuno cae en la Casa del trabajo, el servicio, la salud y las crisis personales o reciclajes. En mi propia carta natal, el Parte directo, situado a los 20° de Taurus, está en oposición exacta a mi Urano natal, recalcando así una naturaleza y destino uranianos, resaltados aún más por el hecho de que mi horizonte natal es casi idéntico al eje nodal de Urano (nodos heliocéntricos). El Parte converso, situado a los 7° de Cáncer, cae en la séptima Casa, dando así importancia transformadora a nuevos ideales de relación interpersonal.

En algunos casos al menos, los Símbolos Sabianos de los grados zodiacales en que ocurren dichos Partes demuestran ser significativos. En mi carta natal, el grado del Parte directo está simbolizado por: «*Retazos de nubes semejantes a las que corren atravesando el cielo* –La percepción de fuerzas espirituales en acción... la bendición de las fuerzas sobrenaturales»; y el símbolo del Parte converso es: «*Dos espíritus de la*

naturaleza danzando bajo la luz de la luna —El juego de las fuerzas invisibles en todas las manifestaciones de la vida... Imaginación creadora.»

En la carta de Nixon, el símbolo del Parte directo (en el grado 23 de Piscis) es:

«Un médium capaz de materializar espíritus, en una sesión —La persona que cree tener una misión o mandato... debe concretar su creencia. Tiene que producir resultados... Requiere siempre, en alguna medida, el don de algún poder o valor que se posee en sentido profundo... La sustancia psíquica del médium proporciona los materiales visibles en los fenómenos si los últimos son auténticos. Después de la sesión, el médium suele hallarse exhausto. El actor da algo de su propia vida en la representación... La exhibición de poderes psíquicos... puede interpretarse positivamente o negativamente según los motivos que indujeron al «médium» a dar la sesión.» (An Astrological Mandala, p. 283).

Ello parece corresponder a la opinión de que uno de los aspectos del destino o karma de Nixon era revelar con claridad lo que pudiera haber de erróneo en la reciente tendencia de exaltación y glorificación de la función ejecutiva de Gobierno.

El símbolo del Parte converso de Nixon (situado en el grado 7º de Piscis, en la sexta Casa) es: *«Iluminada por un rayo de luz, una gran cruz sobre las rocas, rodeada por la niebla del mar»*. Este símbolo puede interpretarse positivamente como «la bendición espiritual que refuerza a los individuos quienes, suceda lo que suceda, defienden su propia verdad». Por otra parte, también puede referirse a la soledad interior de un hombre que lleva como una cruz un ideal interior que no es capaz de concretar, debido a complejos

interiores y a un fuerte deseo de «auto-afirmación». (*An Astrological Mandala*, p. 272)⁵.

En otros casos, el punto medio entre Urano y Neptuno también puede ser muy importante —así como los Puntos Medios entre Urano y Plutón, y Neptuno y Plutón. El valor de los Puntos Medios se ha resaltado mucho recientemente, pero en muchos casos tal vez demasiado. Se dice que son «puntos sensibles» en los que las radiaciones de dos planetas se relacionan entre sí de modo concentrado; y si otro planeta se encuentra en dichos puntos, por nacimiento o por tránsito, se dice que ocurre otra combinación. Como pueden calcularse dos puntos medios (en oposición mutua) para cada dos planetas —y hasta para los Angulos— hay un gran número de ellos. En la carta natal de Nixon, los puntos medios entre Urano y Neptuno se localizan en los grados 29 de Aries y de Libra; así pues, la cuadratura a los dos planetas, ya que están en oposición. Caen en las Casas octava y segunda, las que se refieren al dinero y los negocios —asuntos importantes para un joven con la ambición irradicable de jugar un papel dominante en el todo superior de su nación (e incluso la humanidad) representa para él.

Si pudiera hallarse el modo de sintetizar, al menos simbólicamente, las actividades de Urano, Neptuno y Plutón, y de concentrar el resultado sobre un punto en constante movimiento, se tendría acaso una clave muy valiosa para comprender cómo despliega su potencial todo el proceso tripartito de transformación del mundo. Aunque se presentan varias posibilidades de hacerlo, no es posible garantizar la validez de ninguna de ellas. La primera, la más sencilla y evidente, sería añadir las longitudes de los tres planetas y dividir la suma entre tres. Cuando los tres planetas están en conjunción exacta —suponiendo que ello ocurra alguna vez—, el punto

⁵Debería quedar claro que dichos símbolos sólo pueden emplearse cuando se conoce el momento exacto del nacimiento o primer aliento (y, en consecuencia, el grado exacto del Ascendente).

resultante de esta operación (que llamaré el Punto de Transformación) caería en el grado de dicha conjunción triple. Al separarse los planetas, moviéndose cada uno a su propio ritmo, la longitud zodiacal de este Punto cambia constantemente, avanzando gradualmente, pero retrocediendo cuando uno de los tres planetas pasa de la longitud 360 a la longitud 1.

Lógicamente, cuando planetas como Júpiter y Saturno se encuentran conjuntos a este Punto de Transformación, deberían experimentarse algunos resultados más o menos definidos —o al menos debería disponerse de una clave para comprender lo que suceda. La posición de este Punto en una carta natal suele ser muy importante como indicador de la naturaleza y la eficacia general del proceso de transformación en la vida de dicho individuo. En ambos casos, el símbolo del grado del Punto de Transformación muy a menudo demuestra ser importante. Daré unos pocos ejemplos.

El día del asesinato del archiduque austriaco, el 28 de junio de 1914, que precipitó la Primera Guerra Mundial, Plutón se hallaba a los 0° 47' de Cáncer, Neptuno a los 27° 07' de Cáncer y Urano a los 10° 55' de Acuario. Si se suman estas tres longitudes y se divide la suma por tres, nos da 173° o el grado 23 de Virgo —simbolizado por *Un Domador de Leones*. El símbolo parece significativo, ¡aunque el león comiera al hombre que iba a domarlo! De particular interés es que en la carta natal de los EE.UU., Neptuno en la novena Casa (diplomacia, viajes, compromisos con el extranjero) se halla en ese mismo grado. El Punto de Transformación ese día de junio estaba en cuadratura a Saturno, situado los 23 1/2° de Géminis, muy cerca del grado de localización de Marte en la carta de los EE.UU., en la Casa de la Guerra y las Alianzas (la séptima Casa).

Cuando el armisticio puso fin a la guerra (el 11 de noviembre de 1918, a las 5 de la mañana, en Senlis, Francia), el Punto de Transformación había llegado al 4° grado de Libra (símbolo: «*Alrededor de una fogata, un grupo de jóvenes se sientan en comunión espiritual: La necesidad de unirse a*

espíritus semejantes cuando se interna uno por caminos desconocidos... El impulso de crear una nueva sociedad y responder a nuevos valores... para recibir inspiración creadora»). El ideal de la Liga de las Naciones corresponde con la posición en Libra; y, significativamente, este Punto había pasado por el Mediocielo de la carta de los EE.UU. durante su participación en la guerra, participación inspirada por nuestro presidente, Woodrow Wilson, en el nombre de un gran ideal de paz y unidad mundial; desgraciadamente, un ideal degradado por las realidades políticas y económicas de la época. El presidente firmó la Declaración de Guerra el 6 de abril de 1917, cuando el Punto llegaba al último grado de Virgo, cuyo símbolo es: *«Completamente decidido a completar una tarea inmediata, un hombre permanece sordo a todas las proposiciones –Concentración total.»*

A finales de octubre de 1929, la época de la gran caída de la Bolsa que inició la etapa de depresión económica en nuestro país, el Punto de Transformación se hallaba a los 4 1/2º de Cáncer, mientras Urano había entrado recientemente en Aries y se movía a través de la cuarta Casa de la carta de los EE.UU. Saturno estaba a punto de entrar en Capricornio, oponiéndose al Punto de Transformación y en cuadratura a Urano durante el invierno de 1930. Significativamente, el grado 4 1/2º de Cáncer está muy cerca del punto medio exacto de la conjunción Venus-Júpiter en la carta de los EE.UU., localizada en la séptima Casa. Esta Casa trata de todas clases de asociaciones sociales, contratos y sociedades análogas; y el signo Cáncer representa el hogar y su seguridad. Cientos de miles de hogares hubieron de abandonarse debido a que sus propietarios no podían pagar las hipotecas. El símbolo del grado 5 de Cáncer es muy adecuado a la situación general que causó la depresión económica: *«En un paso a nivel, un automóvil es arrollado por un tren.»* –Los trágicos resultados que probablemente ocurren cuando la voluntad individual se opone descuidadamente al poder de la voluntad colectiva de la sociedad... reajuste kármico». La

depresión fue de hecho el karma colectivo de una civilización occidental que aparentemente no había aprendido nada de la tragedia de la Primera Guerra Mundial.

Cuando Hitler invadió Polonia, en septiembre de 1939, el Punto de Transformación se hallaba en el 6º grado de Leo —el signo del poder dictatorial— y acercándose al Nodo Norte de la Luna en la carta de los EE.UU. El símbolo de ese grado se refiere a una provocadora muchacha moderna que desafía a una vieja dama conservadora; y la Segunda Guerra Mundial con su avanzada tecnología y la bomba atómica representaron realmente el desafío de una sociedad futura al antiguo sistema europeo y al neotribalismo de la ideología nazi. Saturno entraba en Tauro en cuadratura al Punto de Transformación, cuando Alemania invadió Francia.

Los sucesos de Pearl Harbor ocurrieron el 7 de diciembre de 1941, alrededor de las 8 de la mañana, cuando Plutón había llegado al grado 5º 35' de Leo, Neptuno se hallaba a los 29º 42' de Virgo (¡la longitud del Punto de Transformación cuando los EE.UU. entraron en la primera Guerra Mundial!) y Urano a los 27º 38' de Tauro. El Punto de Transformación estaba en el 11º grado de Leo en la octava Casa de la carta natal de los EE.UU. Aunque su símbolo parece menos adecuado, pues se refiere a la dependencia de los niños pequeños respecto a una gran tradición en su actividad lúdica, la guerra ya había empezado y la tragedia de Pearl Harbor unió a todos los norteamericanos y acaso la guerra pueda considerarse el «juego» de unos hombres que mentalmente siguen siendo niños.

Una etapa interesante de la interrelación tripartita de Urano, Neptuno y Plutón se desarrolló durante casi toda la Segunda Guerra Mundial, porque Urano y Neptuno formaron un trígono en constante desplazamiento, con Plutón acercándose a un punto medio en los primeros grados de Leo. Esta configuración comenzó en la primavera de 1940, cuando Hitler invadió Francia y casi derrotó a Inglaterra, al retroceder y avanzar Neptuno en los últimos grados de Virgo por el lugar

que ocupaba el 4 de julio de 1776, en la novena Casa (asuntos extranjeros) de la carta natal de los EE.UU. Urano atravesaba entonces el tercer decanato (20 a 30 grados) de Tauro. El día del ataque de Pearl Harbor, Urano y Neptuno todavía estaban en Virgo y Tauro, respectivamente. Un año más tarde, cuando tuvo lugar la primera reacción atómica controlada en Chicago, bajo la dirección del físico Fermi, Neptuno se había movido al grado 2º de Libra y Urano al grado 2º de Géminis, formando así un trígono exacto, mientras que Plutón en Leo se acercaba a su punto medio en un sextil con ambos. Como resultado, el Punto de Transformación se hallaba en el 4º de Leo, casi conjunto a Plutón.

De esta configuración eminentemente armoniosa entre los tres planetas trans-saturnianos podría inferirse que cooperaron estrechamente en el proceso de transformación, a pesar de lo drástico de sus resultados a nivel humano. Podría decirse que la energía o influencia generada por su «perfecto acorde» fue simbólicamente liberada a través de la región zodiacal opuesta al Punto de Transformación, es decir, alrededor del grado 4 de Acuario. Lo curioso es que el presidente Franklin D. Roosevelt tenía su Venus natal en el grado 6 de Acuario y su Sol en los 11º 8' de Acuario. Tenía a Plutón a los 27º 22' de Tauro (que Urano atravesaba mientras él se esforzaba por preparar a una América bastante reacia a una guerra inmediata) y a Urano y a su Ascendente situados aproximadamente a los 18º de Virgo (grado que transitaba Neptuno durante 1937-38, cuando Hitler avanzaba por Austria). Así pues, en términos astrológicos, Roosevelt era el «hombre de la hora». La misma configuración Urano-Neptuno-Plutón seguía en vigor cuando las Naciones Unidas adquirieron realidad oficial después de la ratificación de Rusia. En estas fechas (24 de octubre de 1945) la Luna estaba conjunta a Urano, y Venus se hallaba en el mismo grado que Neptuno. Júpiter estaba un poco delante, en Libra, y el Saturno natal de los EE.UU. a punto de transitar. El punto opuesto a Plutón

coincidía con la situación del Sol en la carta de F. D. Roosevelt —¡extraordinaria «coincidencia»!

Cuando el presidente Nixon fue elegido en noviembre de 1968, Urano cruzaba el Mediocielo de la carta de los EE.UU. y el Punto de Transformación se hallaba a los 18º de Libra. ¡Había atravesado Saturno en la décima Casa (el poder ejecutivo) durante la campaña presidencial! El símbolo del grado 18 de Libra es bastante sorprendente, en vista de lo que ocurrió después del Watergate: «*Dos hombres bajo arresto*». Esto muestra el resultado de una «ruptura en las relaciones entre el individuo y la sociedad» y «que sean *dos* los hombres arrestados sugiere una polarización y un propósito que trascienden un momento de mera imprudencia personal» —¡y Nixon fue elegido para dos mandatos presidenciales! La clave simbólica del grado se resume en: «enfrentarse a las consecuencias». (Cfr. *An Astrological Mandala*, pp. 183 y 184.)

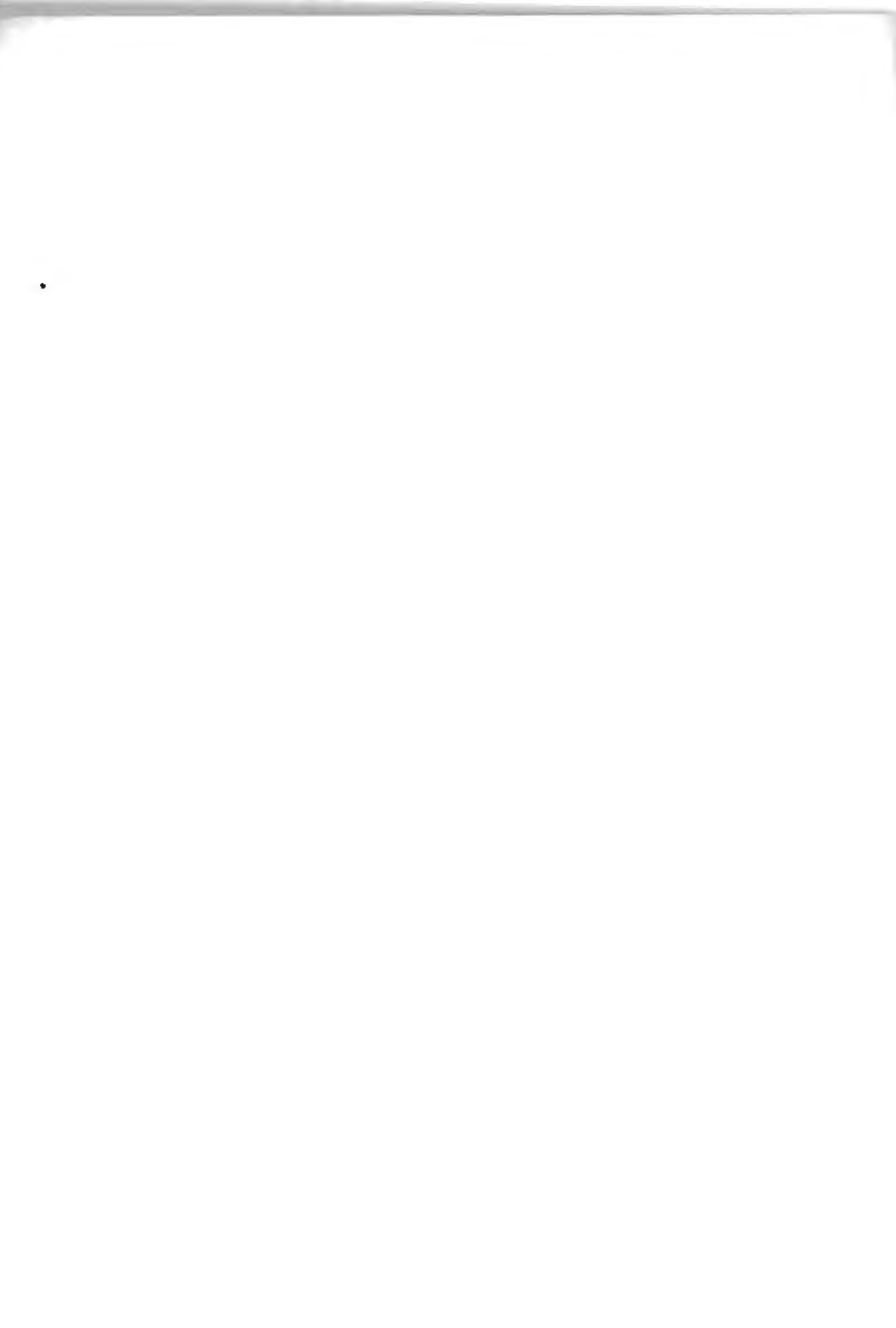
Si observamos la carta natal de Nixon, hallamos que el Punto de Transformación está situado a los 19º de Virgo, en su primera Casa y a unos 6 grados de su Ascendente en el 14º grado. El símbolo del grado 19 de Virgo es adecuado: «*Una carrera de natación*: El estímulo procedente de un esfuerzo de grupo para alcanzar una meta espiritual... las ambiciones personales y egocéntricas de triunfo y de ser «el primero» son, de hecho, señal de probable fracaso espiritual».

El Punto de Transformación en la fecha en que se eligió al presidente Ford se hallaba a los 4º de Escorpio, simbolizado por: «*Un joven llevando una vela encendida en un ritual devoto*: El poder educativo de las ceremonias, que impresionan las grandes ideas culturales en sus participantes reunidos». Acaso sea también un símbolo adecuado para nuestro nuevo presidente, sobre cuyos hombros se colocó una responsabilidad que apenas estaba preparado para asumir.

Independientemente de la validez que demuestre tener dicha técnica cuando se ponga a prueba, muestra al menos la posibilidad de sintetizar en un punto la operación tripartita del proceso de transformación y de evocar su importancia con-

centrada en momentos concretos y en la carta natal de una persona individual particularmente afectada por el proceso. La astrología es un campo rico en oportunidades para inventar numerosas técnicas con las que tratar la inmensa complejidad de las situaciones y necesidades humanas. Cada astrólogo —como cada psicólogo— gravita naturalmente hacia la clase de procedimientos más acordes con su temperamento básico. La clase de métodos psicológicos desarrollados por Freud, Adler, Jung y Assagioli está claramente reflejada en la carta natal de cada uno de ellos. Las creaciones de un hombre son proyecciones de que lo es, arquetípicamente. La verdad puede albergar infinitas variaciones, pues ha de satisfacer las necesidades particulares de todas las etapas de la larga evolución de la humanidad, de todas las personas y de todas las situaciones particulares. El espíritu es universal en su esencia trascendente, pero únicamente en las situaciones particulares alcanza manifestación focal. Lo divino es inmanente en lo personal. Opera a través de todos los medios capaces de transformar a la persona en su camino hacia una conciencia más abierta y más receptiva del alcance, poder y significado de la existencia.

TERCERA PARTE



UN ACERCAMIENTO TRANSFISICO A LA GALAXIA

Para comprender todas las consecuencias y repercusiones de lo que aquí se denomina acercamiento galáctico a la astrología —y por extensión, a la psicología y las muchas formas de organización social— hemos de regresar al concepto de secuencia dialéctica de tres grandes períodos evolutivos en el desarrollo de la conciencia: *el arcaico*, *el clásico* y *el holárquico*. Actualmente asistimos a la lenta y vacilante transición desde la etapa clásica a la etapa holárquica de conciencia; se trata de un proceso tan crítico como el que transformó la clase de conciencia y acercamiento a la naturaleza arcaicos y propios de las primeras tribus en una conciencia individualista y racionalista, centrada en torno al sentimiento-experiencia de ser un «yo». Esta transformación no se ha alcanzado universalmente, especialmente en su aspecto positivo, y ha producido una división o un desdoblamiento peculiar y trágico entre lo que se considera como desarrollo superior e inferior del potencial de conciencia innato en todo ser humano. Las ideas expresadas en este libro y en varias de mis obras previas ofrecen la posibilidad de curar dicho desdoblamiento sin que por ello implique la necesidad de retornar a la actitud arcaica del hombre hacia la vida y las energías instintivas biopsíquicas que operan a nivel de la bioesfera.

En su estado arcaico de conciencia —independientemente de los hechos físicos y sociales de existencia relacionados con

éste— el hombre primitivo está envuelto por lo que, posteriormente, se llamará «Naturaleza». Existe dentro del vientre bioesférico de la madre Tierra, movido por sus ritmos vitales a los que su ser psíquico interior está tan estrechamente sintonizado como su cuerpo físico. El hombre puede sobrevivir debido a su extraordinaria capacidad de adaptación y a factores físicos como manos especiales, una columna vertebral erecta, y un sistema nervioso particularmente sensible. También tiene, incluso en esta etapa primitiva, una mente capaz de relacionar los hechos experimentados, o de generalizar a partir de ellos, y, por medio de gestos y sonidos simbólicos, de comunicar sus experiencias a otros seres humanos. Está dotado —tal vez de modo exclusivo— con la capacidad de interpretar lo que percibe en términos de algún marco de referencia, de lo cual deriva un sentido del orden.

Todo concepto de orden surge o de la interpretación de un profundo y duradero sentimiento de orden en la secuencia de sucesos vividos, o como una compensación psíquicamente necesaria por lo que en principio aparentan ser secuencias de hechos no relacionados, desordenados e inexplicables. Como el hombre primitivo se enfrentaba a lo que le parecían dos campos básicos de sucesos —los que tenían lugar en la Tierra, de la que sólo conocía zonas pequeñas y aparentemente planas, y hechos de una naturaleza completamente distinta que ocurrían en el cielo— llegó a la inevitable conclusión de que, en realidad, había dos mundos: el mundo oscuro y húmedo de las selvas, bosques y pantanos, lleno de peligros impredecibles, y el del cielo, donde los puntos y discos de luz se movían con regularidad y predeciblemente sobre el misterioso fondo de la oscuridad vacía del espacio celestial.

Considerando lo que sabemos de las condiciones dominantes en la superficie de la Tierra, cuando la humanidad evolucionó a un nivel de conciencia superior al animal hace unos millones de años, es evidente que los primeros y más elementales sentimientos del hombre fueron de casi total sumisión hacia la Madre Tierra y sus energías, que compartía corpo-

ralmente. Sintió la repercusión y la compulsión internas de dichas energías vitales directa e intensamente, y fue arrasado por su oscuro poder. Con todo, fuera, cuando se levantaron las profundas nieblas que rodeaban a la Tierra plana, o cuando grupos de hombres comenzaron a vivir en los espacios abiertos de las regiones semidesérticas a través de las que fluían los grandes ríos —el Nilo, el Eufrates, el Ganges, el Río Amarillo de China—, llegó el momento en que la contemplación del cielo y el estudio de los movimientos celestes asumió una importancia básica, sobre todo cara a la agricultura y la ganadería. Este cielo tenía dos aspectos: uno diurno y otro nocturno. El Sol dominaba por completo el primero, mientras que el último revelaba los movimientos de la Luna y de las estrellas. Algunas de estas estrellas llegaron a conocerse como «planetas» (con el significado de errantes) debido a sus movimientos erráticos; a otras se las llamó eventualmente «fijas», no porque no se movieran por la noche y con las estaciones, sino debido a que guardaban distancias constantes o fijas entre sí.

Ya que el Sol parecía ser la fuente del calor y la luz, capaz de hacer crecer las cosechas en el milagro anual del renacimiento de la vegetación, se convirtió en la figura central del mundo celestial. Al mismo tiempo, el varón humano adoptaba un papel cada vez más dominante en la vida tribal, no sólo debido a su fuerza muscular, sino también a su habilidad para descubrir nuevos modos de vida, nuevos procesos agrícolas y bélicos. Tales logros muy probablemente hicieron que algunos hombres especialmente dotados se sintieran superiores y diferentes a los demás. Esta superioridad y diferencia se interpretó al principio como debida a que estaban en comunicación «especial» con las energías vitales de la Madre Tierra o con los dioses celestiales —o (en algunas sociedades) a que eran los descendientes directos de dioses que hacía tiempo se habían encarnado como hombres.

Con el tiempo, cuando el Sol era adorado como gobernante del cielo y «Padre» de los dioses celestiales que se

habían asociado al sendero por el que viajaba cada año a través del cielo, el zodiaco, se desarrolló el concepto de «héroe solar». El héroe solar era el hombre que había logrado ser como el Sol en su vida y hechos. Así como el Sol era el centro de todas las actividades concernientes al aspecto consciente de la vida —el período diurno—, así también el hombre que en su colectividad era brillante y creador como el Sol se consideraba a sí mismo, y era venerado por los demás, como el centro de las actividades diurnas de su mundo social. Ocupaba un rol único; era el «único» Sol —al menos mientras vivía. Asumía el rol de Padre de la tribu a la que puede haber salvado del desastre. De patriarcal dirigente de una pequeña tribu, pasó a ser rey teocrático en torno al cual giraban una sociedad compleja y su cultura. Con el tiempo, los privilegios antaño reservados al héroe solar o al rey se consideraron como derechos innatos de todos los hombres. «Cada hombre un rey» era el lema político de un famoso demagogo norteamericano. El hombre tribal se había transformado en una persona individual, teóricamente responsable, auto-motivada, y cuya consciencia se centraba en torno a un «Dirigente interior».

Implicita en este proceso de individualización está la difusión del concepto de *posición central*, al que se han dado muchas formas, religiosas, psicológicas y sociales. En el Oriente, se simbolizó y representó por medio del mandala. A su vez, el mandala, como símbolo de la integración humana, puede remontarse a la idea del rey universal, el *Chakravartin*, el monarca ideal ante quien deben postrarse todos los reyes menores, y para quien la humanidad era un vasto mandala del cual él era el centro omnipotente, integrador y perfectamente justo¹. En este concepto está basado el acercamiento clásico a la existencia y al universo; y este enfoque halló su expresión en el sistema heliocéntrico —un único Sol central radiante

¹ Cf. Heinrich Zimmer, *Philosophies of India* (Nueva York: Meridian Books), pp. 127-139.

alrededor del cual gira un grupo de oscuros planetas, reflejando del mejor modo posible su poder.

El desarrollo de un sistema heliocéntrico y el crecimiento del individualismo en el mundo occidental son procesos sincrónicos. Fueron posibles gracias a una clase especial de evolución de la mente. Se requerían facultades intelectuales de observación y análisis, más cierto grado de inventiva y técnica, para plasmar una imagen heliocéntrica del universo que fuera clara y convincente. Análogamente, se requerían una mente dinámica y el tipo particular de lenguaje por ella elaborado, para formular, justificar y generalizar las primeras intuiciones (o sentimiento-experiencias) de la existencia de un yo centralizador y nutriente al cual pudiera referirse toda sensación, sentimiento y proceso de pensamiento.

En cuanto se habla de «centro» se enfrenta uno a nuevos problemas: ¿Cuál es la naturaleza del contenido del círculo implícita en la idea de centro? ¿Qué clase de centro es? El cubo de una rueda es también un centro, pero en cierto sentido, se refiere al espacio vacío. Por otra parte, según la teoría heliocéntrica, el centro del sistema solar es una enorme masa de energía-materia, comparados con la cual los demás elementos del sistema son enanos. A diferencia de las masas solares centrales, dichos elementos son globos o esferas materiales oscuros. Así, semejante imagen del sistema solar puede emplearse simbólicamente para caracterizar y justificar inconscientemente grupos en que la identidad central posee casi todo el poder del grupo y lo irradia sobre los otros, privados de poder y totalmente supeditados a la atracción del centro masivo y luminoso. Traducido al lenguaje de la organización social, el sistema heliocéntrico justifica toda agrupación totalitaria, aunque implica que el individuo central debería ser un autócrata paternalista y benévolo.

El lector podrá argumentar que el sistema solar es, en realidad, lo que ha imaginado el moderno astrónomo, tras haber realizado una enorme cantidad de cuidadosas mediciones. Sin embargo, ésta no es una objeción válida, pues esta

imagen astronómica debe su existencia al astrónomo, que es un ser humano dotado con sentidos de una clase particular, con una mente capaz de inventar una clase especial de instrumento material que proporciona ciertos tipos de datos, que a su vez él organiza de acuerdo con ciertos conceptos o postulados básicos. Todo ser viviente se enfrenta a un universo que responde a sus necesidades como un sistema organizado de conciencia y de energía material en evolución. La Revolución copernicana se produjo en el momento exacto en que el hombre del Renacimiento desarrollaba un nuevo tipo de auto-afirmación individualista, y en que las grandes colectividades humanas se organizaban implacablemente en estados nacionales dominados por reyes poderosos que poseían «por derecho Divino» todo el país que gobernaban autocráticamente.

Por esto he llamado a esta etapa en la evolución de la conciencia humana el período clásico. Estuvo dominada por dos conceptos gemelos: *posición central* y *racionalidad*. Estos conceptos evolucionaron presumiblemente durante el período clásico de la cultura griega hace unos veinticinco siglos, con probables antecedentes en la breve reforma del faraón egipcio, Akhnaton, y en la igualmente breve experiencia de Moisés, cuya visión inicial de Dios como «Yo soy el que soy» se alteró enseguida, aparentemente, para adaptarse a las condiciones tribales que la visión no podía reemplazar (de igual modo que el sueño de Woodrow Wilson de implantar la paz mundial mediante la unión internacional no pudo prevalecer frente a las antiguas estructuras de la soberanía nacional y el orgullo cultural).

Con muy pocas excepciones, la posición central sigue significando para la mente humana la concentración del poder en el centro, y dicha concentración de poder a nivel sociopolítico (o a nivel psicológico de la voluntad) en la mayoría de los casos produce resultados drásticos y a menudo trágicos. En lo que concierne al concepto de «racionalidad», suele identificarse con un tipo de lógica aristotélica basada en el

principio de la exclusión (dos objetos no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo) y en la premisa de que las leyes de nuestro universo material son aplicables en todas partes y en todo tiempo independientemente de quién sea el observador. Algunos aspectos de estos dos principios han sido desarrollados mucho más por los pensadores europeos desde los siglos XV al XX; pero recientemente nuevos conceptos han comenzado a socavar las antiguas premisas o paradigmas. Con todo, el marco intelectual que produjeron permanece en pie con el sello oficial de la autoridad, por la sencilla razón de que todavía es necesario para los seres humanos, habiendo llevado a un extremo, según líneas materialistas, el concepto del individualismo y de los derechos individuales.

Lo que me propongo hacer aquí es transformar el concepto de posición central presentando uno nuevo, el de *galacticidad* o posición galáctica. Correctamente definido en términos de una verdadera cuarta dimensión cuya clave (como ya se ha mencionado) es la *interpenetración*, este nuevo concepto transformaría asimismo la clase especial de racionalismo que nuestra civilización occidental ha producido. ¿Por qué emplear el término «posición galáctica»? Porque la imagen de nuestra Galaxia, si se interpreta de un nuevo modo, podría proporcionarnos una representación celestial simbólica de un tipo de organización humana que también comienza a emerger en la conciencia de unos pocos pensadores auténticamente creadores y progresistas. Es lo que sucedió con la imagen del sistema heliocéntrico, que proporcionó a las culturas clásicas un símbolo apropiado de las *posibilidades superiores* de una clase totalitaria y paternalista de organización religiosa y socio-político-cultural.

Como ya se ha indicado, la transición de la posición central a la galáctica puede hacerse advirtiéndole que nuestro SOL es también una de las billones de estrellas dentro de la Galaxia. Esta es la comprensión clave. Cuando el orgulloso y posesivo sentimiento de «yo» —sentimiento que busca perpetuar y reproducirse a sí mismo por cualquier medio— cede a la

comprensión de que este «yo» no es sino uno en una multitud de elementos que componen el «todo superior» de la humanidad; cuando la conciencia del hombre comienza a operar en términos de conceptos relacionados con la «luz», en vez de los valores materiales asociados con la existencia en planetas oscuros —entonces, podrá realizarse con acierto la transición. Llevará la conciencia del hombre desde el campo tri-dimensional de la materialidad planetaria hasta un espacio de cuatro dimensiones donde se interpenetran todos los centros de luz. Llevará a la etapa verdaderamente holística y jerárquica (de aquí «holárquica» de la evolución humana.

La moderna astronomía sabe todavía muy poco sobre la constitución de la Galaxia como un todo. Las estrellas más grandes que vemos a simple vista están relativamente cerca de nuestro sistema solar en términos de distancias astronómicas. Nubes de materia oscura ocultan aparentemente a nuestra vista el núcleo de la Galaxia, que está situado en la dirección de la constelación de Sagitario. Interpretado en términos de longitud geocéntrica, el centro galáctico está actualmente localizado a los 26° 30' de Sagitario. No obstante, los astrónomos han deducido, en base a largas y cuidadosas observaciones, que la Galaxia es un sistema espiral de estrellas y grupos de estrellas.

Contiene también vastas «nubes» de hidrógeno y muchas otras sustancias esparcidas por el inmenso campo de actividad que abarca. Esta espiral galáctica parece tener cinco brazos (número significativo a la vista del significado arquetípico del número 5, que se refiere a los procesos mentales espirituales) y el sistema solar se encuentra en el borde interior del brazo de Orión, el tercero a partir del núcleo de la Galaxia. El Sol está situado aproximadamente a 27.000 o más años-luz de dicho núcleo galáctico (un año-luz equivale, en términos de distancia, aproximadamente a 5,8 trillones² de millas). El diá-

² (Nota de la traducción: el término «trillion» del original puede interpretarse como trillón (10¹²) o como billón (10⁹)).

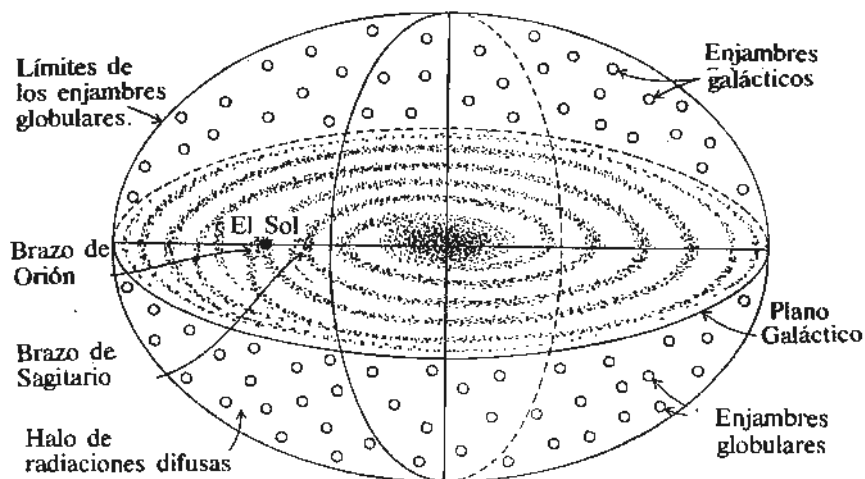
metro de toda la Galaxia equivale a más de 100.000 años luz; y el Sol tarda en girar alrededor del «centro» galáctico unos 200 millones de nuestros años terrestres, aunque todavía no se ha determinado el exacto camino que recorre. Se mueve en dirección de la constelación Hércules, y su movimiento en la actualidad señala hacia lo que, en términos de longitud celestial geocéntrica, es un punto situado a los 2º 06' de Capricornio³.

Desde su posición particular dentro de la Galaxia y lejos de su centro, al hombre le resulta sumamente difícil hacerse una idea clara de esta vasta totalidad cósmica de la cual nuestro sistema solar es sólo una parte muy pequeña. Sólo podemos percibir con algún grado de claridad lo que está contenido dentro de una sección relativamente muy pequeña del todo en el cual, en realidad, «vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser». El siguiente esquema proporciona una idea general de la estructura de la Galaxia tal como podemos imaginarla en la actualidad. Lo que sabemos de la Galaxia constituye únicamente una zona muy pequeña en torno al Sol.

La estrella más próxima a nuestro sistema solar, Alfa Centauro, se encuentra a 4 años luz (más de 25 billones de millas) de nosotros.

La forma general espiral de nuestra Galaxia no es un fenómeno único en el cosmos. Puede haber en nuestro universo miles de millones de sistemas de estrellas, llamados también, confusamente, galaxias, aunque el término «Galaxia» (cuyo significado literal es «Vía Láctea») debería reservarse al «universo isla» del cual nuestro sistema solar es una parte.

³ Cf. Dr. Theodor Landscheidt, *Cosmic Cybernetics* (Aalen, Alemania: 1973).



Perspectiva de la Galaxia
El «huevo Aúrico» de la Galaxia

Nuestro Sol se encuentra en el tercer brazo y aproximadamente a 30.000 años-luz del centro. (Brazo de Orión.)

Astronomy, por Donald H. Menzel (Nueva York: Random House, p. 255)

Una de ellas, la galaxia de Andrómeda, es mayor que la nuestra, y está vuelta hacia nosotros de modo que podemos obtener una imagen muy hermosa de su estructura global, que presumiblemente recuerda a la nuestra. Se supone que su distancia de la Tierra es de 1.600.000 a 2.500.000 años-luz, pero actualmente podemos detectar la presencia de sistemas de estrellas situados al menos a una distancia doscientas veces superior.

Los sistemas de estrellas se dan en lo que los astrónomos llaman «enjambres». Nuestra Galaxia es parte de un pequeño enjambre de diecisiete sistemas de estrellas —la Galaxia y el sistema de Andrómeda están diamétricamente opuestos dentro de un espacio elíptico cuyo ápside más largo debe tener una longitud equivalente a 2 o más millones de años-luz. En muchas secciones del cielo se han descubierto «enjambres» mucho más poblados, de acaso mil miembros, pero increíblemente más lejos que las estrellas ordinariamente asociadas con las constelaciones tradicionales. Un enjambre de la constelación de la Osa Mayor está a 700 millones de años-luz de la Tierra, y se están descubriendo enjambres todavía más distantes.

Dichas distancias apenas tienen sentido; sólo pueden concebirse como abstracciones numéricas. Es cierto que pueden reducirse a un tamaño más comprensible, y todos los libros que intentan popularizar los recientes descubrimientos astronómicos lo hacen, pero este procedimiento no resuelve el problema real, a saber: ¿Qué queremos decir por distancia? Planteado en otras palabras, la pregunta es todavía más significativa: ¿Qué entendemos por espacio?

En mi libro *The Planetarization of Consciousness*⁴ afirmo que sólo podemos comprender el espacio en términos de relación. El concepto de espacio se abstrae de la experiencia real de la relación. Dos objetos que están relacionados entre sí

⁴ Publicado en 1971, y actualmente en edición de bolsillo (Harper & Row, N. Y.).

están en el espacio, en el sentido de que se encuentran a cierta distancia uno del otro. Por ello, el principio de exclusión de la lógica clásica afirma que dos objetos físicos coexistentes, debe haber espacio entre ellos, aunque la distancia entre ellos sea infinitamente pequeña. Se requiere un espacio infinitamente *extenso* para justificar un número infinito de relaciones. Al revés, si no hay ninguna relación —es decir, si el universo se encuentra en un estado de absoluta unidad («uno sin un segundo», como describe el Vedanta hindú a Brahma)— el espacio se reduce al punto matemático, un punto sin dimensión.

Por lo tanto, el espacio debería imaginarse como oscilando entre un estado limitado de extensión infinita y uno de no dimensionalidad, el punto matemático. En teoría, ninguno de estos estados puede alcanzarse jamás; como ocurre en la filosofía china, en que el Yang nunca domina completamente al Yin, ni el Yin al Yang. No obstante, ello no implica que el espacio sea la expresión de un único tipo de relación. Es aquí donde surge el concepto de multidimensionalidad. El espacio unidimensional se refiere a un tipo particular de asociación —es decir, a las relaciones lineales. El espacio bidimensional hace referencia a las relaciones de longitud y amplitud; el espacio tridimensional, a la clase de relaciones que interpretamos como existentes entre objetos, personas y otras entidades *físicamente materiales*. Un auténtico espacio de cuatro dimensiones haría referencia a las relaciones entre entidades que existen en un estado de materialidad *transfísico*. En dicho estado, todas las entidades «se interpenetran» esencialmente.

El concepto de interpenetración puede ejemplificarse de varios modos. Pensemos en la experiencia de una audición de música ejecutada por una orquesta sinfónica, cuyos intérpretes estén ocultos a la vista. Si, teniendo conocimientos musicales, sabemos que los sonidos orquestados provienen de varios instrumentos que constituyen fuentes físicamente separadas —y que, por tanto, existen en el espacio físico—, pode-

mos identificar los tonos de las trompetas, violines, flautas o tímpanos.

Con todo, lo que realmente y directamente perciben nuestros oídos es una serie de sonidos complejos. En cualquier momento de la audición, únicamente un sonido llega a nuestro centro auditivo, independientemente de su complejidad. Es un tono compuesto en que un número de ondas sonoras —armónicos, compases— están fundidas en una única sensación. En otras palabras, los tonos producidos por los muchos instrumentos de la orquesta se interpenetran. Están relacionados en un estado cuatridimensional en que, para el oyente, no hay distancia en términos de *extensión física*. Si se produce una sensación de distancia en la conciencia del oyente, ello se debe al efecto estéreo producido por el hecho de tener dos oídos, o bien porque ha aprendido a distinguir intelectualmente las distintas calidades de los elementos del tono compuesto que escucha.

Donald Hatch Andrews, científico y filósofo, escribió hace pocos años un libro titulado *The Symphony of Life* (Lee Summit, Mo:Unity Books, 1966) donde afirma que «el universo no está compuesto de materia, sino de música»; y el gran físico Erwin Schrödinger concluye su pequeño volumen tantas veces citado *What is Life?* con la provocadora afirmación de que lo que sabemos del universo le otorga naturaleza mental en vez de lo que tradicionalmente se entiende por materia. Schrödinger recalca también que lo que en realidad observamos es «forma» (*gestalt*) y que «el hábito del lenguaje cotidiano nos engaña, al hacernos creer que la forma debe ser la forma de *algo* y «que se requiere un substrato material para adoptar una forma» (*Science and Humanism*, Cambridge, Inglaterra: Cambridge University Press, 1952, p. 21).

Siguiendo esa tendencia de pensamiento, ¿no podría decirse que el espacio es relación, o con más precisión, el estado de relación; y que no hemos de pensar necesariamente en «entidades» relacionadas «en» el espacio? Por el contrario, *es el espacio el que, al vibrar, produce lo que nuestra conciencia*

percibe como entidades. Dichas entidades —incluidos los seres humanos, con su sentimiento de centralidad e individualidad— son el resultado de las interferencias producidas por el juego de las «vibraciones del espacio». Así, las entidades materiales podrían considerarse no como «cosas» que vibran «en» el espacio, sino como los productos del estado vibratorio inmensamente complejo del espacio mismo. Como el juego de estas vibraciones espaciales ocurre en varios niveles vibratorios —cada uno de los cuales está asociado a un modo característico de relación— hablamos en general de tres niveles fundamentales o modos de relación, que llamamos materia, mente y espíritu. Materia, mente y espíritu son los tres modos más característicos de existencia tradicionalmente concebidos por nuestra conciencia humana. Podría ser que el hombre sólo pudiera imaginar estos tres modos esenciales, aunque sus manifestaciones sean en realidad inmensamente variadas.

Se ha dicho que la arquitectura es música congelada. Análogamente, podría afirmarse que la materia es mente «congelada». En uno de sus principales aspectos, la mente se orienta hacia la materia; está próxima a su punto de congelación. En otro aspecto, se orienta hacia el espíritu y al alcance de un estado de incandescencia o, empleando el término tradicional, «iluminado». Para la conciencia del hombre, el espíritu se manifiesta como luz. La luz es un modo de vibración del espacio, y para la conciencia humana representa o simboliza *el estado de relación que llamamos espíritu.*

El espíritu es el estado de «relación perfecta»⁵. La conciencia iluminada por el espíritu «ve» todo el universo como Armonía que todo lo abarca —como un Acorde perfecto en que se funden todas las vibraciones. En este Acorde, el espacio se «realiza» como un *pleroma* de vibraciones. Es también la plenitud de la conciencia, pues la conciencia es otro término

⁵ La filosofía tántrica hindú se refiere al mayor logro humano como a la «Experiencia Perfecta» —en sánscrito, *Purna* (cf. los famosos libros de Sri Woodruff sobre la filosofía tántrica).

para nombrar la relación. Donde hay una relación, también hay conciencia, y del mismo modo que hay niveles de relaciones, también hay niveles de conciencia —material, mental y espiritual.

Análogamente, deberíamos pensar en la «forma» en tres niveles básicos de existencia o percepción: en términos de *materia* (cuerpos materiales); de *mente* («conceptos», que son abstracciones de los datos de la experiencia en el mundo de la materia, e «ideas» que reflejan las condiciones existentes al nivel de relación con el espíritu); y de *espíritu* —con el principio de la forma a nivel espiritual operando en términos de lo que la conciencia humana llama Arquetipos, Números, Ideas Platónicas, etc.

El lector puede considerar lo anterior como especulaciones puramente metafísicas, pero toda cultura está basada sobre dichas ideas metafísicas. No puede haber ninguna transformación radical de ideas preestablecidas, imágenes mentales o sentimientos básicos —como el de ser un «yo» aislado y auto-suficiente— a menos que surjan nuevos conceptos metafísicos dentro de una conciencia iluminada espiritualmente. Surgen como materializaciones profundas e intuitivas de la *necesidad* imperativa de trascender la estructura institucionalizada de la mentalidad colectiva característica de una sociedad que ha llegado a su etapa de desintegración. Estas intuiciones, o ideas germinales, han de ser formuladas en términos mentales que sean coherentes y —al menos para las mentes abiertas y deseosas de nueva luz— convincentes. Todas las nuevas teorías cosmológicas de la moderna astrofísica son esencialmente postulados metafísicos, aunque se basen, a menudo precariamente y siempre sin certeza, en los «hechos» revelados por nuestros instrumentos más complejos y penetrantes. Lo que nuestra era científica requiere es un postulado transfísico en vez de estrictamente metafísico.

La astrología misma no tiene básicamente ningún significado válido, salvo como aplicación práctica de una metafísica implícita. Desgraciadamente, el astrólogo ordinario es tan

ignorante de dichos principios metafísicos, o está tan poco interesado en ellos como el técnico corriente recién graduado lo está en los conceptos metafísicos de los filósofos orientados hacia la ciencia y el nuevo grupo de «filósofos de la ciencia». Hasta los astrólogos serios que más desean ayudar a sus clientes, no suelen estar profundamente interesados por las cuestiones de *lo que implica realmente la astrología, por qué funciona y cómo* podría afectar psicológicamente a sus usuarios. Nuevamente, no difieren en esto de los técnicos, concentrados en que sus inventos sean cada vez más eficaces, sin importarles mucho el empleo que su sociedad haga de ellos —incluso si, de hecho, es evidente que, en el estado presente de la sociedad, los usarán para fines destructivos.

Como la astrología tradicional en la mayoría de los casos trata de sucesos que se refieren a la relación entre los seres humanos actuando en un ambiente o entorno material, opera al nivel en que los planetas se mueven como masas oscuras y sólidas de materia, en lo que imaginamos como un sistema heliocéntrico. Hasta el mismo Sol central en ese nivel es visto como una masa de materia en estado de extrema ignición, que lo convierte en una fuente de intensas radiaciones. Estas radiaciones se interpretan como «partículas» (fotones), aunque también, ambigüamente, se comportan como «ondas». Esta ambivalencia puede relacionarse con su naturaleza dual de «Sol» y «estrella».

Dicho dualismo nos proporciona una clave simbólica para comprender claramente la posibilidad de elevar nuestra conciencia de lo que constituye la realidad, desde el nivel de la *materialidad centralizada* al de la *galacticidad*. Nos indica simbólicamente cuál es el siguiente paso en este proceso de transcendencia (no empleo este término en un sentido absoluto —como el filósofo cristiano que dice que Dios es el «Otro absoluto» y establece una separación absoluta entre Dios el Creador y el hombre la criatura— sino sólo para significar que se «traspasan» las limitaciones largamente aceptadas pero ya no exclusivas del estado de *fisicalidad*).

Parece lógico y de hecho inevitable asociar simbólicamente el nivel transfísico de la conciencia con el concepto de galacticidad, porque la Galaxia presenta actualmente a la mente del hombre el nuevo desafío de su capacidad de imaginar cósmicamente. Ahora bien, no se hace frente a dicho desafío si consideramos las estrellas galácticas del mismo modo (al menos relativamente) materialista en que la astronomía imagina nuestro Sol. No deberíamos enfocar las dos condiciones de «Sol» y de «estrella» como existiendo al mismo nivel. Cuando la mente del hombre está hipnotizada por la fisicalidad de su entorno planetario, oscuro y no irradiante, sólo puede imaginarse al Sol como una masa física de materia extraordinariamente cálida, y su poder como resultado de reacciones nucleares que podemos imitar.

Si insistimos en permanecer al nivel, de los planetas oscuros que necesitan una fuente central de energía cósmica, podemos suponer que esta imagen astrofísica es «verdadera» —o, mejor dicho, adecuada o válida. Con todo, deberíamos aceptar al menos la posibilidad de que el Sol, como estrella, que forma parte de la vastedad de la Galaxia, se *transustancia* en música y en mente. El concepto racional de dicha transustanciación ha de hallarse en el concepto de espacio descrito en sus términos más sencillos en las páginas precedentes.

La Galaxia, según esta imagen transfísica, es concebida como un pleroma de formas de luz producidas por el juego de las vibraciones espaciales. Las estrellas son los «hijos» del espacio mismo, cuando éste es puesto en movimiento rotatorio. Son condensaciones de luz-espacio —o espíritu— en *relación formal* unas con otras. Es una relación formal que, en mi opinión, no obedece a los principios de centralidad y racionalidad o exclusión. Con ello quiero decir que el centro galáctico no está ocupado por una enorme masa de materia como un super SOL, sino que sería mejor compararlo con el eje de una rueda. En el núcleo galáctico, debe condensarse o concentrarse la fuerza cósmica que en nuestro mundo físico de planetas oscuros llamamos gravitación —o su correspondiente

galáctico—. En dicho núcleo, que puede ser lo que recientemente los astrónomos han imaginado como un «agujero blanco», el espíritu puede emerger al exterior desde una dimensión superior o, posiblemente, otro universo.

Esto no quiere decir que no sea válida la dubitativa imagen de los astrónomos de la Galaxia y de los enjambres de varios tipos de sistemas galácticos de estrellas. La suya es una interpretación de lo que perciben, tras analizar atentamente los diferentes testimonios de sus instrumentos. No obstante, también podemos interpretar los hechos en términos de *reflexión materializada* de «formas de relación vibratoria», formas que al nivel galáctico trascienden la naturaleza de las relaciones entre cada una de las entidades físicas que observamos en nuestro nivel de existencia terrestre.

Se dirá que si nuestra consciencia no es capaz de operar al nivel de la «galacticidad», es inútil que pensemos en términos básicamente ajenos a nuestra percepción de la «materialidad»; pero si ésta fuera una objeción válida, no tendría sentido que el hombre proclamara *ideales* que esperamos actúen como determinantes en nuestra vida individual o colectiva. No tendría sentido ninguna creencia religiosa.

El hombre arcaico interpretó las estrellas como cuerpos radiantes de los dioses. Los científicos modernos las consideran masas enormes de materia en estado de plasma, dentro de las que tienen lugar reacciones químicoatómicas increíblemente fuertes. Cada imagen se adecua al nivel particular de conciencia colectiva de los hombres que creen en ellas. Cada imagen es adecuada en términos de la *necesidad* humana colectiva que debe satisfacer. En una cultura clásica (especialmente en nuestra cultura clásica europea) los hombres cuya mentalidad, durante mucho tiempo, estuvo condicionada por dogmas religiosos basados en alguna supuesta revelación divina, reaccionaron a dicho condicionamiento desarrollando una mentalidad más analítica, objetiva o empírica. La naturaleza de dicha mentalidad la hizo especialmente apta para tratar con el mundo en términos de «materialidad». También

produjo o se asoció a un profundo sentimiento de «centralidad» en el hombre. Como resultado, éste operó cada vez más en términos de impulsos egocéntricos que idealizó socialmente como derechos innatos y justificó como prueba de un centro inmanente «divino», teóricamente capaz de dominar los componentes dispares de una personalidad dividida entre unos poderosos instintos biofísicos (o impulsos psíquicos) y los restos de sus creencias religiosas en dioses o en Dios. Esta es aún la situación humana en la actualidad, salvo en casos relativamente raros.

Las idealizaciones, racionalizaciones y justificaciones trascendentes pertenecen al campo de los «mitos», y los mitos son esencialmente para la evolución de la conciencia humana, del mismo modo que lo son las utopías para el desarrollo de la conciencia social del hombre. La humanidad sólo puede convertirse en lo que unos pocos visionarios han soñado, en lo que presentaron como ideales fascinantes inundados de carisma, y acaso, al menos en algunos casos, en lo que las vidas de estos hombres demostraron que era posible en el «aquí y ahora».

A la luz de las afirmaciones precedentes, hemos de reconsiderar mucho de lo que la astrofísica nos presenta como hechos. Son hechos en términos de nuestra creencia en la fisicalidad del campo de las estrellas, pero relativos únicamente al tipo de sucesos exteriores que nuestros limitados sentidos materiales pueden percibir directamente o con nuestros instrumentos. Como el hombre siente una necesidad inherente de orden para sentirse seguro, nuestras mentes, obsesionadas con el concepto de materialidad física y deseosas de distinguir entidades en lo que observa, construyen un tipo de orden cósmico basado en «constantes» cósmicas. La velocidad de la luz, la fuerza de gravedad, la velocidad de algunos procesos atómicos, el desplazamiento al color rojo en el espectro luminoso de los sistemas de estrellas lejanos⁶, son

⁶ Al aumentar la distancia desde el observador de un objeto moviéndose velozmente, disminuye la frecuencia de las vibraciones sonoras o luminosas emitidas por

algunas de estas constantes. Creemos en su constancia en todo el espacio universal y en cualquier tiempo imaginable. Dicha creencia o convicción es, ciertamente, un «mito»; con todo, esto no significa que no sea «cierto» en relación con nuestro nivel presente de conciencia. Sencillamente, significa que esta creencia representa un ideal que, al nivel actual de evolución, la mayoría de los seres humanos se ven forzados a aceptar como válido y necesario con el fin de sentirse seguros. Todo concepto que trastorna dicha creencia amenaza nuestro sentido de seguridad —de «ley y orden» universales— y de inmediato se le llama irracional y revolucionario.

Desgraciadamente para el sentido de seguridad del hombre moderno, la ciencia en la que depositó su fe nuestra mentalidad occidental al empezar a hundirse el antiguo sistema medieval de dogmas religiosos, ha producido una imagen del universo poco tranquilizadora, pues parece expandir nuestro mundo de un modo progresivamente inimaginable, tanto en relación con lo infinitamente pequeño como con lo infinitamente grande. ¿Podría ser que dichas casi infinitudes se debieran a que, una vez abandonado el campo de la materialidad planetaria y centralidad solar, ya no sabemos conceptualizar nuestros datos previos en términos de las constantes universales a las que seguimos aferrándonos? ¿Podría ser que, si operáramos a lo que llamo nivel galáctico, no tuviéramos que tratar con distancia infinitamente vastas en el espacio de la fisicalidad, pues pensaríamos y operaríamos en el espacio de la galacticidad —y también en el tiempo galáctico, el tiempo del Todo superior donde no somos sino todos existenciales muy pequeños?

«¿Podría ser?» Obviamente, se trata sólo de una hipótesis; no podemos estar seguros, a menos que de algún modo la

dicho objeto. Si estudiamos el espectro de la luz de una estrella que se aleja de nosotros, hallamos que las líneas características de unos pocos elementos químicos típicos (por ejemplo, el hidrógeno) —en comparación con los de la luz de una fuente conocida de laboratorio— se desplazan hacia el extremo rojo de menor frecuencia del espectro. A esto se le llama el desplazamiento al rojo («red-shift»). Cuanto mayor sea la velocidad de la estrella que se aleja, tanto más lejos está de nosotros.

conciencia humana emerja al plano del ser galáctico, o al menos resuene (o refleje) al tipo de conciencia asociada con la clase de relaciones que constituyen la existencia galáctica. Si dicha hipótesis se convierte en un factor que nos impulsa a proseguir con más seguridad y coherencia por el Camino que, después de muchas transformaciones radicales, nos conduce al nivel galáctico de conciencia, se convierte en un mito. Ejerce una fascinación sobre nuestras mentes. Impulsa a nuestra conciencia a expandirse desde la esfera de la fisicalidad hasta el espacio cuadrimensional de la galacticidad, de la oscuridad planetaria a la radiante luz estelar.

Es un mito, como lo es la creencia humana en los dioses —o en Dios. No obstante, este mito ha sido y sigue siendo indispensable porque ha conducido a los seres humanos a una trascendencia a menudo heroica de sus limitaciones físicas y sus egos saturninos. Al hacer esto, el hombre ha advertido su naturaleza esencial de ser humano. Lo que intento decir en este libro es que la humanidad actualmente necesita un mito galáctico semejante. La popularidad y la extraordinaria difusión de la astrología, incluso a su nivel más bajo, prueba la existencia de esa necesidad. Si comprendemos en qué consiste, si respondemos a esta necesidad de un análisis convincente de lo que la conciencia humana debe trascender en el presente —los conceptos de fisicalidad, centralidad, racionalidad y los de libertad e igualdad interpretados egocéntricamente—, los hechos revelados por los astrofísicos pueden trasfigurarse y transustanciarse tanto que de ellos emerja gradualmente una imagen inspiradora de la Galaxia. Esta imagen, evocada por la facultad imaginativa de unos pocos visionarios ⁷ puede inspirar a las nuevas generaciones a lograr una transformación radical de su conciencia y sociedad.

⁷ (Nota de la T: en el texto original figura también la palabra «imagineers», intraducible al castellano, que, en palabras del autor, es «una combinación de «imagen» e «ingeniero», acuñada durante la Segunda Guerra Mundial por un articulista californiano, cuyo nombre manifiesta haber olvidado».

LAS RELACIONES TRANSPERSONALES Y LA COMUNIDAD GALACTICA

Acaso sea imposible, mediante los medios físicos disponibles a los astrónomos, determinar con exactitud el tipo de materia que constituye la parte central predominante de nuestra Galaxia. Se han detectado vastas «nubes» de hidrógeno y probablemente muy poco más. Si añadimos a ello que el hidrógeno, y una cantidad inferior de helio, constituyen casi el 99 por ciento de la materia del universo que podemos percibir —dividiéndose el uno por ciento restante entre elementos químicos y atómicos más pesados— podemos llegar a una importante conclusión.

El hidrógeno es el elemento más ligero, sus átomos están formados por un protón y un electrón. Tanto si aceptamos la teoría del «Big Bang», el concepto de Estado Constante, o una combinación de ambos, el hidrógeno es la primera forma de materia (en nuestra acepción del término) que aparece en el proceso de la «creación». El helio es el número 2 en la serie de elementos atómicos, ya que sus átomos están compuestos de dos protones y dos neutrones (que forman el núcleo) y de dos electrones. En el estado de plasma de la materia (el cuarto estado, tras el sólido, el líquido y el gaseoso), y a temperaturas extremadamente altas, el hidrógeno (número 1) se transforma en helio (número 2), y en el proceso se libera una enorme cantidad de energía en forma de penetrantes rayos gamma y neutrinos —las misteriosas «entidades» subatómicas

que atraviesan la materia de planetas sólidos como si no ofreciera ningún obstáculo.

Por lo tanto, podemos afirmar que en el principio de nuestro universo material aparece el hidrógeno, procedente de algún estado prematerial desconocido y tal vez incognoscible, que podemos sencillamente identificar como el Espacio mismo —o una dimensión superior del Espacio. El hidrógeno puede formarse todo a la vez en una terrible explosión de protomateria —el *ylem* postulado por el físico y cosmólogo George Gamow, al interpretar la teoría del «Big Bang» anticipada por Abbé Lemaitre. El hidrógeno también puede emerger periódicamente del espacio, procedente del núcleo central de las galaxias.

Sea cual sea el caso —y ambas teorías pueden conciliarse— parece cierta la primordialidad del hidrógeno. Si puede afirmarse con certeza que el mundo físico representa un *reflejo* de la realidad espiritual del cosmos, el hidrógeno debería ser considerado por derecho innato el símbolo del espíritu en su fuente. La distribución universal del hidrógeno corresponde a la «presencia» ubicua y omnipresente, si no del Espíritu Supremo, al menos de su manifestación en la esfera de la materialidad.

En nuestra Tierra, dos átomos de hidrógeno se combinan con uno de oxígeno para formar agua (H^2O). El agua es necesaria para lo que conocemos como vida; y, en la atmósfera, el oxígeno (elemento 16º) mantiene los procesos vitales. También está implicado en la transformación orgánica y en el ciclo de vida-muerte-vida. Ahora bien, si el oxígeno es esencial a la *vida*, el hidrógeno es la base de operación del *espíritu* cuya actividad en la materia simboliza.

Si bien estas afirmaciones no pueden demostrarse empíricamente, encuentran una confirmación oculta en algunas afirmaciones de la escritora H. P. Blavatsky en su gran obra *The Secret Doctrine* (edición original, vol. II), escrita hace casi un siglo:

Sólo el Fuego Espiritual hace del hombre una entidad divina y perfecta. Ahora bien, ¿qué es ese «Fuego Espiritual»? En alquimia, es el HIDROGENO, en general, mientras que en la realidad esotérica se trata de la emanación del Rayo que procede de su nómeno... El hidrógeno es un gas únicamente en nuestro plano terrestre, pero incluso en la química, el hidrógeno sería la única forma existente de materia, en nuestra acepción de la palabra (Cf. *Genesis of the Elements* por el Prof. W. Crookes, p. 21), y está muy estrechamente asociado al *protilo*... Es el padre y generador, por así decirlo, o mejor el *Upadhi* (base) tanto del AIRE como del AGUA, y es fuego, aire y agua en realidad —uno bajo tres aspectos, de aquí la trinidad química y alquímica. En el mundo de la manifestación o materia, es el símbolo objetivo y la emanación material del Ser subjetivo y puramente espiritual en la región de los nómenos. Con razón Godfrey Higgins ha comparado el hidrógeno, y hasta lo ha identificado, con el TO ON, el «Uno» de los griegos (p. 105).

Lo que el hidrógeno es a los elementos y gases del plano objetivo, lo es su nómeno en el mundo de los fenómenos mentales o subjetivos; puesto que su naturaleza latente trinitaria se refleja en sus tres emanaciones activas de los principios superiores del hombre, a saber: «Espíritu, Alma y Mente» (p. 112).

Han de recalcarse tres hechos fundamentales: 1) el hidrógeno es el primer elemento material en formarse; 2) su presencia es detectable en todas partes como factor dominante, y 3) todo lo que sabemos sobre el núcleo central de nuestra Galaxia es que contiene una cantidad enormemente grande de hidrógeno difuso, que posiblemente excluye o casi excluye los demás elementos atómicos. Es imaginable que el núcleo galáctico sea como una fuente cósmica de la cual constantemente emerge hidrógeno, o al menos lo ha hecho en el pasado. Aunque desconocemos el modo en que funciona este proceso, las recientes teorías astrofísicas sugieren que el núcleo de la Galaxia se considere como un «agujero blanco», señalando la emergencia del hidrógeno desde otro universo existente acaso

en otra dimensión del espacio. A diferencia de los «agujeros blancos», los recientemente descubiertos «agujeros negros» se relacionan con la desaparición de las formas finales arrastradas por la materia cósmica en misteriosos torbellinos, absorbidas por tremendas fuerzas de gravedad tras el hundimiento de una estrella o de un grupo de estrellas.

Para los ocultistas de varias culturas del pasado, el proceso de formación del hidrógeno en el plano físico ha de interpretarse como la materialización (o manifestación en el plano físico) de una esencia asociada a un nivel superior («divino») del ser. Las religiones, mitologías y teorías metafísicas han descrito de varios modos este proceso de materialización de una realidad espiritual transcendente. Han creado un tesoro de imágenes adaptadas a los sentimientos y la mentalidad de los pueblos de la época y cultura correspondientes. Actualmente, como he mencionado, la astronomía y la difusión sin precedentes del interés en la astrología, nos ofrecen una nueva posibilidad de interpretación y simbolización, que nos proporcionen un fondo cósmico para comprender el proceso de transformación al que asistimos tanto a nivel de la conciencia humana como al de la organización social y colectiva. Tal base holística tiene antecedentes en los conceptos ocultistas del pasado, pues implica la existencia de una jerarquía de niveles de existencia y conciencia que abarcan desde el espíritu más puro hasta la materia más densa, y, sin embargo, evita las personificaciones mitológicas y los abstrusos argumentos metafísicos. Consiste sencillamente en un intento de expandir la conciencia humana desde el nivel de la fisicalidad y la centralización totalitaria del poder en unos Soles autocráticos hasta el nivel de la «posición galáctica».

Lo que implica tal intento no es únicamente una expansión, sino también un *nuevo enfoque* de la conciencia humana y una *revaluación* básica de los valores sociales y psicológicos que por mucho tiempo han prevalecido en la mentalidad colectiva de la humanidad. Tal proceso naturalmente crea resistencias, a todos los niveles. Relacionando los nuevos

ideales con conceptos astrofísicos, que atraen a la mente científica y a los que se han dado mucha publicidad, estos ideales pueden visualizarse más fácilmente. La omnipresencia y la primordialidad astrofísicas del hidrógeno —especialmente en el núcleo de nuestra Galaxia— se convierten en el símbolo de una omnipresencia y primordialidad «correspondientes» del espíritu.

Los Símbolos tienen un enorme poder. Por ejemplo, ¿puede calcularse la importancia que tendría para la conciencia colectiva de la humanidad el que en *todas partes* la imagen de la galaxia de Andrómeda reemplazara la del Cristo crucificado —o incluso la de la cruz— como símbolo de vida espiritual? Ahora bien, para ser espiritualmente válida, dicha sustitución requeriría en *primer lugar* una comprensión clara de lo que he llamado «posición galáctica» o «galacticidad». Requeriría una *defisicalización* del universo más allá de los límites de nuestro sistema planetario. Requeriría una comprensión *aplicable en la práctica* de lo que realmente significa el concepto de galacticidad como ideal que guía nuevamente nuestra existencia cotidiana y nuestro enfoque de las relaciones interpersonales y por lo tanto, la comprensión de cómo transformaría nuestra imagen de la comunidad ideal.

Unos pocos párrafos antes he mencionado tres hechos básicos deducibles de los recientes hallazgos astrofísicos sobre la distribución del hidrógeno en el cosmos. Si traducimos dichos hechos al lenguaje de la galacticidad en que el espíritu está simbolizado por el hidrógeno, obtenemos una imagen del universo en que el espíritu es la sustancia original de la existencia, la sustancia primordial de la cual deriva todo lo demás. «Todo lo demás» puede constituir únicamente un uno por ciento del cosmos; así pues, vivimos en un universo que está constituido fundamentalmente por espíritu. El espíritu es «sustancial» —que literal y etimológicamente significa que «subyace» a todas las cosas. Está particularmente condensado, o emerge en toda su pureza, en el centro de las galaxias. Si hay otros elementos en estos núcleos galácticos, se debe a que el

espacio está lleno de los restos inmensamente dispersos de universos pasados —en todas las condiciones en que nos imaginemos a dichos restos, acaso como átomos o partículas completamente aisladas, o como disonancias o estáticas en la gran Armonía espacial, o como «memorias» inconscientes de fracasos anteriores (los *skandhas* de la filosofía budista). Tales restos desintegrados de un pasado cósmico, en el caso de nuestra Galaxia, se han condensado para formar las «nubes oscuras» que nos empañan el radiante manantial espiritual del centro.

Todas las estrellas irradian lo que percibimos como luz, así como muchas otras clases de vibraciones. La astrofísica ha descubierto que el hidrógeno está en la fuente de estas radiaciones. Si los recientes conceptos sobre las reacciones atómicas que tienen lugar en el interior de las estrellas son correctos —conceptos que el hombre ha podido aplicar a la producción de bombas de hidrógeno— el brillo de nuestro Sol y de las estrellas se debe a la liberación de energía producida por reacciones nucleares en las que el hidrógeno juega un papel dominante. La sustancialidad del espíritu se libera progresivamente en varias clases de radiaciones. La luz parece estar compuesta por *partículas* llamadas fotones; actúa también como *ondas*, porque el espíritu —y todo lo que existe— puede también ser considerado, a un nivel más misterioso del ser, como *Espacio vibrante*.

El concepto de galacticidad nos lleva a un estado de existencia —que he llamado la cuarta dimensión del espacio— cuya característica principal es la INTERPENETRACION. Nuestra conciencia se desplaza desde la tercera dimensión, cuyas claves son la fisicalidad, la centralidad y la condición de existencia aislada y separada (o atomicidad), a la cuarta dimensión, donde ya no hay ninguna separación. Donde no hay separación, surge la posibilidad —de hecho, la inevitabilidad y necesidad— de una verdadera comunidad. No puede haber verdadera comunidad al nivel de la fisicalidad y la separación. La experiencia del «yo» es absorbida en comunidad en la

experiencia del «nosotros» —la experiencia de la interpenetración y la mutualidad que todo lo incluye.

Si pensamos en el tipo de organización que representa el sistema heliocéntrico, el Sol está aislado en el espacio y en su solitario esplendor, controlando patriarcalmente su grupo de planetas. El Sol simboliza entonces nuestro «Yo soy», igualmente solitario y orgulloso, que en su compromiso con las preocupaciones materiales opera sobre todo como un ego —un espíritu tribal celoso y posesivo que insiste en ser el único Dios. Por el contrario, si vemos y comprendemos al Sol como la estrella que esencialmente es, se lo considera una forma del *espíritu universal* —una forma entre miles de millones de otras formas. Todas estas formas del espíritu son «compañeras» en una vasta organización galáctica estelar. No se trata solamente de una «compañía» (*cum-panis*; literalmente, «los que comen del mismo pan») sino de una comunión y una comunidad. Todas las estrellas existen dentro de una galaxia; comulgan, así como se comunican, en ondas de luz. Son «formas de espíritu» vibratorias, que juntas resuenan en un Acorde cósmico en evolución —un inmenso motete en donde una miríada de voces comulgan en relaciones de interpenetración.

Nuestra sociedad occidental ha producido formas musicales conceptuales y artísticas que encarnan idealmente dicho principio de interpenetración, y se ha intentado formar comunidades o sociedades en numerosas ocasiones. Prácticamente todas ellas han sido interrumpidas por una combinación de fuerzas interiores y presiones externas, que en algunos casos implicaron la destrucción violenta y total. Las fuerzas destructivas son inevitables siempre que el intento de vida en comunidad es engendrado por el nivel físico y motivos egocéntricos. En algunos casos, se producen organizaciones de tipo «heliocósmico», centradas en un único personaje «solar», que es la fuente de las radiaciones espirituales; pero únicamente se pueden construir comunidades auténticas y duraderas sobre la base de la conciencia galáctica, donde todos los «comulgantes» se comunican y comparten.

Ello no implica que la comunidad no tenga ningún centro, sino que el centro no está ocupado por un masivo super SOL. El centro es un manantial, una fuente *a través de la cual* emerge el espíritu; y todos los participantes de la comunidad comparten dicha formación. Son alimentados en común por el espíritu-hidrógeno que emerge y, en su condición primordial, dicho espíritu es «nada», siendo, no obstante, en potencia, un número inmenso de «cosas».

En el centro galáctico emerge un potencial infinito como fuente de existencia real. La existencia siempre es finita; sólo la potencialidad de la existencia puede considerarse infinita. Cada comunidad galáctica tiene un propósito finito —un lugar un una función en el Todo universal. Pero no es una función aislada y separada. Las galaxias forman enjambres de galaxias. Las comunidades sólo pueden existir y prosperar como comunidades si asumen y extienden su relación a otras, dentro de la «Comunidad Universal Humana» planetaria.

En un tipo de sociedad galáctica, la integración no depende de la existencia de un centro «solar» todopoderoso que impulsa a cada participante a girar en torno suyo en adoración. La integración resulta de la compleja interacción de los seres, cada uno de los cuales es una «estrella» por derecho propio y acepta su propio lugar y funciones en la colectividad. El poder vinculante es el del amor, en mutua comprensión. La unidad es *evocada* por la interrelación constante y consciente de todos los participantes; el principio centralizador es la totalidad, en vez de la unidad. Este principio es una realidad viva aunque inmaterial que tiene su altar en el corazón de cada miembro de la comunidad. Puede sentirse como una presencia unificadora. Debería sentirse como una energía o poder evocado por el amor de cada uno hacia todos; y ese poder tiene sustancialidad, en la medida en que sostiene el estar en compañía de todos los participantes, que ritualmente comulgan en dicha sustancia. En términos astrofísicos, ello implica que la fuerza de gravedad que mantiene integrada la organización galáctica de estrellas no proviene de un Sol

inmensamente vasto, sino de la interacción del poder de gravedad de *todas* las estrellas componentes. Está en acción la cohesión del grupo. El proceso es eficaz únicamente si la relación entre todas las unidades del grupo es *transpersonal*.

El término *transpersonal* tiene dos significados, que desgraciadamente no comprende la mayoría de la gente que los usa. Puede significar *más allá* de la personalidad y de sus normales impulsos e instintos biopsíquicos, pero también puede significar *a través* de la personalidad, actuando como una lente clara que enfoca el nivel de la actividad física, o al nivel de la mente y los sentimientos, un espíritu «de flujo descendente». El devoto y el místico buscan superar la atracción de la materialidad biopsíquica y buscan más allá de ésta logros trascendentes; por otra parte, el Avatar —y generalmente de forma menos pura, el genio creador y el gran héroe cultural— es un ser humano que se abre, más o menos deliberadamente, a un «descenso» de poder espiritual, y que libera dicho poder a través de una actividad inspiradora a nivel social o cultural¹.

En la comunidad galáctica ideal, a la cual también me he referido en varios libros y panfletos, como «grupo germinal»², las relaciones transpersonales deberían considerarse no sólo como trascendiendo la atracción pasional y egocéntrica de los instintos y posesividad emocional, sino también como enfocando el poder emergente del espíritu sobre ciertas actividades funcionales. Este es un punto muy importante, pues el proceso en muchos casos implica la dedicación conjunta, o de dos personas (acaso, aunque no necesariamente, de distinto sexo) o de un grupo muy pequeño de individuos especialmente vinculados —dedicación a una función particular de la comunidad. Ello implica que la formación central y fundamental del espíritu creador y el flujo exterior de inspiración no

¹ Cf. Dane Rudhyar, *Occult Preparation for a New Age*, parte 3.

² Cf. *We Can Begin Again-Together* (Tucson, Ariz.: Omen Press, 1974), el capítulo «Commune and Seed Groups.»

sólo opera en y a través de individuos, sino que puede expresarse a través de situaciones individualizadas.

En el núcleo de todos los seres estelares de la comunidad galáctica hay un *centro de resonancia* completamente activado o latente, al espíritu que anima la totalidad. Este centro es realmente el auténtico Yo, y podemos imaginar una «quinta dimensión» de conciencia en donde todos estos centros estelares no estén sólo en estado de constante interrelación, sino que en esencia sean idénticos. Tal es el concepto que el yogui hindú intenta transmitir al discípulo cuando le dice «yo soy tú». Es la percepción de la identidad metafísica del Espíritu Supremo y del espíritu individualizado inherente, aunque en la mayoría de los casos sólo latente en todos los seres humanos.

Desgraciadamente, al nivel de existencia en que casi todos los seres humanos son conscientes durante este período histórico, dicha identificación en muchos casos tiene resultados peligrosos o, al menos, confusos. Es muy fácil y tentador para una persona temporalmente iluminada permitir que una breve experiencia de perfecta armonía con el poder descendente de la Fuente espiritual central se degrade al nivel de la existencia física. Lo que fue una percepción galáctica del espíritu se concreta inconscientemente en el sentimiento «tridimensional» de ser un SOL para un grupo de planetas, en vez de ser una estrella que por un momento ha resonado a la llamada «cuadrimensional» de actividad dentro de una comunidad galáctica. Al ocurrir esto, el orgullo «solar» y la intoxicación espiritual con el poder transcendente adulteran el recuerdo de la experiencia y le dan un carácter ambiguo. Aparentemente, se obtienen resultados válidos al sentirse atraídos otros individuos al estímulo que el nuevo «Sol» les proporciona, pero en último término esto puede conducir a la esclavitud espiritual, no sólo para los devotos atraídos a semejante grupo heliocósmico, sino también para el individuo que se ha proclamado a sí mismo SOL.

Cuando un individuo comienza a experimentar su sintoni-

zación con el espíritu, siempre tiene que enfrentarse a una elección crucial: ser un Sol, mientras *se sueña* con la identificación con el Espíritu Supremo, o ser una estrella entre estrellas compañeras, dedicando a toda la comunidad el flujo espiritual que en él haya buscado un foco y canal de expresión. A toda persona sincera y espiritualmente honesta, la vida le conduce a la situación de prueba en que ha de elegir, y cuanto más evolucionada y dedicada espiritualmente sea la conciencia, más difícil y sutil será la prueba.

Hay tres clases fundamentales de prueba, o, mejor dicho, tres niveles a los que ha de tomarse la decisión durante el proceso de transformación espiritual del individuo. Estos tres niveles pueden asociarse a la naturaleza específica de los planetas trans-saturnianos: Urano, Neptuno y Plutón. En un sentido sutil, puede advertirse sus correspondencias con las tres «tentaciones» a las que se enfrentó Jesús en el desierto (Matías, 4) entendidas en lo más esencial.

En la primera tentación, Satán propone a Jesús, al cabo de un ayuno de cuarenta días, que ordene a las piedras que se conviertan en pan. Lo que Satán tienta aquí es el poderoso instinto de satisfacer el hambre física, pero el individuo que se embarca en el Camino de la transformación es impulsado por otro tipo de hambre —el de experiencias espirituales que no sólo nutren su alma, sino que también justifican su renuncia a todo lo que complace a su ego. Empujado por la inquietud uraniana y por la promesa de un estado exaltado de conciencia implícitas en la iluminación uraniana que han experimentado en una breve —ay, tan breve— inmersión en el más allá trascendente, el «discípulo del Camino» ansía siempre más experiencias —más alimento espiritual.

En la segunda tentación, el Demonio propone a Jesús que pruebe su divinidad arrojándose desde lo alto de un precipicio, ya que entonces vendrán los ángeles a transportarle sano y salvo al fondo, donde la gente verá el milagro. Esta es la prueba Neptuniana; pues lo que se pone a prueba es el empleo de poderes normalmente invisibles u «ocultos» para evitar que

el individuo fracase al bajar a reunirse con los que ha de enseñar e inspirar. ¿Usará el atractivo del poder y prestigio espiritual —atractivo asociado con Neptuno— para impresionar a aquellos dispuestos a creer en todo lo que les parezca milagroso, o les traerá ese agua espiritual que si se bebe apaga para siempre la sed, y la visión de una realidad «galáctica»?

En la tercera tentación, Satán tienta a todo remanente que el ego pueda todavía tener en la persona que ha intentado abandonar irrevocablemente los reinos de Júpiter y Saturno —donde las motivaciones básicas son el poder social, la gloria, la fama y la veneración. El aspirante al renacimiento espiritual debe abandonar todo deseo de poder *sobre* otros seres humanos. No puede convertirse en un miembro seguro y valioso de un tipo de comunidad galáctica si persiste en él el menor deseo, aunque sea profundamente inconsciente, de actuar como un SOL ante un grupo de oscuros planetas. Esta es la prueba plutoniana de total desnudez —o, en palabras del místico cristiano, de absoluta humildad. Sólo si la catarsis plutoniana se realiza a satisfacción, se puede confiar en que el individuo será un verdadero «compañero».

Aunque se puede pensar en muchas otras pruebas, las tres que se mencionan en el *mythos* de Cristo son muy significativas. El hambre de experiencias espirituales, el deseo de exhibir poderes milagrosos propios de alguien con un encanto trascendente, y la profunda ansia de autoglorificación y poder sobre otros seres humanos —aunque sea el poder sutil que un curador puede sentir sobre los que generosa y eficazmente ha sanado: éstos son los vínculos profundamente arraigados que deben superarse y erradicarse por completo antes de que la conciencia se establezca al nivel del ser galáctico.

Las formas que puedan adoptar la realidad y la actividad propia al nivel galáctico deben permanecer ignoradas hasta que se satisfagan todas las condiciones. Estas no son impuestas arbitrariamente por nadie ni por ningún grupo; se asocian a la clase de orden y de organización estructural que opera al nivel galáctico. Cada nivel de existencia tiene su propio ritmo,

sus propias «leyes naturales», sus requisitos y condiciones para existir. Al aspirar el hombre a operar a un nivel superior al de la fisicalidad y el tipo de centralidad solar, tiene que adaptar su conciencia y el funcionamiento de su mente —entendiéndose por mente la conciencia en un estado de actividad definitivamente estructurada— a unas condiciones desconocidas producidas por un tipo de orden trascendente, si bien igualmente «real». Mientras gradualmente logra comprender estos nuevos principios de organización, experimentando en primer lugar, en casi todos los casos, acaso drásticamente lo que *no* son, el individuo vive en un estado de transición. Realiza, a medias intencionadamente —y a menudo inconscientemente, y no sin resistencia y confusión— un «rito de transición.»

Recorrer el Camino oculto es ya realizar, un rito de transición. También lo es intentar cruzar la barrera del sonido en un avión ultrarrápido o superar la fuerza de gravedad de la tierra, aunque esto se asocia más a una hazaña intelectual y de tipo colectivo que a un logro básico y vital. Para los seres humanos nacidos en la bioesfera, la fuerza de gravedad terrestre simboliza la suma total de vínculos y ataduras que nos supeditan a la clase de sociedad donde el ego es amo orgulloso o siervo resentido, cuando no esclavo. Pero el individuo encapsulado en una maquinaria protectora y en contacto constante con su sociedad, no efectúa una transición real en términos de transformación de la conciencia, aunque experimente breves momentos de iluminación. Estos, desgraciadamente, no persisten después que ha sido atrapado nuevamente por los ritmos bioesféricos y sociales que nunca dejó desaparecer por completo de su psique individual.

En los verdaderos ritos de transición, Urano, Neptuno y Plutón son los únicos guías; pero no funcionan mediante máquinas ni dentro de ellas. Actúan en la persona total —o, en un sentido colectivo y actual, en la misma sustancia del progreso social. Estas, a su vez, reaccionan sobre el condi-

cionamiento biológico y bioesférico de la vida en todas sus formas, en todas partes del globo.

Urano, Neptuno y Plutón son los hierofantes enmascarados cuyo aspecto y magnetismo atraen y atemorizan a la vez. Inspiran a los individuos a cambiar; proporcionan visiones flotantes de una meta imprecisa; pueden incluso aterrar, en situaciones de vida o muerte. Golpean todos los puntos débiles en la armadura mental con precisión. Herido y aparentemente derrotado por su propia ceguera intelectual o emocional, el individuo podría fácilmente derrumbarse de puro agotamiento, si no guardara palpitante en su corazón la visión simbólica de la futura comunidad. Tras ellos, a través de ellos, el cielo puede despertar a la vida y cantar el motete divino de la armonía galáctica. A nuestros oídos inexpertos, los tonos pueden sonar discordantes, pues se interpenetran de una manera que burla las normas seguras de afinidad ancestral y tonalidad cultural. Pero para aquel cuyos oídos no están taponados por la cera de la entropía biológica, el vasto acorde de diferencias estelares se transustancia en un éxtasis de luces unidas. Se encuentra rodeado por «enjambres globulares» de radiantes fuentes luminosas que siendo muchas son una. Como Dante, puede sostener la vasta Rosa celestial, en cuyo corazón palpitante los chorros de espíritu-hidrógeno son promesas de nuevos mundos.

EL DESAFIO DE LA GALACTICIDAD EN LA ASTROLOGIA HUMANISTICA

El mito exaltador debería convertirse en inspiración práctica que permitiera una vida más plena en las presentes circunstancias. ¿Cómo puede el astrólogo, en cuyo corazón y mente los clientes derraman su inseguridad, sus esperanzas, temores, complejos y tormentos, darles una comprensión renovadora, creadora y rehabilitadora de su pasado, un enfoque más dinámico de las crisis o incertidumbres del presente y un sentimiento interno de lo que pueden lograr si se atreven a enfrentarse al desafío del espíritu transformador?

Esto es lo que le gustaría conocer a todo astrólogo auténticamente «humanista» que se toma su tarea en serio. Pero la respuesta a la pregunta antes formulada no puede plantearse en términos generales. El espíritu actúa de manera focal sólo en casos particularmente definidos, dejando a la mente la tarea de generalizar y simbolizar lo «aún desconocido» en imágenes y mitos. Ahora bien, ¿cómo podría revelarse al ansioso investigador el siguiente paso en cualquier situación, salvo en la forma de símbolos?

Cualquier situación vital, con sus problemas personales, es obviamente el resultado de una serie única de circunstancias, antecedentes y posibilidades futuras. Pero también puede entenderse como variación única de uno entre relativamente pocos temas. Estos temas son los arquetipos. El hombre, como miembro de una cultura particular, los ve bajo una luz

especial. La calidad de dicha luz —la naturaleza del entendimiento humano— cambia en la medida en que la conciencia del todo cultural colectivo, y de la persona nacida en dicho campo de actividad sociocultural, despliega y materializa más potenciales cósmicos inherentes al Hombre arquetípico.

Cuando la conciencia humana pasa de la condición de centralidad y materialidad heliocósmica a la de galacticidad, inevitablemente se le plantea una multitud de problemas de readaptación intelectual y emocional. Al intentar resolverlos, los individuos siguen muchos caminos de búsqueda psicológica. Cada camino sigue una línea específica repleta de simbolismo consciente e inconsciente. ¿Cómo podría no ser así, a la vista del hecho a menudo no admitido, de que cada camino se basa en premisas o paradigmas indemostrables? Algunos de ellos, inculcados por el sistema socioeducativo, se dan por supuestos; otros se deben al rechazo más o menos voluntario de lo aprendido en la niñez o al unirse a determinados grupos.

Actualmente en Norteamérica, la persona que busca ayuda acudiendo al usual psicoanalista o psiquiatra acepta implícitamente —tanto si es consciente de ello como si no— los paradigmas de su variedad particular de sociedad occidental. Si consulta al típico astrólogo que se anuncia a sí mismo, se seguirá una línea *extracultural* de enfoque, que representa una ambigua combinación de actitudes conscientes y semiconscientes. El enfoque *contracultural* de casi todos los astrólogos humanistas está condicionado por una forma algo oscura de escape y protesta contra las premisas inculcadas por la mentalidad oficial e institucionalizada de nuestra sociedad. El enfoque se convierte en *transcultural* si el buscador siente intuitivamente que vive en un estado de transición entre dos culturas —una que lentamente se vuelve anticuada y otra todavía en estado prenatal— y que debe adoptar una decisión positiva, creadora y transformadora en términos de dicha situación. Inevitablemente, tiene que emplear palabras, sintaxis y datos producidos por la conciencia actual de grupo y sus instrumentos, casi todos los cuales son producto de conceptos y actitu-

des del pasado; con todo, puede ver a través de ellos y reinterpretarlos en términos de una nueva visión.

El enfoque galáctico, que este libro se propone únicamente *evocar*, pues definirlo con precisión actualmente sería imposible, debería llamarse «transcultural» en vez de «contracultural». Nuestro presente conocimiento de la Galaxia es demasiado nebuloso e incompleto para servir como fundamento sólido y auténticamente coherente de un tipo «galáctico» de enfoque astrológico. No obstante, si hemos experimentado el sentimiento intuitivo de que la humanidad evoluciona hacia un estado nuevo y todavía no formulado con claridad de conciencia individual y social, podemos usar la imagen astronómica radicalmente transformada para simbolizar dicho estado de conciencia y de ser al cual aspiramos; y, al hacerlo, experimentamos nuestra sintonización con la realidad cósmica y los ritmos galácticos de un modo que trascenderá no sólo la actitud individualista y antropocéntrica de nuestra cultura oficial euro-americana, sino también el enfoque infantil y devoto del hombre arcaico.

Hasta que el nuevo modelo del universo no esté más definido y organizado estructuralmente, dicha sintonización ha de permanecer al nivel intuitivo y sobre todo como un sentimiento-experiencia; pero actualmente sabemos lo bastante como para advertir unos pocos hechos básicos que pueden transmutarse en grandes símbolos indicadores de nuevos logros vitales. El problema al que se enfrenta el astrólogo orientado hacia el futuro es cómo emplear dichos símbolos al interpretar las cartas natales, para que revelen el modo en que el nuevo nivel de realidad y conciencia afectará el desarrollo psicológico y espiritual del individuo que intenta guiar en su camino de autotransformación.

Al intentar resolver este problema, antes que nada es necesario darse cuenta de que el tipo clásico de astrología es una combinación ambigua en que las intuiciones arcaicas (y los términos que caracterizan religiones vitalistas) se mezclan con los conceptos materialistas y mecanicistas del período

copernicano de nuestra sociedad occidental. La ambigüedad básica se refiere, obviamente, a los dos conceptos del zodiaco: el zodiaco sideral de *constelaciones de estrellas* y el zodiaco tropical de *signos* que representan doce secciones de la órbita de la Tierra. Otra clase de ambigüedad deriva de considerar al Sol y la Luna desde el punto de vista arcaico, que los considera como las dos Luminarias y, desde el de la práctica astrológica moderna, como «planetas» —aunque la astrología popular «de los signos solares» da una enorme importancia al Sol. Una tercera clase de ambigüedad reside en que se habla de estrellas «fijas»— nombre que ni siquiera es realmente coherente con la imagen arcaica del cielo, pues en dicha imagen cada cuerpo celestial estaba en movimiento; lo único «fijo» eran las trayectorias de las estrellas al moverse todo el cielo en una combinación de ciclos diarios y anuales.

Cuando un astrólogo habla de una conjunción entre una estrella y un planeta, piensa únicamente en su *longitud* zodiacal. Pero muchas estrellas tienen una *latitud* celestial muy alta, mientras que los planetas, que se mueven siempre en la estrecha banda del zodiaco, tienen latitudes bajas. Esta diferencia de latitud borra el significado de la conjunción (o de la oposición planetaria). La práctica usual, por lo tanto, niega la tridimensionalidad del universo. En un tipo de astrología cuyas mediciones y símbolos dependen tan exclusivamente del plano zodiacal, tampoco es razonable hablar de «puntos medios». Por ejemplo, Antares, la gran estrella roja de la constelación de Escorpio (aunque actualmente se encuentra a los 9° 23' de Sagitario en el zodiaco tropical, es decir a 249° 23' de longitud celestial) tiene una latitud celeste sur de unos 4 1/2 grados, mientras que Sirio, la estrella más brillante (longitud 103° 43' o 13° 43' de Cáncer) tiene una latitud sur de unos 39 1/2 grados. La distancia en longitud entre ambas estrellas es, por lo tanto, de 145° 42' y por su punto medio estaría situado a los 26° 34' de Virgo. Ahora bien, hablar de dicho punto medio sería ignorar la diferencia de 35 grados entre sus latitudes; significaría que comprimimos el hemisferio

celestial sur en una especie de panqueque liso representado por el zodíaco tropical —una estrella banda que se extiende unos poco grados a ambos lados de la eclíptica.

Por otra parte, si consideramos las estrellas Regulus ($29^{\circ} 27'$ de Leo y latitud norte $0^{\circ} 1/2'$) Spica ($23^{\circ} 28'$ de Libra y latitud sur 2°) y Antares ($9^{\circ} 23'$ de Sagitario y latitud sur $4^{\circ} 1/2^{\circ}$), estas tres están tan cerca del plano de la eclíptica como si fueran planetas; así pues, las dos series de cuerpos celestiales pueden razonablemente asociarse entre sí, y sus puntos medios podrían tenerse en cuenta como importantes. Los puntos medios entre Regulus y Spica caen a los $27^{\circ} 01'$ de Virgo. Curiosamente, casi la misma posición del punto medio entre Sirio y Antares. El punto medio entre Spica y Antares caería a los $226^{\circ} 28'$ de longitud o a los $16^{\circ} 26'$ de Escorpio).

No podemos orientarnos en tal cúmulo de incertidumbres y ambigüedades si prestamos demasiada atención a la información fragmentaria y a menudo contradictoria deriva del arduo estudio de antiguos testimonios dejados por sociedades cuyos paradigmas y respuestas-sentimientos básicos no compartimos. Casi con todos estos testimonios fragmentarios proceden, de hecho, del período de transición entre las edades arcaica y clásica, es decir, desde los siglos VI a I antes de Cristo —una época tan confusa como la presente. La astrología dirigida al individuo comenzó como muy pronto en el siglo IV, o posiblemente en el siglo V antes de Cristo. El arte de la horoscopia, desarrollado en Grecia, Egipto, Roma y después, durante los siglos XVI a XVIII en las cortes de la aristocracia o por motivos políticos o militares, representa sólo un modo transitorio de emplear los datos celestiales al tratar con situaciones y sucesos de personas, un camino adaptado a una época que resaltaba y llegó a glorificar el ego y sus deseos. El empleo del zodíaco en la horoscopia debería asociarse con la época histórica que vio la ascensión del Sol a una posición de importancia y centralidad no puestas en duda, ascensión que, al menos en lo que concierne a las regiones mediterráneas,

tuvo su manifestación más dramática en el breve culto de Atón, el disco solar, por el faraón Akhnaton.

La percepción de que el universo es un todo «viviente» no debería confundirse con la veneración de una figura o símbolo central que domina el mundo. En la forma más pura y metafísica del Vitalismo, el Espacio (con mayúsculas) simboliza la sustancia-energía creadora divina de la cual todo procede. El Espacio tiene en las estrellas unos puntos o lentes focales *a través* de los que exterioriza su potencial de existencia, y las constelaciones representan jerarquías divinas, cada una de las cuales constituye un principio cósmico determinado. De día, el Sol las borra, pues atrae a un foco muy centralizado y todo poderoso la energía vital creadora de la constelación particular frente a la cual viaja durante un mes de nuestro año terrestre. El Sol sencillamente canaliza el poder cósmico de uno de los doce aspectos básicos del Espacio divino representado por las constelaciones zodiacales. Estos aspectos de la energía cósmica del Espacio son *necesarios* al hombre y todos los organismos vivientes de nuestro planeta, para realizar eficazmente su potencial de existencia.

Según este concepto (o mito) vitalista, las otras constelaciones, lo bastante por encima o por debajo del plano de la órbita terrestre como para no ser «zodiacales» son también fuentes inmensas de poder cósmico, pero la humanidad *normalmente* no puede emplear las energías emanadas de estas constelaciones extrazodiacales. Con todo, las estrellas más grandes de dichas constelaciones irradian sobre la Tierra algo de su poder, y los seres humanos que de algún modo pueden responder —y cuyo «destino» es responder— a estos poderes extraordinarios, pueden ser «poseídos» por ellas. Esto puede conducir tanto a la fama y la gloria más espectaculares como a fracasos y caídas igualmente enormes o a enfermedades poco corrientes. Los astrólogos medievales conservaron bastantes de estas arcaicas ideas vitalistas, atribuyendo a las «estrellas fijas» más brillantes la capacidad de provocar circunstancias

anormales o sobrehumanas en las vidas de las personas en cuya carta natal estaban conjuntas al Sol, la Luna y a cualquiera de los cuatro Angulos, en especial el Ascendente o el Mediocielo.

A todo fenómeno celestial cuya recurrencia no parecía ajustarse a ninguna norma de orden conocida e inteligible (por ejemplo, los cometas), inevitablemente se le daba un significado más o menos «ominoso».

En la actualidad, nuestra percepción del orden cósmico ha adquirido una nueva cualidad y se ha ampliado en gran medida. Al alterarse la noción de lo que comprendemos por orden cósmico, también debería transformarse la calidad y el nivel de nuestras interpretaciones astrológicas. La *galacticidad* trata de un tipo de orden nuevo, sugerido por los recientes hallazgos astronómicos, aunque hasta ahora hayan sido incapaces de definirlo.

En tanto que la astronomía intenta establecer la existencia de un orden en los fenómenos celestiales, la función de la astrología es transformar este orden observado en un «mito» —es decir, en una serie de símbolos interrelacionados de modo coherente capaces de dar un rumbo practicable al lento y siempre vacilante avance de los individuos y sociedades hacia una realización más plena del potencial inherente al hombre como realidad arquetípica. El zodiaco, con todas las interpretaciones inmensamente ramificadas y diversas de sus doce signos, es un mito. *En su forma actual*, probablemente es el legado de un grupo de sabios que formaron algún tipo de «Hermandad Oculta» o de sacerdotes que llegaron a ser conocidos como «Caldeos», y en algunos casos «Sabianos», aunque sea imposible saber cómo se originaron estos nombres o a qué grupo de hombres designaron estos términos en primer lugar. Según la *Enciclopedia Británica* («Historia de la Astrología»), los conceptos astrológicos llegaron al mundo griego «a través de un sabio babilónico, Berosus, que fundó una escuela alrededor del 640 antes de Cristo, en la isla de

Cos y que quizá contó con Tales de Mileto (639-548) entre sus discípulos». Lo que se conserva de los escritos de Berosus se considera actualmente «apócrifo», y lo que defendió como testimonios de inmensa antigüedad es presentado por los modernos historiadores, que insisten en condensar los períodos mencionados en muchos libros antiguos, de origen babilónico e indio, como documentos de apenas unos pocos miles de años.

Desde el punto de vista adoptado en este libro, siempre que los «hechos» puedan tener tantas y contradictorias interpretaciones, es mejor pensar en términos de *validez* en vez de *verdad*. Tanto si el zodiaco de doce signos tiene una inmensa antigüedad como si no, *su empleo en la forma actual* está condicionado por conceptos clásicos basados en la necesidad de tratar con situaciones creadas por seres humanos más o menos individualizados y sus problemas. Estas situaciones no existían en el pasado arcaico de nuestra presente humanidad; y hay que enfrentarse a la posibilidad de que puedan ser profundamente modificados por las circunstancias de una «nueva era». El enfoque galáctico de la astrología, que propongo aquí, es un intento de enfrentarse a esta posibilidad interpretando creativamente los nuevos hallazgos de la astronomía.

Por lo tanto, debería reinterpretarse el concepto zodiacal, aunque actualmente y por motivos prácticos el astrólogo no pueda ignorarlo. Es un marco de referencia básico; pero, como señalé en la primera parte de mi libro *The Astrological Houses*, perdería mucha de su importancia en un verdadero tipo de astrología «centrada en la persona» donde el «globo terráqueo natal» tridimensional reemplaza nuestras actuales cartas natales de dos dimensiones. Aquí es necesario volver a distinguir cuidadosamente entre lo que llamamos, con bastante ambigüedad, el zodiaco y la división general de todo ciclo en doce fases, cada una de las cuales tiene un significado característico.

Cuando el «astrólogo esotérico» ve en el zodiaco una

imagen mística del descenso del «Sol» en la materia y su reascensión hacia su estado espiritual original, lo que hace es emplear el viaje celestial anual del Sol en aparente movimiento como drama simbólico donde el Sol está representado por el Alma. Ahora bien, lo que simboliza o celestializa es, de hecho, el ciclo de las cuatro estaciones y de la vegetación en las regiones templadas del hemisferio norte —por tanto, el proceso de la vida de la bioesfera. Este mito es lógico y significativo en unas sociedades basadas en la agricultura y la ganadería, pero pierde casi toda su relevancia si se aplica a los problemas de un moderno individuo egocéntrico cuyas experiencias personales tienen muy poco que ver con las estaciones. No obstante, este cambio radical de las normas vitales básicas de los seres humanos no deteriora en nada el significado arquetípico de la división en doce partes de un cielo y del espacio en torno a un hombre situado sobre la superficie de la Tierra, o del sólido geométrico, el dodecaedro, cuyo significado cósmico fue recalcado por Pitágoras y Platón.

Dicho esquema en doce partes puede aplicarse a un nuevo y revitalizado concepto de las Casas astrológicas, cuando se considera al individuo como situado en el centro de un mandala tridimensional, su «globo natal». Podría emplearse en astrología galáctica, si supiéramos lo suficiente sobre la estructura de toda la Galaxia —lo que no es el caso, desgraciadamente. Ni siquiera sabemos si nuestro sistema solar es parte de un sistema subgaláctico y si nuestro Sol gira en torno a una estrella mayor o forma parte de una comunidad subgaláctica donde opera el principio de galacticidad en lugar del de centralidad solar.

Debido a nuestra ignorancia, se podrá alegar que el concepto mismo de galacticidad es prematuro. ¡Pero también lo son las utopías sociales y todos los sueños filosóficos y éticos! Anuncian e intentan formular en términos amplios lo que antes o después ha de venir. Imprimiendo el ideal en la conciencia de los seres humanos y pequeños grupos o comunidades, estos sueños hacen posible lo aparentemente imposible. Gra-

dualmente permean y transforman los hábitos, sentimientos y conductas personales de un número cada vez mayor de individuos inspirados por la visión. Al menos, plantean ciertas preguntas básicas; y la capacidad y el valor de hacer preguntas que van a la raíz de los conceptos y desafían paradigmas generalmente aceptados son factores esenciales para la evolución humana.

Sólo puede avanzarse paso a paso. Hablar de astrología «humanista» fue un paso. Ir del concepto humanista al concepto «transpersonal» fundado en el principio de la galacticidad es otro paso más. Es un paso a ser tomado por el astrólogo como ser humano, en lugar de como un memorizador de manuales de viejos procedimientos o de nuevas técnicas cuya importancia se presume demostrada por estadísticas cuestionables. No se trata por tanto de lo que podamos encontrar en una carta astrológica y añadir a ella, sino de cómo miremos la carta y cuál sea nuestra concepción del hombre y del destino o propósito del hombre en el universo, y de cómo lo formulemos en términos que inspiren al cliente.

No obstante, el «lector» interesado sin duda seguirá preguntando cómo puede aplicar los conceptos de este libro en su interpretación de las cartas personales, y si se debería dar a las «estrellas fijas» más importancia que la usual. A estas preguntas sólo puede responderse tentativamente.

El que, en la actualidad, casi todos los astrólogos se refieran al Sol y a la Luna como «planetas» es ya una indicación de una ruptura, aunque sea confusa, con un enfoque estrictamente heliocéntrico. Tampoco ha de considerarse como un retorno al enfoque arcaico. Implica que el astrólogo piensa en los diez planetas (incluidos el Sol y la Luna) como símbolos de diez *funciones* clásicas que operan en todo sistema organizado de actividades relacionadas o dependientes entre sí. Tal es el enfoque del astrólogo humanista —un enfoque holístico. Se establece una interpretación «orgánica» entre todos los factores señalados en una carta natal circular, y la última representa una mandala en cuyo centro el «yo» indivi-

dual destaca como principio integrador. No hay nada erróneo en ello, pues, efectivamente, simboliza la presente situación humana. Todo lo que una consideración del potencial de «galactización» de la conciencia humana *añade* a esa imagen es una nueva interpretación del significado a atribuir al 1) Sol; 2) los planetas trans-uranianos, Urano, Neptuno y Plutón, y 3) las estrellas.

1) Según nuestra interpretación galáctica, al Sol habría que darle un significado dual. Como Sol, centro de un sistema de planetas, es la fuente de la energía vital básica. A menudo he hablado de él como símbolo de la clase especial de combustible que mueve al motor de la personalidad —hay al menos doce clases de combustible, cada uno de ellos representado por la posición del Sol en un signo zodiacal y, por lo tanto, por la clase especial de relación entre la Tierra y el Sol en el nacimiento.

Por otra parte, el Sol considerado como estrella —una entre miles de millones en la Galaxia— simboliza el juego característico de posibilidades, conciencia y actividad externa que define al reino humano y al hombre arquetipo. Así pues, la relación física real de la Tierra con el Sol en el momento del nacimiento de un ser humano indica simbólicamente el modo en que este organismo recién nacido en particular sintoniza con *un determinado aspecto* de todo el potencial inherente al hombre, y reflexiva y biopsíquicamente, en la «naturaleza humana». Si hubiéramos de mencionar sólo doce de dichos aspectos en la naturaleza humana, obviamente hablaríamos en términos demasiado generales —razón por la cual la astrología popular de los signos solares tiene tan poca validez, sobre todo si únicamente estudia la posición del Sol en el zodiaco. Se requiere un análisis más sutil que se refiera a un nivel más individualizado de valores humanos. Los símbolos de los 360 grados del zodiaco se refieren teóricamente a dicho nivel. He discutido estos símbolos y sus significados en mi libro *An Astrological Mandala*. El conjunto de símbolos «Sabianos» que he reinterpretado acaso no diga la última palabra sobre la

importancia de los signos zodiacales, pero actualmente es el más significativo de que disponemos —significativo no sólo por su contenido, sino también a la vista del modo extraordinario en que se obtuvo (cf. parte 1, capítulo 2: «Los símbolos sabianos: su origen y estructuras internas»).

El símbolo del grado zodiacal en que está localizado el Sol natal de un individuo de alguna indicación —aunque sea ambigua en muchos casos— sobre el aspecto particular de la naturaleza humana que podría desarrollar una persona si realizara su potencial innato en armonía con la vasta estructura global de la Galaxia en cuyas actividades participa el Sol. En palabras más sencillas, la posición del grado del Sol natal se refiere al propósito fundamental de la vida del individuo, a condición de que se entienda la palabra «propósito» en un sentido que trascienda la categoría social de propósito determinado culturalmente.

A modo de ejemplo, tomaré la carta natal del gran ocultista y filósofo alemán Rudolph Steiner, hombre de muchas dotes filosóficas, ocultistas, educativas y artísticas, clarividente y fundador del Movimiento de Antroposofía. Nació con el Sol a los 9º 20' de Piscis, y el grado 10º de Piscis tiene el siguiente símbolo e interpretación:

UN AVIADOR PROSIGUE SU VUELO, PILOTANDO
ENTRE NUBES QUE OSCURECEN EL TERRENO:

La capacidad del hombre para desarrollar poderes y conocimientos, que, trascendiendo las limitaciones naturales, le permiten operar en los campos mentales y espirituales... Lo hace como individuo que controla poderosas energías, pero como heredero de la destreza de incontables innovadores y organizadores... el símbolo evoca el logro de la *maestría*.

(*An Astrological Mandala*, p. 274.)

Dicho símbolo ciertamente es adecuado, aunque es evidente que no debería deducirse de ello que Steiner fuera un «Maestro»! Sencillamente, representó el florecimiento de una

larga tradición cultural, probablemente directa o indirectamente relacionada con el Movimiento Rosacruz ¹.

Otro ejemplo lo proporciona la carta natal del presidente Dwight Eisenhower, que nació cuando el Sol se hallaba en el grado 22 de Libra –y sólo a 5 grados de Urano. El interesante símbolo de este grado, como en casi todos los casos, no debería interpretarse literalmente, pero indica una cualidad demostrada por la vida muy especial de Eisenhower.

UN NIÑO DA DE BEBER A LOS PAJAROS EN UNA FUENTE: La preocupación de las almas sencillas por el bienestar y la felicidad de los seres menos evolucionados que están sedientos de vida renovada... En este símbolo, la relación entre «niño» y «pájaros» implica una comunicación espontánea e ingenua al nivel espiritual, un toque anímico al nivel de los sentimientos puros... La palabra clave: *solicitud*.

En la carta natal de Albert Einstein, el Sol se halla en el grado 24 de Piscis, simbolizado por:

EN UNA PEQUEÑA ISLA RODEADA POR LA VASTA EXTENSION DEL MAR, UNAS PERSONAS VIVEN EN ESTRECHA COOPERACION. Palabra clave: *centralización*.

Independientemente del significado del símbolo en la vida personal y espiritual de Einstein, es interesante observar que su ahora oficialmente aceptada Teoría de la Relatividad desafió el concepto de infinitud espacial y condujo a la imagen de «universos islas». Centralizó muchos nuevos hallazgos e ideas en un concepto integrador, y haciéndolo probablemente realizó su destino vital.

Muy a menudo, el símbolo no sólo tiene que reinterpretarse en relación con la situación vital concreta, sino que el

¹ Su carta natal está impresa en mi libro *Person-Centered Astrology* (Lakemont, Ga: CSA Press, 1972).

individuo puede no ser capaz de satisfacer de un modo espiritual positivo la tarea arquetípica que le corresponde. El caso de Benito Mussolini, símbolo del moderno fascismo, es significativo si recordamos que su movimiento fascista nació del temor a que se difundiera una nueva ola de comunismo en Italia tras la Primera Guerra Mundial.

UNA DAMA CHAPADA A LA ANTIGUA Y CONSERVADORA, A LA QUE SE ENFRENTA UNA MUCHACHA «HIPPIE»: hace referencia a una crisis colectiva, cultural y social, que nos desafía a percibir *la relatividad de los valores sociales*.

En este símbolo vemos un nuevo ideal de existencia que desafía el antiguo orden establecido. Mussolini decidió enfrentarse a la situación, destruyendo implacablemente a todo y a todos los que proclamaran la necesidad de reformar un sistema adecuado.

2) En los capítulos anteriores, he afirmado que Urano, Neptuno y Plutón, en tanto están *en* el sistema solar, no son *del* sistema solar. Representan un intento triple por conducir la conciencia del hombre desde un estado tridimensional caracterizado por los planetas situados entre el Sol y Saturno, de relativa esclavitud, al nivel galáctico cuadrimensional.

Considero esencial tal interpretación de la naturaleza y función de los planetas trans-saturnianos, pues ella sola permite al astrólogo dotar de sentido positivo y transformador —aunque catártico— a un cúmulo de sucesos exteriores y conflictos internos que nuestra sociedad y la mayoría de los psiquiatras y psicólogos no son capaces de evaluar bajo una luz constructiva y espiritual.

Urano, Neptuno y Plutón simbolizan todo lo que en la vida humana actual puede ayudar tanto a la mayoría de los individuos como a los varios grupos sociorreligiosos y culturas que todavía exigen la obediencia de las gentes, a aceptar la crisis presente (y las que se avecinan) como único medio para

emerger a un estado de existencia pleno y espiritual. Hasta un episodio psicótico o, a escala nacional, una serie de sucesos cataclísmicos (telúricos o provocados por el hombre) pueden convertirse en el medio para una transformación radical y renacimiento espiritual. Pero ello sólo ocurre si se imagina, al menos, la característica principal de las futuras circunstancias, transformándose así en un ideal conscientemente sostenido y esperado al que debe aspirar el hombre. No son suficientes un profundo hastío y disgusto con las condiciones presentes, pues éstos pueden meramente precipitar posturas prematuras y arbitrarias que condenen a la futilidad la rebelión.

Debe haber una visión uraniana si Neptuno y Plutón han de aceptarse plenamente como hierofantes que nos guían a la nueva vida; y sin la compasión y gran comprensión de las relaciones interpersonales representadas por Neptuno, el tipo de actividad simbolizada por Plutón tiende a ser drástica e implacable, aunque intelectual y fríamente justificable en las condiciones prevalecientes. Así, debería estudiarse atentamente el modo en que se relacionan entre sí estos tres planetas polarizados galácticamente —por *aspectos*, por «*Partes*» y/o por *puntos* medios²—, y no de un modo meramente analítico, sino en términos de la imagen holística que surge de sus interrelaciones. Esa imagen ha de compararse con la producida por los planetas situados entre Saturno y el Sol; esta última ha de estudiarse en términos del acoplamiento ya mencionado de planetas complementarios (Júpiter-Saturno, Venus-Marte, el Sol y la Luna) y de las relaciones potencial-

² Los Partes astrológicos —a menudo llamados «Arábigos»— son indicadores del estado de la relación entre dos cuerpos celestiales moviéndose a diferente velocidad, cuando esta relación se refiere al Ascendente o a los otros tres Angulos. El Parte más usado es el Parte de la Fortuna, que asocia la posición del Sol y de la Luna con el Ascendente de la carta natal de un individuo. Se calcula sumando las longitudes de la Luna a la del Ascendente y restando de dicha suma la longitud del Sol. He discutido en profundidad este Parte en *The Lunation Cycle* (Berkeley, Ca; Shambhala Publication). Los Partes de Urano en relación a Neptuno y Plutón, y de Neptuno en relación a Plutón, pueden calcularse del mismo modo.

mente transformadoras, si no catárticas, entre Urano y Saturno, Neptuno y Júpiter, Plutón y Marte —y también en otro sentido entre Plutón y Mercurio— dos aspectos de la mente.

El punto medio entre dos planetas representa sencillamente, al menos en teoría, el lugar zodiacal en que se fusionan sus actividades de modo más concentrado. Se consideran «puntos sensibles», y obviamente hay muchos, pues en teoría cada par de planetas tiene dos puntos medios en mutua oposición.

De especial importancia en la primera etapa del estudio de una carta natal son los tránsitos de los planetas trans-saturnianos por el Sol, la Luna y los cuatro Angulos. Estos, y la edad de la persona cuya carta se examina, son las cuestiones principales, junto con la edad a la que ocurren las «Lunas Nuevas en progresión»³ y las conjunciones Júpiter-Saturno —así como las Casas natales donde tienen lugar. Por ejemplo, la Casa en que se produjo la última conjunción de Urano y Plutón alrededor de los 17º de Virgo puede ser una clave importante sobre la forma en que se manifiesta el impulso de auto-transformación (o reforma colectiva y renacimiento) en la vida del individuo. Si este individuo se abrió al camino, y consciente o inconscientemente no impidió la transformación potencial, la Casa en que tuvo lugar la conjunción indicará *el campo más significativo* en que posiblemente se concentró este proceso de metamorfosis parcial o al menos de repolarización. En la carta natal de los EE.UU. (con Ascendente en Sagitario)⁴ esta conjunción Urano-Plutón se hallaba en la novena Casa, que trata de la expansión, aventuras en el extranjero, diplomacia, filosofía y religión —y 1965-66 fueron

³ Para un estudio del «ciclo de lunación en progresión», véase *The Lunation Cycle*, capítulo 7.

⁴ Cf. mi libro *The Astrology of America's Destiny*. Recalco allí el hecho importante de que Neptuno cruzó el Mediocielo de esta carta natal de los EE.UU. cuando se inició el proyecto atómico. Urano realizó el mismo tránsito cuando Nixon fue elegido en 1968; Plutón se hallaba en el mismo grado durante la campaña presidencial de 1972; y Neptuno cruzó el Ascendente natal de los EE.UU. en 1976 —año de nuestro Bicentenario y de otra campaña presidencial.

los años en que la Guerra del Vietnam se convirtió en tema crucial y transformador, y en que el uso de drogas psicodélicas polarizó al Movimiento Juvenil. La conjunción ocurrió en la primera Casa y próxima al Ascendente de nuestro expresidente, quien –para bien o para mal– planeaba entonces su campaña electoral de 1968.

Las Casas donde tiene lugar el sextil largo de Neptuno y Plutón –y, para las personas nacidas alrededor del año 1900, la Casa en que ocurrió la conjunción de estos planetas de 1891-92– deberían también estudiarse atentamente, *si* el individuo es realmente capaz de responder a una llamada global semejante, en términos de reorientación y renacimiento espiritual y mental. Todos esos aspectos –en especial, en la mayoría de los casos, las conjunciones, oposiciones y cuadraturas– hacen referencia al *potencial* de experiencias individuales o colectivas que estimulan el proceso transformador. De hecho, todo aspecto, tránsito o progresión en que participen los planetas trans-saturnianos puede producir dicho estímulo. En estos casos, el astrólogo de orientación galáctica percibe intuitivamente las oportunidades de transformación tanto para él mismo como para sus clientes; sacar a la luz de la conciencia estas oportunidades *puede* alterar la normalmente fuerte e instintiva resistencia al cambio. Decimos que «puede», pero, en muchos casos, también puede provocar temor, si el posible cambio se considera una posibilidad *futura*, y así, como un desafío al que acaso uno no pueda enfrentarse en ese momento.

La astrología no debería considerarse como una ciencia *predictiva*. La tarea del astrólogo es ayudar al individuo a comprender las consecuencias más profundas, objetivas y transformadoras de lo que ocurre *en el momento de la consulta astrológica* –o, como mucho, la naturaleza de las tendencias que ya han sido reconocidas por el cliente, pero no parecen haber sido comprendidas en el espíritu de la evolución espiritual.

El problema fundamental para el astrólogo es, por lo tanto,

cómo evaluar la capacidad de su cliente de reaccionar constructivamente a lo que se le menciona como posibilidad o tendencia en la que debería concentrar su atención. Se requiere sumo cuidado para evitar las reacciones psicológicas negativas y morbosas. Lo esencial a tener en cuenta es que, independientemente de lo que indiquen Urano, Neptuno y Plutón analizados por separado —como sucesos concretos o como tendencias de desarrollo personal— estas indicaciones hacen referencia a un *proceso tripartito* que debería interpretarse como un todo complejo. Lo que se cuestiona es la manera en que un ser humano puede recorrer del modo mejor y más provechoso el Camino de la auto-transformación. Es un único Camino, un único Proceso. Comienza en la oscuridad de las selvas de este planeta Tierra —naturales o hechas por el hombre— y concluye en la conciencia de luz de la que nuestra Galaxia es el símbolo celestial y representación real.

3) Si intentamos dar un significado preciso o episódico a lo que los astrólogos clásicos llamaban «estrellas fijas», en realidad contamos con muy pocos datos en que basar un juicio convincente. Un libro como el de Vivian E. Robson, a menudo mencionado, *The Fixed Stars and Constellations in Astrology* (Londres, 1923), nos proporciona una serie de datos de fuentes helenísticas, medievales o clásicas en los que sería desaconsejable y hasta muy a menudo psicológicamente peligroso, basarse. Otros libros, como el valioso en otros sentido *Encyclopedia of Astrology*, de Nicholas de Vore (Nueva York, 1947), pueden ser incluso más destructivos en la interpretación de lo que indican las estrellas cuando están en conjunción con el Sol, la Luna y los Angulos natales. Más pronto o más tarde, algún «astrólogo científico» realizará un exhaustivo estudio estadístico de la probable influencia de las estrellas, probablemente cuando están situadas cerca del Ascendente y/o el Mediocielo. Es probable que esto cree más problemas y resultados negativos si se usan los datos estadísticos —que pueden ser valiosos en términos de *grandes gru-*

pos— para aconsejar a clientes individuales, pues las estadísticas no tienen ningún valor cuando se aplican a los casos individuales.

Los planetas tienen significados en el sistema solar debido a su rango jerárquico —o, más sencillamente, a sus distancias desde el Sol central. También adquieren significado debido a sus posiciones en el sistema en relación con nosotros, observadores desde la Tierra —es decir, geocéntricamente; con Venus y Mercurio en el interior de la órbita terrestre y los demás planetas fuera. Estos significados son arquetípicos y fundamentales; de ellos puede deducirse una gran variedad de características secundarias, terciarias, etc., que hacen referencia a rasgos superficiales y reacciones personales. Desgraciadamente, como ya hemos recalcado, se desconoce casi por completo la estructura interior de la Galaxia. Nuestro conocimiento tradicional de las estrellas ha sido geocéntrico; los hombres observaron su brillo o su débil luz, los diseños geométricos (constelaciones) que formaban en el cielo. Actualmente, mediante complejas observaciones y cálculos, los astrónomos pueden deducir su luminosidad «absoluta» y sus distancias relativas; pero aún hay una gran incertidumbre sobre muchos aspectos. Si hay un sistema subgaláctico al que pertenece nuestro Sol junto con las estrellas más brillantes que vemos, no sabemos nada sobre su organización estructural en un campo espacial cuyo diámetro puede medir unos 10.000 años-luz.

Considerado como estrella, el Sol evidentemente participa o comparte la acción de las estrellas de nuestra Galaxia. Esta participación opera en la dimensión galáctica de la existencia cósmica, del mismo modo que la interrelación entre los planetas de nuestro sistema solar tiene significación en términos de valores heliocósmicos. Mezclar los dos niveles, el galáctico y el heliocósmico, sólo puede provocar confusión, en especial si consideramos la astrología como un lenguaje que emplea símbolos de distintos órdenes. Por otra parte, nos vemos forzados a aceptar la posibilidad de que lo que ocurre a un

plano superior de la totalidad galáctica afecta las condiciones de existencia de las unidades menores en éste contenidas. Deberíamos intentar distinguir entre relaciones de estrella-a-estrella —cómo nuestro Sol, en cuanto estrella, está directamente afectado por su relación con otras estrellas galácticas— y la condición general predominante en cualquier momento dentro de todo el campo de la Galaxia.

En el primer caso, nos ocupamos de cambios que ocurren en nuestro Sol, que se transmiten a la biosfera terrestre mediante los rayos solares y según el estado de todo el campo de actividad solar e interplanetaria. En el segundo caso, estudiamos cómo todo lo existente en nuestro planeta es afectado por el estado general del espacio galáctico, el espacio en que existimos, como los peces viven en el mar. Es similar al modo en que un obrero de una fábrica es afectado no sólo por las reacciones del propietario de la fábrica ante las leyes aprobadas por el Estado y ante la política de sus amigos o competidores, sino también por el estado global de la nación, al que pertenecen tanto él como el propietario de la fábrica —es decir, por la situación económica general (el coste de lo que tiene que comprar) y las costumbres de su sociedad.

En el lenguaje del simbolismo astrológico, el estado de la «nación» galáctica debería medirse e interpretarse tomando como plano básico de referencia el plano galáctico (también llamado ecuador galáctico). Es fácil visualizar dicho plano galáctico, puesto que nuestra Galaxia tiene la forma de un disco alargado con un núcleo abultado. Para medir la posición de las estrellas en la Galaxia en relación con su plano ecuatorial, necesitamos un punto de partida. Antes de 1961, este punto de partida se hallaba donde el ecuador galáctico cruza el ecuador celestial (extensión del ecuador del plano terrestre) en la constelación Aquila; pero en 1961 los astrónomos decidieron usar un punto distinto, y la longitud galáctica se mide ahora desde el centro de la Galaxia en Sagitario en dirección Este. Uno de los motivos del cambio fue ajustarse a la posición del anillo de hidrógeno de radiación de radio exacta-

mente en lo que ahora es la longitud 0°. La latitud galáctica se mide hacia el norte (positiva) y sur (negativa) del ecuador galáctico. Se considera que las cuatro direcciones del plano galáctico se extienden hacia las constelaciones del Cisne, Carina, Sagitario y Auriga, y que nuestro Sol se mueve en dirección de las constelaciones Cisne o Hércules, y alejándose de Carina. Si se moviera hacia la constelación Auriga, se movería también hacia el borde de la Galaxia; si en dirección de la constelación de Sagitario, se movería hacia el centro galáctico. Repito que el Sol está lejos del centro galáctico, localizado en el borde interior del brazo de Orión de la Galaxia.

La pregunta básica es: Un moderno astrólogo que intenta pensar en términos galácticos, ¿debería apegarse al antiguo enfoque rigurosamente geocéntrico y empírico de la supuesta «influencia» de las estrellas *individuales*, o le es posible adoptar un enfoque más holístico y auténticamente galáctico, interpretando la naturaleza de las estrellas según su posición en la Galaxia, así como según su naturaleza y «edad» como estrellas?

Parece evidente que no sabemos lo suficiente para seguir la segunda línea de acción; no obstante, podemos demostrar cierta coherencia lógica en nuestra actitud. En la medida en que la astrología se basa en lo que ocurre en el cielo próximo al plano de la eclíptica y a ambos lados de éste, únicamente deberían tenerse en cuenta las conjunciones de las estrellas próximas a ese plano (es decir, con baja latitud celestial, norte o sur) con los planetas de nuestro sistema solar. En otras palabras, deberíamos tener en cuenta sólo las interacciones entre las estrellas y los planetas moviéndose a lo largo del plano de operación terrestre en el sistema solar, es decir, el zodíaco. (Ese plano está próximo al Plano Invariable del sistema solar que, en términos de la mecánica celeste, simboliza la estabilidad de la relación orbital de los planetas con respecto al Sol central.) Por otra parte, como el plano ecuatorial galáctico está inclinado 62 grados hacia el plano ecuatorial

de la Tierra, está lejos de coincidir con el plano de la eclíptica; lo cual puede interpretarse lógicamente en el sentido de que la relación *operativa* del Sol con sus planetas es de orientación muy diferente a su relación *de compañía* con las estrellas en la Totalidad galáctica.

Debido a los extremos de latitudes de Plutón, podemos conceder al cinturón zodiacal una amplitud de 18 grados a cada lado de la eclíptica. Ello permite incluir a casi todas las estrellas más brillantes entre las capaces de afectar a los planetas que se mueven a lo largo de la eclíptica. Beltegeuze, con latitud sur de $16^{\circ} 2'$ (longitud zodiacal actual en Géminis a los $28^{\circ} 23'$) seguiría perteneciendo a esta categoría, pero no así Sirio (latitud $39^{\circ} 36'$ —longitud $13^{\circ} 43'$ de Cáncer) ni las estrellas Polar, Vega, Fomalhaut, o las de la Osa Mayor. Algol, considerada tradicionalmente la estrella más maligna del cielo, provocadora de «desgracias, violencia, decapitación, ahorcamiento, electrocución y violencia de masas» (Robson, *The Fixed Stars*, p. 123) tampoco estaría incluida. Sin embargo, algunas de las estrellas que se mencionan a menudo, como Alcyone (una de las Pléyades, de longitud 29° Tauro), Aldebarán ($9^{\circ} 25'$ de Géminis), Al Hecka ($24^{\circ} 24'$ de Géminis), Tejat y Dirah (primer grado de Cáncer), Wasat ($18^{\circ} 08'$ de Cáncer), Asellus Norte y Sur (primeros grados de Leo), Regulus ($29^{\circ} 17'$ de Leo), Spica ($23^{\circ} 28'$ de Libra), Kambalia ($6^{\circ} 34'$ de Escorpio), Libra Sur ($14^{\circ} 42'$ de Escorpio), Antares ($9^{\circ} 23'$ de Sagitario) se encuentran cerca de la eclíptica.

Sin embargo, si pensamos en los posibles efectos de una estrella, localizada en cualquier lugar del cielo, sobre los planetas de nuestro sistema solar, pero en la conciencia y el carácter de un *ser humano individual* que viva sobre la superficie de nuestro globo y con su propio cielo, en ese caso tal vez valga la pena tener en cuenta y dar significado a *toda estrella con la que pueda vincularse ese individuo*, consciente o inconscientemente. El problema de determinar dicho significado sigue siendo muy difícil, y nuestra tradición clásica acaso no sea relevante respecto al estado de conciencia y

comportamiento social de un individuo moderno. Con todo, algo parece cierto o seguro en términos de lógica y coherencia. Debería concederse «influencia» a una estrella únicamente si se averigua que asciende (en el Ascendente), que culmina en el cénit y que se pone en el Oeste —y posiblemente si lo hace en el nadir, afectando a la raíz del ser individual. Esta influencia no tendría nada que ver con la naturaleza del signo zodiacal donde estaría colocada si redujéramos su posición a la longitud celestial. Tampoco debería considerarse válida en teoría la práctica de Ptolomeo de caracterizar la influencia de una estrella según la naturaleza de dos planetas, aunque posiblemente dé una vaga idea de lo que podría ser la influencia, si se sintiera de algún modo ⁵.

Dicha influencia no tiene que sentirse necesariamente, y probablemente no se siente de un modo *individualizado* si la mente de la persona no está lo suficientemente evolucionada como para responder conscientemente a los *valores* galácticos. Por otra parte, un individuo puede participar en una respuesta colectiva, por ejemplo, como residente en un país o ciudad, o como miembro de una raza perseguida o de una organización religiosa —del mismo modo que es razonable suponer que el Sol, en cuanto estrella, es afectado en todo momento por la condición del campo galáctico en que se mueve. Muy probablemente, este efecto se transmite a todo el sistema solar, en forma de radiaciones, que pueden tener influencia en el clima de la Tierra, provocando sequías o inundaciones, glaciaciones, y acaso hasta terremotos, que a su vez pueden afectar más o menos crucialmente las vidas de las personas.

No creo que nuestro conocimiento de dichos temas sea lo bastante fiable como para garantizar el tipo de pronunciamientos de los que están repletos los manuales de astrología, y debo recalcar nuevamente que ni siquiera las estadísticas

⁵ Para más información sobre la interpretación tradicional clásica de las «estrellas fijas», véase el Apéndice.

científicas indicarían cómo un *individuo particular* podría responder al factor estudiado estadísticamente. Si un factor astrológico es constructivo en un 75 por ciento de los casos, el cliente individual que acude al astrólogo siempre puede pertenecer al 25 por ciento restante para quienes puede ser un factor destructivo o completamente nulo. Aunque esto parezca obvio a cualquiera que razone, no lo es, a juzgar por la clase de juicios y afirmaciones que se oyen constantemente en los círculos astrológicos.

Algunos extrañados lectores se preguntarán cuál es el valor de la astrología. En mi opinión, consiste en ayudar a las personas a evaluar su experiencia en términos de un marco de referencia más que subjetivo y más que personal —un marco de referencia holístico donde todo aspecto de la personalidad, y hasta los sucesos vitales o experiencias transformadoras, encuentran *su lugar y función más significativos como una fase particular del proceso permanente de evolución y realización del potencial innato*.

Si personalmente no creyera que la astrología puede proporcionar esta clase de ayuda, no tendría nada que hacer con dicha disciplina, y sería mejor dejarlo en manos de adivinos y otros. Las predicciones sobre los sistemas materiales constituidos por un gran número de unidades, estudiados por los físicos y químicos, son valiosas para aumentar el control del hombre sobre un entorno potencialmente hostil y para organizar el comportamiento cotidiano o incluso a largo plazo. Pero las predicciones relativas a los factores humanos psíquico-mentales e individuales no sólo pueden contribuir a la auto-realización; a largo plazo, inevitablemente tienden a materializar y mecanizar nuestra «imagen del hombre». Los resultados externos al principio acaso impresionen en términos materiales, pero la conclusión final necesariamente ha de ser frustrante en términos espirituales. También puede ser físicamente destructiva, y actualmente la humanidad está obligada a enfrentarse a tal posibilidad.

Este es el punto principal, y no si esta o aquella clase de

técnica, nueva o respaldada por su antigüedad, es más o menos productiva en términos de resultados que puedan mostrarse en tablas: es decir, si «funciona». Del mismo modo que todo idioma nacional «funciona» para los ciudadanos de esa nación, cuyas mentes han sido educadas para pensar y comunicarse mediante las series de símbolos y sonidos vocales que componen el idioma, así también todo sistema y técnica astrológicos coherentes y ampliamente difundidos pueden funcionar para los astrólogos expertos en usarlos periódica e inteligentemente. Funcionan, en su caso, porque son el sistema y la técnica mejor adaptados a su mentalidad y a la de los clientes que acuden a ellos.

Análogamente, el psicólogo freudiano suele atraer a hombres y mujeres a cuyos problemas el análisis freudiano, al menos al principio, proporciona la mejor solución. La solución puede provocar nuevos problemas que a su vez exijan una investigación de tipo jungiano o transpersonal, ya que la conciencia del hombre no es estática. Enfrentarse a una dificultad en un plano puede conducir al desafío de tener que tratar con un plano de conciencia más profundo o superior, donde puede revelarse una serie más significativa de trastornos o de oportunidades de desarrollo. Lo mismo es aplicable al enfoque astrológico. La astrología popular que estudia la posición del Sol en los signos, difundida en los periódicos y revistas, puede preparar el camino, aunque de modo crudo e ineficaz, para que la persona perciba que es «influida» por factores extrapersonales y más que sociales, y, por lo tanto, su participación en el ritmo del universo. Puede ser una percepción ingenua, basada en unos conceptos muy generales y —del modo en que se formulan— incluso no razonables. Pero, ¿no ocurre lo mismo con las religiones establecidas, que ofrecen a la veneración las estatuas de los santos o la imagen de un Padre celestial con barbas y sentado en un trono en algún sitio del cielo? Y con todo, estas prácticas antropomórficas tan ingenuas «funcionan» efectivamente para la persona de fe inquebrantable, y a ellos les ocurren milagros. La

pregunta real en estos casos no es si los milagros suceden «realmente», sino si el que sucedan provoca un crecimiento individual duradero de la conciencia, o si conduce a una esclavitud más profunda al plano de conciencia que hizo posible el hecho milagroso. Las estadísticas sobre los porcentajes de personas gravemente enfermas que peregrinan a Lourdes y se curan milagrosamente no tendrían ningún significado, porque lo que importa no son los hechos físicos, sino el estado de conciencia del ser humano y su capacidad de superar lo que era al comienzo del proceso.

Una civilización estrictamente disciplinada de autómatas humanos, aunque desde el exterior pueda parecer algo grandioso, sería el fracaso más trágico de la humanidad. La humanidad actualmente sufre varias y acaso decisivas crisis a escala global por estar dominada por nuestra cultura occidental, incapaz de plantear suficientes preguntas básicas o, mejor dicho, que ha dado unas respuestas trágicamente entumeecedoras y materialistas a las preguntas fundamentales: ¿qué es el Hombre y cuál es el significado de su existencia? La astrología que se practica actualmente en América y Europa, en el nivel de adivinación o científico-estadístico, es el producto de una mentalidad colectiva cuyas normas racionalistas y egocéntricas se originaron en la antigua Grecia y Alejandría, cristalizándose luego en Roma. Ha llegado la hora de transformar los conceptos y procedimientos clásicos en respuesta al surgimiento de una nueva espiritualidad capaz de repolarizar por completo y de expandir la conciencia de grupos cada vez mayores de seres humanos conscientes de los nuevos planos de existencia y las nuevas posibilidades de evolución como individuos.

Este libro está dedicado a ellos. No contiene afirmaciones definitivas. Su propósito es ser una llamada de reorientación y trascendencia, un intento de insinuar posibilidades hasta ahora no imaginadas, un desafío al entendimiento creador. Si en él se habla de planetas remotos y de estrellas aún más lejanas, es porque la astrología es hoy más que nunca un

medio conveniente, por popular, de simbolizar la capacidad humana para adaptar la conciencia y la vida de los ritmos de unos campos de existencia cada vez más vastos. Si comprendemos estos ritmos y todas las consecuencias de la dimensión galáctica de la conciencia, en que todas las formas de la existencia se interpenetran en constante contribución a la armonía suprema del Cosmos, podremos proyectar esta comprensión sobre el aspecto de nuestra mente cuya tarea es construir las nuevas estructuras de comportamiento individual y colectivo. Así, la humanidad podrá emerger por fin de la era de los conflictos y las frustraciones, del hambre y la contaminación, a la era de la armonía planetaria y la plenitud del ser.

APENDICE

Probablemente el libro más completo sobre las «estrellas fijas» sea *The Fixed Stars and Constellations in Astrology*, de Vivian E. Robson. En su prólogo, de fecha de 5 de julio de 1923, Robson menciona su deuda con un libro de Alvidas (cuya obra, *The Fixed Stars*, también puede leerse ahora) y con un volumen grande y fascinante escrito por Richard Hinckley Allen, publicado por primera vez en Nueva York en 1899 y reimpresso en 1936.

El libro mencionado en último término no trata de interpretaciones astrológicas tradicionales, sino que estudia las fuentes y muchas variantes de los nombres de las estrellas y sus asociaciones mitológicas y equivalencias en culturas distintas a la occidental —en especial la hindú y la china. La mayoría de los nombres proceden de la Europa medieval, a través de los astrólogos árabes; pero el término «Arabe» probablemente se presta a confusión, pues puede referirse a pueblos que habitaron en las regiones donde antaño floreció Babilonia, pero que tenían poca sangre árabe... Si uno cree en la idea de Arnold Toynbee de que la cultura arábiga reanimó, sobre todo, la interrumpida «Civilización siríaca», los astrólogos árabes heredaron, por tanto, si no literalmente al menos psíquicamente, el interés por las estrellas que desde los días de la antigua Grecia se han asociado con Caldea. Podría resultar más provechoso el estudio de este libro y sus asocia-

ciones míticas de ideas implícitas en los nombres de las estrellas, que depender de la caracterización de la influencia de una estrella según la naturaleza de uno de los dos planetas con los que se supone que la estrella está relacionada, pues dicha relación supuesta asociaría dos series de entidades que operan en dos niveles (o dimensiones) diferentes de existencia. Al emplear dichas «correspondencias» puede perderse de vista lo realmente esencial de la caracterización.

Escribe Robson: «Las estrellas fijas dan fuerza y energía a los planetas y modifican sus efectos, pero al mismo tiempo la naturaleza del planeta ejerce una fuerte influencia controladora sobre el resultado». También afirma que: «La influencia de las estrellas fijas difiere de la de los planetas en que es mucho más dramática, súbita y violenta... provocando tremendos efectos durante períodos breves y, tras elevar a los nativos a grandes cimas, dejándolos caer súbitamente y provocando una serie de desastres dramáticos e inesperados... Puede aceptarse como regla bastante bien establecida que las estrellas no operan en solitario, salvo quizá en los casos en que están situadas en los ángulos, y, por lo tanto, su efecto principal se transmite por los planetas. Parecen formar una base subyacente sobre la cual se construye el horóscopo, y, si un planeta cae sobre una estrella, su efecto aumenta en gran medida, dándole una prominencia en la vida que no está justificada por su mera posición y aspecto en el mapa». Ptolomeo no dio ninguna regla para la determinación de la naturaleza de una estrella en términos de uno o de dos planetas. Si se mencionan dos planetas, el primero «se considera que representa la principal influencia de la estrella. El segundo denota una clase influencia modificadora».

Robson enumera y estudia ciento diez estrellas, enumerándolas según su longitud celestial y, por lo tanto, por su posición en el zodiaco tropical. Estas posiciones cambian gradualmente debido al movimiento llamado precesión de los equinoccios, a razón de una medida de aproximadamente 1 grado de longitud cada setenta y dos años. Menciono a

continuación los nombres y naturaleza supuestas de algunas de las estrellas mencionadas más a menudo por los astrónomos modernos. Las posiciones de estas estrellas son las que figuran en *The Astrological Annual Reference Book* (Símbolos y Signos, Calif.) y son para el año 1972.

SIRIO (13° 43' Cáncer-39° 36' latitud sur). Esta, la más brillante de las estrellas, se dice que comparte la naturaleza de Júpiter y Marte. Es la estrella del Can (de la constelación *Canis Majoris*) y se supone que predispone a las mordeduras de perro, pero, por otra parte, que concede jupiterianos, fama y riquezas. Según *Esoteric Astrology*, de Alice Bailey, Sirio tiene una relación muy importante con nuestro Sol, del cual es, en sentido cósmico, el Otro Yo Superior. Este puede ser el motivo de que, cuando el Sol está conjunto a Sirio en longitud, a veces concede gran poder. Tal es el caso de la carta natal de los EE.UU. para el 4 de julio de 1776. Sirio ha sido llamada por H. P. Blavatsky (en *The Secret Doctrine*) «La Gran Instructora de la Humanidad», y relacionada con Mercurio y Buda o la sabiduría.

ALDEBARAN (9° 25' Géminis-5° 29' latitud sur). Estrella de primera magnitud, el ojo izquierdo del Toro celestial; para los antiguos persas, uno de los cuatro Vigilantes de los Cielos, de la naturaleza de Marte según Ptolomeo, concediendo honores, pero asociada también con la violencia y los accidentes.

ANTARES (9° 23' Sagitario-4° 34' latitud sur). Estrella binaria en el corazón del Escorpión celestial; de la naturaleza de Marte y Júpiter, sugiere honores, riquezas, pero también violencia, enfermedad, traición, etc.

VEGA (14° 56' Capricornio-61° 44' latitud norte). De la naturaleza de Venus y Mercurio. Aunque se dice que da benevolencia y refinamiento, también se cree que tiene varias características desagradables. En unos once mil años se convertirá en Nuestra Estrella Polar.

SPICA (23° 28' Libra-2° 03' latitud sur). En la constelación de Virgo, los astrólogos siderales dan a esta estrella una importancia especial al determinar la relación entre el zodiaco de los signos y el de las constelaciones. Se dice que tiene naturaleza benigna, especialmente si está cerca del Ascendente o del Mediocielo -y que comparte la naturaleza de Venus y Marte, o Venus y Júpiter.

RIGEL (16° 27' Géminis-31° 08' latitud sur). Estrella de la naturaleza de Júpiter y Marte, y **BETELGEUZE** (28° 23' Géminis-16° 02' latitud sur) de la naturaleza de Marte y Mercurio, son estrellas de primera magnitud en Orión. He creído desde hace mucho tiempo que Betelgeuze (término arábigo que significa «la Casa del Señor») está de algún modo relacionada con la Era de Acuario, en tanto que Regulus ha presidido la Era de Piscis, que comenzó, según mis cálculos, poco después de que entrara en el signo zodiacal Leo. Regulus atraviesa ahora el último grado de Leo, simbolizado por la Esfinge, la entrada al sendero secreto que conduce a la Gran Pirámide y, dentro de ella, a la Cámara de la Iniciación. Al abandonar Regulus el signo de Leo, Betelgeuze entrará en el signo del solsticio, Cáncer. Comenzará entonces la Era de Acuario.

REGULUS (29° 17' Leo-0° 28' latitud sur), de la naturaleza de Marte y Júpiter. En varias culturas, esta estrella se llama el Rey, Dirigente o Poderoso. Representa el corazón del León celestial. Muy próxima a la eclíptica, el 21 de agosto es casi cubierta por el Sol. A latitudes muy superiores, la estrella de la Cola del León es **DENEbola**, de la naturaleza de Saturno y Venus, que proporciona poder militar, honores, riquezas, pero también fracaso o enfermedad al final.

ALCYONE (29° 38' Tauro-4° 02' latitud norte). Aunque es una estrella menos brillante, de las Pléyades, antaño se creía que era el centro de nuestro universo. Los autores ocultistas dan mucha importancia a las Pléyades, y rela-

cionan este grupo de estrellas con Sirio y también con las estrellas de la Osa Mayor (cf. Alice Bailey, *Esoteric Astrology*, p. 679 y en otros lugares).

ESTRELLA POLAR (28° 11' Géminis-66° 06' latitud norte). Nuestra actual Estrella Polar en la constelación Ursa Minor, comparte la naturaleza de Saturno y Venus. El siguiente siglo, el eje polar de la Tierra señalará hacia ella del modo más exacto posible.

ARTURO (23° 51' Libra-30° 46' latitud norte) comparte la naturaleza de Marte y Júpiter (como Antares) según Ptolomeo, pero según Alvidas, la de Venus y Mercurio. Se ha relacionado con Ursa Major, la Osa Mayor, y es una de las primeras estrellas mencionadas en los documentos antiguos.

ALTAIR (1° 24' Acuario-29° 19' latitud norte). La naturaleza de esta pálida estrella amarilla situada en el cuello de la constelación del Aguila se ha caracterizado de varias maneras diferentes, según los autores —Marte y Júpiter, Saturno y Mercurio, incluso Urano.

FOMALHAUT (3° 29' Piscis-21° 08' latitud sur). Esta estrella del hemisferio celeste meridional fue también antaño una de las cuatro Estrellas Reales de la antigua Persia, el Vigilante del Sur, señalando entonces el solsticio de invierno. Su naturaleza es una combinación de Venus y Mercurio.

Estas caracterizaciones, y las citas de Vivian Robson, fueron escritas en una época en que la naturaleza, el tamaño y la estructura de la Galaxia no se comprendían con claridad. Pueden ser válidas a nivel clásico, y para el tipo de astrología clásica que se ha venido practicando durante siglos. Para el astrólogo que opera a ese nivel, y que desea satisfacer las expectativas de sus clientes, condicionados por el concepto popular de la astrología como ciencia predictiva —o simplemente como un medio de analizar el carácter— puede tener cierta validez el enfoque tradicional de las «estrellas fijas».

Sin embargo, como en la mayoría de los casos se atribuyen a estas estrellas rasgos dramáticos y espectaculares, su conocimiento bien puede acrecentar o los temores ya existentes o unas expectativas ilegítimas de adquirir gran fama y fortuna, en gentes fascinadas por esta rama de la astrología. Así pues, se puede realzar toda tendencia paranoica. El valor del conocimiento depende siempre de la capacidad del que conoce de emplear los datos constructivamente, es decir, de su capacidad de asimilar el conocimiento y de ponerlo al servicio de una auto-realización más plena. Por ello, repito que el don más valioso de un astrólogo consiste en la capacidad de intuir la capacidad de su cliente para emplear legítimamente toda información o interpretación que se le dé. Esta capacidad es particularmente necesaria si lo que se dice se refiere a hechos espectaculares y, aún más, si el astrólogo sugiere la posibilidad de un carácter o un destino que trasciende el alcance de las expectativas normales del cliente, teniendo en cuenta su edad y cultura.

EPILOGO

Lo que es un intento de presentar del modo más conciso y claro posible los conceptos metafísicos en que se basa la imagen del universo y de la Galaxia presentados en este libro. Algunos puntos, apenas mencionados aquí, se exploran con más detalle en mi libro *The Planetarization of Consciousness*.

Cuando consideramos el tipo de centralidad de nuestro sistema solar, pensamos en éste en términos tridimensionales. Una masa central de energía-sustancia rige todas las partes componentes del sistema de dos modos fundamentales: mantiene integrado al sistema por su fuerza de gravedad, pero también irradia incesantemente energía a varios niveles de frecuencia. La entidad central domina el funcionamiento del sistema; supedita, aunque ilumina y vivifica. Es el arquetipo del autócrata benéfico, el Patriarca divino.

En los mandalas corrientes, el centro de la figura está ocupado por una entidad con la que todo se relaciona y hacia la que convergen cada una de las partes más o menos diversas, dispares o contradictorias de toda la figura geométrica. El mandala se emplea como medio de concentrar la conciencia, en cuyo campo mental se mueve constantemente una gran variedad de contenidos y formas flotantes, a menudo sin propósito ni objeto fijos. El ideal que aspiran encarnar todas las «grandes religiones» es la unificación de todos los hombres

que viven sobre este globo —mandala, la Tierra. Para centralizar este proceso de unificación, las religiones *teístas* recalcan la existencia de Dios, un Ser Supremo. Debido al nivel de conciencia al que ha operado casi toda la humanidad, al menos en los milenios recientes, este ideal de centralidad casi siempre ha sido «materializado»; el Único Dios ha adoptado una forma física, por lo general a «imagen y semejanza» del hombre. También ha sido adorado como disco solar, Aton, y los ocultistas se han referido a él como al Sol Central o Sol Espiritual. Actualmente, al popularizarse la forma de mandala de nuestra Galaxia, muchos mantienen la idea de que puede existir en el centro de la Galaxia una gloriosa super-Estrella. Desgraciadamente (o tal vez afortunadamente) oculta a nuestros ojos humanos por nubes de polvo (que pueden simbolizar el estado de conciencia kármico), esta Superestrella central sería el «Sol Espiritual» de la tradición ocultista y mística, en torno a la cual girarían todas las estrellas de nuestra Galaxia, como los cortesanos antaño giraban en respetuoso temor en torno al trono del emperador persa, o de cualquier «rey por derecho divino».

Aunque podría haber una Superestrella semejante en el núcleo sobresaliente de nuestra Galaxia espiral, según los pocos datos disponibles y varias hipótesis intuitivas, lo más probable es que no. El centro no es una masa concreta de energía-sustancia de tremendo poder y tamaño, sino un «agujero blanco» a través del cual emerge energía-sustancia, o lo ha hecho hace mucho tiempo, al espacio cuadrimensional del campo galáctico —un manantial, no una enorme bola de materia en estado de plasma. Así pues, lo que mantiene integrada a la Galaxia como Cosmos no es la gravedad generada por un centro inmenso y masivo, sino *el juego armónico de las gravedades de todas las estrellas galácticas*. Se trata del poder holístico de la Comunidad galáctica, en que participa cada estrella. Y participa porque ninguna estrella está separada de las demás. Todas ellas se interpenetran. Constituyen una verdadera comunidad cósmica.

Repito que ello no implica que no haya un área central. El principio de centralidad *está implícito* en la convergencia de las fuerzas de gravedad de todas las estrellas. También lo está en la emergencia periódica de nueva energía-sustancia del manantial central. En ese lugar de poder, una dimensión superior de existencia —a la que me he referido como la quinta dimensión del espacio— ejerce una fuerza centrífuga sobre el espacio cuadrimensional de la Galaxia, del cual sólo vemos un reflejo en nuestra conciencia tridimensional de la materialidad. Es éste reflejo el que algunos astrónomos tentativamente interpretan como un «agujero blanco», del cual emerge nuevo hidrógeno (o protohidrógeno). Al «agujero blanco» se opone el «agujero negro» al que es empujada irresistiblemente la materia antigua, por fuerzas de gravedad inmensamente poderosas.

Al hablar de una cuarta dimensión del espacio (que no tiene nada que ver con la cuarta dimensión de Einstein, el tiempo, empleada para las mediciones), lo que implica es el Principio de Relación; y éste implica la Forma, al nivel físico o al mental. El concepto de una quinta dimensión de espacio se funda sobre el principio de que en la raíz de toda forma de existencia ha de postularse una «voluntad de ser». Puede expresarse también diciendo que en todo punto matemático está implícito el impulso de convertirse en círculo o esfera. Es un impulso inmensamente poderoso. Implica no sólo expansión, sino también creatividad.

La creatividad es uno de los dos aspectos del Movimiento cósmico, y a este nivel del Espacio no hay nada sino Movimiento o Fuerza en movimiento. En la antigua India fue simbolizada por el Gran Aliento. Un acto *cosmogénico* de creación —la exhalación de la energía— es seguido por un proceso *catacósmico* (inhalación) en que todo retrocede casi al estado de punto sin dimensiones. Los «agujeros blancos» y «agujeros negros» constituyen etapas críticas en estos dos procesos. En China, este dualismo del Movimiento se representaba mediante las fuerzas Yang y Yin contenidas dentro de un círculo, círculo que simboliza al inefable Tao, la última

realidad del Espacio —que también podría llamarse su sexta dimensión.

Con la quinta dimensión, llegamos al estado metacósmico. Aunque es un estado de pura energía, uno puede imaginarlo. No obstante, no tiene sentido intentar «imaginarlo», porque trasciende todas las formas o imágenes espaciales. A ese nivel, el espacio está en estado de unión «metacósmica» con el Tiempo, considerado como duración infinita más allá de toda posibilidad de medida. Cuando domina el impulso creador (cuando Yang es más poderoso que Yin), el Tiempo se manifiesta, y del «amor» del Espacio y del Tiempo nace un universo. Durante la mitad cosmogénica del proceso, el Tiempo, según nuestra clase de medidas físicas, fluye muy lentamente. A medida que el impulso catacósmico a la reabsorción en un punto se convierte en el impulso dominante (prevalencia de Yin), el Espacio se contrae y el Tiempo se acelera, expandiéndose la Conciencia. El ahora «intemporal» corresponde al punto matemático. Según algunos astrónomos, las estrellas próximas al centro de la galaxia tienen mayor velocidad que las situadas en los brazos distantes de la misma. Al acercarse al centro de la creatividad, puede decirse que se «acorta» lo que experimentamos como Tiempo, subrayando el proceso de cambio.

La interpenetración constituye el hecho básico al nivel cuadrimensional de existencia en el Espacio galáctico. A este nivel, el tiempo es un factor definible mucho menos rígidamente que en la condición tridimensional de existencia física y centralidad masiva. Los campos de conciencia que se interpenetran —estrellas antiguas y jóvenes— pueden compartir su experiencia. Podemos asumir que la evolución del grupo es más básica que la evolución individual. La evolución del todo condiciona la de las partes. La comunidad condiciona la individualidad. Ahora bien, *condicionamiento* a ese nivel no puede significar *control* por un poder centralizado. Como hemos visto, no hay ningún poder «centralizado»; ningún dirigente masivo. El poder emergente del espacio de cinco

dimensiones *no reside en el centro*. Opera en todas partes. Al nivel reflejo de materialidad, opera en la forma omnipresente del hidrógeno.

Idéntico centro de creatividad constituye un poder en el interior de cada estrella; sin embargo, cada estrella realiza su papel en armonía con el todo galáctico y hay un inmenso número de papeles –al menos, así nos lo parece al contemplar el juego de luces en la pantalla física de nuestra esfera celestial.

En símbolo bidimensionales, esta esfera es un círculo cuyo radio puede parecer determinado por la intensidad del impulso creativo en el plano de cinco dimensiones. «Acto de creación». Ahora bien, si varía esta intensidad, y vemos esta variación reflejada en la diferencia de tamaño y forma de las galaxias, se debe a que la liberación cosmogénica de energía-sustancia– en la media en que podemos comprenderla por sus efectos– opera de un modo dualista. Todo lo que se libera o genera inicialmente, siempre se abre camino hacia el exterior en dos direcciones. Al nivel mecánico psíquico hablamos de movimiento o giro en el sentido de las agujas del reloj y en sentido contrario a las agujas del reloj; al nivel superior metapsicológico, podemos afirmar que cuando se realiza un nuevo *potencial de existencia*, el proceso de realización necesariamente ha de llevar tanto al «éxito» como al «fracaso».

La bipolaridad es la ley de la existencia, al menos en la medida en que podemos imaginar la existencia, al menos en la concretos. La existencia es un proceso cíclico, y al final de cada manifestación cíclica hallamos el éxito y el fracaso, o, en el simbolismo de la vegetación anual, tanto la semilla como las hojas perecederas. Cada ciclo de existencia deja *algo inacabado*, algún reto o producto de desecho. Por lo tanto, ha de iniciarse un nuevo ciclo –una nueva generación cosmogénica de energía ha de irradiar centrífugamente desde la quinta hasta la cuarta dimensión del espacio– para que se pueda disponer de los restos del ciclo pasado (su «karma»). Los elementos químicos que constituyen el humus producido por la

descomposición de anteriores sustancias vivientes tienen que tener una «segunda oportunidad» de participar en la totalidad de la existencia orgánica.

Si la Armonía absoluta —aunque dinámica— es el fundamento supremo de toda existencia a todos los planos, el dualismo del éxito y el fracaso al concluir un ciclo cósmico no puede posiblemente perdurar —es decir, no puede perdurar al nivel en que opera el tiempo. El tiempo opera en todo lugar en que pueda pensarse en la existencia, en el sentido real de término (*ex*-istencia). Sin tiempo no puede haber proceso, ni secuencia de estados en fase ni un tipo de actividad cíclica, ni actividad, ni movimiento. Son muy variados los modos en que los hombres han sentido el poder del tiempo y han medido el carácter serial de los sucesos de la existencia, porque la conciencia humana *experimenta e interpreta el cambio* de muchos modos. Ahora bien, ello no afecta la inevitabilidad fundamental del tiempo. Si la condición suprema de la existencia se simboliza en el Gran Aliento de Brahma, este símbolo implica también cambio, proceso y tiempo. El único estado «más allá» de éste sería el de una conciencia capaz de existir perpetua e inalterablemente en la percepción del *equilibrio* inalterado de estas dos fases perfectamente compensadoras. El Tao se refiere precisamente a tal estado de conciencia.

Ya que hay ciclos dentro de ciclos, es lógico postular la posibilidad de un Tao supremo y que todo lo abarque —si deseamos imaginar la cumbre de la jerarquía de todos cósmicos— que se refleja en un grado de intensidad o inclusión progresivamente decreciente a medida que se alcanzan niveles de existencia progresivamente bajos —con cada nivel poniendo sus propias limitaciones en la realización de la Armonía cósmica. A esta conciencia-Tao de los niveles planetario y cósmico la he denominado «conciencia cónica». Tal tipo de conciencia aprehende un ciclo entero (eón) en su totalidad, desde la etapa alfa a la omega. Debe ser capaz de experimentar toda fase del proceso cíclico tanto en la dirección del éxito

como en la del fracaso. En este sentido, dicha conciencia sería immanente así como trascendente. Sería una conciencia «divina»¹.

Dios es el Eón que Todo lo abarca —y, curiosamente, el término «eón» es anagrama de «uno»². El concepto de eón es dinámico, abarcando todos los cambios dentro de un ciclo. El concepto de *Uno* es estático, en la medida en que implica, en el más puro sentido metafísico, «uno sin un segundo» (en la metafísica hindú, *Advaita*, no doble).

El único modo en que un centro de conciencia individual experimenta de algún modo el poder de ese «Uno» es convirtiéndose en Su agente en nuestro mundo físico-mental. Tal es el destino de los avatares, que atraen la conciencia de cinco dimensiones de «Uno» divino al nivel tridimensional de la actividad planetaria y humana. Dios *actúa a través* de avatar —que está abierto, dispuesto y es capaz de servir de terminal en la Tierra a este descenso de creatividad y de poder radicalmente transformador.

De distinto modo —aunque ambos se relacionan en cada paso— el sendero místico conduce a la percepción de la «unidad». Esta puede ser muy alta o muy baja, según el alcance y extensión de la consecución de un estado consciente de «plenitud» o totalidad. La verdadera percepción de la plenitud implica un sentimiento-intuición más o menos vívido de la interpenetración de las partes del todo. Finalmente, esta intuición lleva a una constante *experiencia de la plenitud* y a la *conciencia de la unidad*. Esta es la conciencia de cuatro dimensiones.

Un reflejo de dicha conciencia debería iluminar la mente del astrólogo cuando se dispone a interpretar la carta natal de un individuo a un nivel supra-físico. Los hechos son experien-

¹ Los seres que evolucionan por el camino de la desintegración, como no pueden vincularse a la finalidad inherente al acto creativo, se encaminan hacia la inconsciencia y la aniquilación. Para sobrevivir, tienen que nutrirse de vidas y mentes más débiles, pero en último término son absorbidos en torbellinos de oscuridad.

² (Nota de la T.) En inglés, «eon» y «one», respectivamente.

cías tridimensionales. El centro-Sol del individuo acaso sea capaz de enfrentarse a los hechos y controlarlos; pero, a menos que advierta que también es una estrella, sólo podrá operar como un ego supeditado a la conciencia física. Si el Sol individualizado en cada ser humano percibe que es esencialmente una estrella, gradualmente aprende a encontrar su lugar en la compañía cósmica de las estrellas galácticas, cuyo reflejo terreno y físico —desgraciadamente, tan a menudo oscurecido por nubes o engañado por espejismos— es la humanidad (1974-75).